REBELIÓN TEAMSTER



FARRELL DOBBS

REBELIÓN TEAMSTER



REBELIÓN TEAMSTER

FARRELL DOBBS



PATHFINDER

Nueva York Londres Montreal Sydney

ISBN 0-87348-972-1
Número de control de la Biblioteca del Congreso
(Library of Congress Control Number): 2003115318
Impreso y hecho en Canadá
Manufactured in Canada

Primera edición, 2004

DISEÑO DE LA PORTADA: Eva Braiman

Pathfinder
www.pathfinderpress.com
Correo electrónico: pathfinderpress@compuserve.com

DISTRIBUIDORES DE PATHFINDER EN EL MUNDO:
Australia (y Oceanía y el sudeste de Asia):
Pathfinder, Level 1, 3/281-287 Beamish St., Campsie, NSW 2194
Dirección postal: P.O. Box 164, Campsie, NSW 2194
Canadá:
Pathfinder, 2761 Dundas St. West, Toronto, ON M6P 1Y4
Estados Unidos (y América Latina, el Caribe y el oriente de Asia):
Pathfinder, 307 W. 36th St., 10th floor north, Nueva York, NY 10018
Islandia:
Pathfinder, Skolavordustig 6B, Reikiavik
Dirección postal: P. Box 0233, IS 121 Reikiavik
Nueva Zelanda:
Pathfinder, P.O. Box 3025, Auckland
Reino Unido (y Africa, Europa, Oriente Medio y el Sur de Asia):
Pathfinder, 47 The Cut, Londres, SE1 8LF
Suecia:
Pathfinder, Domargränd 16, S-129 47 Hägersten

A los hombres y a las mujeres

que me infundieron

una confianza inquebrantable

en la clase trabajadora:

las filas del

Local General de Choferes 574

ILUSTRACIONES

CONTENIDO

SOBRE EL AUTOR

Farrell Dobbs (1907–1983) se unió a la Liga Comunista de América (Communist League of America, CLA, antecesora del Partido Socialista de los Trabajadores) en 1934, mientras trabajaba en un depósito de carbón en Minneapolis. Fue uno de los dirigentes surgidos de las filas de las huelgas y la campaña de sindicalización de los Teamsters en 1934, y posteriormente fue electo secretario-tesorero del Local 574 (más adelante el Local 544). A fines de la década de 1930 fue uno de los principales dirigentes de la campaña de sindicalización de los choferes de larga distancia en 11 estados, en la cual se sindicalizó a decenas de miles de trabajadores en la industria del camionaje. En 1939 fue nombrado organizador general de los Teamsters a nivel nacional; renunció a su cargo en 1940 para pasar a ser secretario nacional responsable del trabajo sindical del Partido Socialista de los Trabajadores.

En 1941, Dobbs y otros 17 dirigentes del Local 544 y del PST fueron instruidos de cargos y declarados culpables bajo la Ley Smith —una ley de control del pensamiento— por oponerse a los objetivos imperialistas del gobierno norteamericano en la Segunda Guerra Mundial. Estuvo recluido 12 meses en una prisión federal en 1944–45.

Dobbs se desempeñó como director del *Militant* de 1943 a 1948. Fue presidente nacional del PST, 1949–53, y su secretario nacional, 1953–72. En 1948, 1952, 1956 y 1960 fue candidato del partido para presidente de Estados Unidos, y utilizó dichas campañas para oponerse activamente a las guerras de Corea y de Vietnam y a la caza de brujas anticomunista, así como para apoyar el movimiento pro derechos civiles y la Revolución Cubana.

Además de su serie de cuatro tomos sobre las batallas de los

Teamsters de la década de 1930 —*Teamster Rebellion, Teamster Power, Teamster Politics, Teamster Bureaucracy* (Rebelión Teamster, Fuerza Teamster, Política Teamster y Burocracia Teamster)— es autor de los dos tomos de *Revolutionary Continuity: Marxist Leadership in the U.S.* (Continuidad revolucionaria: liderazgo marxista en Estados Unidos). Entre sus otras obras están *The Structure and Organizational Principles of the Party* (La estructura y los principios organizativos del partido), *Countermobilization: A Strategy to Fight Racist and Fascist Attacks* (Contramovilización: una estrategia para combatir los ataques racistas y fascistas) y *Selected Articles on the Labor Movement* (Artículos escogidos sobre el movimiento obrero).



Farrell Dobbs durante banquete atendido por 450 personas en junio de 1972 en Nueva York, que celebró la publicación de *Teamster Rebellion*.

Jack Barnes *es el secretario nacional del Partido Socialista de los Trabajadores. A partir de 1965 trabajó estrechamente con Farrell Dobbs organizando las campañas de masas del partido y su labor internacional. Como secretario de organización, y a partir de 1972 como secretario nacional, Barnes colaboró con Dobbs para dirigir al PST para responder a oportunidades políticas renovadas de construir partidos comunistas en Estados Unidos y a nivel mundial, partidos cuyos miembros formen parte de una vanguardia más amplia de trabajadores que luchan por transformar los sindicatos en instrumentos revolucionarios de lucha sobre una vía como la que Dobbs relata en* Rebelión Teamster *y en los tomos que le siguen. Barnes trabajó también con Dobbs en la redacción de* Revolutionary Continuity: Marxist Leadership in the United States *(Continuidad revolucionaria: liderazgo marxista en Estados Unidos).*

Barnes es autor de numerosos libros, folletos y artículos, entre ellos, El rostro cambiante de la política en Estados Unidos: la política obrera y los sindicatos, El desorden mundial del capitalismo, Cuba y la revolución norteamericana que viene, Su Trotsky y el nuestro *y* La clase trabajadora y la transformación de la educación. *Es un director contribuyente de* New International *(Nueva Internacional), una revista de política y teoría marxistas.*

INTRODUCCIÓN

Por Jack Barnes

Era el turno de medianoche en la línea de piquete cerca de la entrada a la mina de carbón de la Co-Op, en las afueras de Huntington, Utah. A mediados de octubre las noches ya son frías en la sierra. Las heladas ráfagas de viento que soplan por el cañón Bear Canyon calan hasta los huesos. Los trabajadores, que enfrentaban un cierre patronal, habían atado su caseta de piquetes, hecha de madera y con un toldo azul, para que no saliera volando. Adentro, siete u ocho mineros —la mayoría de veintitantos años, más un par de veteranos, entre ellos una mujer, y un veterano de 50 y pico de años, casi todos del estado mexicano de Sinaloa— se arrimaban a la estufa, donada por un minero sindicalizado jubilado, del vecino pueblo de East Carbon.

Un mes antes la compañía había despedido a 74 mineros por protestar contra la suspensión de un compañero de trabajo y partidario del sindicato quien había rehusado firmar una advertencia disciplinaria. La gerencia, buscando aplastar el esfuerzo de los mineros de organizarse para lograr el reconocimiento del Sindicato Unido de Mineros de América (United Mine Workers of America—UMWA), les había impuesto un cierre patronal.

Uno de los mineros en la caseta de piquetes era un inmigrante nicaragüense que trabajaba en la mina Deserado en el occidente de Colorado, a varias horas de distancia. A través del sindicato él había obtenido licencia de su trabajo para ir a ayudar. Antes de salir de casa, había echado en su bolsillo un ejemplar bien gastado de *Teamster Rebellion*, la historia de una reñida y sangrienta batalla de sindicalización librada hace casi 70 años en Minnesota por trabajadores, muchos de los cuales eran de origen escandinavo —suecos, noruegos, finlandeses o daneses— con una buena

dosis de irlandeses. El autor, Farrell Dobbs, cuyos antepasados vinieron de Irlanda, había llegado a ser el dirigente más joven de esa huelga. Al igual que muchos otros que enfrentaban las condiciones de la depresión a principios de la década de 1930, Farrell había estado luchando por encontrar trabajo regular, alimentar a su familia y pagar el alquiler.

El minero nicaragüense, Francisco, comenzó a leer en voz alta algunas de las primeras páginas, traduciendo a la vista al español. Los párrafos describían las condiciones de trabajo y de vida y los salarios en el Medio Oeste durante lo más profundo de la depresión. Entre expresiones de asombro y simpatía, los huelguistas pidieron oír más de la historia, y al poco rato estaban escuchando otros pasajes más, página tras página. El relato era interrumpido sólo para ir a ver algún auto que ocasionalmente pasaba en altas horas de la noche, o para echar más leña al fuego y salir a vigilar los alrededores.

Ante todo, los hombres y las mujeres de Sinaloa, que trataban de hacer su vida en las montañas de Utah, se identificaban con las luchas individuales de los hombres y las mujeres de *Teamster Rebellion*. La descripción que hace Dobbs en las primeras páginas del libro, de cómo su familia perdió toda la reserva invernal de verduras y frutas enlatadas, una noche que la temperatura cayó súbitamente por debajo de cero y ellos no llegaron a tiempo para meter las latas al interior de la casa, suscitó expresiones de empatía y comprensión de lo que ese golpe habría significado para Farrell, su esposa Marvel y sus hijas.

Las fotos de los huelguistas que batallan con la policía y con hombres de los patrones designados agentes temporales; del enorme y disciplinado cortejo fúnebre para uno de los piquetes, muerto a tiros a sangre fría por la policía; de los dirigentes huelguísticos al ser llevados a la prisión por la Guardia Nacional: todas las examinaron con interés. Cuando los mineros se enteraron de que dentro del cuartel general de la huelga de Teamsters que se observa en las fotos había un comisariato que funcionaba las 24 horas, donde se servían comidas y había un hospital para tratar a los he-

ridos, el interés creció. Y al descubrir por el relato de Dobbs que los choferes se organizaron en la plaza del mercado de Minneapolis para repeler los ataques de la policía y los patrones —con valor, disciplina y, ante todo, con un plan de batalla detallado— y que *ganaron* la huelga para lograr el reconocimiento sindical, las fotos fueron estudiadas con más atención aún.

Pocas escenas proletarias subrayan mejor el valor de la publicación de *Rebelión Teamster,* la primera traducción al español de *Teamster Rebellion,* unos 32 años después de que apareciera por primera vez en inglés.

Es posible que entre los huelguistas Teamsters de Minneapolis que sentaron las bases para la transformación del movimiento obrero por todo el Medio Oeste en la década de 1930, no haya habido un solo trabajador nacido en México. (¡Qué cambios han producido unas cuantas décadas!) Sin embargo, a través de los años, las nacionalidades, los idiomas y las experiencias vitalicias que abarca, el relato que ofrece *Rebelión Teamster* pertenece también a las filas crecientes de trabajadores de habla hispana en Estados Unidos hoy día, conforme se suman a la lucha. Ellos se pueden ver en aquellas generaciones anteriores de trabajadores —muchos de ellos también inmigrantes de primera o segunda generación— que finalmente dijeron "¡Basta!" y comenzaron a tomar en sus manos su propio destino.

*

Rebelión Teamster es un libro que vuela con alas propias. Cuenta una historia fenomenal. Es a la vez una introducción a Farrell Dobbs, el trabajador de veintitantos años que en el transcurso de esas batallas surgió como un dirigente de su clase.

Tenía 25 años, y dos hijas que sostener, cuando le dio la espalda a un futuro seguro y bien remunerado como parte del personal administrativo de la Western Electric en Omaha, Nebraska. Le repugnaron la horrible persona que se habría tenido que convertir, los valores y las actitudes de clase que habría tenido que asumir, si vendía su alma para quedarse en aquel trabajo. Sin volver la vista atrás, se "des-

prendió" incondicionalmente de clases ajenas, según lo expresa el Manifiesto Comunista, y "se adhirió a la clase revolucionaria" en el sentido más pleno de la palabra. El rasgo de clase que Dobbs más llegó a despreciar fue la "miserable mitadidad" del ánimo pequeñoburgués.

Pronto se encontró entre las filas del "gran ejército de los desempleados". Un par de años más tarde, paleando carbón en un miserable depósito carbonero en Minneapolis, conoció a Grant Dunne, un cuadro aguerrido de la Liga Comunista de América, precursora del Partido Socialista de los Trabajadores, quien lo alistó en una campaña de sindicalización. A partir de ahí se desarrolla el relato a través de las páginas de *Rebelión Teamster* y los tomos siguientes —*Teamster Power, Teamster Politics y Teamster Bureaucracy* (Fuerza Teamster, Política Teamster y Burocracia Teamster)— así como numerosos folletos, boletines y los dos tomos de *Revolutionary Continuity: Marxist Leadership in the U.S.* (Continuidad revolucionaria: liderazgo marxista en Estados Unidos) que Dobbs logró vivir hasta completar a principios de la década de 1980: *The Early Years, 1848–1917* (Los primeros años, 1848–1917), y *Birth of the Communist Movement, 1918–1922* (Nacimiento del movimiento comunista, 1918–1922).

Al ir brotando su despertar político, Dobbs se convirtió en un ciudadano del mundo, un internacionalista proletario, que vivía el presente como parte de la historia, sin lo cual no existe el comunismo. Él describe cómo le impactaron las fotos en los diarios de Omaha que mostraban la invasión de China por Japón Imperial en 1931. Las fotos mostraban escenas de tropas norteamericanas apostadas en Shanghai que protegían, con el asentimiento de Tokio, a la acaudalada "colonia internacional", mientras que los distritos obreros chinos cercanos, con el indiferente beneplácito racista de la oficialidad del ejército norteamericano, eran devastados, a menudo incinerados y sus pobladores masacrados por las fuerzas imperialistas japonesas.

Al describir el desarrollo de su conciencia de clase, Dobbs atribuye a las fotos noticiosas de esos sucesos una influencia seme-

jante al impacto que le produjo el hecho que sus patrones le pidieran que consintiera el despido de un compañero de trabajo apenas unos meses antes de jubilarse y recibir una pensión, a fin de eliminar costos y aumentar la "productividad". En los tomos siguientes de la serie de los Teamsters, vemos el periódico del Consejo Unido de Teamsters en Minneapolis, el *Northwest Organizer*, que publicaba editoriales de primera plana que exigían el retiro de las tropas norteamericanas de Asia y el Pacífico y condenaban los preparativos del gobierno de Franklin Roosevelt para la gran matanza imperialista de la Segunda Guerra Mundial.

El Farrell Dobbs joven que llegamos a conocer en las páginas de *Rebelión Teamster* llegó a ser uno de los grandes organizadores de masas de la clase obrera de Estados Unidos. Con apenas 30 años, fue el principal arquitecto y dirigente de la campaña —que se extendió desde Texas hasta Detroit, Canadá y Seattle— que organizó a un cuarto de millón de choferes de camión de larga distancia para incorporarlos a un poderoso sindicato y que transformó el norte del Medio Oeste en territorio sindicalizado, cuyo legado se siente hasta la fecha.

Los cuadros dirigentes del Local General de Choferes 574 (más adelante el Local 544 de Teamsters) devinieron el ala izquierda de lucha de clases de un liderazgo obrero combativo mucho más amplio. Demostraron en la práctica cómo los sindicatos, si están dotados de tal dirección, pueden y van a transformarse en instrumentos de lucha revolucionaria capaces de dirigir a sectores crecientes de trabajadores, tanto empleados como desempleados, y de sus aliados —agricultores, pequeños productores devastados— hacia la independencia política respecto de la clase dominante. Demostraron cómo los militantes sindicales con conciencia de clase comienzan a reconocerse a sí mismos como parte de una clase internacional, cuyos intereses son diametralmente opuestos a los de sus propios patrones y los del gobierno de los patrones. Y a sentirse cómodos en la historia de la que son parte viviente.

Sin embargo, Dobbs sabía mejor que nadie que lo que estaba logrando era posible únicamente porque formaba parte del am-

plio cuadro directivo del partido comunista que se fundó en 1919 para hacer en Estados Unidos lo que los bolcheviques acababan de hacer en Rusia, el partido que en 1938 adoptó el nombre Partido Socialista de los Trabajadores. Ya para 1940, al aproximarse rápidamente la Segunda Guerra Mundial, iba aumentando la reacción entre la cúpula sindical, las filas estaban siendo preparadas para la guerra y por el momento prácticamente había quedado excluida la posibilidad de más avances tanto en los Teamsters como en el movimiento sindical industrial más amplio. En enero de ese año Dobbs renunció a su cargo como organizador general del sindicato internacional de Teamsters. Lo hizo para pasar a ser el secretario de organización y el responsable de los asuntos en el movimiento obrero de un partido cuya membresía, bajo el impacto del repliegue del movimiento obrero y de la capitulación de la pequeña burguesía ante la histeria patriotera, pronto caería muy por debajo de los mil miembros.

Al año siguiente la dirección de ese partido, que no se doblegaba ante las presiones bélicas, así como muchos cuadros de los combates del Local 544, entre ellos el propio Dobbs, serían instruidos de cargos de conspiración y sedición, declarados culpables y enviados a la cárcel por fiscales federales quienes por primera vez usaban la Ley Smith "de la Mordaza", que pronto habría de tornarse infame: una aplicación temprana por la clase dominante de la "seguridad patria".

Fue como hombre de partido —especialmente al asumir responsabilidades como oficial nacional del Partido Socialista de los Trabajadores por casi tres décadas, la mayor parte como secretario nacional— que Dobbs hizo sus mayores aportes como dirigente: al dar un ejemplo de integridad obrera desde la cárcel durante la Segunda Guerra Mundial; al trazar, para los cuadros del partido, un rumbo comunista inquebrantable tanto en los sindicatos como en la acción política durante la caza de brujas anticomunista de la posguerra; al animar con palabras y con hechos a los movimientos comunista y obrero a que se sumaran a la masiva lucha proletaria por los derechos de los negros; al ayudar a

dirigir al partido para responder y hacer suya la Revolución Cubana; al colaborar en la elaboración de una política militar para el proletariado, aplicada por jóvenes socialistas dentro del amplio movimiento que se oponía a la guerra del imperialismo norteamericano en Vietnam; y al buscar activamente el reclutamiento de una nueva generación de cuadros que surgía de estos trascendentales sucesos políticos mundiales.

Dobbs ayudó a dirigir el movimiento comunista a través del repliegue y declive del movimiento obrero desde finales de los cuarenta hasta mediados de los setenta. No escatimó apoyo ni consejos para los cuadros más jóvenes del partido que, a finales de los setenta, dirigieron un viraje a los sindicatos a medida que se iban desarrollando luchas y oportunidades nuevas, comenzando especialmente en las minas del carbón y las acerías, y que organizaron al partido para responder como internacionalistas proletarios a las revoluciones victoriosas en Nicaragua, Granada e Irán.

Desde la Segunda Guerra Mundial hasta Corea y Vietnam, Dobbs orientó al movimiento para que tratáramos de llegar a nuestros compañeros de clase en uniforme, los soldados, aquellos residentes norteamericanos que pagan el más alto de los precios por el incesante afán de Washington por el dominio mundial. Y ayudó a armar políticamente a trabajadores y jóvenes comunistas para que reconocieran de forma resuelta la necesidad insoslayable de organizarse para combatir y derrotar la represión estatal intensificada, las formas de régimen militar y las bandas fascistas patrocinadas por los capitalistas conforme el orden imperialista en Estados Unidos —a través de serpenteos desconocidos y por un lapso imposible de predecir— de nuevo entraba en un periodo de crisis mundial comparable al que había ocurrido de 1914 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. "A los miembros de la Guardia de Defensa Sindical del Local 544", reza su dedicatoria al tercer tomo de esta serie, *Teamster Politics* (Política Teamster).

Dobbs a menudo señalaba el aporte especial que hacían al movimiento obrero los veteranos de las fuerzas armadas. Uno de los ejemplos entre los militantes a quienes conocemos en *Rebe-*

lión Teamster es Ray Rainbolt, uno de varios organizadores de campo de los piquetes móviles durante las huelgas de 1934, quien posteriormente fue elegido por la Guardia de Defensa Sindical, que contaba con 600 miembros, como su comandante. Para los trabajadores a mediados de la década de 1930, el escoger a un indio siux para que los dirigiera en combate —les diera órdenes, los disciplinara de ser necesario— era algo que estaba lejos, muy lejos, de ser un hecho cotidiano en este país, especialmente en el norte del Medio Oeste o en la región occidental de Estados Unidos. El prestigio que se granjeó Rainbolt entre las filas de los trabajadores combativos es una muestra de la profundidad de los cambios en actitudes políticas, disciplina de batalla y solidaridad humana que se forjan en el transcurso del combate de clases descrito en los libros de Dobbs sobre los Teamsters.

*

En una charla que dio en agosto de 1966 en una Escuela de Vacación de la Costa Oeste en California, ante un público compuesto mayormente de miembros de la Alianza de la Juventud Socialista, Farrell Dobbs resumió la perspectiva histórica mundial que mejor define su trayectoria política vitalicia; las características de clase imprescindibles para todo revolucionario proletario; y lo que la clase trabajadora exige, sobre todo, de sus dirigentes.

> Debemos estar constantemente conscientes del papel clave de Estados Unidos en el mundo. El imperialismo estadounidense es hoy día el baluarte de la reacción mundial, según lo está demostrando con creces la guerra en Vietnam.
>
> Es una realidad férrea el hecho que, hasta que sea derrocado el capitalismo aquí en Estados Unidos de América, la banda de perros rabiosos imperialistas que rige este país seguirá siendo un peligro mortal para toda la humanidad. Eso no lo debemos olvidar jamás.
>
> Eso significa que la batalla decisiva por el socialismo mun-

dial se va a librar aquí mismo en Estados Unidos de América. Y cuando se logre la victoria revolucionaria, el capitalismo caduco y decadente va a desaparecer, literalmente de la noche a la mañana, de la faz de nuestro planeta. La humanidad va a marchar hacia la construcción de una sociedad socialista ilustrada, donde por primera vez los seres puedan vivir juntos en este planeta, en paz y seguridad y con libertad. La humanidad alcanzará finalmente el tipo de vida gratificante que la inteligencia humana es sobradantemente capaz de lograr, aun con el nivel actual de desarrollo tecnológico. Una vez que la humanidad aprenda a actuar de forma política, organizativa y social, podrá aprovechar estas maravillas.

A eso dedicamos nuestras vidas. Los que somos del partido, los revolucionarios en Estados Unidos —actuando de la mejor manera posible en solidaridad con combatientes revolucionarios por todo el mundo— debemos tener en cuenta siempre que en última instancia el destino de la humanidad depende de la revolución socialista en Estados Unidos. Nuestra tarea consiste en construir un partido capaz de dirigir esa revolución, hacerle frente al más abominable de los regímenes reaccionarios y monstruosos de clase dominante que existen sobre la faz de la tierra: la clase dominante imperialista de Estados Unidos.

En esa lucha el camino por delante estará salpicado de obstáculos y habrá muchos escollos. No hay mapa, no hay forma de hallar una guía detallada que le diga a uno qué hacer en cada coyuntura. Nuestra tarea consiste en trazar un rumbo revolucionario, basado en una comprensión fundamental de nuestro programa —una percepción básica de nuestra estrategia revolucionaria— y elaborar las tácticas en esa dirección a lo largo del camino.

No hay cronograma. Nadie puede decir cuánto va a tardar ni cuándo va a ocurrir. Personalmente creo que para ustedes que están sentados hoy en esta sala, que tienen la ventaja de toda su juventud, las probabilidades de presenciar ese estallido son por lo menos como las que daba Damon Runyon, seis contra cinco.

Pero al decir eso quiero añadir inmediatamente: *no hagan de eso una condición. No adopten el criterio de que el cambio revolucionario debe ocurrir en su propia época.* No tomen como guía para su vida activa ese concepto estrecho, provinciano y egocéntrico de que no es importante si no ocurre en el transcurso de su propia existencia subjetiva sobre este planeta.

Siempre recuerden que la historia es estupendamente indiferente ante los problemas del individuo. A la historia no le importa si uno muere a los seis años o si vive hasta los 700, si eso fuera posible, o lo que ocurra durante la vida particular de uno. Como dijo una vez el poeta alemán Goethe, "La historia marcha como un mendigo borracho a caballo".

Puede pasar mucho durante el tramo limitado de la vida de un individuo, o, por el contrario, uno puede vivir una existencia aburrida. Hay quienes han tenido la buena fortuna de vivir en un año más de lo que otros, en una coyuntura histórica distinta, han podido vivir durante toda su vida. O, según lo expresó Plejánov en cierta ocasión, "De no haber sido por la Revolución Francesa, Napoleón probablemente habría terminado como cabo en la artillería francesa".

No pongas como condición que la revolución socialista debe llegar en tu vida. No seas sólo un ciudadano del planeta; sé un ciudadano del tiempo. Reconoce que lo fundamental es estar compenetrado con el género humano desde los albores de la historia hasta las cimas de lo que apenas vagamente podemos empezar a soñar.

¿Y cuál es la opción? La opción es llegar a un arreglo con este podrido sistema capitalista. ¿Saben cómo es la gente que hace eso? ¿Recuerdan la película *The Devil and Daniel Webster* (El diablo y Daniel Webster)? Jabez Stone, ya saben, vendió su alma a Scratch, el diablo. Lo hizo a cambio de la promesa de que así se cumplirían sus ambiciones personales. Más tarde lamentó esta acción y pidió que se le devolviera el alma. Scratch, protagonizado por Walter Huston, ese magnífico actor, finalmente dijo, bien, se la iba a devolver.

Entonces Scratch sacó una cajita de cerillos de su bolsillo. Abrió la caja y comenzó a hurgar con su dedo rechoncho, tratando y tratando de encontrar la pequeña alma mezquina de Jabez Stone para poder devolvérsela.

Eso es simbólico de lo que uno hace con su propia alma si llega a un arreglo con este podrido sistema.

Nuestra tarea consiste en forjar un movimiento de hombres y mujeres que emulen a los aguerridos combatientes de la Línea Continental del ejército en la primera Revolución Americana. Aprendan a ser luchadores revolucionarios profesionales. No sean soldados de verano. No sean diletantes; no vacilen. No pongan nada por encima de las consideraciones del movimiento. Mantengan sus puestos en las primeras filas de los luchadores revolucionarios, y manténganse en ese lugar hasta el final.

No hay otra forma de hallar una vida tan rica, tan gratificante, tan fructífera y significativa.

✷

Farrell Dobbs con gran placer habría ofrecido un brindis por la traducción al español y la publicación de *Rebelión Teamster*. Sobre todo le habría encantado el relato de los jóvenes mineros combativos en Utah que escuchaban una traducción a la vista, página por página, durante una larga noche en su caseta de piquetes. Eso le habría tocado una fibra sensible.

A menudo señalaba lo difícil que había sido en la década de 1930 —cuando comenzó a buscar respuestas políticas— encontrar un solo libro que le ofreciera el tipo de perspectiva histórica que él buscaba sediento, cómo peinaba las bibliotecas públicas buscando algo, lo que fuera. Y describió el impacto que le produjeron, como de un rayo, los primeros libros y folletos marxistas que le dieron a leer los cuadros de la Liga Comunista de América que lo reclutaron, revolucionarios como Vincent Ray Dunne, conocido como V.R., y Carl Skoglund, llamado cariñosamente Skogie por todos sus amigos y camaradas.

En esa época, muchas menos de las obras clásicas del marxismo habían sido traducidas al inglés, y las que habían sido publicadas eran difíciles de encontrar. Así era no sólo con las obras de Carlos Marx, Federico Engels, V.I. Lenin y León Trotsky, sino también con las de los dirigentes del movimiento comunista en Estados Unidos. Durante las frecuentes y largas horas de viajes que formaban parte de la campaña de sindicalización de larga distancia, Dobbs a menudo se veía acompañado por Skogie, quien había pasado a ser síndico del Local 544 y más tarde su presidente, ¡un inmigrante "ilegal" de Suecia que aún tenía pendiente una orden de deportación el día que murió en 1960! Skogie, uno de los dirigentes más ampliamente respetados tanto del sindicato como de la Liga Comunista de América, dominaba no sólo el inglés y el sueco, sino también el alemán, el idioma de Marx y Engels, el idioma de destacados revolucionarios como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht, y el idioma político de Lenin, Trotsky y otros dirigentes de los primeros años de la Internacional Comunista. A lo largo de las décadas, Skogie había acumulado una considerable biblioteca marxista, la cual aprovechaba bien. Al recorrer las carreteras durante sus misiones sindicalizadoras, Skogie a menudo solía leerle a Farrell —a veces de traducciones al inglés, a veces traduciendo a vista del alemán, en el camino— dándole a Farrell acceso a obras del marxismo que con tantas ansias buscaba.

Una celebración digna de esta primera edición de *Rebelión Teamster* sería la conclusión de este esfuerzo —la traducción de los otros tres tomos que integran la serie de los Teamsters y además un buen comienzo de la traducción de *Revolutionary Continuity: Marxist Leadership in the U.S.*— para el año 2009, el 90 aniversario de la fundación en este país del movimiento de Farrell, el movimiento comunista.

*

Teamster Rebellion no es un "manual" o una guía. Es la historia que documenta una experiencia concreta en la lucha de clases, la

cual puede ser estudiada y asimilada por trabajadores y agricultores con conciencia de clase que se encuentran en medio de otras luchas, en otras épocas, bajo otras condiciones, hablando muchos idiomas distintos.

En un siglo nuevo, que se caracteriza por vislumbrarse amenazantes una catástrofe económica y una marcha acelerada hacia guerras sangrientas desatadas por la última potencia imperialista al intentar prolongar su vida, las experiencias concretas de los hombres y las mujeres del Local 574 resultarán aún más vigentes y valiosas. En un mundo donde los trabajadores y agricultores de vanguardia, y los jóvenes atraídos a sus luchas, diariamente buscan la solidaridad de otros combatientes, extendiéndoles la propia, *Teamster Rebellion* será leído en un número creciente de casetas de piquetes en montañas y praderas, en medio de ciudades grandes y pueblos pequeños, y será traducido a otros idiomas también, por todo el continente americano y más allá.

Rebelión Teamster está dedicado "A los hombres y a las mujeres que me infundieron una confianza inquebrantable en la clase trabajadora, las filas del Local General de Choferes 574". Es su historia, que documenta lo que les fue posible lograr cuando pudieron contar con la dirección que merecían.

Hoy día, quienes buscan emular el compromiso y la seriedad de la vanguardia de los Teamsters de 1934, lo leerán en anticipación de batallas tanto presentes como futuras. Mediante este relato llegarán a comprender la verdad que entraña la esencia del Manifiesto Comunista: el comunismo no es un conjunto de ideas, sino la generalización, constantemente renovada, de la marcha estratégica de una clase que lucha por su emancipación. Y se sumarán a esa marcha, convirtiéndose en una parte más y más consciente, y más y más aguerrida, de su vanguardia.

Diciembre de 2003

AGRADECIMIENTOS

Aunque como autor de esta obra asumo responsabilidad exclusiva por su contenido, en gran medida se trata de un proyecto colectivo. La principal de mis colaboradores ha sido Marvel Scholl, quien compartió conmigo las experiencias recogidas en esta narración. He recurrido ampliamente al diario que ella escribió durante las huelgas de los Teamsters en 1934. Ella también ha brindado datos valiosos sobre el papel de las mujeres que participaron en estas huelgas. En términos más generales, Marvel ha contribuido a recordar las circunstancias en torno a distintos sucesos que he descrito. A medida que se dictaba y grababa cada capítulo, Sharon Lee Finer lo iba transcribiendo. Lo hizo con exactitud, rapidez y un contagioso entusiasmo hacia el proyecto. Harry DeBoer y Ray Rainbolt leyeron el original, capítulo por capítulo, para corroborar el relato según recordaban los sucesos. Al hacerlo también brindaron información útil, incluidas las citas de Harry DeBoer que se usaron. Jack Maloney ofreció datos de fondo sobre salarios y condiciones previos a las huelgas en la industria del camionaje en Minneapolis, así como sus citas sobre otros temas que aparecen en el texto. Max Geldman brindó ayuda consultiva con relación a las secciones del libro que tratan la cuestión de los desempleados. V. Raymond Dunne, hijo, ayudó a preparar el bosquejo de los primeros años de la vida de su padre. Después que el resto del equipo había hecho su aporte, George Novack tomó el original entero para hacerle una última revisión.

Tanto V.R. Dunne, padre, como Carl Skogland, quienes desempeñaron papeles destacados en esta historia, han fallecido ya. Ambos dejaron una cantidad considerable de materiales históricos, en forma de grabaciones y memorandos, a los que he recu-

rrido. Como ex funcionario del sindicato de los Teamsters, dispongo de una cantidad considerable de materiales del sindicato en mis archivos, especialmente actas de diversas reuniones, copias de correspondencia oficial y declaraciones públicas. Este material ha servido para refrescar mi memoria y verificar la precisión de los hechos. Asimismo, se ha utilizado como referencia el archivo íntegro del periódico oficial del Local General de Choferes 574, *The Organizer*. Además se ha empleado el semanario trotskista *The Militant* para el periodo que aquí se abarca. Asimismo, se ha hecho referencia de vez en cuando al *Minneapolis Labor Review*, órgano oficial de la Unión Central del Trabajo de la AFL (Federación Americana del Trabajo), y a ediciones de los diarios capitalistas de la época de las huelgas de 1934.

I

Se forja un revolucionario

Esta historia comenzó para mí una tarde de noviembre en 1933. Yo trabajaba en un depósito de carbón de la Pittsburgh Coal Company en Minneapolis, Minnesota. Grant Dunne, un chofer de otra compañía a quien no había conocido antes, llegó a recoger una carga de combustible, y el capataz me mandó a que ayudara a cargarla en su camión. Mientras le dábamos con las palas número 10, Grant me hablaba de que necesitábamos un sindicato. Él tenía en mente la idea de ingresar al Local General de Choferes 574 de la Hermandad Internacional de Teamsters. Aunque en aquel entonces yo sabía poco de sindicatos, sus palabras encontraron oídos receptivos. Para ayudar a explicar el porqué, se podría esbozar brevemente el camino que yo había transitado hasta ese momento.

Nací de una familia obrera el 25 de julio de 1907 en Queen City, Missouri. Poco después, la familia se mudó a Minneapolis, donde me crié, graduándome de la escuela secundaria North High School en enero de 1925. Durante el año siguiente desempeñé diversos trabajos, entre ellos, teñidor de medias, ayudante de mecánico de automóviles y chofer de camión. En 1926 una recesión económi-

ca hizo escasear los empleos, así que me marché para Dakota del Norte, donde trabajé en las cosechas. Al regresar a Minneapolis en el otoño, conseguí trabajo en la Western Electric Company como instalador de equipo telefónico de oficinas centrales.

En abril de 1927, Marvel Scholl y yo nos casamos, habiendo sido novios desde el último año de secundaria. Al año siguiente, la Western Electric me trasladó a su distrito de Iowa, donde en 1930 fui ascendido al puesto de capataz. Después, en 1931 me mandaron a su oficina de división en Omaha, Nebraska. Allí me pusieron el rótulo de "ingeniero de planificación" y me pusieron a calcular los costos de la mano de obra para los proyectos de instalación de teléfonos. En los meses siguientes ocurrieron dos acontecimientos que me impactaron profundamente, uno en un país lejano, el otro aquí en este país.

En esos momentos los japoneses estaban invadiendo China, y un día el diario de Omaha publicó una foto espantosa de una escena en Shanghai. La imagen se veía atravesada diagonalmente por un alambrado de púas elevado, reforzado al pie con sacos de arena. A lo largo de esta línea estaban apostados soldados estadounidenses que protegían lo que se denominaba la "colonia internacional", que obviamente era un barrio acomodado. Frente a ellos estaba lo que el pie de grabado describía como un barrio obrero. Había quedado reducido a escombros por la artillería japonesa, pero el barrio rico seguía intacto. Como trabajador, instintivamente simpaticé con mis semejantes chinos, víctimas de tan bestial ataque. Me hizo sentir que algo fundamental andaba mal con un mundo donde pudiera ocurrir algo tan terrible.

El segundo suceso ocurrió en mi lugar de trabajo. Me habían enviado a la oficina divisional principalmente para que se me entrenara como supervisor. Entre otras cosas, eso significaba asistir a las conferencias que el superintendente de división mantenía con sus supervisores: no para participar sino para escuchar y aprender. Para entonces, la depresión económica posterior a 1929 se había agravado, y se realizó una reunión para hacer una lista general de los empleados que serían cesanteados. Entre los que nom-

braron estaba John Staley, un obrero que llevaba mucho tiempo trabajando en la empresa y que dentro de poco se podría jubilar acogiéndose al mezquino programa de jubilación que ofrecía la compañía. Se señaló que, al despedirlo, la compañía podría retener a un trabajador más joven y productivo y ahorrarse fondos del plan de jubilación. Como yo había trabajado con John y había salido a tomar con él, para mí representaba más que un mero nombre. Me repugnaba lo que le estaban haciendo. También era evidente que con este entrenamiento me estaban tratando de convertir en instrumento suyo, y yo no quería tener nada que ver con eso.

Como hemos hecho siempre que surge algo que afecta nuestra vida conjunta, Marvel y yo hablamos sobre este asunto y acordamos que yo dejara la Western Electric. Para entonces teníamos dos hijas, Carol y Mary Lou; nuestra tercera hija, Sharon Lee, nació al año siguiente. La dificultad económica de nuestra familia no era insignificante, pero creíamos que teníamos una solución.

Mi puesto en la empresa me daba derecho a una indemnización por cese de varios cientos de dólares. Planeábamos usar esta suma para montar un pequeño negocio en Minneapolis. Una vez que hubiera arrancado, Marvel se encargaría de manejarlo. Entonces yo iría a la Universidad de Minnesota a estudiar ciencias políticas y derecho, con la esperanza de llegar a ser un juez y administrar un poco de justicia. Cuando lo permitieran nuestras finanzas, Marvel ingresaría también a la universidad para que finalmente pudiéramos actuar como equipo al emprender nuestro nuevo curso.

Si bien nuestro plan, de modo retrospectivo, ahora parece algo iluso, tenía cierto mérito. Aunque era más bien un sueño que un plan, reflejaba nuestro deseo de vivir como miembros constructivos y humanitarios de la sociedad.

La suerte se echó en septiembre de 1932. Al manejar de Omaha a Minneapolis, alegremente improvisamos una canción sobre nuestra incorporación al gran ejército de los desempleados. Al llegar, dimos el paso inicial, intentando establecer un negocio pe-

queño, pero no llegamos ni a primera. La indemnización por cese no tardó en agotarse y yo no hallaba ningún tipo de trabajo que pagara. No había nada, salvo ofertas para vendedores en una época en la que los compradores eran difíciles de encontrar. Tuvimos que encarar la dura realidad de que el día que dejé la Western Electric, efectivamente nos habíamos sumado al gran ejército de los desempleados.

Al no quedarnos otra, más que depender de la ayuda que mis padres nos pudieran brindar, vivimos con ellos en una parcelita de tierra en las afueras de Minneapolis. Contribuí a la familia como pude, cultivando lo que resultó ser una buena cosecha de verduras. A la hora de la cosecha, Marvel y mi madre trabajaron largas horas al lado de una estufa de carbón en medio del calor estival, enlatando gran parte de la cosecha para poder usarla el invierno entrante. Era 1933, y en septiembre conseguí el trabajo en la Pittsburgh Coal a través de mi padre, quien era superintendente mecánico de la compañía.

Contando de nuevo con nuestro propio sustento, Marvel, las niñas y yo nos mudamos a nuestro propio rincón dentro de la ciudad. Al principio yo trabajaba 60 horas por semana y llevaba a casa unos 18 dólares, que tenían que alcanzar para el alquiler, la comida, la ropa y todo lo demás que necesitáramos. Mis padres nos seguían dando un poco de ayuda cuando podían, y contábamos con nuestra parte de las verduras enlatadas que compartíamos con ellos.

Apenas la íbamos pasando, cuando de repente me recortaron el horario a 48 horas semanales. El alivio físico resultó muy grato, ya que los cargadores de carbón teníamos que trabajar como mulas, pero también significaba un recorte de dos dólares en la paga semanal. Y después sufrimos otro revés económico. Una noche que no estábamos en casa, de repente sobrevino una fuerte ola de frío, típica de los inviernos en Minnesota. Cuando llegamos a casa, el frío había arruinado gran parte de los alimentos enlatados que estaban almacenados en un pórtico cerrado pero sin calefacción. A la mera subsistencia ahora se le estaba arran-

cando el pellejo, dejando al descubierto los huesos de la pobreza absoluta.

Para colmo, era probable que me dieran cesantía en la primavera, al igual que a los choferes del carbón en general, ya que el trabajo se limitaba a la temporada de los meses más fríos del año. Y además me podían despedir en cualquier momento, sin amparo alguno, por un simple capricho del patrón. Había que hacer algo para mejorar la situación, y por eso le dije a Grant Dunne que me uniría al sindicato.

No era así de sencillo, me explicó. El agente de negocios del Local 574, Cliff Hall, había firmado un convenio de taller cerrado *(closed shop)** que incluía a un número reducido de trabajadores en una sola carbonería. A cambio de la promesa que hizo el sindicato de instar a todo el movimiento sindical a que fuesen sus clientes por ser un patrón "justo", el dueño había acordado contratar sólo a miembros del Local 574. Temeroso de que el pacto fracasara si se hacía un intento de sindicalizar toda la industria, Hall había persuadido a la mayoría de la junta ejecutiva de que se opusiera al ingreso de otros trabajadores del carbón al sindicato.

Teníamos que superar este obstáculo, subrayó Grant, porque era importante estar en la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor—AFL), y el Local 574 tenía la jurisdicción de la AFL en nuestra industria. Se había formado un comité voluntario de trabajadores del carbón para luchar por nuestro ingreso al sindicato. Contábamos con la importante ayuda del presidente del Local 574, William S. Brown, y del vicepresidente, George Frosig,

---

* En Estados Unidos el movimiento obrero ha luchado por convenios —y frecuentemente los ha ganado— con cláusulas que refuerzan la solidaridad y eficacia de los sindicatos en el trabajo al enrolar automáticamente como miembros del sindicato a todos los contratados en una mina, fábrica u otro centro de trabajo durante el plazo del convenio. Estos se conocen comúnmente como convenios de *closed shop* (taller cerrado). Los patrones han peleado, estado por estado, a fin de imponer leyes que prohíban los convenios de taller cerrado, situación a la cual se refieren eufemísticamente como *open shop* (taller abierto).—NOTA DEL TRADUCTOR

quienes estaban a favor de la sindicalización de todos los trabajadores del carbón. Brown estaba haciendo arreglos para que el comité voluntario se reuniera con la junta ejecutiva del sindicato y le planteara el asunto. Grant recalcó la necesidad de que hubiera una representación de la Pittsburgh Coal, que era un depósito clave en la industria, y me pidió que participara en la próxima reunión. Acepté.

Nuestra reunión con la junta ejecutiva se dio a los pocos días. Brown dio inicio a la sesión invitándonos a presentar nuestro caso, lo cual hicimos, y de forma enérgica. Después de un jaleo, la junta cambió de posición y decidió admitirnos al sindicato. Se lanzó una campaña general de sindicalización mediante asambleas abiertas patrocinadas por el Local 574. Al poco tiempo se había reclutado al sindicato a un número impresionante de trabajadores. Entonces se escogió un comité representativo a partir de los diversos depósitos para elaborar un pliego de demandas que se presentaría a los patrones. Ya para enero de 1934 las demandas habían sido redactadas y aprobadas por los miembros del sindicato. Se enfocaban en el reconocimiento del sindicato, salarios más altos, horas reducidas, primas por horas extras, mejores condiciones de trabajo y la protección de los empleos con un sistema de antigüedad.

Cuando se les presentaron estas demandas, los patrones rehusaron negociar. Se convocó a una asamblea de todos los trabajadores del carbón la noche de un día de labores para debatir cómo iba a responder el sindicato. Varios funcionarios de otros sindicatos de la AFL asistieron a la asamblea y ayudaron a Cliff Hall a impedir que se realizara una votación de huelga. En respuesta, muchos trabajadores del carbón, frustrados e indignados, hicieron pedazos sus carnets sindicales. Habiendo intentado negarnos la afiliación en un principio, los funcionarios sindicales de nuevo habían perjudicado nuestra causa. Había que encontrar una salida para rectificar la situación.

El comité que había redactado las demandas obligó a que se convocara a otra asamblea general de miembros para el domingo

siguiente, cuando estarían cerradas las carbonerías. Eso permitía que asistieran más trabajadores. El comité se empeñó en promover una gran concurrencia, pidiendo a los trabajadores que habían destruido sus carnets que le dieran otra oportunidad más, y cuando llegó el domingo la sede sindical estaba repleta. Se decidió dar a los patrones 48 horas para iniciar negociaciones, celebrar otra asamblea el día que venciera el plazo y, entretanto, formar un comité de huelga. Los patrones no cedieron en su negativa a negociar, así que el miércoles 7 de febrero de 1934 se declaró la huelga contra la industria.

El comercio del carbón se basaba principalmente en la entrega de combustible para la calefacción de casas y edificios. En un esfuerzo por persuadir a sus clientes de que fueran acumulando una reserva de carbón, los patrones habían difundido rumores de huelga desde el inicio de la campaña de sindicalización. Después de cierto tiempo, la gente llegó a la conclusión de que no era más que una treta para vender carbón, así que cuando llegó ese día de febrero mucha gente tenía poco combustible. Para colmo, la temperatura cayó muy por debajo de cero al inicio del paro. Ya que con esas condiciones la gente no podía estar sin combustible, el sindicato estaba en una buena posición estratégica.

Después de que los funcionarios de la AFL impidieron el primer intento de realizar una votación de huelga, muchos trabajadores habían adoptado una actitud de reserva hacia el sindicato. Iban a esperar a ver si realmente actuaba en serio. Ahora que la batalla había comenzado, empezaron a llegar a raudales al cuartel general de la huelga. Estaba ubicado en la sede de la AFL, en la Primera Avenida Norte 614, donde el Local 574 mantenía una oficina y realizaba sus reuniones. Mi propia experiencia ilustra la situación en aquel momento.

Después de mi primera conversación con Grant Dunne, yo había tratado de averiguar lo que pensaban otros trabajadores en la carbonería de la Pittsburgh sobre la idea de unirse al sindicato. Algunos respondieron positivamente, pero la mayoría se abstuvo hasta ver qué pasaba. La primera mañana de la huelga, fui al de-

pósito, le dije al capataz que nos íbamos a la huelga y conseguí que los demás paleadores me acompañaran al garaje de la empresa. Allí encontramos congregados a los choferes de la Pittsburgh. Estaban preguntándose qué hacer y, tras una breve discusión, la decisión general fue de apoyar al sindicato. Marchamos juntos al cuartel general de la huelga, que estaba cerca, y todos se alistaron para los piquetes de huelga. Nunca olvidaré la alegre bienvenida que recibimos de los demás huelguistas.

Unos 600 trabajadores estaban disponibles como piquetes. La mayoría se esparció para cubrir las carbonerías más grandes, y en otros sitios se mantuvieron líneas de piquete mínimas. Al desarrollarse la lucha, los capitanes de piquete fueron distribuyendo las fuerzas según las necesidades. Entre los huelguistas había choferes que eran dueños de sus propios camiones y transportaban el carbón por comisión. Estos vehículos se utilizaron como servicio de transporte a disposición de los capitanes de piquete. Antes del mediodía del primer día, los destacamentos de piquetes habían barrido de las calles a los choferes esquiroles y, salvo un par de excepciones, se habían cerrado las 67 carbonerías.

No tardamos en tener líos con la policía. Esta se movilizó para echar a los piquetes de un depósito grande que había sido cerrado, y en general nos acosó con detenciones. Los huelguistas no se dejaron amedrentar. Desafiando a la policía, volcaron dos camionadas de carbón frente a un depósito. Otros destacamentos de piquetes libraron una batalla móvil por tres horas a lo largo de una de las principales calles para impedir que la policía escoltara a los rompehuelgas que intentaban hacer una entrega de carbón a un vivero propiedad del sheriff del condado.

Esa batalla reflejó una nueva técnica para realizar piquetes que se desarrolló al calor de la acción a iniciativa de las filas sindicales. Varios huelguistas tenían autos usados, en muchos casos tan viejos que los dueños tenían que hacer de mecánicos caseros para mantenerlos en funcionamiento. Estos autos les daban un alto grado de movilidad a los piquetes, lo cual brindaba varias ventajas tácticas. Se podían mantener patrullas constantes para detec-

tar a choferes esquiroles en las calles. Cuando surgían problemas en un determinado depósito, rápidamente se podían llevar refuerzos. Si una entrega de carbón esquirol, protegida por la policía, lograba cruzar la línea de piquete en un depósito —como en el caso del carbón del sheriff— se podía continuar la lucha por detenerla mientras avanzaba por las calles rumbo a su destino.

Me enteré por primera vez de este nuevo fenómeno al escuchar a unos huelguistas que hablaban entusiastas sobre los piquetes móviles que estaban barriendo la zona norte de la ciudad. "Los dirige un tipo que se llama Harry DeBoer", dijo uno de ellos, "y son un verdadero infierno sobre ruedas". Esta técnica, conocida entonces como escuadrones de piquetes móviles, fue precursora de los escuadrones volantes que posteriormente hicieron célebres los obreros automotrices.

Al mantener las líneas de piquete día y noche, con poco sueño, los huelguistas peleamos con tenacidad para que la industria quedara paralizada. Nos motivaba el hecho de que teníamos mucho en juego en el desenlace de la batalla, y nuestra combatividad se veía estimulada aún más por una creciente conciencia de la fuerza inherente del movimiento sindical. La temperatura seguía por debajo de cero y la gente clamaba por carbón; sin embargo, los patrones y sus lacayos en el gobierno no hallaban la forma de romper la huelga. Finalmente, los patrones indicaron que estaban dispuestos a negociar un acuerdo. La noticia llegó indirectamente el tercer día del paro mediante la Junta Laboral Regional, que había sido creada bajo la administración de Franklin D. Roosevelt.

El 9 de febrero, los funcionarios del Local 574 convocaron a una asamblea general para informar sobre una propuesta para finalizar la huelga a través de un decreto de la Junta Laboral. Los patrones habían acordado reconocer el derecho del sindicato a representar a sus afiliados, dependiendo del resultado de una votación, organizada por la Junta Laboral, para elegir a representantes negociadores. Si el sindicato ganaba la votación, se informó, los patrones negociarían un convenio salarial. Cliff Hall había organizado de antemano a toda una sarta de oradores para la asamblea de los

miembros: un juez, un concejal, un abogado laboral y varios funcionarios de la AFL. Ellos alabaron la propuesta de acuerdo como si fuera la segunda venida de Cristo. El sindicato había empezado muy bien en la industria, dijeron a los huelguistas, aun si no se habían ganado todas las demandas. "Hay que aprender a gatear", aconsejaban, "antes de poder aprender a caminar".

Después de más o menos una hora de esa palabrería, Miles Dunne pudo tomar la palabra. Era un orador dinámico y de mente ágil. El acuerdo propuesto era significativo, dijo Miles, principalmente porque mostraba que habíamos puesto a los patrones a la fuga. Ellos ahora estaban maniobrando para robarnos en las negociaciones lo que habíamos ganado en las líneas de piquete. Con ese fin querían evitar las negociaciones directas con el sindicato. El Local 574 seguramente podría ganar una votación por la negociación colectiva, señaló, pero nos estaban pidiendo que regresáramos al trabajo sin garantías de que darían un aumento salarial o que responderían a alguna de las otras demandas. Nuestra respuesta a los patrones debía ser que la huelga continuaría hasta que pactaran un acuerdo directo con el sindicato. Me pareció que Miles había planteado argumentos convincentes y voté de acuerdo a ello. Sin embargo, la mayoría de los huelguistas votó a favor de aceptar el acuerdo propuesto y volvimos al trabajo al día siguiente.

A continuación se inició una intensa campaña en preparación para la votación, programada para mediados de febrero, sobre la negociación colectiva, en la que el Local 574 logró una arrolladora victoria. Entonces, tal como predijo Miles Dunne, los patrones se negaron a hablar de salarios o de cualquier otro tema, salvo a través de la Junta Laboral. Al final, simplemente presentaron una estipulación ante la Junta Laboral por la que se establecía una nueva escala salarial uniforme, con alzas relativamente pequeñas y con primas de salario y medio después de las 48 horas. Todos los trabajadores consiguieron algún logro en sus ingresos. Yo, por ejemplo, recibí un aumento de seis dólares, alcanzando 22 dólares por semana.

Aunque seguramente podríamos haber obtenido mejores resul-

tados con un convenio directo entre el sindicato y la patronal, se habían arrancado importantes concesiones a los patrones. Ahora contábamos con un sindicato fuerte, por lo menos en cuanto a sus filas aguerridas y por el valioso papel desempeñado por dos funcionarios del Local 574, Bill Brown y George Frosig. Se había logrado una victoria importante a pesar de que en la dirección había incompetentes de mentalidad estrecha como Cliff Hall. Por su culpa y la de los de su calaña, los trabajadores del carbón habíamos tenido que luchar para ingresar al sindicato, luego batallar por el derecho de salir en huelga, y después habíamos perdido en negociaciones chapuceras gran parte de lo que habíamos ganado en las líneas de piquete. No éramos pocos quienes habíamos comprendido que esto exigía cambios drásticos en la dirección del sindicato.

Después de la huelga, Hall y sus secuaces empezaron a hacer comentarios sarcásticos en la sede sindical diciendo que los Dunne eran comunistas. Sus palabras despertaron mi interés, pero no por las razones que ellos deseaban. Me impresionó la manera en que Grant y Miles se habían desenvuelto durante la huelga. Parecían saber lo que había que hacer y tenían agallas para hacerlo.

Una noche después de una asamblea, fui a un bar enfrente de la sede sindical y vi a Miles Dunne al lado de la barra. Me paré a su lado y tras charlar un rato fui al grano.

"¿Eres comunista?", le pregunté.

"¿Y qué diablos te importa?", me contestó.

"Oí decir que lo eras", le dije. "Si es cierto, entonces creo que es lo que yo quiero ser".

Yo razonaba que si me incorporaba a una organización comunista, entonces a lo mejor podría aprender algunas de las cosas que ellos sabían.

Unos días más tarde, Miles y Grant me llevaron a una reunión privada en casa de Carl Skoglund, a quien había conocido al conversar con él durante la huelga. Allí conocí por primera vez a V.R. Dunne. En ese encuentro inicié por fin la formación política que estaba buscando. El resultado fue que en marzo de 1934 ingresé

al partido socialista revolucionario, conocido entonces como la Liga Comunista de América, que más tarde evolucionó para convertirse en el actual Partido Socialista de los Trabajadores. Al tener en cuenta que había votado por el candidato presidencial republicano, Herbert Hoover, en las elecciones de 1932, yo había avanzado mucho políticamente en poco más de un año ante el impacto de mis experiencias durante la crisis social de aquella época.

En los 37 años desde entonces, he aprendido bastante por mi participación en los movimientos sindical y socialista revolucionario. Desde esa óptica emprendo el presente estudio de la historia de los Teamsters en Minneapolis durante los años turbulentos que van desde 1934 hasta 1941. La huelga del carbón fue solo la primera escaramuza en un creciente conflicto que no tardó en convertirse prácticamente en una guerra civil. Las huelgas más amplias de los Teamsters que ocurrieron después del paro del carbón sentaron un ejemplo para todo el movimiento obrero y contribuyeron a generar combatividad en las luchas masivas que más tarde libró en las industrias básicas el recién formado Comité para la Organización Industrial (Committee for Industrial Organization).

Si bien Minneapolis carecía de las industrias básicas donde se dieron las acciones sindicales más decisivas de esa época, las huelgas de los Teamsters en esa ciudad cobraron mucha importancia a nivel nacional debido a ciertos factores especiales. Desde luego, en la situación local había un elemento clave que se manifestaba en el conjunto de las industrias, a saber, la radicalización de la clase trabajadora ante el impacto de la severa depresión económica. La principal diferencia radicó en la presencia local de cuadros socialistas revolucionarios que demostraron ser sumamente capaces de fusionarse con la masa de los trabajadores rebeldes y brindar conocimientos vitales en la lucha contra la clase dominante capitalista. Hay que comprender la relación directa entre esta circunstancia y la historia del sindicato para apreciar el significado pleno de esta crónica.

Otro factor especial fue el desarrollo peculiar de esa región. Por

diversas razones se había desarrollado entre la clase obrera un grado inusitado de conciencia sindical e incluso de conciencia de clase política, especialmente entre capas de mediana y mayor edad. A la vez, de las tendencias políticas regionales había surgido un gobierno estatal que era excepcionalmente susceptible a las presiones de masas, lo que hacía que al gobernador se le dificultara actuar abiertamente como rompehuelgas.

De ahí se desprende que no es posible comprender el significado pleno de las huelgas de 1934 de los Teamsters sin examinar más detenidamente estos factores especiales en la situación, comenzando con la historia de fondo.

2

Germen de rebelión

Minneapolis yace al borde de una vasta pradera agrícola que se extiende por las Dakotas hacia el oeste hasta Montana. En el siglo XIX, lozanos bosques de pino iban desde el norte de la ciudad hasta la frontera canadiense. Después de que la región le fuera arrebatada a los indios, comenzó el desarrollo económico capitalista basado en el trigo y la madera. Cuando los magnates de la madera ya habían expoliado los bosques vírgenes, se descubrió mineral de hierro en la sierra Mesabi, en el norte de Minnesota. La explotación a cielo abierto de las minas de hierro para las acerías de la región oriental inauguró una nueva esfera de inversión de capital en momentos en que decaía el comercio maderero.

Como centro de este entorno económico, Minneapolis conoció el zumbido de los aserraderos mientras duró el boom maderero, y por muchos años fue el centro nacional de producción de harina. Surgieron fundiciones para fabricar aperos agrícolas. Se establecieron casas de mayoreo que comerciaban en ferretería, alimentos, ropa y otros productos de consumo para la región. Desde la ciudad se abrió en abanico una red ferroviaria, como sucedió más tarde al crearse una red de transporte en camión. Los ferrocarri-

les dictaban las tarifas del flete que los granjeros debían pagar por el transporte de sus granos al mercado; los molineros decidían cuánto se pagaría por los granos. Esta explotación por los magnates urbanos se complementaba con las manipulaciones financieras un poco más sutiles que se realizaban a través de la lonja de granos local y los bancos. Era una bonanza capitalista que permitía que se enriquecieran todos menos los trabajadores y los pequeños agricultores.

La fuerza de trabajo para la agricultura, las industrias, el transporte y el comercio provenía de una combinación de fuerzas nativas e inmigrantes. Dado el carácter estacional de muchos empleos, el sector nativo estaba compuesto en gran parte por trabajadores itinerantes procedentes de otras partes del país. En su mayoría trabajaban en las cosechas y como madereros, mineros y constructores de vías férreas. La organización Obreros Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World —IWW— o *Wobblies*) surgió principalmente como sindicato de tales trabajadores itinerantes. En Minneapolis, el IWW estableció el Local 10 en el distrito de la Plaza del Puente, el barrio de mala muerte de la ciudad. Desde alrededor de 1910 hasta la Primera Guerra Mundial, fue uno de los locales más grandes e importantes del IWW en el Medio Oeste. Por ahí pasaban decenas de miles de trabajadores itinerantes rumbo a diversos empleos en la región.

Entre los miembros del IWW existía un alto nivel de conciencia de clase, fruto de la historia de luchas heroicas que distinguía a la organización. Algunos de ellos eran *double headers*, es decir, pertenecían también a uno u otro gremio de la AFL. Por tanto, el movimiento sindical de Minnesota en general quedó influenciado por su combatividad y su perspectiva de lucha de clases. Además el movimiento se vio influenciado por los obreros ferroviarios que llegaban a Minneapolis y encontraban trabajo en los ferrocarriles y en los talleres de reparación de equipo ferroviario. Entre ellos había seguidores de Eugene V. Debs, el gran dirigente socialista y del sindicato ferrocarrilero, quien los instruyó en los fundamentos de la política de clases. La experiencia huelguística que habían

adquirido en otras partes del país, así como sus conocimientos políticos, se hicieron sentir dentro de la AFL a nivel local.

Paralelamente a la afluencia de itinerantes nativos, a partir de fines del siglo XIX fueron llegando olas de inmigrantes a la región. Provenían sobre todo de Noruega, Suecia, Alemania, Finlandia y Dinamarca. Atraídos por la posibilidad de adquirir una parcela de tierras públicas *(homesteading)* o de comprar un terreno barato, la mayoría llegaba con la esperanza de hacerse de una mejor vida en este país como agricultores. Para subsistir en la tierra necesitaban semillas, aperos y ganado. Había que cumplir con los pagos de hipoteca. Ya que por lo general los estafaban con precios injustos por sus productos y a veces encaraban el fracaso rotundo de una cosecha, a menudo surgía la necesidad de encontrar una vía para obtener dinero contante y sonante. Eso frecuentemente traía a los agricultores inmigrantes a Minneapolis en busca de trabajo. Muchos habían sido obreros de fábrica cualificados y mecánicos de la industria de la construcción en su país de origen y lograban hallar trabajo en su oficio. Otros sencillamente hacían lo que podían para que los emplearan en cualquier trabajo manual.

Algunos decidieron establecerse en la ciudad, donde con el tiempo se les unieron miles de inmigrantes más que habían sido expulsados de sus pequeñas fincas. Un buen número de ellos ya eran socialistas al llegar a este país. Solían afiliarse al Partido Socialista de la época de Debs, en el cual estaban organizados en federaciones lingüísticas según su país de origen. También habían adquirido bastante experiencia sindical en su país natal. Por ende, como parte de la fuerza laboral de la ciudad, llegaban a ser militantes sindicales y activistas socialistas tanto en la AFL como en el IWW. Esta fusión de la combatividad sindical de los trabajadores nativos con la de los inmigrantes se ilustra con las carreras de V.R. Dunne y de Carl Skoglund, quienes habrían de emerger como dirigentes centrales de las huelgas de los Teamsters en 1934.

Vincent Raymond Dunne nació el 17 de abril de 1889 en Kansas City, Kansas. Cuando Ray aún era una criatura, su padre, mecánico de tranvías, resultó lesionado tan gravemente que no pudo

seguir trabajando, y la familia se mudó a la finca de los abuelos en Little Falls, Minnesota. A los 14 años, tras cursar sólo estudios formales limitados, Ray se puso a trabajar de maderero en los bosques de Minnesota. Al cabo de un año se echó a andar, deteniéndose primero en las cosechas de los campos de Dakota del Norte, donde se afilió al IWW. De ahí se trasladó a Montana, luego a Washington, bajando por la costa del Pacífico, y luego cruzó el Sudoeste. En el camino trabajó de obrero maderero, en las cosechas o de lo que pudiera conseguir como trabajador itinerante.

Durante sus recorridos acumuló una nutrida experiencia con huelgas y con luchas por la libertad de expresión impulsadas por el IWW. En 1908, acusado de vagancia, fue sentenciado en Arkansas a una cuadrilla de presos en cadenas, lo cual no duró mucho. Un día, al ver la oportunidad de escapar, se largó y no se detuvo hasta llegar a Minneapolis.

Allí se casó con Jennie Holm en 1914. Tuvieron dos niños: Raymond, el hijo, y Jeannette, la hija. En la ciudad, Ray Dunne primero consiguió trabajo como chofer para una empresa de servicio expreso. Estando ahí trabajó junto a Ray Rainbolt, sobre quien tuvo un fuerte impacto político. El efecto duradero que tuvo se apreció en el destacado papel que más tarde jugó Rainbolt en las huelgas de 1934. Siempre reconoció que fue Dunne quien lo orientó en el sentido correcto hacia el camino de la lucha de clases.

Esta experiencia muestra cómo un revolucionario puede ir sentando las bases para el futuro a través de lo que en ese momento parece ser simplemente una relación habitual con sus compañeros de trabajo. Más tarde sus caminos se separaron temporalmente cuando Ray Dunne consiguió trabajo como oficinista en una empresa que abastecía hogares con hielo como medio de refrigeración.

Para entonces, él se había desarrollado más allá de la perspectiva sindicalista del IWW, que se enfocaba de forma unilateral en la huelga general como la clave para la transformación de la sociedad. Si bien se mantenía leal al IWW, Ray había sobrepasado políticamente esa organización en su comprensión de la natura-

leza del estado capitalista. Comenzaba a comprender la importancia de construir un partido marxista de vanguardia y ya se consideraba un socialista revolucionario. Tal era el carácter de sus ideas políticas cuando conoció por primera vez a Carl Skoglund en 1915 durante un mitin callejero en Minneapolis.

Carl Skoglund nació el 7 de abril de 1884 en Suecia, en una antigua hacienda feudal donde sus antepasados habían sido siervos. Cuando iba alcanzando la adolescencia falleció su padre, obligándolo, como hijo mayor, a abandonar la escuela para ganar el sustento de la familia. Consiguió trabajo en una fábrica de papel, donde con el tiempo llegó a ser obrero cualificado. En la papelera los salarios eran bajos y las condiciones de trabajo eran malas, así que Carl ayudó a sindicalizarla y a dirigir una huelga para que el patrón reconociera el sindicato.

Gracias a estas experiencias en la lucha de clases, adquirió conciencia de clase política, aprendió muchos de los fundamentos del marxismo de otros trabajadores avanzados y se afilió al Partido Social Demócrata. Más tarde le tocó cumplir el servicio militar en el ejército sueco. Cuando a los conscriptos los mantuvieron en uniforme más allá del periodo legal del servicio obligatorio, fue uno de los dirigentes de un movimiento de protesta de soldados que exigieron ser desmovilizados. La clase gobernante calificó la protesta como "motín", y al archivo de sus actividades como militante sindical y político añadieron otro punto en su contra. Al estar prácticamente en todas las listas negras de modo que rara vez podía conseguir trabajo, en 1911 decidió irse a Estados Unidos. Su prometida se quedó atrás y jamás se volvieron a juntar; salvo un breve matrimonio hacia el final de su vida, permaneció soltero.

Al llegar a Minnesota, Carl trabajó brevemente en una cuadrilla de construcción de vías férreas, y después se fue al bosque a trabajar como obrero maderero. Allí sufrió una grave lesión en el pie. Como Carl iba a tener que guardar cama durante un buen rato, la compañía maderera decidió desecharlo como inútil. El médico de la compañía le dio un tratamiento superficial de emergencia y después lo despidieron. Fue a Minneapolis donde buscó

atención médica, y se mantuvo trabajando de portero y encargado de calderas. Una vez que sanó la herida y que mejoró su movilidad, trabajó como mecánico en la construcción y de ahí pasó a trabajar como reparador de vagones en los talleres ferroviarios. Tras afiliarse al Partido Socialista en 1914, Carl era uno de los dirigentes del ala izquierda de la Federación Escandinava del partido cuando conoció a Ray Dunne un año después.

En un memorando personal que me escribió mucho tiempo después, Ray se refirió a su asociación temprana: "Skogie, según lo apodamos afectuosamente desde los primeros días sus camaradas y amigos íntimos, fue mi maestro y compañero cercano. No solo era un mecánico habilidoso, era un intelectual de talla considerable. Poseía una estupenda biblioteca de literatura marxista y en la mayor parte del tiempo libre que compartimos . . . pasé mucho tiempo leyendo libros y folletos entre las breves 'lecciones privadas' de Carl. A veces había con nosotros seis u ocho camaradas más en su habitación, o en la sede del IWW, o en la IOGT (Orden Internacional de los Buenos Templarios) o en la zona norte en el distrito de aserraderos, que era el cuartel general del local más grande del Partido Socialista en Minneapolis o St. Paul. Él explicaba los puntos fuertes y débiles del IWW. Aún en aquellos días estaba en su elemento tanto con los *Wobblies* como en el Partido Socialista. Ambos lo reconocían como dirigente. Pero ante todo era un hombre de partido; un internacionalista, por supuesto".

El internacionalismo revolucionario tuvo que pasar una dura prueba cuando Estados Unidos entró a la Primera Guerra Mundial en 1917. La clase dominante aprovechó la ocasión para arremeter contra los trabajadores y agricultores combativos. La legislatura de Minnesota creó una Comisión de Seguridad integrada por siete miembros, dotada de poderes dictatoriales y un presupuesto de un millón de dólares. Esta dirigió un ataque sistemático contra el movimiento radical, los sindicatos y las organizaciones de pequeños agricultores. Para atizar la histeria de guerra se puso en marcha una sostenida campaña propagandística. El objetivo era desatar una furia chovinista ciega contra cualquiera que acusaran

de ser "antipatriótico". Salpicaban las casas de los inmigrantes alemanes con pintura amarilla. Turbas acosaban a los radicales cuyos nombres aparecían en la prensa burguesa, y a algunos incluso los cubrían con brea y los emplumaban.

Al IWW, en particular, le asestaron golpes paralizantes al fabricar cargos judiciales contra sus principales dirigentes y encarcelarlos. A pesar de todo, los militantes que se oponían intransigentemente a la guerra imperialista resistieron las presiones, aguardando y buscando una oportunidad para luchar. Entre ellos estaban Ray y Carl, a quienes la experiencia templó más aún como luchadores revolucionarios.

Tras el armisticio de 1918, el país entró a una nueva fase en la lucha de clases. Se dieron varias huelgas importantes en industrias básicas, la mayoría de las cuales se perdió. La Revolución Rusa de 1917 había estremecido al movimiento radical, lo que provocó una escisión en el Partido Socialista de Estados Unidos. Con esa escisión, el ala izquierda del PS proporcionó las principales fuerzas que fundaron el Partido Comunista en 1919, el cual se afilió a la Tercera Internacional dirigida por Lenin y Trotsky.

En Minnesota, la Federación Escandinava tomó la iniciativa al optar por el PC y casi toda el ala izquierda del PS en el estado siguió su ejemplo. Así fue que Carl llegó a ser miembro fundador del nuevo partido, y Ray se afilió en 1920. Ambos fueron miembros del comité central del partido en Minneapolis.

En los años posteriores, antes de que se estalinizara, el Partido Comunista en general desempeñó un papel positivo en los sindicatos y en el movimiento de agricultores. A raíz de sus actividades Carl y Ray lograron ser elegidos por sus sindicatos locales como delegados a la Unión Central del Trabajo (Central Labor Union—CLU), organismo integrado por representantes de todos los locales de la AFL en la ciudad. Después de la guerra Ray había conseguido un puesto de pesador en una carbonería. Su función consistía en asignar a los choferes para la entrega de pedidos de combustible y pesar cada carga para verificar que los pedidos se despacharan debidamente. Este puesto le permitió tomar la ini-

ciativa para ayudar a organizar un sindicato de trabajadores de oficinas afiliado a la AFL. Eso a su vez lo convirtió en candidato para llegar a ser delegado a la CLU.

Dirigido debidamente, el organismo central tenía la capacidad de promover la causa de los trabajadores usando la fuerza combinada de todos los sindicalistas de la ciudad. Sin embargo, en la práctica, la cúpula de la AFL frecuentemente empleaba la CLU para imponer su control dictatorial sobre los sindicatos locales disidentes. Aun así, los revolucionarios podían obrar de forma provechosa en el seno de ese organismo. Se podían hacer esfuerzos para impedir actos injustos por parte de funcionarios dictatoriales de la AFL y se podía ejercer influencia destinada a promover la formación de un ala izquierda en todo el movimiento sindical local.

La elección de Carl como delegado a la CLU se desprendía del papel que había desempeñado en el sindicato de trabajadores de vagones de ferrocarril, un gremio afiliado a la AFL. Los diversos gremios ferroviarios estaban bastante sindicalizados en Minneapolis —un gran centro ferrocarrilero— y él había logrado ser reconocido como dirigente entre toda el ala izquierda de los sindicatos de talleres de reparación. Fue electo presidente de distrito del comité de huelga durante los paros nacionales de los talleres de reparación en 1919 y 1922. En ambas luchas, los trabajadores fueron derrotados por las acciones rompehuelgas de la patronal, con ayuda del gobierno, así como la maldirigencia en los altos círculos sindicales. Después de la huelga de 1922, Carl fue colocado en la lista negra de los ferrocarriles, como le había sucedido en Suecia, y se dedicó a manejar un camión carbonero para ganarse la vida.

Tras la Primera Guerra Mundial se desató una caza de brujas, que se destacó por las Redadas de Palmer, que llevaban el nombre del procurador general de Estados Unidos que impulsó el ataque contra el movimiento obrero. Encarcelaron a radicales al por mayor, y entre ellos deportaron a muchos no ciudadanos. Carl apenas logró escapar cuando fue como delegado a un congreso clandestino del Partido Comunista en Michigan. Estaban reuni-

dos en una zona rural boscosa, cuando se supo que el gobierno preparaba una redada. A Carl y a otro delegado les tocó enterrar algunos documentos, pero resultó que el "camarada" que lo ayudaba era un agente del gobierno. Para entonces Carl ya no era un novato, así que logró eludir la redada y actuó con discreción hasta que las cosas se enfriaron un poco. En su punto culminante, la caza de brujas estatal había llevado en 1926 a una depuración de "rojos" en el seno de la AFL. Carl y Ray fueron expulsados de sus sindicatos y separados oficialmente de todo vínculo sindical.

Pronto acontecería una experiencia más desgarradora aún, a raíz de un conflicto en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética. Tras la muerte de V.I. Lenin en 1924, José Stalin encabezó una burocracia privilegiada en la Unión Soviética que fue creciendo progresivamente. Con el tiempo logró llevar a cabo una contrarrevolución política, la cual despojó a las masas de sus derechos democráticos en el primer estado obrero. La burocracia estalinista también orientó a los partidos de la Tercera Internacional hacia la colaboración reformista con las clases dominantes capitalistas en otros países.

León Trotsky organizó una oposición a la pandilla estalinista, pero fue aplastada de forma despiadada y sus miembros fueron perseguidos y encarcelados. Trotsky mismo fue exiliado a Alma Ata, en Asia central. Sin embargo, algunos de los delegados al Sexto Congreso de la Internacional Comunista en 1928 alcanzaron a escuchar el eco de esta lucha trascendental, a pesar de que Stalin contaba con una mayoría indiscutible en el encuentro.

Uno de los delegados del Partido Comunista de Estados Unidos al congreso moscovita fue James P. Cannon, quien por casualidad se encontró con un documento de Trotsky que criticaba el proyecto de programa estalinista. El documento fue suprimido en el congreso bajo el pretexto de que Trotsky había sido expulsado del PC ruso en 1927. Cannon y Maurice Spector, un dirigente del PC canadiense, sacaron clandestinamente de Rusia una copia del documento. Luego, con la ayuda de Max Shachtman y Martin Abern, Cannon intentó divulgar en este país las ideas de Trotsky.

El 27 de octubre de 1928, Cannon, Shachtman y Abern fueron expulsados del Partido Comunista bajo cargos de "trotskismo".

Ray Dunne y Carl Skoglund habían conocido a Jim Cannon en 1924 cuando visitó Minneapolis como dirigente nacional del PC. Posteriormente, Ray se unió al caucus de Cannon en el partido. Hasta 1928, Carl había estado más cercano al sindicalista William Z. Foster, otro dirigente nacional del PC, que a Cannon. Cuando Foster respaldó la línea de Stalin, Carl se unió a Ray en apoyo del grupo de Cannon. Exigieron que los funcionarios locales del PC explicaran por qué habían expulsado a Cannon, Shachtman y Abern. Por hacerlo, ellos mismos fueron expulsados sumariamente del partido, junto con otros camaradas que compartían su opinión. Ese trato escandaloso fue seguido por una campaña estalinista de difamación, ostracismo y gangsterismo contra ellos.

Posteriormente, Ray describió la situación de aquellos momentos: "Para Carl y para mí —y sin duda no fuimos los únicos— nuestra expulsión del PC fue algo así como la 'herida más cruel' . . . Después de noviembre de 1928, fuimos verdaderos parias desde el punto de vista de los 'dirigentes' del movimiento sindical, del Partido de los Agricultores y Trabajadores (Farmer-Labor Party—FLP) y de los numerosos miembros del Distrito 9, el tercer distrito del PC en cuanto al número de militantes en aquella época. Puede parecer un tanto difícil de creer, pero sería completamente errado decir o indicar que nos sentíamos desalentados, agobiados, inseguros o sin planes para las tareas necesarias que tan inesperadamente se nos habían impuesto. Estoy más que seguro que la historia documentada corrobora lo que digo, al menos en cuanto a este asunto".

Las tareas a las que se refería se enfocaban en el esfuerzo de apoyar al pequeño y paupérrimo movimiento trotskista que había surgido de la escisión. Como primer paso para fomentar el crecimiento del nuevo movimiento, buscaron influenciar a los miembros vacilantes del Partido Comunista que se sentían perturbados por la política estalinista. Para cumplir sus nuevas tareas se pasaron un buen rato estudiando los clásicos del marxismo y deba-

tiendo cómo elaborar su trayectoria revolucionaria. Los trotskistas se organizaron a nivel nacional como la Liga Comunista de América (Oposición de Izquierda). La parte del nombre entre paréntesis significaba que luchaban por ser readmitidos al PC con los derechos democráticos normales de una minoría para expresar sus criterios de manera disciplinada durante los periodos de debate interno, que según había enseñado Lenin era el método correcto. Esperaban que con el transcurso del tiempo y los acontecimientos, podrían convencer de nuevo al PC de una línea política correcta. La herramienta clave de la Liga Comunista en este esfuerzo fue su semanario, el *Militant*. Al reconocer el impulso que podía dar a su labor política, los camaradas de Minneapolis hicieron esfuerzos extraordinarios para brindar al periódico el apoyo económico que tanto necesitaba y para incrementar su difusión.

En 1933 la Liga Comunista realizó un viraje hacia la construcción de un nuevo partido revolucionario. El Partido Comunista alemán, al no oponerse a la toma del poder por Hitler en Alemania ese año, había demostrado la bancarrota política del movimiento estalinista mundial. Era evidente que ya no era posible la reanimación revolucionaria de la Tercera Internacional. Esto imponía la tarea de construir nuevos partidos en todo el mundo y unirlos en una nueva internacional revolucionaria.

Ya para entonces, la rama de la Liga Comunista en Minneapolis había crecido a unos 40 miembros y simpatizantes cercanos. Entre ellos había camaradas con una extensa y variada experiencia en los movimientos sindical y radical. Al disponer de estas fuerzas, la rama se encontraba en una situación favorable para orientarse al trabajo de masas como piedra angular de la construcción del nuevo partido. Las condiciones objetivas se tornaban cada vez más favorables para esta perspectiva, a medida que la radicalización de masas de la época se agudizaba ante las presiones de la depresión económica. Era el momento propicio, pensaron Carl y Ray, para acelerar la campaña de los Teamsters, algo que ya habían venido contemplando antes de ser expulsados del Partido Comunista en 1928.

3

Plan de batalla

El Local General de Choferes 574, mediante el cual la Liga Comunista lanzó su campaña sindical, llevaba la impronta del sindicalismo empresarial *(business unionism)*. Esos conceptos los había impuesto a la Federación Americana del Trabajo (AFL) su dirigente fundador, Samuel Gompers. Cuando murió Gompers en 1924, lo reemplazó como presidente de la AFL William Green, quien continuó la política del fundador. El sindicalismo empresarial se diseñó con miras a lograr aceptación entre los círculos gobernantes al practicar la colaboración de clases. Con ese fin, los funcionarios de la AFL se empeñaban en actuar como "estadistas del movimiento obrero".

Dando la espalda a la gran mayoría de los trabajadores de la nación para que se las arreglaran como pudieran, los mandarines de la AFL se concentraban en la organización de gremios de oficios de carácter estrecho y privilegiado. Estos se basaban en distintas capas de trabajadores cualificados. Por ser el sector mejor remunerado de la clase trabajadora, su perspectiva era más susceptible a deformarse acorde con las concepciones del sindicalismo empresarial. En pos de este objetivo creaban pequeños trusts de em-

pleos a través de convenios de "taller cerrado" que pactaban con la patronal, según los cuales la empresa sólo contrataba a miembros del determinado gremio de oficios. A los funcionarios de la AFL que ansiaban avanzar dentro del movimiento, se les enseñaba a tratar dichos convenios como algo sacrosanto. Se imponía un estricto control sobre las huelgas, y eran frecuentes los casos en que un oficio hacía de rompehuelgas contra otro oficio.

La cúpula de la AFL se convirtió en una burocracia satisfecha de sí misma, que gozaba de elevados salarios y generosas cuentas de gastos. Viviendo en su propio mundo acomodado, los burócratas mantenían una visión desapasionada hacia el movimiento sindical. A menudo tomaban el bando de los patrones contra los trabajadores. Actuaban sin demora al imponer medidas disciplinarias contra los disidentes en los sindicatos. Desconfiaban de los trabajadores y les temían, y procuraban regimentar a las filas usando métodos dictatoriales. Al hacerlo, amañaban la estructura y los procedimientos sindicales para perpetuarse en sus cargos. Con esta orientación, y firmemente de cara al pasado, los funcionarios de la AFL presidieron un periodo de declive progresivo en el número de miembros a nivel nacional conforme cobraba impulso la crisis social de los años treinta.

En 1933 Minneapolis tenía un pequeño movimiento de la AFL que luchaba por sobrevivir. Estaba compuesto de sindicatos en la industria de la construcción, imprentas, talleres ferroviarios, servicios, camionaje y uno que otro oficio más. En la mayoría de los casos eran organizaciones muy reducidas. Los sindicatos locales de la AFL estaban afiliados a organismos centrales, los cuales estaban organizados por oficios y por lo general eran denominados "Sindicatos Internacionales". Este término no significaba para nada que tuvieran una perspectiva proletaria internacionalista. Sencillamente significaba que estos organismos tenían unos cuantos locales afiliados en Canadá.

En 1933 la organización matriz de los sindicatos de choferes en Minneapolis se conocía como la Hermandad Internacional de Carreteros, Choferes, Mozos de Cuadra y Ayudantes (International

Brotherhood of Teamsters, Chauffeurs, Stablemen and Helpers—IBT). En aquella época la IBT contaba con unos 80 mil miembros a nivel nacional. Daniel J. Tobin había sido presidente general de la organización desde 1907, y era la pura esencia del sindicalismo empresarial. En el boletín *Teamster Journal* se jactaba de que los miembros de la IBT no eran "la basura que ha ingresado a otras organizaciones". Añadía que el sindicato no quería que se unieran miembros nuevos "si van a salir en huelga el día de mañana".

Aparte de los carreteros y mozos de cuadra —quienes para entonces ya eran más bien cosa del pasado— las filas de la IBT se limitaban mayormente a los choferes de camión, ayudantes y trabajadores de andén en las plataformas de carga. Además del carácter cerrado de su estructura general basada en oficios, en la organización había subdivisiones por oficio aún más estrechas. Los miembros estaban divididos en gremios locales separados más o menos según las distintas mercancías que manejaban. A su vez, cada gremio local protegía celosamente su jurisdicción sobre el suboficio en el que se basaba. Al dividir de esta forma organizativa a los trabajadores, Tobin podía manejar el sindicato con mano de hierro. Con ese propósito, mantenía también un plantel de organizadores generales que le rendían cuentas directamente a él. Su deber principal consistía en hacer cumplir las órdenes de Tobin y mantenerlo al tanto de toda señal de disidencia en la organización. Por su parte, Tobin se mantenía apartado de las filas. Dictaba la ley a través del *Teamster Journal,* y a los infractores los citaba a sus oficinas en Indianapolis, Indiana, para reprenderlos.

En las ciudades donde la IBT tenía unos pocos sindicatos locales, generalmente se formaba un Consejo Unido de Teamsters (Teamsters Joint Council). Este era un cuerpo de delegados compuesto de los miembros de las juntas ejecutivas de los distintos sindicatos locales, lo que lo hacía muy acogedor para sus integrantes. El funcionario que era criticado por los trabajadores en un sindicato local podía contar con la comprensión y el apoyo del consejo. Como regla general, de estos delegados se escogía un organizador para administrar los asuntos del consejo. El consejo gozaba de bas-

tante libertad para supervisar los locales de la IBT dentro de la ciudad, siempre y cuando siguiera la política oficial de la IBT y llevara a cabo todas las órdenes específicas de Tobin.

En Minneapolis se había formado un Consejo Unido de Teamsters. Este incorporaba a distintos locales de distribuidores de hielo, choferes encargados de las rutas lecheras, vendedores de té y café, choferes de camiones municipales y choferes en general. Había también un sindicato local de taxistas cuyo puñado de miembros conducían taxis particulares. En 1933 el conjunto de los miembros de estos locales sumaba menos de mil. Y los Teamsters no habían ganado una sola huelga en una veintena de años.

El Local 574 fue constituido oficialmente como local "general" alrededor de 1915. Si bien dicha denominación significaba que el 574 podía aceptar a miembros que no estuvieran específicamente dentro de la jurisdicción de otro local de la IBT, la idea no era que se convirtiera en un sindicato que abarcara a todos los camioneros. Si el Local 574 llegaba a tener un número suficiente de miembros de un oficio determinado, estos debían reorganizarse como local propio. No obstante, ese problema no había surgido en la práctica porque el Local 574 no prosperaba. Apenas contaba con 75 miembros antes del otoño de 1933. Los miembros habían elegido a siete funcionarios que constituían la junta ejecutiva del local. Entre éstos estaban el presidente, el vicepresidente y un secretario que redactaba las actas de las asambleas. Además estaba el secretario-tesorero, quien debía encargarse de los archivos financieros, de la correspondencia y de los asuntos generales del sindicato. Se había elegido a tres síndicos para la auditoría de las cuentas financieras.

Aparte del presidente, William S. Brown, quien trabajaba a tiempo completo como organizador del Consejo Unido de Teamsters, todos los funcionarios del Local 574 trabajaban en la industria. Por eso se había contratado a Cliff Hall como agente de negocios a tiempo parcial para que atendiera los asuntos del local. Hall era un chofer de camión lechero ofrecido en "prestamo" por su organización. Aceptó el cargo como un paso hacia la realiza-

ción de su ambición personal: convertirse en burócrata sindical. El local tenía cuatro o cinco convenios de taller cerrado con compañías pequeñas, los cuales se habían obtenido a cambio de la promesa de que el sindicato patrocinara estas empresas. La promesa se cumplía poniendo los nombres de estas firmas en una lista de patrones "justos" que se colocaba en la sede de la Unión Central del Trabajo de la AFL. Si surgían dificultades con una de estas empresas, se amenazaba con retirarla de la lista, dándose a entender que se perjudicaría su negocio.

El plan no funcionaba muy bien, según explicó Cliff Hall en una carta que mandó a Tobin con fecha del 22 de abril de 1930. "Hace unas dos semanas", escribió Hall, "fui llamado a las oficinas de una compañía de transbordo, y me dijo que . . . una empresa no sindicalizada fue a una de sus estaciones más grandes y redujo a casi la mitad el flete de sus productos, y he aquí el resultado: lo primero que me dice es que pregunte a los empleados si están dispuestos a aceptar una reducción salarial de un dólar por semana . . . Corren rumores de que una de las otras empresas de transbordo va a hacer lo mismo, a menos que tomemos medidas para detener la propuesta . . . El 21 de abril . . . los miembros del Local convocaron a una asamblea para las dos empresas de transbordo que están afectadas por esta propuesta. Cabe decir que se escucharon un buen número de comentarios en el sentido de que . . . había una sola forma de sindicalizar la ciudad de Minneapolis: presentando un convenio a las compañías que actualmente se muestran favorables hacia el Sindicato y si dichas compañías no quieren firmar este convenio, el sentir de la organización es que el Local General de Choferes 574 contemple seriamente la idea de salir en huelga".

Hall adjuntó una propuesta de acuerdo salarial pidiendo a Tobin que la aprobara. Afirmó que se había "leído en la organización local, en tres ocasiones [según lo estipulado por los reglamentos de la IBT—FD], y aprobado en cada ocasión. También ha sido aprobada por el Consejo Unido de Teamsters Número 32".

Al aprobar la solicitud, Tobin le escribió a Hall al día siguiente. "Por supuesto, tú comprendes que la aprobación de un acuerdo

salarial no equivale a aprobar una huelga, y antes de permitir que tus hombres se involucren en algo semejante a un paro laboral, será necesario que te comuniques con esta oficina para explicar en qué consiste el diferendo entre tu local y los empleadores, el número de hombres que van a estar implicados y todos los demás datos en torno a la situación, de tal forma que yo, a la vez, pueda presentarla a la Junta Ejecutiva General para que ésta la pueda considerar y aprobar. Confío que no van a tener que meterse en líos de ningún tipo y que me comunicarás que se ha llegado a un acuerdo satisfactorio". Este intercambio de cartas ayuda a explicar de forma elocuente por qué el sindicato era tan impotente.

El local también se encontraba en una situación paupérrima. Su posesión más importante era una pequeña caja fuerte de hierro que, según uno de los funcionarios, había que vigilar "porque ahí se guardan nuestros libros de contabilidad". Se mantenían dos juegos de libros, uno para mostrárselo al auditor que Tobin mandaba de un lugar a otro y el otro para uso más refinado. De vez en cuando, el local montaba una campaña de sindicalización que captaba unos cuantos miembros más, usualmente de manera temporal. En estos casos, solo se dejaba constancia informal del pago de las cuotas de inscripción y de las cuotas mensuales en un principio. Así el local podía evitar tener que desembolsar a Tobin un impuesto per cápita por los nuevos miembros si éstos dejaban el sindicato al poco rato. Tobin a veces se quejaba de que el local no enviaba informes adecuados de su padrón de miembros para que el sindicato internacional supiera cuánto le tocaba de impuestos. Sin embargo, sus quejas no alteraban los métodos empleados por el local, ya que era una forma de echar un poquito más a la caja fuerte.

Una anécdota que relataba Bill Brown ilustra muy bien el ambiente que se vivía en el local. Cierta vez, el secretario-tesorero, quien contaba con poca educación formal, estaba leyendo un informe de finanzas a la asamblea general. Cada vez que llegaba a un artículo clasificado como misceláneo, lo pronunciaba "*miss-*

muláneo". Al final, uno de los miembros, que estaba un poco pasado de copas, interrumpió exclamando: "¿Quién es esa maldita mujer en la cual estás gastando todo nuestro dinero?" Balbuceando airadamente, el secretario-tesorero tiró sus libros al aire y se marchó indignado de la reunión.

Al final de cuentas, el Local 574 apenas contaba con poco más que una carta constitutiva de la IBT con la cual lanzar una campaña de sindicalización. No obstante, esto en sí era de suma importancia. Los trabajadores que recién se van sindicalizando tienden a orientarse hacia el movimiento sindical oficial, no importa las condiciones en que se encuentre en ese momento. En Minneapolis la AFL era la organización sindical predominante y el Local 574 estaba afiliado a ella. Todo intento de soslayar a la AFL y establecer un sindicato independiente habría sido contraproducente. La cúpula de la AFL automáticamente se opondría a dicho intento, tomando contramedidas para atraer a los trabajadores hacia las estructuras sindicales existentes. El resultado sería confusión y divisiones, beneficiando únicamente a los patrones.

En cambio, al darle una interpretación inversa a la jurisdicción "general", se podría aprovechar el carácter de la carta constitutiva del Local 574. Una campaña de sindicalización exitosa podría inundar el local con nuevos miembros de todas partes de la industria. Antes de que Tobin tuviera tiempo de separarlos en suboficios, se podría desarrollar una situación que estuviera más allá de su control. La industria del camionaje gozaba de tales posibilidades inherentes porque tenía una importancia estratégica para todo el complejo económico de una ciudad comercial como Minneapolis. Este factor convertía a los choferes de camión en el grupo más poderoso de trabajadores en la ciudad. Además, su fuerza se realzaba aún más porque resultaba difícil usar rompehuelgas ya que los camiones tenían que circular por las calles.

Para emprender la marcha en esta situación prometedora hacían falta dos pasos: primero, había que persuadir al Local 574 de que aceptara nuevos miembros más allá del círculo de su trust de empleos; después se podría lanzar una campaña para sindicalizar

a la masa de trabajadores no sindicalizados en esta industria e iniciar una lucha por el reconocimiento del sindicato.

Los dirigentes de la Liga Comunista en Minneapolis abordaron estas tareas con una concepción muy bien estudiada de la dinámica de la lucha de clases, basada en un análisis de la relación entre los aspectos positivos y negativos de la situación. Los trabajadores se estaban radicalizando bajo el azote de la depresión económica. Para movilizarlos hacia la acción había que partir de su nivel de conciencia existente. En el transcurso de la batalla, se podría convencer a una mayoría de que la política sindical de la Liga Comunista era correcta. Llegarían a comprender que la maldirigencia de la AFL era responsable del hecho que ningún sindicato en la ciudad hubiese ganado una sola huelga en la última década. Para remachar el clavo, era imprescindible demostrar en el primer enfrentamiento con los patrones que era posible ganar una huelga.

La clave de todo esto era la infusión al sindicato —a través de los cuadros de la Liga Comunista— de un liderazgo dotado de conciencia de clase política. Claro está, no podrían asumir de inmediato la dirección del sindicato. Su papel como dirigentes tendría que desarrollarse y ser avalado en el transcurso de las luchas contra los patrones. Para facilitar ese objetivo hacía falta que todos los miembros del partido en la ciudad comprendieran y apoyaran la proyectada campaña de los Teamsters. Con ese fin, la rama del partido debatió a fondo toda la concepción y se llegó a un acuerdo firme sobre los pasos a dar. También era necesario decidir de antemano quién iba a hablar en público en nombre del partido y dirigir a sus miembros en el sindicato durante la campaña.

En el memorando antes mencionado, Ray Dunne explicó cómo se concibió esto: "Skogie propuso que yo, y no él, aceptara el papel de vocero público del partido y dirigente de la fracción del partido. Los motivos de la propuesta de Carl eran los siguientes: ambos sabíamos —y él planteó— que era un asunto impredecible. Si teníamos éxito, los patrones sacarían a relucir el hecho que

él no era ciudadano. Si él era un vocero público del sindicato, podría traer riesgos adicionales . . . Yo era un ciudadano nacido en este país. Además, era bien conocido entre un amplio sector de los posibles afiliados. En 1928 yo había sido candidato del Partido Comunista para senador de Estados Unidos, y por lo tanto era ampliamente conocido entre varios sectores importantes del estado . . . Llegamos a un acuerdo, tras discutir y considerar largamente el ambiente político a nivel local y estatal".

También hay que destacar el hecho positivo de que Ray y Carl siempre obraban en equipo. A ninguno de ellos le daba por pavonearse como si fuera una estrella individual o dárselas de ser la fuente de la sabiduría. Ambos eran revolucionarios serios, hombres de organización, quienes sabían cómo educar a los dirigentes jóvenes con sus preceptos y su ejemplo.

Bajo su orientación, se forjó gradualmente un equipo directivo cada vez más amplio. En la primera etapa de la campaña de los Teamsters, se reforzó el equipo con Grant y Miles Dunne, miembros del partido que trabajaban en las carbonerías al igual que Ray y Carl. Otros dos miembros del partido en los sindicatos desempeñaron importantes papeles de apoyo: Oscar Coover, padre, un electricista cualificado que trabajaba en la construcción; y C.R. Hedlund, maquinista del ferrocarril Northwestern. A este equipo pronto se sumarían trabajadores jóvenes combativos que comenzaban a desarrollarse como dirigentes durante la lucha en la industria del carbón.

La campaña se inició en esa industria por razones específicas: ahí trabajaban miembros de la Liga Comunista; los depósitos de carbón eran el lugar estratégico para lanzar la campaña porque durante el invierno Minnesota se mantiene por debajo de cero. Si se lograban cerrar eficazmente los depósitos con una huelga, los patrones no podrían prolongar el conflicto con la esperanza de vencer a los huelguistas por el hambre. Eso quedaba más o menos descartado por el hecho que la gente necesitaría suministros de carbón durante el frío invernal. A este factor se agregaba el hecho que, por las condiciones de depresión económica en esa época, mucha

gente sólo podía comprar una pequeña cantidad de combustible a la vez. Por lo tanto, era posible que con una huelga oportuna y bien dirigida, se podría lograr en un plazo relativamente breve un acuerdo a favor del sindicato, aunque sólo fuera una victoria parcial.

Desde luego, esto se tendría que lograr frente a una resistencia patronal tenaz. Si el esfuerzo resultaba exitoso, quedaría preparado el terreno para sindicalizar el resto de la industria del camionaje. Al hacerlo, se podría superar la parálisis que afectaba al conjunto de los sindicatos de la AFL y se podría sindicalizar toda la ciudad.

Para lograr estos objetivos haría falta una guerra de clases, y el desenlace dependería de la capacidad de la Liga Comunista de desempeñar un papel clave para orientar e inspirar a todo el movimiento. Además, el hecho que en la AFL de Minnesota aún persistían los efectos de una época anterior de influencia radical se podía contar como un factor favorable. En Minneapolis había muchos sindicalistas que mantenían recuerdos del sindicalismo radical del pasado. Algunos se consideraban socialistas en un sentido amplio. Otros habían mantenido una chispa de combatividad que se remontaba a cuando habían militado en el IWW. Una vez que se desatara una verdadera lucha huelguística en la ciudad, se podía anticipar que muchos de ellos acudirían en apoyo de la causa, como veteranos de guerra que responden al clarín.

El desarrollo de la lucha requería vencer los obstáculos burocráticos en la Unión Central del Trabajo y en el Consejo Unido de Teamsters. En el Local 574 el problema giraba en torno a Cliff Hall, quien estaba conchabado con los demás burócratas que ocupaban la cúpula de los sindicatos de la ciudad. Estos personajes de alguna manera habían ocupado sus puestos durante años sin ganar una sola huelga. Esa deficiencia se la achacaban cínicamente a los trabajadores. Por estar tan imbuidos de la colaboración con patrones "justos", se podía anticipar que se mostrarían hostiles ante la acción huelguística proyectada. No obstante, no convenía realizar un ataque frontal contra los burócratas. Eso daría la impresión errónea de que el objetivo principal de la campaña era captar puestos sindicales. Ya que eso podría obstaculizar la cam-

paña de sindicalización, era necesario desarrollar una táctica de flanqueo.

La clave de esa táctica se desprendía de una contradicción que enfrentaban los burócratas sindicales. En su perspectiva fundamental, se orientaban hacia la colaboración con los capitalistas, pero de nada les servían a la clase gobernante si no contaban con una base desde la cual pudieran actuar en el seno de los sindicatos. Para mantener esa base, debían materializar ciertos logros para los trabajadores. Sin embargo, en la campaña que estaba por iniciarse, tendrían que encarar responsabilidades directivas que no serían capaces de cumplir. Por consiguiente, la táctica más indicada consistía en que los trabajadores apuntaran su fuego directamente contra los patrones, poniendo así a los burócratas en el medio. Si no reaccionaban de forma positiva, quedarían desprestigiados.

Otro factor a tener en cuenta era el Partido de los Agricultores y Trabajadores (FLP) de Minnesota. Este partido, basado en una alianza de sindicatos y organizaciones de agricultores, se había fundado después de la Primera Guerra Mundial. Al cobrar ímpetu, había atraído también a unos cuantos simpatizantes entre la clase media urbana. Gracias en gran parte al papel de los sindicalistas de izquierda, la fundación de este movimiento político independiente había significado una ruptura con los intentos anteriores en la región de tomar control de un partido burgués. Si bien el FLP postulaba a candidatos contra los demócratas y republicanos, su programa se limitaba fundamentalmente a demandas para reformar el sistema capitalista. Por lo tanto, entre las filas de los partidarios de ese partido se desarrollaban tendencias confusas de conciencia política de clase. Sobre el plano organizativo, estas fuerzas se aglutinaban a través de una federación de clubes locales, que existían en los distritos municipales y las comunidades rurales. Además, los sindicatos constituían uno de los principales elementos de la federación.

Desde un principio, los candidatos del Partido de los Agricultores y Trabajadores para cargos públicos tendieron a asumir con-

trol del partido. Su objetivo principal era salir electos, y jugaban con los principios para alcanzar esa meta. El partido obtuvo su primer triunfo importante en 1922 al salir electos un senador y un par de congresistas. Luego, en 1930, conquistó la gobernación del estado, convirtiéndose en el único partido de este tipo en ganar dicha sede de poder en este país. En 1933 el gobernador del FLP comenzó su segundo mandato. En la legislatura estatal el FLP formó entonces un bloque con políticos capitalistas liberales para controlar la cámara baja, pero el senado seguía siendo predominantemente conservador.

Cabe destacar de paso que el Partido Comunista había desempeñado cierto papel en el surgimiento del Partido de los Agricultores y Trabajadores. Más tarde, en 1928, el PC decidió postular a su propio candidato contra el candidato del FLP para senador norteamericano. Ray Dunne, quien por años había sido secretario del club del FLP en el Distrito 12 en Minneapolis, fue escogido por el PC como su candidato. Esto provocó su expulsión del FLP, y poco después fue echado del Partido Comunista bajo acusaciones de "trotskismo".

Por su base entre los trabajadores y agricultores, el FLP manifestaba una doble naturaleza. En contraste con las maniobras políticas sin principios que caracterizaban a sus candidatos en la esfera electoral, el partido era también un movimiento de masas, cuyos miembros participaban en luchas de los agricultores y en actividades sindicales. Por un lado, esto significaba que sus representantes en cargos públicos tenían que mostrarse favorables hacia los sindicatos en los conflictos con los patrones. Ya que muchos trabajadores no sindicalizados apoyaban al partido en las elecciones, estos funcionarios públicos también tenían que pronunciarse a favor de la sindicalización de estos trabajadores como derecho y necesidad.

Floyd B. Olson era el candidato del FLP que había salido electo como gobernador del estado en 1930 y reelecto en 1932. Olson, un abogado que en una época inicial había tenido cierta experiencia sindical, anteriormente había sido fiscal del Condado de Hennepin,

donde se encuentra Minneapolis. Olson se consideraba más importante que el movimiento al que representaba. Esto lo llevó a actuar con cierto grado de libertad en el campo político, pactando componendas interesadas con políticos de los partidos capitalistas.

En cuanto a los objetivos de la Liga Comunista, el que Olson ocupaba la silla de gobernador era a la vez bueno y malo. Del lado positivo estaba el hecho que el gobernador, quien había basado su carrera política en el FLP, no podía darse el lujo de actuar abiertamente como rompehuelgas. En cambio, tendría que brindar cierto grado de apoyo abierto a una campaña de sindicalización. Del lado negativo estaba la expectativa de que, ante un enfrentamiento con los patrones, Olson y los burócratas sindicales intentarían apoderarse de la dirección de las fuerzas sindicales.

Esto representaba un verdadero peligro porque el gobernador era un individuo persuasivo y que obraba de forma astuta. Gozaba de respeto entre las filas sindicales y ningún funcionario sindical se había atrevido jamás a llevarle la contraria. Para los dirigentes de la Liga Comunista esto significaba que toda discusión sobre huelgas de otros sindicatos en solidaridad con una huelga del Local 574 tendría que tratarse con mucho cuidado. De lo contrario, le daría a Olson la oportunidad de intervenir y tomar control mediante los funcionarios de otros sindicatos. Por tanto, había que fortalecer al Local 574 para que, aun bajo las condiciones más duras, pudiera librar por cuenta propia una fuerte resistencia a la clase enemiga.

Al hacer frente a los patrones, el Local 574 tendría que enfrentar a la Alianza Ciudadana (Citizens Alliance). Esta era una organización patronal que se inspiraba en la derrota de una huelga de tranvías en 1918 con el uso de guardias estatales durante la guerra. Estaba dominada por los capitalistas más ricos y poderosos de la ciudad. En asuntos de relaciones laborales, éstos se imponían a los patrones de poca monta, de los cuales había unos 800 en la organización. La Alianza Ciudadana no toleraba deserciones de su política y tomaba represalias contra todo patrón que violara su código laboral. Mantenía un personal a tiempo com-

pleto, tenía soplones infiltrados en los sindicatos, recibía la plena colaboración de la alcaldía, y la policía estaba a su disposición. La clase enemiga estaba bien organizada para romper huelgas y se mostraba sumamente engreída.

En su conjunto, la campaña sindical que se proyectaba representaba una gran empresa con muchos escollos y peligros. Sin embargo, existían razones bien fundadas para acometerla. Había también buenos motivos para comenzar con una nota de optimismo. En las carbonerías, donde se darían los primeros pasos, se podía contar con los trabajadores de antecedentes radicales para ayudar a impulsar el proyecto.

4

La primera brecha

Un primer intento de iniciar la campaña del Local 574 se realizó en el invierno de 1930–31. A Carl Skoglund y Miles Dunne se les asignó la tarea de ingresar al sindicato para tantear las posibilidades de promover una campaña de sindicalización en la industria del carbón. No tardó mucho para que se diseminara el chismorreo de que Carl era un "alborotador radical" y el agente de negocios rehusó aceptar su cuota sindical. A Miles, menos conocido que Carl, no lo molestaron. Sin embargo, tenía que cuidar lo que hacía dentro del sindicato para permanecer allí en caso que mejorara la situación. Entretanto, había que encontrar la manera de superar este revés inicial.

Para emprender la tarea se puso en marcha un enfoque más prudente, que comenzó en el depósito de la empresa DeLaittre-Dixon Fuel. Ray, Miles y Grant Dunne, junto a Carl Skoglund y Martin Soderberg, estaban empleados allí y ellos iniciaron el comité organizador voluntario al cual me incorporaría dos años más tarde. Había que idear una forma cuidadosa de proceder para evitar represalias en el trabajo. No era posible distribuir volantes y celebrar asambleas abiertas, como se podría haber hecho a tra-

vés del Local 574. Había que tantear individualmente a los trabajadores de forma cuidadosa.

Aunque el proceso al principio sería lento, las condiciones objetivas indicaban que se podrían lograr avances graduales. Desde el punto de vista táctico, había que considerar el ritmo de avance como factor secundario al progreso acumulativo. A medida que se fueran juntando fuerzas adicionales, éstas a su vez darían un nuevo ímpetu a la campaña y, al llegar la etapa indicada, sería posible dirigir a los trabajadores para tomar acción.

La primera gran oportunidad llegó cuando la DeLaittre-Dixon se fusionó con varias carbonerías más pequeñas y creó una compañía más amplia llamada Fuel Distributors. Al contar con un grupo más grande de trabajadores en la nueva situación, había mejores posibilidades de conseguir apoyo para el proyecto de sindicalización. Entre los nuevos partidarios que se captaron mediante este cambio estaban Harry DeBoer y Kelly Postal, quienes más tarde desempeñarían un papel importante en el Local 574. C.B. Carlson, un trabajador de un depósito cercano, también se ofreció a colaborar. Este refuerzo del personal organizativo permitió que la campaña de reclutamiento fuera cobrando progresivamente más impulso.

Se había alcanzado ya una etapa en la que era importante juntar a las fuerzas pro sindicales para una sesión colectiva de discusión y reclutamiento. El problema era cómo hacerlo, puesto que no se disponía de ninguna estructura sindical oficial y los patrones no vacilarían en tomar represalias si se enteraban de lo que estaba sucediendo. Se halló una solución singular. Aprovechando su puesto de pesador, Ray Dunne consiguió el permiso del patrón para planear una juerga con cerveza, sólo para empleados. Señalando que los patrones celebraban ese tipo de fiestas entre sí, Ray argumentó que un encuentro de empleados sería una buena forma de fomentar la "moral de la empresa". El patrón quedó tan impresionado con la idea que no sólo le dio el visto bueno sino que pagó el alquiler del salón y compró la cerveza. El evento fue todo un éxito, lo cual le dio un gran impulso a la campaña sindical.

Cuando en la Liga Comunista se supo de la juerga con cerveza, hubo críticas de parte de algunos estrategas de sillón que tenían más conocimientos por los libros que por la lucha de clases. Insinuaron con tono sombrío que se corría el peligro de crear un sindicato amarillo, lo que significaba una organización bajo la influencia directa del patrón. Esta acusación necia se basaba en el hecho que el patrón había financiado la juerga con cerveza, cosa que a los trabajadores implicados en el asunto les había resultado de lo más gracioso.

Este pequeño episodio demuestra la importancia de cuidarse de emitir juicios tácticos generales desde lejos. En tales circunstancias, por lo general se conoce demasiado poco sobre los factores complejos pertinentes como para justificar una opinión categórica. Si se trata de una situación que se desenvuelve lentamente, pueden darse debates largos e inútiles sin que haya una oportunidad temprana de poner a la prueba de los hechos los criterios encontrados. Afortunadamente, en el caso de la actividad en la carbonería, el ritmo se aceleraba y no tardó mucho en constatarse la validez de la táctica de la juerga con cerveza para el objetivo específico.

Sin embargo, de esto no se desprende que el uso del patrón para ayudar involuntariamente con una campaña sindical sea un mecanismo aplicable de forma general. Dicha interpretación supondría que esta táctica en sí se consideraba una forma ingeniosa y rápida de sindicalizar a los trabajadores. Nada podría estar más alejado de la realidad. La juerga con cerveza se organizó simplemente como solución única para un problema insólito.

Todo seguía avanzando razonablemente bien hasta que, de repente, Ray Dunne fue despedido de su puesto en la Fuel Distributors. De inmediato se desató el temor de que los patrones iniciaban un contraataque para frustrar la campaña de sindicalización. Sin embargo, no resultó ser ese el motivo de su despido. Como portavoz de la Liga Comunista, de vez en cuando daba discursos públicos sobre temas políticos, algunos de los cuales se habían mencionado en los periódicos. "Esto nos resulta embarazoso", dijo

el patrón, "y tenemos que despedirle".

El despido de Ray provocó discusiones en el depósito entre algunos de los trabajadores combativos sobre la idea de organizar una huelga de protesta. La situación se debatió cuidadosamente en la fracción del partido y se decidió disuadir a los trabajadores de tal medida. Había llegado la primavera y la temporada del carbón estaba por concluir. La protesta sólo se podría realizar en un depósito e implicaba el caso de un pesador, un puesto que se consideraba como semi-gerencial. Después de evaluar estos factores, los trabajadores en su conjunto coincidieron en que sería mejor dejar pasar el asunto. Puesto que no había otros trabajos disponibles, Ray y su familia tuvieron que recurrir a la asistencia pública, lo cual los puso en una situación muy precaria.

A pesar de este revés, la campaña siguió avanzando, y pasó por otros altibajos. Ya en el otoño de 1933, la situación se había desarrollado al punto que las cosas estaban propicias para dar un salto de calidad. Obraban varios factores objetivos que lo hacían posible. Para empezar, las deplorables condiciones que enfrentaban los trabajadores en esta industria les imponían la fuerte necesidad de buscar los medios para defender sus intereses. Mis propias dificultades como trabajador del carbón, que describí anteriormente, eran más o menos típicas de las que enfrentaban todos los trabajadores en esta industria. Los bajos salarios y las largas horas ya creaban una situación bastante mala, aun cuando uno tenía trabajo continuo como paleador de carbón o chofer de camión para una compañía. Pero para algunos trabajadores las cosas eran peores aún.

La mayoría de las compañías tenían una política de mantener disponible una reserva de camiones al contratar camiones propiedad de choferes particulares. Les pagaban una comisión por cada tonelada de carbón que entregaban por esa vía. Calculaban la labor del chofer y el uso de su camión a tarifas de miseria. A los cargadores les pagaban mal por tonelada, por la labor de portar pesadas canastas de carbón sobre la espalda cuando no se podía llevar del camión al recipiente de forma directa. A veces tenían que

subir dos o tres pisos por escalera con su carga.

Dado que durante el tiempo de espera entre las entregas no les pagaban nada a los cargadores y a los choferes por comisión, los salarios en estas categorías eran tan bajos que algunos trabajadores tenían que buscar asistencia pública suplementaria. Cuando estaban desocupados, se quedaban esperando en el depósito sentados en una caseta con calefacción a la que apropiadamente se le llamaba la "perrera". Como era un lugar donde a menudo se jugaba a las cartas y se platicaba mucho, era un buen sitio donde los organizadores sindicales podían plantear algunos argumentos.

Los sabihondos de aquella época pontificaban acerca de la "pasividad" de la clase trabajadora, sin comprender jamás que la aparente docilidad de los trabajadores en un momento determinado es un fenómeno relativo. Si en su vida cotidiana los trabajadores más o menos se mantienen a flote y esperan poder salir adelante de forma gradual, no tienden a radicalizarse. Es distinto cuando van perdiendo terreno y el futuro les parece precario. Entonces se comienza a dar un cambio en su actitud, lo cual no siempre es aparente de inmediato. Se empieza a acumular el polvorín del descontento. Una chispa cualquiera le puede prender fuego y, una vez prendido, el fuego se puede extender rápidamente.

En Minneapolis las llamas estaban destinadas a propagarse porque los trabajadores del carbón no eran los únicos que se veían impulsados hacia la acción para rectificar una situación cada vez más insoportable. Las condiciones eran pésimas en toda la industria del camionaje. Los salarios eran tan bajos que en algunos casos no pasaban de 10 dólares y rara vez superaban los 18 dólares por una semana laboral que oscilaba entre las 54 y las 90 horas.

Para dar ejemplos concretos: los choferes de abarroterías de mayoreo recibían entre 55 y 65 dólares por mes, a cambio de 54 horas semanales sin primas por horas extras. Los que trabajaban dentro de los almacenes de las abarroterías recibían mensualmente entre 10 y 15 dólares menos. Los empleados de la multiplicidad de empresas en el comercio de frutas y verduras al por mayor recibían salarios que en algunos casos no eran más que 10 dólares

semanales al comenzar. Si un veterano recibía 18 ó 20 dólares semanales, se le consideraba afortunado. A veces tenían que trabajar desde las tres de la madrugada hasta las seis de la tarde, seis días por semana. Si un trabajador se quejaba, lo despedían y la oficina de personal de la Alianza Ciudadana suministraba un nuevo empleado.

Los choferes de la gran flota de taxis de la Yellow Cab Company trabajaban por comisión, lo cual les dejaba entre 6 y 8 dólares por una semana de 84 horas. Muchos de ellos tenían que recurrir a la asistencia pública para subsistir. Todos los trabajadores en cada una de las categorías tenían que aceptar las condiciones de trabajo que los patrones imponían y, por consiguiente, muchos de ellos tenían agravios hondamente arraigados. Una vez que se impulsara una lucha sindical eficaz, el grueso de estos trabajadores —quienes estaban al margen del movimiento sindical— estarían listos para entrar rápidamente en acción de manera organizada. Los magnates que dirigían la Alianza Ciudadana habían sembrado vientos y estaban a punto de cosechar un torbellino.

Otro factor objetivo que afectaba el escenario en Minneapolis era el auge generalizado de la clase trabajadora que comenzaba a producirse por todo el país. Los trabajadores ingresaban a las filas de la AFL en números crecientes, buscando ayuda del movimiento sindical oficial para defender sus intereses de clase. En 1933 se desarrolló una creciente ola de huelgas a nivel nacional. Esa tendencia surgió principalmente a raíz de los bajos salarios, las largas horas y una sensación general de inseguridad. Recibió aún más ímpetu por un aspecto de la política del "Nuevo Trato" de Roosevelt, vigente desde la primavera de ese año. La Sección 7(a) de la recién promulgada Ley de Recuperación Industrial Nacional (National Industrial Recovery Act—NRA) supuestamente garantizaba al trabajador el "derecho a sindicalizarse". Esta declaración oficial facilitaba el proceso de sindicalización, aun si los trabajadores habrían de ver que estaban equivocados al creer que el gobierno capitalista realmente protegería sus derechos.

En el fondo, la NRA se ideó para beneficio de la clase capitalis-

ta. Para estimular la producción rentable, Roosevelt había adoptado una política de "dinero fácil", propiciando lo que se denominó el "dólar de 60 centavos". El alza de precios representó un nuevo golpe contra los trabajadores, quienes ya venían sufriendo los efectos nefastos de la depresión económica. En consecuencia, el movimiento sindical intensificó sus reivindicaciones para que el gobierno ayudara con leyes sobre salarios y horas de trabajo. A fin de eludir las demandas obreras, la NRA autorizaba que los patrones organizaran entre sí una "competencia leal" y fijaran voluntariamente los niveles salariales mínimos y las horas máximas de trabajo. Para darles rienda suelta, el gobierno suspendió las leyes antimonopolistas. De esta manera, eran exclusivamente los patrones quienes definían los códigos laborales de la NRA para cada industria. Los trabajadores no tenían voz en este asunto.

El gobierno federal creó Juntas Laborales Regionales integradas por agentes patronales y "estadistas del movimiento obrero". Su función principal era evitar las huelgas por todos los medios posibles. Cuando a pesar de sus esfuerzos se producía un paro, debían "mediar" un acuerdo lo antes posible. En la práctica, esto significaba tratar de lograr que los trabajadores volvieran a sus labores con promesas vagas de que más adelante se respondería a sus demandas mediante alguna forma de intervención continua por parte de la Junta Laboral. El arreglo entero favorecía a los patrones y a los trabajadores les causó muchas experiencias amargas.

Alabando a Roosevelt como salvador del movimiento obrero, la cúpula de la AFL suscribió con los administradores de la NRA un acuerdo de no hacer huelgas. También aceptó una cláusula en el código laboral de la NRA que reconocía a los sindicatos amarillos como organizaciones legítimas. Esto permitía que dichos grupos controlados por los patrones solicitaran ser certificados como agentes negociadores de los trabajadores en las elecciones que la Junta Laboral organizaba para decidir la representación sindical.

En Minneapolis, no obstante, los dirigentes de la Alianza Ciudadana opinaban que la NRA no los favorecía lo suficiente en

cuanto a la negociación colectiva. Se emitió una directriz a los patrones de la ciudad afirmando que no hacía falta sindicato alguno, de ninguna forma, para negociar con su fuerza laboral. Había que instar a los trabajadores, decía la Alianza Ciudadana, a que "negocien" a nivel individual con el patrón sobre las condiciones de empleo. Esa política patronal intransigente hizo que los funcionarios locales de la AFL recurrieran más aún a la Junta Laboral Regional.

A los trabajadores insurgentes, especialmente para los militantes más jóvenes, punta de lanza de la radicalización, se les planteaba un problema. Su juventud los libraba de los efectos inhibitorios de las derrotas sindicales anteriores, y avanzaban hacia la batalla con los patrones como si estuvieran inventando algo nuevo. Pero a la vez carecían de experiencia y no sabían exactamente cómo llevar a cabo la lucha. Esto los hacía vulnerables ante los maldirigentes de la AFL formados en la escuela de Gompers. Por otro lado, un factor atenuante era la necesidad objetiva que tenían los trabajadores de encontrar dirigentes que contaran con una política correcta y la capacidad de combate necesaria para llevarla a cabo. Para satisfacer esta necesidad, se precisaba la ayuda de un partido socialista revolucionario.

Como vanguardia política de la clase, el partido revolucionario representa para los trabajadores un puente en la conciencia histórica. Asimila las lecciones de la lucha de clases —tanto victorias como derrotas— conservándolas como parte de su herencia revolucionaria. Los cuadros del partido constituyen el mecanismo mediante el cual se infunde esta "memoria de clase" a las luchas obreras en el escenario contemporáneo. Los cuadros de la Liga Comunista podrían cumplir este papel en la industria del camionaje si lograban vincularse a los trabajadores combativos a través del movimiento sindical. Al abordar este problema los camaradas distinguieron entre la dirección formal y la dirección real.

El hecho de ocupar un cargo oficial no convierte a nadie automáticamente en dirigente. Durante cierto tiempo se puede guardar cierta apariencia de autoridad directiva mediante el abuso

burocrático de poderes oficiales, pero a la larga uno realmente tiene que cumplir las responsabilidades del cargo que ocupa, ya que de lo contrario se crea un vacío de liderazgo. En ese caso, alguien más puede llenar el vacío y comenzar a ejercer la autoridad de un dirigente sin necesariamente ocupar ningún puesto oficial. Se desarrolla una situación contradictoria, cuyo desenlace se decide con el decursar de los acontecimientos. Al final, el dirigente más competente, según lo demuestre su desempeño, puede terminar ostentando también la autoridad oficial.

De aquí se desprende que la conquista final de la autoridad oficial representa el fin de lo que ha sido una guerra sobre dos frentes. El objetivo central durante todo este proceso habrá sido el de dirigir una lucha eficaz contra los patrones. Cuando son funcionarios sindicales incompetentes los que ostentan la autoridad formal, resulta necesario combatirlos al mismo tiempo. Pero una vez que se ha remplazado a los incompetentes con dirigentes capaces en las posiciones de autoridad formal, queda libre el camino para concentrarse en la lucha contra la clase enemiga.

Los dirigentes de la Liga Comunista sabían que, de ser necesario en el caso del Local 574, habría que enfrentarse directamente a toda la junta ejecutiva. Sin embargo, habría sido poco aconsejable actuar como si ésa fuera la única vía de acción disponible. Como sabe todo buen táctico, es importante buscar la forma de dividir a la oposición. En el caso del Local 574 se halló la solución aprovechando una situación que es común a todas las burocracias sindicales.

Estas agrupaciones no son tan monolíticas como pueden parecer a primera vista. El elemento más conservador está en la propia cima. Debajo de esa costra superior hay capas de funcionarios subalternos que están más próximos a las filas sindicales y son más susceptibles a la influencia de los trabajadores. Aunque estos funcionarios subalternos se ven presionados por la cúpula para actuar como policías contra las filas sindicales, a veces están poco dispuestos a hacerlo cuando los trabajadores están en pie de guerra contra los patrones. La forma en que actúen en una situación

concreta dependerá de la dirección de donde sople el viento más fuerte en ese momento dado.

En el Local 574 se presentó una forma de desarrollar la táctica deseada gracias al hecho que Miles Dunne había logrado mantenerse dentro del sindicato desde que se afilió en 1931. Entretanto había entablado una estrecha relación con el presidente del sindicato local, William S. Brown, quien mostró interés en la idea de una campaña general de sindicalización. Bill Brown, quien tenía alrededor de 35 años, había trabajado varios años como carretero y como chofer de camión en la industria de transbordo, lo que tenía que ver sobre todo con el transporte de carga. Había ocupado la presidencia del Local 574 durante 10 años y en 1932 había sido nombrado organizador del Consejo Unido de Teamsters.

Bill era un luchador por naturaleza y un orador talentoso, uno de los mejores agitadores de masas que jamás he escuchado. Como activista del Partido de los Trabajadores y Agricultores, tenía un nivel de conciencia política un tanto más elevado que el nivel promedio, aunque carecía de una comprensión revolucionaria de la lucha de clases. Se le presentaba la oportunidad de desarrollar una carrera como funcionario de la AFL, y quizás habría emprendido ese camino si la campaña lanzada por la Liga Comunista no hubiese afectado su vida.

Al final, fueron los sanos instintos de clase de Bill los que salieron a relucir. Él quería dar a los patrones una verdadera pelea y acogió la ayuda de gente que sabía cómo organizar la lucha. Dentro del Local 574, Bill obtuvo apoyo del vicepresidente George Frosig para dicho curso. En cambio, los otros cinco integrantes de la junta ejecutiva no fueron capaces de desenmarañarse del sindicalismo empresarial. Permanecieron bajo la influencia de Cliff Hall, el agente de negocios, quien en virtud de su cargo fungía como miembro de la junta y se oponía al proyecto de sindicalización. Apenas se había abierto una rendija en la puerta; haría falta la presión de los trabajadores del carbón para abrirla de par en par.

El empujón necesario provino del comité organizador voluntario, que en el otoño de 1933 empezó a crecer aceleradamente.

Fue lo que rompió la resistencia de la mayoría de la junta ejecutiva. Hall quedó aislado entre los funcionarios del Local 574 y tuvo que aceptar la campaña de sindicalización en las empresas del carbón. Una vez que los miembros del sindicato elaboraron y ratificaron sus demandas para los patrones del carbón, Hall las sometió a Tobin para que las aprobara. La respuesta que dio Tobin el 6 de enero de 1934 demostraba que, desde su intercambio de cartas con Hall en 1930, había agudizado su línea de no salir en huelga.

"Confío que entiendan bien la ley del Sindicato Internacional", escribió Tobin, "que afirma que aprobar una escala salarial no significa aprobar una huelga, ni tampoco les da el derecho de salir en huelga, aún si no hay acuerdo con sus patrones en torno al contrato. Su deber consiste en ir a las negociaciones, y si después de que concluyan las negociaciones o que las suspendan los patrones no pueden llegar a un acuerdo mutuo, entonces su deber según la ley [creada por Tobin—FD] es ofrecer que se sometan a un árbitro los puntos en disputa o las diferencias que tengan entre sí. Si los patrones rechazan el arbitraje y no queda alternativa, entonces pueden pasar a considerar la idea de una huelga. Para cumplir con las leyes del Sindicato Internacional y obtener autorización para una huelga, ustedes deben informar sobre todo el procedimiento ante una asamblea ordinaria o especial de su organización, explicando cada detalle en cuanto a las conferencias, etcétera.

"Después de la discusión sobre este asunto, celebrarán un voto para determinar si los hombres quieren declararse en huelga. Se deberá responder 'sí' o 'no'. Se deberán repartir entre los miembros papeletas en blanco, numeradas, y el voto se deberá hacer sin intimidación alguna por parte de los miembros. Al efectuarse la votación, es necesario que las dos terceras partes de los miembros presentes voten afirmativamente, o a favor de la huelga, o empleando la palabra 'sí', a fin de obtener la autorización de la Junta Ejecutiva Internacional. En cuanto se haga esto, si existe un Consejo Unido en su distrito, entonces deberán someter el asunto para que el Consejo Unido dé su aprobación. Cuando el Consejo Unido dé

su sanción, entonces ustedes procederán a solicitar la sanción del Sindicato Internacional, brindándole los hechos del caso, o sea, las diferencias entre ustedes y la patronal. Deberán esperar entonces hasta que la Junta Ejecutiva Internacional haya tenido la oportunidad de votar al respecto. Si salen en huelga antes de obtener la sanción de la Junta Ejecutiva Internacional, no recibirán beneficio alguno del Sindicato Internacional".

Obviamente casi haría falta un milagro para conseguir la aprobación oficial de Tobin para una huelga. Si los patrones no negocian un contrato, decretaba, traten de que accedan al arbitraje. Sólo si rechazaban dicha medida debería realizarse una votación sobre la huelga, y ésta debería hacerse de manera que se refrenara la combatividad y se realzaran las dudas conservadoras entre las filas del sindicato. "Una huelga es una situación seria", decía Tobin en otra sección de su carta, "y no debe intentarse a menos que el 75 por ciento de los hombres que trabajan en ese oficio estén sindicalizados y dispuestos a responder a la convocatoria. También vale recordar que una huelga normalmente no dura sólo dos o tres días . . ."

Si a pesar de todo esto los miembros del sindicato local votaban a favor de salir en huelga, quedaban aún los obstáculos de la autorización del Consejo Unido de Teamsters y la aprobación final del propio Tobin. De no seguirse ese procedimiento, los huelguistas no recibirían prestaciones —en la forma de asistencia económica— del Sindicato Internacional. Como habían de demostrar los hechos posteriores, Tobin no vacilaría en atacar en público a un sindicato enfrascado en combate, si éste tomaba acciones que él calificaba como "ilegales".

Con la ayuda de Brown y Frosig, el comité voluntario soslayó el procedimiento exigido por Tobin, el cual habría paralizado toda la campaña. El Local 574 decidió salir en huelga; gracias a la influencia de Brown se obtuvo cierto apoyo en el Consejo Unido de Teamsters; y sin más, el sindicato local entró en acción. Siguiendo métodos tácticos sensatos, se trazaron planes para vencer una fuerte resistencia patronal, aunque había motivos para suponer que

una huelga bien dirigida podría pescar desprevenidos a los patrones. Sobre el plano táctico, siempre es mejor estar preparado para la peor eventualidad y no tener que enfrentarla, que esperar las mejores condiciones y de repente enfrentar obstáculos inesperados.

Se organizó un amplio comité de huelga para asumir el mando de los piquetes. Antes del inicio del paro, se prepararon instrucciones mimeografiadas para los piquetes, junto con mapas en que se señalaba dónde estaban todas las carbonerías.

La huelga golpeó a la industria de manera rotunda. Todo el operativo, que desde un principio se caracterizó por líneas de piquete masivas y combativas, fue audaz y eficiente. Los piquetes —en su mayoría trabajadores jóvenes que participaban en su primera lucha sindical— reforzaron la cuidadosa planificación de los dirigentes experimentados con sus acciones valientes, durante las cuales se les ocurrieron sus propias innovaciones. Un ejemplo notable del ingenio demostrado por las filas fue el desarrollo y el uso de los escuadrones de piquetes móviles.

Mientras se venía preparando todo esto, Hall le había informado a Tobin de la situación. El 5 de febrero de 1934, recibió una respuesta telegrafiada de parte de John M. Gillespie, asistente de Tobin. "Deberán escribir todos los detalles sobre los objetivos de la huelga deseada", decía, "así como el número de hombres que se verán afectados. Les aconsejo que esperen hasta que el hermano Geary [organizador general de Tobin en esa región—FD] vuelva a su distrito antes de proseguir con la huelga. Su telegrama prácticamente no ofrece información alguna, sólo que desean autorización. Pueden apelar su caso ante la Junta Laboral en Washington e intentar que obliguen a las distribuidoras de carbón a que se reúnan con ustedes".

Justo cuando comenzaba la huelga el 7 de febrero, Gillespie le envió por correo otro comunicado a Hall. "Puesto que estos hombres no han sido miembros de su organización por seis meses", decretó en nombre de Tobin, "no se puede otorgar autorización para la huelga, incluidas las prestaciones económicas, ya que según nuestros reglamentos los hombres deben ser miembros de

nuestra organización por lo menos seis meses para poder recibir prestaciones de huelga". Cuando llegó esta carta a Minneapolis, la huelga ya estaba a punto de resolverse.

En efecto, la acción relámpago había pescado desprevenidos a los patrones. Además, la ola frígida que coincidió con la huelga y que provocó fuertes presiones públicas para la entrega de combustible, los puso en mayores aprietos. Los depósitos quedaron totalmente cerrados, de modo que los patrones tuvieron que llegar a un acuerdo que significó logros materiales limitados para los trabajadores. Pero lo más importante fue que se les había obligado a reconocer el sindicato. Aun cuando el reconocimiento se hizo indirectamente a través de la Junta Laboral, señaló una ruptura fundamental con los preceptos de taller abierto de la Alianza Ciudadana.

Por primera vez en muchos años, se había ganado una huelga en Minneapolis. Electrizados por la victoria, los sindicalistas en toda la ciudad cobraron confianza, y miles de trabajadores no sindicalizados alzaron la vista hacia el movimiento sindical con un nuevo sentido de esperanza. Ahora estaba allanado el terreno para el conflicto principal, y ambos bandos comenzaron a prepararse para el enfrentamiento que pronto había de empezar.

5

Movilización general

La vida misma iba corroborando la política sindical de la Liga Comunista. Su estrategia y sus tácticas habían permitido que revolucionarios conscientes se unieran con los trabajadores en una acción de masas eficaz. A pesar de las debilidades de la dirección sindical oficial, los trabajadores del carbón habían logrado poner a prueba su fuerza organizada y ganar una contienda con los patrones. Estaban aprendiendo a confiar en sí mismos como clase. También comenzaban a asimilar algunas lecciones elementales sobre la lucha de clases a medida que éstas se revelaban al fragor de la batalla.

Las ilusiones en la policía se empezaron a disipar cuando los trabajadores descubrieron que toda la fuerza policial estaba del lado de los patrones. Hubo experiencias comparables con la Junta Laboral. Cuando el sindicato presentó por primera vez sus demandas, el papel de la junta había sido sencillamente el de transmitir la arrogante negativa patronal a negociar. Luego intentó aplazar la huelga hasta después de la temporada fría, en desventaja del sindicato. En las elecciones sobre la negociación colectiva, celebradas después de la huelga, la junta exigió que la votación se

realizara en cada carbonería por separado, en vez de hacerse a nivel de toda la industria, según lo exigía el sindicato. Era obvio que se pretendía ayudar a los patrones para que al menos en algunos depósitos, de ser posible, no tuvieran que reconocer el sindicato. Aunque ninguna de estas tretas ayudó mucho a los patrones, sí contribuyeron a enseñarles a los trabajadores de qué lado estaba realmente la Junta Laboral "neutral".

Estos resultados fueron posibles gracias a un curso estratégico y táctico correcto. Sin embargo, para transformar esa posibilidad en realidad hizo falta que los miembros de la Liga Comunista se comportaran en la acción como una fuerza de combate disciplinada. Dentro del sindicato, la fracción del partido actuaba como una unidad cohesiva, unida armoniosamente al aplicar la política del partido. Se mantenía un estrecho contacto entre la fracción y la rama local del partido.

Los resultados logrados con esa línea de acción disciplinada dieron un gran impulso nuevo a la moral del partido, y se redoblaron los esfuerzos para reclutar nuevos miembros a la Liga Comunista. Con este fin se celebró un mitin público después de la huelga, donde se debatió la necesidad de un nuevo partido revolucionario para reemplazar al movimiento estalinista, que estaba en la bancarrota política. Resultó ser uno de los mítines más grandes de este tipo en muchos años en la ciudad. Lo más notable fue la presencia de un buen número de trabajadores del carbón, algunos de los cuales se unirían al partido relativamente pronto.

Entretanto, la Liga Comunista trazaba planes para continuar la campaña sindical. El triunfo en la industria del carbón había sido singularmente importante, ya que contribuía mucho a superar los obstáculos existentes para una mayor movilización de masas en una acción futura. Muchos trabajadores en otros sectores de la industria del camionaje resentían la manera en que se habían manejado las anteriores campañas de sindicalización, ninguna de las cuales había dado resultados significativos. No era sólo un caso de "gato escaldado, del agua fría huye". Tenían poca confianza en los débiles gremios de oficios con su larga historia de huelgas perdidas.

Ahora, sin embargo, los trabajadores veían las primeras señales de un nuevo enfoque. A diferencia de los tanteos dispersos del pasado, ahora se había librado una huelga contra el conjunto de los patrones del carbón, y todos los trabajadores del carbón se habían integrado a la lucha. Se había obligado a los patrones a reconocer el sindicato mientras éste se hallaba en huelga. Esta realidad se ilustró de manera impresionante y sin precedentes, después de la huelga, cuando los choferes de camiones de carbón empezaron a lucir las insignias del Local 574 mientras efectuaban sus entregas de mercancías por toda la ciudad. Era seguro que se irían produciendo cambios de actitud favorables hacia el sindicato entre los trabajadores de toda la industria del camionaje.

El primer paso para aprovechar las mejores condiciones tenía que ser el desarrollo del liderazgo necesario para librar una campaña general de sindicalización. Para ese fin había nuevas fuerzas entre los jóvenes combativos que se habían destacado durante la huelga del carbón. Eran reclutadores hábiles que, al hacer campaña, también se mantendrían alertas en busca de nuevos organizadores voluntarios. Es más, en la próxima huelga formarían el sólido núcleo en torno al cual se podría formar una dirección de combate más amplia. Si estos activistas iban a actuar con eficacia, tendrían que tener bastante libertad de acción.

El mecanismo más indicado para ello consistía en elevar el comité organizador informal, que se había desarrollado durante las acciones en las empresas del carbón, a la categoría de organismo oficial del sindicato. Esto se logró con facilidad en una asamblea general del Local 574, porque ahora los trabajadores del carbón predominaban en el sindicato y tendían a considerar el comité organizador como su verdadera dirección.

En un extracto de las actas de la primera asamblea se da constancia de la composición del nuevo cuerpo: "El Comité Organizador Voluntario se reunió en las oficinas del Local General de Choferes, en la Primera Avenida Norte 614, el viernes 16 de marzo a las 8 p.m. El comité consistió en los siguientes miembros voluntarios, junto a todos los miembros de la junta ejecutiva:

Harry DeBoer, Floyd O'Berg, C. Quick, Pete Bove, M. Dunne, C. Skoglund, F. Dobbs, G. Dunne, A. Brace, Chris Moe, S. Fredericks, E. Sunde, W. Thompson, S. Baumgartner, C. Nelson". Los miembros de la junta ejecutiva a quienes se referían las actas eran, en esa época, los siguientes: W.S. Brown, G. Frosig, H. Esler, S. Haskell, W. Gray, J. Nolan y M. Hork. El agente de negocios, C. Hall, asistía a las reuniones del comité en virtud de su cargo, como hacía en las sesiones de la junta ejecutiva.

Según señalan las actas, toda la junta ejecutiva asistió a la reunión. Hall parecía tener en mente que se supervisara oficialmente al comité organizador. Pero no fue así exactamente como resultaron las cosas. En realidad se estaba desarrollando una nueva fase de control dual del liderazgo. La fuerza del comité organizador entre las filas sindicales estaba a punto de ser contrapuesta a la autoridad formal de la junta ejecutiva. En este proceso, los organizadores voluntarios cobrarían aún más fuerza por el apoyo sólido que recibían de Brown y Frosig, ambos miembros de la junta ejecutiva. Otra ventaja era que, por decisión de los miembros del sindicato, ahora se había otorgado un carácter formal al comité organizador. Esta combinación de factores permitió que el comité soslayara a la junta ejecutiva en algunos casos y la obligara a seguir la línea en otros, dependiendo de la situación. En resumen, el comité se convirtió en una especie de poder ejecutivo especial que encabezaba la labor de los organizadores voluntarios, cuyo número se iba a multiplicar de forma acelerada.

Gracias a esta forma específica de democracia por parte de las filas se superaron obstáculos burocráticos a la campaña de sindicalización, pero aún quedaba sin resolver otro problema de liderazgo. Las negociaciones con los patrones seguían mayormente en manos de funcionarios sindicales incompetentes. Esto significaba que las conquistas logradas en la línea de piquete aún se podían perder en la mesa de negociaciones. Aunque no había mucho que se pudiera hacer al respecto, dada la situación en esos momentos, el problema exigía una atención cuidadosa con miras a tomar acción eficaz cuando se presentara la primera oportunidad.

Los cambios que ya se venían operando en la estructura directiva se reflejaron en el carácter y el alcance de la campaña de sindicalización. El contraste entre lo viejo y lo nuevo se manifestaba en las distintas concepciones planteadas en las reuniones conjuntas del comité organizador y de la junta ejecutiva. Hall y sus compinches, quienes razonaban según la óptica de las viejas campañas del Local 574, opinaban que lo sucedido en la industria del carbón había sido por chiripa. Su idea consistía en repartir unos cuantos volantes, captar algunos nuevos pagadores de cuotas, y mantener dos juegos de libros sobre la campaña para que Tobin no recibiera ningún impuesto per cápita por los que abandonaran el sindicato al poco tiempo. De hecho, uno de los miembros de la junta ejecutiva ni siquiera quería gastar dinero en volantes. "Ellos saben dónde estamos", dijo, refiriéndose a los trabajadores no sindicalizados. "Si quieren unirse al sindicato, que vengan al local y que se inscriban".

El comité organizador tenía una concepción distinta. Se proponía construir una potente fuerza sindical para combatir a los patrones en toda la industria del camionaje, como ya se había hecho en la industria del carbón. Al ver una lista parcial de los sectores en los cuales se subdividió la industria para los fines de la campaña, uno se da una idea de la envergadura del proyecto. Estaban las compañías de transbordos; empresas de materiales de construcción; casas de mayoreo para frutas, verduras y abarrotes; agencias de entrega de paquetes; choferes de flotillas de taxi; la sección de entregas de los grandes almacenes y de mueblerías; compañías de combustible, incluidas las gasolineras; abastecedoras de oxígeno y acetileno; y otras más. Entre los empleados que el comité se proponía sindicalizar había choferes, ayudantes, trabajadores de depósitos, mozos de andenes, empleados de oficinas de embarque, embaladores y otros trabajadores internos con empleos vinculados en un sentido amplio a los servicios de camionaje. El comité organizador no sólo hizo caso omiso de la orden de Tobin de dividir a los trabajadores en locales diferentes según las mercancías que manejaban, sino que rebasó además los estrechos lí-

mites de la jurisdicción que él había impuesto para la IBT en su conjunto.

Esto entrañaba un significado más amplio para el futuro de todo el sindicato de los Teamsters. *Por primera vez, un local de los Teamsters estaba por encaminarse hacia la forma industrial de sindicalización, incorporando a todos los trabajadores de una empresa en un solo sindicato.*

Justo cuando arrancaba la campaña de sindicalización, recibió un impulso no intencionado de los patrones del carbón. Habiendo fracasado en su intento de romper la huelga de febrero, se dispusieron a derrotar el sindicato de otra forma. Se acercaba la primavera y pronto se acabaría la temporada del carbón. Los patrones decidieron deshacerse de los sindicalistas más combativos, golpeándolos primero con los cesanteos de temporada que se avecinaban. Así, pensaban, podrían amedrentar a los otros trabajadores y, cuando se recuperara el negocio en el otoño, podrían restaurar las condiciones de taller abierto en la industria.

Pero les salió el tiro por la culata. A los trabajadores afectados por las cesantías discriminatorias se les planteaba un problema de vida o muerte. Si no ayudaban a impulsar el sindicato, era evidente que nunca recuperarían sus empleos en los depósitos de carbón; y en aquellos tiempos de depresión, otros empleos eran muy escasos. Por otro lado, si resultaba exitosa la campaña de sindicalización del verano, sólo haría falta un operativo de limpieza en el otoño para consolidar al Local 574 en la industria del carbón y recuperar los puestos de los trabajadores despedidos. Por lo tanto, se dio un aumento súbito en el número de organizadores voluntarios.

Yo fui uno de los despedidos en la industria del carbón. Al ofrecerme a tiempo completo para la campaña sindical, me tocó trabajar con Carl Skoglund en una tarea de sindicalización. Trabajar con él resultó ser una magnífica oportunidad para que un miembro nuevo de la Liga Comunista aprendiera mucho. Además de lo que me enseñó en cuanto a la sindicalización, encontramos tiempo para hablar de política revolucionaria. Uno de los mejores atri-

butos de Carl era su capacidad de enseñar a los jóvenes las lecciones que él mismo había aprendido. Siendo un trabajador marxista de un alto nivel de desarrollo intelectual, entendía la importancia de la teoría y cómo aplicarla como guía para la acción. Me encarriló en un curso de lectura sobre las obras clásicas del marxismo; después solíamos conversar sobre lo que había leído y con mucha paciencia me explicaba las cosas que no entendía. La experiencia fue doblemente fructífera para mí, porque además de contar con un maestro capaz, mis lecciones se veían enriquecidas por la intensa lucha de clases en la que estaba participando.

En la campaña sindical, equipos de organizadores como el nuestro íbamos a los garajes, muelles, bodegas, zonas de mercados, a todos los rincones de la industria del camionaje. Dondequiera que íbamos, descubríamos que los trabajadores nos aguardaban, y el reclutamiento al sindicato fue avanzando a paso acelerado. Se organizó una clase para capacitar a oradores voluntarios quienes después hablaban ante las asambleas de otros sindicatos para explicar la campaña del Local 574 y solicitar su apoyo. Aunque no todos los funcionarios de otros sindicatos se alegraban con estas visitas, por lo general los oradores del Local 574 eran muy bien recibidos por los miembros. También se realizaron esfuerzos para conseguir publicidad sobre la campaña en *Labor Review*, órgano oficial de la Unión Central del Trabajo de la AFL. Con estas actividades combinadas, la campaña del Local 574 pronto se convirtió en uno de los principales temas de conversación entre la clase trabajadora de la ciudad, y casi todo el mundo estaba pendiente de lo próximo que iba a acontecer.

En su labor de reclutamiento, los equipos de sindicalizadores no sólo hablaban sobre la afiliación al sindicato, sino que planteaban la cuestión de las reivindicaciones que habría que presentar a los patrones. No había mejor autoridad sobre el tema que los propios trabajadores en sus centros de trabajo. Colectivamente poseen un rico caudal de conocimiento práctico de la industria en la que trabajan; se saben todas las artimañas del patrón y prácticamente el único secreto que éste les puede ocultar es cuánta

ganancia está extrayendo de su mano de obra. Se sostenían reuniones con cada grupo de trabajadores a fin de formular reivindicaciones específicas para su sección particular de la industria del camionaje. Ellos tomaban las decisiones sobre todos los aspectos relativos a salarios, horarios y condiciones de trabajo. El comité organizador simplemente añadía cláusulas especiales sobre elementos como el reconocimiento del sindicato, la protección de empleos, los procedimientos de quejas y otros temas afines.

Las reivindicaciones salariales, según las formulaban los propios trabajadores, oscilaban entre 18 y 35 dólares por semana, según las clasificaciones de empleos: desde los trabajadores que arrancan los tomates de los racimos en el mercado de verduras hasta los conductores de equipo de carga pesada. Las reivindicaciones sobre horas planteaban una semana laboral que variaba entre 40 y 48 horas, con primas por horas extras. En algunas de sus reivindicaciones los trabajadores describían elocuentemente las condiciones de trabajo contra las cuales se rebelaban: no a los turnos divididos; tiempo remunerado de garaje a garaje; la garantía de media jornada remunerada cada vez que se le pida a alguien que se reporte a trabajar; inspecciones periódicas de frenos pagadas por la compañía; no a las estafas de salarios mediante la manipulación de clasificaciones de empleos; a los trabajadores no se les debe cobrar por pérdidas o daños de mercancías; pago completo de salarios cada semana en un día establecido de pago.

Al completarse esta etapa de la campaña de sindicalización, había llegado la hora de orientarse hacia el enfrentamiento con los patrones. Se estaba concentrando una verdadera fuerza de combate para ese fin. Un liderazgo con un firme programa de lucha de clases iba asumiendo gradualmente el mando dentro del sindicato. Estaba presionando enérgicamente para que las filas controlaran todos los asuntos sindicales; se iban desarrollando lazos estrechos entre los miembros y el comité organizador; y al formular las reivindicaciones sindicales, los trabajadores habían redactado su propio pliego. Con estos fuertes estímulos, prácticamente todos los miembros del sindicato se convirtieron en reclu-

tadores voluntarios y combatientes de primera línea en la campaña del Local 574.

Una cuidadosa preparación organizativa había allanado el camino para una manifestación pública del crecimiento del sindicato, lo cual podría tener varios efectos positivos. Una asamblea de masas les daría a los trabajadores una imagen de su creciente fuerza. Se podría influenciar favorablemente a los que tenían dudas o vacilaciones respecto al sindicato. Se sentarían las condiciones para presentar las demandas del sindicato a los patrones; y se demostraría que el Local 574 representaba a los trabajadores. Para esta ocasión, el comité organizador propuso alquilar el Teatro Shubert, un lugar de esparcimiento en el centro de la ciudad que estaba destinado a obras de teatro, y que a menudo era utilizado por otras organizaciones grandes.

Hubo resistencia a la propuesta, según se indicó en las actas del 21 de marzo sobre la reunión conjunta entre el comité organizador y la junta ejecutiva: "Informe del comité para conseguir teatro y oradores. El hermano Brown informó que el comité recomienda que se consiga el Teatro Shubert, que probablemente se puede alquilar por $66, incluidos dos tramoyistas . . . El hermano Hall informó en nombre de la junta ejecutiva que ésta no estaba a favor de gastar mucho dinero en estos momentos y recomendó que se obtenga el salón número uno de la Sede del Trabajo para el mitin de masas en vez del Teatro Shubert. El hermano Gray también habló a favor de la posición del hermano Hall. Los hermanos Brown, Skoglund y M. Dunne hablaron sobre la necesidad de conseguir una sala más grande . . . El hermano M. Dunne propuso que se hiciera una colecta durante el mitin de masas para sufragar los gastos. El hermano Brown propuso que otros sindicatos contribuyeran para sufragar este gasto". Las objeciones de Hall fueron derrotadas y se alquiló el Shubert para el mitin de masas.

El comité organizador también inició una campaña de presión para conseguir al gobernador Olson como uno de los oradores del mitin. Esto se hizo por dos razones principales: la publicidad por

adelantado que anunciara al gobernador como orador ayudaría a atraer una gran concurrencia al mitin; y si Olson se dirigía a los trabajadores, tendría que pronunciarse oficialmente a favor de la campaña sindical. El gobernador trató de evadir la tarea pero se le hizo sentir tanta presión que finalmente accedió a hablar. Entonces se distribuyó un volante por toda la industria en que se anunció que Olson hablaría a los trabajadores sobre "El derecho a organizarse". A los trabajadores también se les informó que oradores del Local 574 les presentarían un programa definitivo de sindicalización para que ellos lo aprobaran.

Cuando se inauguró el mitin la tarde del domingo 15 de abril de 1934, aquel gran teatro estaba colmado de público. Grant Dunne dio un informe a nombre del comité organizador. Bill Brown y Miles Dunne dieron discursos combativos que realmente entusiasmaron a los trabajadores. A mí también se me había dado la tarea de pronunciar lo que sería mi primer discurso público, y estaba muerto de miedo ante la perspectiva de encarar a esa gran multitud. Antes del mitin le había pedido ayuda a Carl Skoglund. "Cuando te pares ahí, simplemente sé quien eres", me aconsejó, "un joven trabajador con responsabilidades familiares que atraviesa tiempos difíciles. Muchos de los que estarán en el público van a ser trabajadores jóvenes como tú. Simplemente describe lo que creas que hay que hacer, y ellos van a sentir que hablas en su nombre". Seguí el consejo de Carl lo mejor que pude y logré salir adelante.

El gobernador Olson no llegó al mitin, sino que adoptó una posición oficial de una forma que resultó aún más favorable para el sindicato. Su secretario privado, Vince Day, llegó al mitin y trajo una carta firmada por el gobernador. Day, quien se autodenominaba anarquista filosófico, primero dio un discurso bastante combativo a nombre propio. Luego leyó el mensaje de Olson, fechado el 13 de abril, ante los trabajadores ahí reunidos, y después se lo entregó a Brown para los archivos del sindicato.

Entre los pasajes claves, la carta del gobernador afirmaba: "La idea del sindicato, y no estoy hablando del sindicato amarillo, es

DRIVERS, ORGANIZE!

Because of the depression, wages of all workers have been reduced, and this has resulted in the general lowering of the standard of living.

The increase in the cost of living has resulted in further wage cuts.

WHAT MUST WE DO?
The Only Answer Is ORGANIZATION!

DO YOU KNOW?

That under Section 7-A of the N.I.R.A. workers are not only granted the right to organize, but are guaranteed the right to exercise this privilege without discrimination?

DO YOU KNOW?

That the coal drivers of Minneapolis took advantage of this privilege to organize and through our organization gained a 25% wage increase?

Monster Mass Meeting

Shubert Theatre, Sunday, April 15
at 2 P. M.

will open the big campaign to organize

ALL Minneapolis Drivers, Helpers, Filling Station Attendants and Platform Men

Governor Floyd B. Olson

Will Speak on "The Right to Organize"

Speakers from your union will outline a definite program of organization for your approval.

Auspices of Minneapolis General Drivers and Helpers Local Union No. 574

"¡Choferes, organicen!", se lee en el volante para la reunión masiva del 15 de abril de 1934, convocada por el Local 574 de Teamsters. "Debido a la depresión, se han reducido los salarios de todos los trabajadores", señala, "lo que ha resultado en una baja general del nivel de vida . . . ¿Qué debemos hacer? La única respuesta es ¡Organización!"

fundamentalmente sólida . . . Los intereses creados no han escatimado esfuerzos en su empeño de derrotar la idea del sindicato, porque saben que el sindicalismo total significaría el fin de su reino de explotación del trabajador y de la trabajadora. Sin embargo, el movimiento obrero ha capeado balazos, órdenes judiciales y acusaciones creadas por propaganda vil y ha desarrollado una red de sindicatos que constituye la organización más poderosa de nuestro país . . . Mi consejo, si desean aceptarlo, es que sigan la trayectoria sensata y se unan para su propia protección y bienestar".

Cuando Day concluyó, se tomó un receso para aceptar solicitudes de ingreso al sindicato. La respuesta fue buena, y la fuerza del Local 574 superó los 3 mil, en contraste con unos 75 miembros un año atrás. Al reanudarse el mitin, Carl Skoglund empezó con una explicación de los siguientes pasos a dar. Los trabajadores ahí reunidos votaron entonces a favor de salir a huelga si los patrones rehusaban cumplir las demandas del sindicato; se eligió un comité de huelga de carácter amplio; y se remitió a dicho comité la decisión sobre la fecha límite para salir en huelga.

Paralelamente a la campaña sindical, la Alianza Ciudadana había venido trazando su propio plan de batalla. Inmediatamente después de la huelga del carbón, se lanzó una campaña de propaganda para restarle importancia a la victoria sindical. Se subrayó que no se había firmado un convenio directo entre los distribuidores de carbón y el Local 574, y que tampoco lo había ordenado la Junta Laboral Regional. Según la versión de los patrones del carbón, ellos simplemente habían presentado una declaración "voluntaria" de escalas salariales uniformes ante la Junta Laboral. Cuando el sindicato había exigido un contrato directo en una audiencia de la Junta Laboral, un vocero de los patrones del carbón lo había rechazado rotundamente porque "afecta uno de nuestros principios más arraigados". En apego a ese "principio" se instaba a todos los patrones del camionaje a que se concentraran en suscribir acuerdos individuales con sus empleados.

Entonces, en marzo el sindicato supo de un mitin organizativo programado por la Alianza Ciudadana. Como yo no era conoci-

do, se me asignó a que observara el evento, haciéndome pasar como un patrón cucaracha. El tema central del mitin fue el "complot comunista" para apoderarse de la ciudad imponiendo el control sindical sobre todas las empresas. Se instó a todos los patrones a unirse en torno a la Alianza Ciudadana para salvar a la ciudad de la amenaza sindical. Se anunció que se estaban tomando medidas para asegurar la cooperación del alcalde y de la policía. A los posibles reclutas de la Alianza Ciudadana se les ofrecieron tres niveles de membresía según el servicio que se prestara. Esta información no les sorprendió a los dirigentes del sindicato, pero era útil saber qué estaba pasando.

Cuando se presentaron las reivindicaciones sindicales a los patrones después de la asamblea de miembros en el Shubert, se dio una escaramuza inicial. Los comités de ambos lados se reunieron en las oficinas de la Junta Laboral. Los patrones afirmaron que habían llegado a las sesiones sólo como muestra de "cortesía con la Junta Laboral". Se concentraron en solicitar pruebas de que el sindicato realmente representaba a sus empleados. Los voceros del sindicato ripostaron preguntando que a quién representaba el comité de patrones y qué proponían hacer acerca de las demandas sindicales. La reunión terminó en punto muerto. Después, el 7 de mayo los patrones remitieron una carta a la Junta Laboral enfocada en la cláusula —incluida entre las demandas del Local 574— sobre el reconocimiento del sindicato. La carta sostenía, "la demanda a favor de tales contratos de taller cerrado se rechaza aquí de forma categórica".

El 11 de mayo, la Alianza Ciudadana emitió un boletín especial a sus miembros, alertándolos sobre una inminente huelga de choferes de camión destinada a paralizar todo el transporte en la ciudad, incluidas las gasolineras. Informó que un "Comité Asesor" para patrones había establecido su cuartel general en el Hotel West. Instaron a los patrones a llamar a ese cuartel general tanto para obtener información como para informar sobre cualquier acontecimiento que averiguaran. "La cuestión principal que implica esta huelga ahora sale a la luz de forma clara y definitiva", asegu-

raba el boletín. "Los funcionarios del Sindicato General de Choferes han declarado en la prensa de manera franca que su objetivo principal es la sindicalización de todos los choferes de camión en Minneapolis y el control sindical sobre todo el transporte primario mediante el taller cerrado".

Como en la situación del carbón, se señalaba como problema clave el reconocimiento del sindicato, y una victoria del Local 574 era vital para todos los sindicatos en la ciudad si se había de aplastar el régimen de taller abierto de la Alianza Ciudadana. Sin embargo, cuando Hall informó a Tobin de los acontecimientos, obtuvo una respuesta indiferente en el sentido de que el sindicato debía comenzar a negociar a través de la Junta Laboral. Cabe añadir que Hall mantenía la práctica de retener el impuesto per cápita de los nuevos miembros, lo cual no facilitaba las cosas, sobre todo cuando Tobin sabía que el local estaba experimentando cierto tipo de crecimiento.

En todo caso, era evidente que nos encaminábamos hacia lo que podría llegar a ser un problema serio con Tobin, quien básicamente se oponía a lo que estábamos haciendo. Al menos cuando llegara el momento tendríamos tropas aguerridas, capaces de hacerle frente. Mientras tanto se podían tomar ciertas medidas protectoras involucrando a los funcionarios locales de la AFL en nuestra lucha. Esa última medida se consiguió al lograr que la Unión Central del Trabajo se pronunciara públicamente a favor de las demandas del Local 574. Esto implicaba que todos los funcionarios de la AFL estaban tomando cierta responsabilidad por la huelga que se avecinaba y, por tanto, estaban obligados a apoyarla.

Los maldirigentes sindicales de la vieja línea expresaron temores de que los desempleados pondrían en peligro un paro general en la industria del camionaje al ocupar los puestos de los huelguistas. Sus dudas emanaban de la magnitud de las listas de desocupados. En esa época había unos 30 mil trabajadores desempleados en Minneapolis. Junto con sus familias constituían casi un tercio de la población de la ciudad. Estos miles de marginados sociales, en una ciudad de menos de medio millón de personas,

intentaban subsistir con un miserable subsidio del gobierno. La imposibilidad de su situación los estaba volviendo combativos y furiosos. Su estado de ánimo se vio reflejado en una manifestación de protesta realizada el 6 de abril de 1934 contra el programa federal de "asistencia por trabajo" que se ofrecía sobre una base de pauperismo. Más de 10 mil desempleados marcharon hasta la alcaldía en señal de protesta. Cuando llegaron, la policía los agredió con gases lacrimógenos y cachiporras, pero los manifestantes no cedieron terreno. En la batalla campal resultaron heridos siete trabajadores . . . y ocho policías.

Según lo percibía la Liga Comunista, a estos militantes desempleados se les podía convertir en aliados del sindicato, en vez de considerarlos como amenaza. Para lograr ese objetivo hacía falta algo más que retórica. Había que darles un papel directo en el paro sindical y demostrar que la alianza no sería un asunto unilateral. Esto se logró a través de los miembros de la Liga Comunista que desde hacía mucho habían militado en el movimiento de los desempleados. Se corrió la voz de que la estrategia del Local 574 incluía la organización de una sección de desempleados del sindicato una vez que éste se hubiera consolidado. Además, el sindicato hizo arreglos preliminares para luchar a favor de la asistencia pública para los miembros necesitados, como protección para que los huelguistas no fueran derrotados por el hambre. Así se ejerció la influencia directa del sindicato a favor de los desempleados y se ayudó a consolidar la ansiada alianza. Se consultó con los dirigentes de los desempleados en la elaboración de los planes del sindicato para organizar piquetes, medida que les aseguró que no serían tratados como familiares de provincia.

Ya que la organización de piquetes en una extensa huelga de camiones equivaldría prácticamente a montar una red barredera sobre las calles de la ciudad, había que considerar los posibles problemas que pudieran presentarse con los agricultores. A la ciudad llegaban camiones de granjeros que transportaban productos como frutas y verduras para el mercado, leche cruda para las lecherías, y reses para las plantas empacadoras de carne. En gene-

ral, el sindicato no tenía motivos para interferir con ellos. Sin embargo, al comienzo de un paro de camiones de gran envergadura era muy probable que algunos agricultores enfrentaran dificultades que los pudieran volver antagónicos. Había que hallar la forma de resolver rápidamente cualquier problema que surgiera y para ello se necesitaba consultar por adelantado con los agricultores.

Aquí, una vez más, la Liga Comunista logró establecer los vínculos necesarios. Tenía contactos en la Farmers' Holiday Association (Asociación de Feriado de Agricultores) de Minnesota, una organización combativa que había tomado acción para impedir las ventas de hipotecas de granjas, había realizado huelgas lecheras para exigir mejores precios de las lecherías, y en general era hostil hacia los magnates capitalistas basados en la ciudad. Se entablaron estrechas relaciones de colaboración con John Bosch, presidente de la asociación, quien le aseguró al sindicato plena cooperación en la inminente huelga.

Otra de las medidas que se tomaron al preparar la huelga la inició Carl Skoglund, quien propuso al comité organizador la formación de un comité auxiliar de mujeres. El objetivo era involucrar a las esposas, novias, hermanas y madres de los miembros del sindicato. En vez de dejar que las dificultades económicas que enfrentarían en la huelga les corroyera la moral, señaló Skoglund, debían ser integradas a la batalla, donde podrían aprender sindicalismo por su propia participación directa. El comité aprobó su plan, y se me dio la tarea de presentarlo en la asamblea general del sindicato. La propuesta se aprobó, aunque no con mucho entusiasmo. Luego, hubo quienes me molestaron un poco, especialmente los hombres que veían su actividad sindical como una forma de tener una noche libre ocasional, pero todo eso se acabó abruptamente cuando más tarde las mujeres entraron en acción.

La fundación del proyecto auxiliar la emprendieron Marvel Scholl, quien estaba casada conmigo, y Clara Dunne, esposa de Grant. Comenzaron a hablar en reuniones de las distintas secciones del sindicato donde se estaban elaborando reivindicaciones a

ser presentadas a los patrones. Al comienzo las recibieron con aire de tolerancia cortés. Luego algunos hombres comenzaron a hacer preguntas sobre el proyecto, queriendo saber qué podrían hacer las mujeres durante una huelga. Clara y Marvel explicaron que las tareas de organizar un comisariato sindical, atender teléfonos y ayudar en una estación de primeros auxilios eran sólo algunas de las muchas cosas que las mujeres podían hacer durante la lucha. Después de un tiempo, los hombres comenzaron a hablar con sus esposas al respecto y, para sorpresa de algunos de ellos, vieron que las mujeres estaban interesadas. Al poco rato, varias mujeres llamaron a Marvel y a Clara, pidiéndoles más detalles sobre el comité auxiliar que se proponía. También ofrecían datos sobre las habilidades particulares que poseían como cocineras, meseras, enfermeras o oficinistas.

Esto coincidió con otros preparativos para la huelga. Se alquiló un garaje grande en el 1900 de la Avenida Chicago para servir de cuartel general de operaciones. Además de tener capacidad para las movilizaciones de piquetes, el edificio era suficientemente grande como para un comisariato, para las oficinas necesarias y para un departamento de reparaciones mecánicas. También alojaría el hospital de campaña que se estaba organizando con la ayuda del doctor H.P. McCrimmon, cuyos servicios había adquirido el sindicato. Esta medida en sí demostraba que el sindicato estaba resuelto a luchar y que iba a cuidar de sus heridos. Se alquiló un garaje porque sería una huelga móvil, con el uso ampliado de los escuadrones de piquetes móviles que se habían desarrollado durante la huelga del carbón. En ese departamento se elaboraban diagramas de la ciudad, se redactaban instrucciones para los piquetes y se seleccionaban a los capitanes de piquete. En general, el sindicato estaba básicamente listo para entrar en acción.

El cuidadoso trabajo organizativo había tenido un efecto saludable entre los trabajadores, según se demostró cuando el sindicato convocó a una asamblea en el Salón de los Eagles la noche del 15 de mayo de 1934. La asistencia de los miembros fue masiva, estuvieron presentes muchas mujeres del comité auxiliar y en ge-

neral reinó un estado de combatividad y confianza. Aunque probablemente ella tenía tanto miedo como el que yo había sentido en el Teatro Shubert, Marvel Scholl se paró ante la reunión y prometió el apoyo del comité auxiliar al Local 574. El comité negociador informó sobre la negativa insolente de los patrones a negociar con el sindicato, y Bill Brown dio un discurso conmovedor que sirvió como clarinada de batalla. Cuando se presentó una moción para salir en huelga, los miembros dieron su aprobación unánime con un voto de pie, no exactamente apegados a lo prescrito por Tobin. La reunión concluyó y se trasladó entonces al 1900 de la Avenida Chicago, donde hombres y mujeres dieron juntos los toques finales a los preparativos de huelga.

6

Se organiza la huelga

Los dirigentes de combate del Local 574, quienes actuaban a través del comité organizador, no tenían ilusiones sobre la gravedad del conflicto inminente. Tenían plena conciencia de que los patrones intentarían aplastar la huelga. Si el sindicato iba a triunfar, habría que librarse una tremenda batalla. Ante las presiones de una lucha cruenta, era de esperarse que tanto la Junta Laboral como el gobernador Olson realizarían maniobras perjudiciales al sindicato. También podíamos anticipar muestras de flaqueza por parte de los funcionarios locales de la AFL, quienes seguramente se mostrarían remilgosos ante el combate físico y propensos a instar a los trabajadores que confiaran totalmente en Olson. A fin de cuentas, el desenlace de la huelga dependería de la capacidad combativa de las filas sindicales.

Procurando inculcar este entendimiento entre los miembros del sindicato, los dirigentes de combate se aprestaron a enseñar a los trabajadores los pormenores de la lucha por sus derechos. Esta circunstancia hizo que la huelga fuera bastante excepcional. Por lo general, los funcionarios de la AFL frenaban y desalentaban el espíritu de lucha de las filas, pero en este caso había una lucha

combativa organizada por parte de lo que había llegado a ser la sección clave de la alta dirección sindical.

En realidad, rara vez se había visto una huelga tan bien preparada. Al amanecer el 16 de mayo de 1934, el cuartel general de la huelga ubicado en el 1900 de la Avenida Chicago ya era un colmenar de actividad. Carpinteros y plomeros sindicalizados instalaban en el comisariato estufas de gas, lavaderos y mostradores. El Sindicato de Cocineros y Meseros envió expertos en preparar y servir alimentos de forma masiva, a fin de ayudar a organizar las cosas y entrenar a los voluntarios. Trabajando en dos turnos de 12 horas, más de 100 voluntarios servían a entre 4 mil y 5 mil personas cada día. Siempre había emparedados y café disponibles, y se servía una comida caliente cuando los recursos del comisariato y las circunstancias de la huelga lo permitían. Además, se habían hecho arreglos para que el personal clave pudiera dormir dentro del edificio o en sus cercanías durante el tiempo que durara el conflicto.

Se organizaron comités para promover la ayuda material. A los abarroteros amistosos se les solicitaban productos básicos para usar en el comisariato y para ayudar a las familias de los huelguistas necesitadas. También se recibían donativos similares de agricultores que simpatizaban con la lucha. Los comités luchaban para exigirle a la alcaldía que otorgara asistencia pública a los miembros del sindicato, y a los caseros que presionaban a los trabajadores por el pago de alquiler se les tuvo que aclarar las realidades de la vida. Las contribuciones monetarias de otros sindicatos servían tanto para abastecer el comisariato como para comprar gasolina para los escuadrones de piquetes móviles y suministros médicos para el hospital de emergencia del sindicato. Hasta el gobernador Olson contribuyó con 500 dólares para el Local 574.

El plantel médico del sindicato contaba con el doctor McCrimmon y dos internos del hospital de la Universidad de Minnesota, quienes ofrecían sus servicios como voluntarios fuera de sus horas de trabajo. Tres enfermeras capacitadas encabezaban un plantel más numeroso de voluntarios, el cual prestó un servicio tan

eficiente que, a pesar de las numerosas heridas que trataron, no se presentó ni un solo caso de infección grave. El hospital estaba supervisado por la señora Vera McCormack, una técnica cualificada a quien todos afectuosamente llamábamos "Mac". Para prevenir la contaminación del aire dentro del hospital y el comisariato, los autos de los piquetes eran empujados al meterlos o sacarlos del edificio.

Para mantener los autos de los huelguistas en funcionamiento, se recurrió a una veintena de mecánicos cualificados que llegaron con sus herramientas. Lo que había sido el depósito de herramientas y almacén de suministros en el enorme garaje se transformó en una oficina general donde los voluntarios realizaban las tareas de mecanografiado y mimeografiado, y donde inscribían a los nuevos miembros que ingresaban en tropel al sindicato. Dentro del cuartel general y en sus alrededores se mantenía una guardia organizada para estar alerta a intrusiones de la policía, impedir que se tomaran bebidas alcohólicas, enfriar los arrebatos de genio y mantener el orden. Salvo en momentos críticos, cuando todos trabajaban hasta el agotamiento, las distintas tareas se rotaban.

Se dedicó atención especial a mantener informados a los trabajadores sobre el progreso de la huelga y ayudarlos a rebatir las mentiras que promovían los patrones. Con ese propósito, cada noche se celebraba una asamblea general en el cuartel general. Los dirigentes de la huelga presentaban informes, se invitaban a oradores de otros sindicatos para apoyar la moral con expresiones de solidaridad, y luego por lo general se daba alguna forma de diversión. Se instaló un sistema de altoparlantes para que todos pudieran escuchar cuando las asambleas colmaban el local, y también cuando éstas se desbordaban a la calle con multitudes que a menudo ascendían a 2 mil o 3 mil personas.

También se celebraban regularmente asambleas del comité de huelga de 75, elegido por los miembros del sindicato. Ese cuerpo, responsable de tomar las decisiones generales sobre la política huelguística, a su vez había designado a un pequeño subcomité para ocuparse de quejas. La mayoría de los reclamos tenían que

ver con las solicitudes de patrones cucarachas que pedían permisos especiales para operar sus camiones. Por lo general las solicitudes eran injustificadas y se rechazaban automáticamente. Sin embargo, al contar con un comité especial que se encargara de tales asuntos se evitaba el desgaste innecesario de los comandantes de piquetes.

A otro subcomité se le asignó la responsabilidad de proveer asistencia jurídica para los piquetes arrestados durante la huelga. El primer abogado que se consiguió resultó ser un sinvergüenza cuyo método consistía en llegar a una componenda con el fiscal. A cambio de que se desestimaran los cargos contra unos pocos piquetes, haría que un número mayor de acusados se declararan culpables. Lo hizo una sola vez y el sindicato lo despidió. No esperábamos que nuestro abogado ganara cada caso, pero por lo menos queríamos que luchara por nosotros. El comité sindical fue en busca de uno que sí lo haría.

A Ray Dunne y a mí se nos asignó la responsabilidad de despachar piquetes. Esta era la primera función oficial de Ray en el Local 574, aunque desde el comienzo de la campaña de sindicalización en la industria del carbón él había encabezado la fracción de la Liga Comunista en el sindicato. Ray había quedado en desventaja al perder su trabajo en la industria del carbón, lo cual le quitaba una base formal para ser miembro del sindicato. Pero ahora podía dar un paso al frente como partidario voluntario de la huelga, junto a cientos de trabajadores más. Muchos miembros del comité de huelga sabían de sus impresionantes credenciales sindicales y por eso se le dio una tarea importante.

La oportunidad de trabajar junto a Ray, como antes había sucedido con Carl Skoglund, me recalcó la experiencia y la educación que uno adquiere al ser miembro de un partido socialista revolucionario. Ray sabía mucho sobre cómo conducir una huelga y, al igual que Carl, me enseñó mucho sobre el concepto de equipo en el liderazgo. Ray era un estupendo dirigente de combate, con un claro sentido de los objetivos a lograr, respaldado por una poderosa fuerza de voluntad y la capacidad de mantener la serenidad

en situaciones críticas. No sólo enseñaba con su ejemplo —sin evadir jamás tareas peligrosas o de menor importancia— sino que daba libertad a otros para tomar iniciativas, procurando sólo cuidar de que no se cometieran errores graves. Presentaba sus críticas de forma constructiva para contribuir a que otros aprendieran. Ray nunca actuaba como diletante en lo que hacía, y trataba de encontrar un papel para todo el que quisiera ayudar. "No hay que descartar a la gente con ligereza", decía a menudo. "Eso no es un rasgo de un organizador".

Como despachadores, Ray y yo estábamos a cargo de asignar todas las tareas de piquetes y teníamos la responsabilidad de dirigir las operaciones tácticas. Teníamos a nuestra disposición a un personal especial para manejar los teléfonos y operar una radio de onda corta para escuchar las transmisiones de la policía. Se organizó a voluntarios adolescentes con motocicletas en un eficiente servicio de mensajeros. Estos se desplazaban por toda la ciudad con órdenes estrictas de mantenerse al margen de la pelea, y servían como ojos y oídos de los despachadores de piquetes y como un veloz medio de comunicación con los capitanes de piquete. Se habían ofrecido tantos autos y camiones particulares que teníamos más que suficientes para lograr el alto grado de movilidad que se requería en la huelga. Se usaban camiones para transportar destacamentos de piquetes fijos y sus equipos de relevo a las terminales de camiones, a la zona del mercado, a las casas de mayoreo y a otros lugares donde normalmente circulaban camiones. Las cuadrillas de piquetes también vigilaban los puntos donde las principales autopistas cruzaban los límites de la ciudad.

Se habían designado escuadrones móviles en autos, distrito por distrito, para que recorrieran todas las calles en busca de operativos esquiroles de camionaje. A cada uno de esos escuadrones, al igual que a los destacamentos de piquetes fijos, se designaba un capitán. En todo momento se mantenía en el cuartel general de la huelga una fuerza de reserva con los medios de transporte necesarios. En situaciones que implicaban fuerzas numerosas, se nombraba un comandante de campo y se establecía un puesto de

mando para coordinar las actividades y mantener el contacto con el cuartel general. Había escuadrones móviles especiales, escogidos cuidadosamente, a la disposición permanente de los despachadores de piquetes. Estaban capitaneados por dirigentes capacitados con credenciales que les autorizaba reemplazar cualquier otra autoridad en el campo. Estos escuadrones se utilizaban para tareas especiales y se los enviaba a situaciones tensas para comandar las fuerzas sindicales y dirigir la lucha.

El congregar las fuerzas masivas requeridas para realizar labores de piquetes de tal alcance no constituyó problema alguno. Tan pronto se convocó a la huelga, se dio una infusión de nuevos miembros al Local 574 provenientes de todas las secciones de la industria del camionaje. En poco tiempo el sindicato casi duplicó las fuerzas que había tenido a mediados de abril, alcanzando una cifra de cerca de 6 mil. La postura adoptada por el sindicato hacia los trabajadores desocupados produjo resultados espectaculares. Cientos y cientos de desempleados se volcaron al cuartel general de la huelga para ofrecer sus servicios voluntarios y pelearon como tigres en las batallas que se dieron. También se presentaron trabajadores no sindicalizados de otras industrias. Junto con mujeres y hombres de otros sindicatos, llegaban al cuartel general de la huelga al final de su jornada de trabajo, listos para ayudar de la forma que pudieran. En altas horas de la noche, finalmente se acostaban donde pudieran encontrar espacio para dormir un poco antes de volver a sus empleos. Un número importante de estudiantes universitarios arrimó el hombro para ayudar al sindicato. En total se disponía de miles de piquetes.

La mayoría de la población de la ciudad demostró su simpatía con la huelga, y al poco tiempo funcionaba un servicio de inteligencia espontáneo. La gente telefoneaba para informar sobre actividades rompehuelgas y otra información se remitía de forma anónima; a menudo el correo lo había pagado algún patrón sin percatarse. Las mecanógrafas, incluso hasta las secretarias personales, metían una hoja extra de papel carbón para hacerle una copia al sindicato cuando un patrón dictaba algo que ellas consi-

deraban que los huelguistas debían saber. Llegaba material que obviamente se había recuperado de los basureros, incluso lo hubo proveniente de las oficinas de la propia Alianza Ciudadana.

Ahora el sindicato tenía elaborada su estrategia, se habían movilizado las fuerzas necesarias, y se habían planeado operativos de piquetes con precisión militar. El próximo paso consistía en iniciar la gran ofensiva contra los patrones. Las operaciones de camionaje tenían que quedar inmovilizadas, a pesar de todos los intentos de utilizar rompehuelgas bajo protección policial, hasta que los patrones accedieran a negociar con el sindicato. Al principio los cargadores de carbón eran prácticamente los únicos con experiencia en las técnicas de piquetes del Local 574: en realidad, muchos de los piquetes no tenían o casi no tenían experiencia previa. Cuando se topaban con un camión en las calles lo escoltaban hasta el cuartel general de la huelga. Pronto la zona alrededor del 1900 de la Avenida Chicago quedó atestada con una abigarrada colección de vehículos cargados de leche, carbón, tabaco, té y café, cerdos, ganado y toda una gama de cosas más, incluso unas cuantas cargas de heno.

Esto se rectificó rápidamente con sesiones de orientación para los piquetes inexpertos, y a partir de entonces cuando surgía una duda sobre cómo proceder en una situación determinada, los piquetes se comunicaban con el cuartel general en vez de llevar el camión hasta allá. Los agricultores que caían en la red se indignaban de forma particular, pero con la ayuda de la Farmers' Holiday Association el sindicato elaboró una política que a los agricultores les resultó aceptable, salvo el caso de los hortelanos, con quienes tuvimos que pasar ciertas dificultades. Durante un par de días hubo problemas con algunas gasolineras que trataron de continuar sus operaciones. Intentaban jugar al gato y al ratón con los piquetes —cerraban por un rato y luego volvían a abrir— hasta que los piquetes móviles especiales intervinieron y resolvieron el asunto de forma definitiva.

Mientras sucedía todo esto, se propagó rápidamente una discusión entre los choferes de la flotilla de taxis de la empresa Yellow

Cab sobre la idea de afiliarse al Local 574. Al enterarse, el patrón trató de crear un sindicato amarillo y los choferes reaccionaron airados. Al segundo día del paro del Local 574, enviaron una delegación al comité de huelga, solicitando que se les permitiera participar en la lucha que libraban los choferes y demás trabajadores de camiones. Aunque existía un sindicato local minúsculo de dueños particulares de taxis y de sus conductores de relevo, el comité de huelga accedió a enrolar a los choferes de la Yellow Cab. Se enviaron piquetes móviles para notificar a todos los taxistas que esa noche habría una asamblea en el cuartel general de la huelga. Una vez congregados, votaron a favor de salir en huelga, y en cuestión de horas ya no se podía encontrar un solo taxi en circulación.

Como demostraba gráficamente este episodio, el Local 574 se había convertido en una fuerza que había que tener en cuenta. No circulaba nada sobre ruedas sin el permiso del sindicato.

7

Comienza la guerra

El alcance y la fuerza de la huelga habían tomado totalmente desprevenidos a los patrones del camionaje y a los dirigentes de la Alianza Ciudadana. Mientras decidían qué hacer, simplemente habían mantenido sus camiones fuera de las calles y el sindicato había prevalecido sin mucha oposición. Sin embargo, ahora los trabajadores estaban a punto de darse una idea de las medidas a las que recurren los capitalistas en un enfrentamiento: fuerza represiva y violencia.

La prensa capitalista arreció sus ataques contra el sindicato, tergiversando y distorsionando los hechos acerca de la huelga. Proclamando su intención de "mantener abiertas las calles", los patrones reclutaron a choferes rompehuelgas y matones. A la voz de mando de la Alianza Ciudadana, la policía entró en acción contra el sindicato. Los registros del tribunal dan constancia de que en los primeros dos días de la huelga sólo se produjeron 18 arrestos. En cambio, durante el tercer y cuarto días, llevaron ante los tribunales a 151 piquetes. Les impusieron multas de hasta 50 dólares, y 17 de ellos recibieron sentencias de 10 a 45 días en un reformatorio. El viernes 18 de mayo de 1934 se organizó un "mi-

tin de ciudadanos" de la clase patronal en que se eligió un comité de "ley y orden". Según se informaba en un boletín de la Alianza Ciudadana obtenido por el sindicato, el comité fue establecido para organizar asistentes especiales de alguacil, que actuarían en consulta con el sheriff y el jefe de policía. Emulando lo que se había organizado en el cuartel general de la huelga del sindicato, alquilaron un local especial para los asistentes de alguacil en el 1328 de la Avenida Hennepin, que contaba con un comisariato y un hospital.

En su primer intento de romper las líneas de piquete, los estrategas de la Alianza Ciudadana recurrieron a un ataque por el flanco, aprovechando una peculiaridad del mercado municipal que no había recibido suficiente atención por parte del sindicato. Había pequeños hortelanos que alquilaban puestos en la zona del mercado para exhibir sus productos, y allí les iban a comprar los dueños de abarroterías pequeñas. Como las cadenas de supermercados aún no estaban desplazando a los pequeños tenderos, ese comercio era muy activo. Estos agricultores pertenecían a la Asociación de Hortelanos (Market Gardeners Association), que no estaba vinculada al movimiento de la Farmers' Holiday Association. El sindicato no había hecho un arreglo directo con ellos, por lo cual, sin quererse, resultaron perjudicados por la huelga. Conscientes de que los hortelanos estaban muy molestos al respecto, los estrategas de la Alianza Ciudadana pretendieron usarlos como frente para lanzar un ataque rompehuelgas contra el sindicato.

En la prensa capitalista se publicaron informes que indicaban que los "hortelanos se han organizado contra la huelga". Un convoy de camiones de agricultores empezó a avanzar hacia el mercado escoltado por unos 70 asistentes de alguacil. Pronto fueron interceptados por escuadrones de piquetes móviles, y se dio una batalla de una hora a lo largo de la ruta hacia el mercado. Al verse en medio de una pelea entre piquetes y asistentes de alguacil, la mayoría de los agricultores dieron media vuelta y se fueron a casa; sólo tres camiones lograron llegar al mercado.

Después de esta experiencia el sindicato le garantizó a la Aso-

ciación de Hortelanos un salvoconducto para que pudiera vender sus productos directamente a los pequeños comerciantes por toda la ciudad. De esta manera indirecta podían realizar sus negocios sin perjudicar la huelga y el sindicato podía mantener cerrado el mercado sin causarles daño. Los hortelanos aceptaron la propuesta y adoptaron una posición neutral, algunos incluso amistosa, hacia la huelga.

Habiendo fracasado en su intento de usar a los agricultores contra la huelga, los patrones atacaron al sindicato de forma abierta. La mañana del sábado 19 de mayo, usaron esquiroles en el mercado para cargar dos camiones de la Bearman Fruit Company bajo la protección de una gran banda de policías y matones a sueldo, quienes empuñaban garrotes y cachiporras. Se despacharon escuadrones móviles del sindicato para reforzar la línea de piquete y, en la batalla resultante, los huelguistas desarmados se defendieron usando los medios que pudieron encontrar en el momento. Varios piquetes resultaron heridos de seriedad, como también sucedió con unos cuantos policías y matones. Uno de los capitanes de piquete, Jack Maloney, me dio más tarde un informe escrito sobre la pelea. (En los registros de la huelga aparece como Severson, apellido de su padrastro, que usó por un tiempo.)

Jack escribió, en parte: "... tuvimos todo un pleito, a varios nos garroteó la policía. En mi caso, me arrastraron inconsciente hasta la Bearman. Cuando recuperé el sentido, a Harold Beal y Louie Scullard también los tenían allí dentro bajo custodia, y al poco rato llegó el coche patrullero de la policía. Yo estaba sangrando mucho de la cabeza y, después que metieron a Harold y a Louie en el patrullero, los policías me sacaron, y al soltarme frente al coche me desplomé. En la trifulca que siguió, unos piquetes me recogieron y me llevaron hacia la Sexta y Hennepin. Pidieron una ambulancia y me llevaron al Hospital General, donde también llevaron a algunos de los otros piquetes. Después que los médicos me habían remendado la cabeza, me pusieron en un cuarto para esperar a que me llevaran a la cárcel. El agente negociador del sindicato de caldereros fue donde estaba sentado y le dijo a la recep-

cionista, 'Me llevo a este hombre'. Caminamos hasta el pasillo y dijo, 'Vete de aquí, rápido'".

La experiencia de Jack muestra cómo se usan los hospitales contra los huelguistas. Cuando se lleva allí a un piquete que está herido, notifican a la policía y cooperan deteniendo a la persona para que la arresten. Esta es una de las razones por las que el sindicato mantuvo su propio hospital en su cuartel general de la huelga. Siempre que fue posible, a nuestros heridos se les llevó allí para que recibieran atención médica. Sólo se llevaban a hospitales regulares cuando era necesario tratar heridas graves. Luego de los acontecimientos de ese sábado, cada piquete comprendió la necesidad de esa política, que desde entonces se cumplió de forma escrupulosa.

Ese día al anochecer, al sindicato le tendieron una trampa mortal. La habían montado en lo que se conocía como el Callejón de los Periódicos, en el andén de carga de los dos diarios principales cuyas oficinas se encontraban en edificios aledaños. Comenzaron a llegar informes al cuartel general de la huelga de que se hacían preparativos para distribuir los paquetes de periódicos bajo una fuerte protección policial. Como despachadores de piquetes, Ray y yo estábamos tanteando la situación, no deseosos de que se repitiera la experiencia de la mañana en la Bearman Fruit. Entonces un agente provocador se puso al altoparlante y solicitó dos o tres camionadas de huelguistas, pidiendo que se montaran mujeres a los camiones junto con los hombres. Hasta ese momento, él había trabajado duro y de forma leal a favor de la huelga, congraciándose a tal punto que se le confiaba a plenitud. Haciendo creer que transmitía órdenes de los despachadores, envió a los piquetes al Callejón de los Periódicos. Fue una emboscada en la que los trabajadores fueron golpeados brutalmente con garrotes de policía y cachiporras empuñados por matones a sueldo.

Poco después los camiones de piquetes regresaban cargando a las víctimas ensangrentadas, las cuales de inmediato fueron llevadas al hospital en el cuartel general de la huelga. Algunos tenían huesos fracturados —entre ellos cinco mujeres— y tuvieron que

Working Men and Women

of Minneapolis





This is what the police and gunmen of the Citizens' Alliance do to workers when they ask for a living wage.

Every worker—every believer in Decency and Justice for the working class MUST

Support This Strike!

HOW YOU CAN HELP WIN THE STRIKE

Join the Mass Picket Line—Report for Picket Duty at 1900 Chicago Ave—Donate Food for the commissary—Raise money for the strike fund

General Drivers and Helpers Union, Local 574

"Trabajadores y trabajadoras de Minneapolis: ¡Apoyen esta huelga!", insta un volante del Local 574 tras ataques lanzados contra trabajadores por matones de la Alianza Ciudadana y la policía durante la huelga de mayo. El volante prosigue: "Cómo puedes ayudar a la huelga: únete a las líneas de piquete masivas, preséntate para hacer guardia de piquete, dona alimentos para el comisariato, recauda dinero para el fondo de huelga".

ser llevados a un hospital regular para recibir cuidado más completo. Al registrar al provocador y su auto se descubrieron carnets de miembro de diversos sindicatos y clubes del Partido de los Agricultores y Trabajadores, así como una placa y credenciales de la Agencia de Detectives Burns. Cuando se corrió la voz del ataque bestial, algunos farmacéuticos comprensivos donaron suministros médicos al sindicato. En los hospitales regulares, médicos y enfermeras conmocionados comenzaron a ayudar a que los trabajadores, tras ser atendidos, se escabulleran para que no los apresara la policía.

Poco después que se había traído a las víctimas del Callejón de los Periódicos, dos policías municipales irrumpieron en el cuartel general de la huelga, alegando que los piquetes habían secuestrado a un chofer esquirol. Amenazaron con arrestar a los dirigentes de la huelga si no se los entregaban y garrotes en mano avanzaron hacia la oficina del despachador de piquetes. Toda la ira acumulada contra la brutalidad policiaca se desató contra ellos. En cuestión de minutos, los policías yacían inconscientes frente al cuartel general, donde permanecieron hasta que llegó una ambulancia a recogerlos, en respuesta a una llamada del sindicato. Fueron tantos los trabajadores que les entraron a los dos policías que hasta se interpusieron entre sí. Sherman Oakes, un conductor de carbón y de hielo, dio un garrotazo contra uno de los policías y por accidente golpeó a otro huelguista, Bill Abar, quebrándole el brazo. Sherman irrumpió en llanto. No pudimos descifrar si fue porque había golpeado a Bill o porque no le había dado al policía.

En su edición vespertina del sábado, el *Minneapolis Journal* dijo, "Un encarnizado motín se desató el sábado, cuando 425 agentes especiales entraron en acción para romper la huelga de los Choferes de Camión". Aquí se ilustra una táctica común de la prensa capitalista. Con un simple plumazo del director, los ataques criminales de la policía contra piquetes pacíficos se transforman en un "encarnizado motín" por parte de las víctimas. También cabe notar el tono insulso empleado al declarar la intención de "rom-

per la huelga de los Choferes de Camión".

Las ediciones dominicales trataron la huelga de forma similar, afirmando que cientos de personas se estaban ofreciendo de voluntarios como policías especiales. Durante todo el día, hasta bien entrada la tarde, las transmisiones radiales continuaron la campaña de amedrentamiento iniciada por los periódicos. Al final del día, se informaba que estaban movilizados más de 2 mil asistentes de alguacil. En realidad, según los registros oficiales obtenidos posteriormente por el sindicato, para el lunes sólo habían enrolado a 544 asistentes, principalmente entre empresarios, profesionales, vendedores y unos pocos trabajadores engatusados. Por supuesto, estos hechos no disuadieron a los autores de los informes publicados, exagerados conscientemente para meterles miedo a los huelguistas haciéndoles creer que toda la ciudad se movilizaba contra ellos.

Al contrario de las esperanzas y expectativas de los patrones, los huelguistas no estaban precisamente paralizados de miedo ante la posibilidad de enfrentar a un ejército de policías y asistentes de alguacil. Más bien, empezaron a mostrar el lado positivo de las ilusiones de los trabajadores respecto a la democracia capitalista.

El lado negativo de sus creencias es la suposición de que bajo el régimen capitalista tienen derechos democráticos inviolables. Esta es una suposición errada que a la larga sólo puede mantenerse intacta hasta el momento que intentan ejercer tales derechos en la lucha de clases. Cuando esto sucede, los trabajadores aprenden que han sido víctimas de una ilusión. No obstante, aún piensan que merecen estos derechos y lucharán con tanto más ahínco para hacerlos realidad. Un malentendido negativo se convierte entonces en una aspiración positiva, como estaba a punto de suceder en Minneapolis.

Hasta ese momento los trabajadores habían conducido sus actividades sin nada para defenderse, pero se percataron que sus intentos de ejercer el derecho a montar piquetes pacíficos eran reprimidos con garrotes de la policía y cachiporras. Decidieron tomar medidas para hacer valer su derecho democrático de im-

pedir que los rompehuelgas les quitaran el empleo. Habría sido una pifia táctica que miembros de una vanguardia aislada intentaran usar medidas similares a las que los huelguistas estaban por tomar; sólo conseguirían que la policía los apaleara. Sin embargo, en este caso los recursos empleados para la autodefensa se originaban en un estado de ánimo espontáneo a nivel de masas, engendrado por la represión capitalista. Ya que en este caso los recursos se limitaban apropiadamente a igualar a la policía, garrote por garrote, las tácticas empleadas eran completamente válidas.

Los huelguistas se pasaron todo el domingo equipándose para la batalla. Aparecieron bates de béisbol; se cortaron mangueras en trozos cortos, taponándolos con arandelas de metal y sellando los extremos con cinta adhesiva para improvisar cachiporras. Voluntarios del sindicato de carpinteros cortaron piezas de madera de dos pulgadas por dos pulgadas para servir de garrotes. Un simpatizante llegó al cuartel de la huelga halando una carretilla de juguete llena de balaústres del barandal de una escalera de su casa, y su esposa iba balanceando la carga. Para improvisar cascos, metían cartón pesado entre los forros de los sombreros. Se pedía a uno de los compañeros de huelga que lo probara con un garrote, y si los resultados eran negativos, se añadía más cartón.

Se estableció una división de trabajo para la lucha que se avecinaba. Los hombres integraron los piquetes que implicaban combate, mientras que las mujeres contribuyeron a la huelga de múltiples formas. La mayoría de las tareas dentro del cuartel general las asumieron las mujeres. Montaron piquetes frente a los edificios de los periódicos para denunciar a la prensa patronal por sus mentiras acerca de la huelga; realizaron acciones de protesta frente a la alcaldía; y fueron a otros sindicatos para solicitar apoyo. Al poco tiempo, comenzó a llegar una delegación tras otra de diversos sindicatos al cuartel general de la huelga, preguntando cómo podían ayudar. En el informe antes mencionado, Jack Maloney dio una descripción que refleja el estado de ánimo reinante en el ejército del Local 574.

Escribió: "En mi opinión, la actividad del fin de semana en el

1900 de la Avenida Chicago fue motivada no sólo por la anticipación de lo que vendría, sino en realidad por lo que ya había ocurrido. A mi parecer, lo que propició esa actividad no fue sólo la especulación y las recomendaciones del liderazgo, sino los hechos reales. Este es un factor muy importante porque, al menos para mí (y yo era muy joven, tenía 22 años), los patrones estaban listos y decididos a matar de ser necesario a fin de mantener su control. Yo estaba decidido a hacer que ellos lo demostraran, y muchos otros pensaban igual que yo. Sabían lo que anticipaban el lunes o el día siguiente y estaban listos a jugarse 'el todo por el todo'. En la Bearman los piquetes ya habían recibido una muestra de lo que podían esperar. Los policías ganaron esa batalla, pero el lunes los piquetes les correspondieron con la moneda del sábado".

En el enfrentamiento del lunes, al que Jack se refería, se iban a encarar dos fuerzas organizadas y disciplinadas, garrote contra garrote, en una batalla a librarse en términos militares. No sabíamos cuántos intentos diferentes harían los patrones para reanudar la circulación de camiones el lunes, pero en el distrito del mercado se podía anticipar un esfuerzo importante. Allí se manejaban alimentos perecederos y eso le daba a la Alianza Ciudadana una pantalla propagandística para lanzar un ataque rompehuelgas. De hecho, el sindicato estaba recibiendo pistas de fuentes amistosas sobre los planes para abrir los locales del mercado el lunes. Dado que, desde el punto de vista del sindicato, el mercado era un buen campo de batalla, la noticia no nos perturbó. Simplemente nos concentramos en los preparativos para una lucha allí.

En el edificio de la AFL en el 614 de la Primera Avenida Norte, al borde mismo del distrito del mercado, se había montado una estación de "café y demás" para los piquetes móviles. Temprano en la noche del domingo empezó un insólito ir y venir de piquetes. A primera vista parecía reflejar un aumento en la actividad de los piquetes móviles, pero de cada grupo de cinco o seis personas que llegaba en coche y entraba al edificio, sólo salían de regreso dos o tres. De esta forma subrepticia se habían concentrado unos 600 hombres en el local de la AFL antes de que amaneciera, todos

armados con garrotes.

A eso de las cuatro de la madrugada del lunes, aparecieron pequeñas líneas de piquete frente a los locales del mercado. Un número mayor de piquetes, con sus insignias sindicales temporalmente ocultas, se esparcieron hacia posiciones estratégicas por el distrito. Un ejemplo de su ingenio lo ofreció Steve Glaser, un trabajador de almacenes, bajo de estatura y fornido, que caminaba con una pierna tiesa. Lucía totalmente inofensivo antes de que empezara la lucha. Pero de la pierna del pantalón sacó un enorme garrote y entonces se desplazó con mucha agilidad. Además de estas fuerzas, en el cuartel general de la huelga se mantenía una reserva de cerca de 900, listos para actuar en cualquier instante. En total, el sindicato tenía desplegado un fuerte ejército para la batalla, lo cual se había hecho de manera que le daría más de una sorpresa a la policía.

En el mercado había varios cientos de policías uniformados y un número similar de asistentes de alguacil. Los policías andaban en plan de provocar, envalentonados después de sus proezas del sábado. Entre los asistentes de alguacil se hallaba un rico playboy que lucía un sombrero de polo. Como el resto de su calaña, anticipaba que se iba a divertir mucho apaleando a las ovejas obreras. A eso de las nueve de la mañana, unos conductores rompehuelgas recularon seis camiones contra el andén de carga de la compañía Gamble Robinson en la Quinta Calle. Rápidamente se concentró allí un gran número de huelguistas y, cuando comenzó a salir un camión cargado, un policía agredió a un huelguista. Los sindicalistas fueron a la carga y se desató la lucha.

Con los policías desplegados en base a lo que creían que era la fuerza del sindicato, los 600 piquetes que estaban esperando en el local de la AFL fueron movilizados al combate y salieron en formación militar. La lucha se extendió en seguida a otros tres o cuatro establecimientos del mercado donde estaban haciendo preparativos para abrir los negocios. Se desplomaban tanto policías como asistentes de alguacil, en medio de los vítores de los numerosos curiosos, algunos de los cuales echaron el hombro para ayudar

a los huelguistas. Los trabajadores los estaban desafiando, garrote contra garrote, y ante esta situación la mayoría de los asistentes de alguacil se echó a correr, dejando solos a los policías uniformados. Más policías fueron enviados urgentemente desde los puestos en el principal distrito comercial. El sindicato contrarrestó esa maniobra rápidamente, desplegando a cientos de la reserva que se hallaban en el cuartel general de la huelga.

En un acto de desesperación, los policías desenfundaron sus revólveres, amenazando con disparar; pero parecían titubear en recurrir a una medida tan extrema, y eso nos dio un poco de tiempo para hacer algo al respecto. La situación estaba así: los policías se mantenían bien apretados y disponían de un campo de fuego abierto para disparar contra los huelguistas. Para resolver este problema había que dispersarlos entre los piquetes. El resto de la reserva que quedaba en el cuartel general de la huelga se montó en camiones, y el primer camión lo condujo Bob Bell, un tipo enorme y completamente impávido. Se le dijo que saliera volado hacia el mercado, ignorando las leyes de tránsito, y que manejara hasta meterse en medio de los policías. Es justo lo que hizo Bob. Los piquetes saltaron de los camiones encima de los policías, quienes al no poder disparar sin herirse unos a otros tuvieron que continuar luchando con cachiporras. Después de eso, el jefe de policía Johannes decidió dar por acabada la jornada.

No menos de 30 policías uniformados y unos cuantos asistentes de alguacil tuvieron que ser hospitalizados. Los heridos del sindicato fueron trasladados al cuartel general de la huelga donde se les atendió a todos, salvo unos pocos que tenían fracturas y necesitaban tratamiento hospitalario regular. Del lado nuestro, la herida más extraña la sufrió Harold Beal, quien prácticamente perdió el cuero cabelludo de un garrotazo oblicuo. A pesar de nuestras bajas, estábamos en una posición favorable. En una trifulca de tres horas el sindicato había combatido a una policía entrenada hasta llegar a un empate, y no había circulado un solo camión.

Mientras ardía la guerra en el mercado, 700 miembros del co-

mité auxiliar de mujeres, dirigidas por Marvel Scholl y Clara Dunne, marcharon a la alcaldía. Multitudes se congregaron en las aceras para verlas pasar con el estandarte del Local 574 a la cabeza de la columna, y muchos espectadores se unieron a la marcha. Cuando llegaron a la alcaldía les cerraron el paso unos policías nerviosos armados. Finalmente se permitió que una pequeña delegación entrara a presentar sus demandas al alcalde Bainbridge. Entretanto, las demás mujeres realizaban una manifestación de protesta frente al edificio. Bainbridge rehusó recibir a la delegación, pero los periódicos vespertinos publicaron sus demandas: que el alcalde despidiera al jefe de policía Johannes, que retirara a todos los asistentes de alguacil y que dejara de interferir con los piquetes.

Sindicalistas en toda la ciudad estaban enfurecidos por la brutalidad policiaca e inspirados por la heroica lucha del Local 574. Esto provocó un curso de acción muy inusitado entre los gremios de la construcción. De las filas surgieron demandas para convocar a la huelga, esta vez no en aras de sus estrechos intereses gremiales, sino en solidaridad con los choferes de camión en lucha. Fue tanta la presión que los funcionarios del Consejo de Gremios de la Construcción recomendaron una huelga de solidaridad. En un oficio tras otro, los gremios de la construcción votaron a favor de declarar un feriado que continuara mientras durara el paro camionero. Uno de estos sindicatos, el de los Trabajadores de la Electricidad, marchó en formación al 1900 de la Avenida Chicago y se puso a la disposición del comité de huelga del Local 574. Esta acción había sido inspirada por dos miembros del sindicato, Oscar Coover, padre, y Chester Johnson, también miembros de la Liga Comunista. Aunque las huelgas solidarias quedaron limitadas más o menos a los gremios de la construcción, la junta ejecutiva de la Unión Central del Trabajo de la AFL votó a favor de dar apoyo financiero y moral al Local 574.

Temprano en la tarde del lunes, el jefe de policía Johannes puso a toda la fuerza policial en servicio activo las 24 horas del día, y solicitó a la Legión Americana que facilitara 1500 asistentes de alguacil. La policía detenía en las calles a los piquetes que encon-

traba vendados. El "Comité de Ciudadanos Pro Ley y Orden", que se organizaba desde el Hotel Radisson, envió de urgencia un pedido a los empresarios para que ayudaran a reclutar voluntarios "conocidos personalmente por ustedes por su integridad". La solicitud escrita planteaba: "A todo ciudadano posible de este tipo se le debe nombrar agente de policía especial o asistente de alguacil. Preséntense y hagan que otros se presenten —usando credenciales suyas, de ser posible— al edificio del 1328 de la Avenida Hennepin, en ropas de faena y listos para el servicio". Al ver frustrado su primer intento importante de romper la huelga, la Alianza Ciudadana desesperadamente buscaba hacer que la policía ejerciera más fuerza, manteniendo su confianza de que el sindicato podría ser sometido a palos.

El martes por la mañana el distrito del mercado estaba lleno de gente. Llegaron miles de curiosos, colmando las aceras y asomándose por las ventanas y por las azoteas de los edificios, esperando ver una repetición de la pelea del lunes. Una estación de radio local, la KSTP, había llegado a la escena con su equipo portátil y uno de los locutores estaba listo para transmitir, golpe a golpe, los sucesos del día.

El Local 574 estaba presente en masa, apoyado por muchos voluntarios de piquetes pertenecientes a otros sindicatos. Durante la noche se había estudiado el campo de batalla para determinar la mejor distribución estratégica de las fuerzas del sindicato. Sin embargo, debido a la enorme cantidad de gente presente, no había mucho más que se pudiera hacer respecto a la conducción general de la lucha. La causa sindical tendría que depender enteramente de la preparación de los huelguistas para salir al combate y de la capacidad de sus capitanes de piquete para conducirlos. Resultó que no había motivo de preocupación en ninguno de los dos aspectos.

Estaba presente la mayoría de los policías uniformados, así como varios cientos de asistentes de alguacil. Algunos de los asistentes de alguacil habían recibido una buena dosis el lunes y no se aparecieron más, pero fueron reemplazados por nuevos elemen-

tos reclutados desde la noche anterior. Puesto que los asistentes de alguacil habían salido huyendo el día anterior, ahora habían puesto al mando de cada contingente a policías uniformados en un esfuerzo por hacer que se quedaran a pelear. En total, la fuerza represiva superaba los 1500.

El diario matutino había anunciado que los establecimientos de frutas y verduras iban a transportar productos perecederos, y unos cuantos esquiroles rodeados de policías comenzaron a cargar un camión. Sin embargo, a diferencia de los sucesos del lunes, ni siquiera alcanzaron a intentar mover el camión. La tensión del ambiente era tan densa que casi se podía tocar, y cualquier cosa podría detonar la inminente batalla. De repente se oyó un ruido de vidrios rotos, cuando alguien arrojó un cajón de verduras contra una ventana; y antes de que se disipara el eco ya había comenzado una batalla campal.

Los piquetes cargaron primero contra los asistentes de alguacil y pronto observaron que muchos policías uniformados tendían a rezagarse. Era evidente que esos policías resentían el hecho que los asistentes de alguacil los habían abandonado el lunes y no parecían deseosos de otro combate a garrotes. Al percibir esta actitud entre algunos policías, los piquetes siguieron enfocándose principalmente en los asistentes de alguacil. Al poco rato, hasta los curiosos estaban dando trompadas en apoyo de los huelguistas. Al sentirse como en una ratonera, muchos asistentes de alguacil dejaron caer los garrotes y se arrancaron las chapas en un vano intento de hacerse anónimos en medio de la multitud hostil. Para entonces los piquetes también estaban enfocándose en los policías uniformados que se encontraban en medio del combate. La escena de la batalla se extendió, a medida que policías y asistentes de alguacil eran expulsados del mercado. A los asistentes de alguacil los corrieron hasta su cuartel general, y en el camino los huelguistas fueron barriendo con los rezagados.

A menos de una hora de iniciada la batalla, ya no se veía a un solo policía en el mercado, y los piquetes dirigían el tráfico en lo que ahora era un distrito tranquilo. Por añadidura, corrieron a

todos los policías de los alrededores del cuartel general de la huelga y se les mantuvo a distancia mientras duró el paro. De ambos bandos hubo un fuerte número de heridos, y murieron dos asistentes especiales de alguacil: Peter Erath y C. Arthur Lyman, este último miembro de la junta directiva de la Alianza Ciudadana.

Mientras se estaba dando la lucha en el mercado, llegó un telegrama de Tobin que ordenaba que el sindicato buscara el arbitraje de la disputa. En esos momentos los dirigentes de la huelga estaban muy atareados y el telegrama estaba sobre la mesa de los despachadores en el cuartel general. Francis H. Shoemaker, un miembro del Congreso de Estados Unidos que simpatizaba con la huelga, andaba fisgando y se encontró con el mensaje. Shoemaker, quien ya había demostrado ser irresponsable, aventurero y para colmo exhibicionista, decidió enviar él mismo un mensaje de respuesta a Tobin. Decía: "No meta su hocico costroso ni su cara escamosa en este asunto. Esta es una lucha por los derechos humanos. Esto no atañe a su trabajo de rata".

El gran problema fue que al responder puso la firma de Bill Brown, dando la impresión que era la respuesta oficial del sindicato. Ya teníamos suficientes dificultades sin tener que esforzarnos para crear antagonismos con Tobin. El mensaje de Shoemaker fue repudiado oficialmente y se le prohibió acceso al cuartel general de la huelga. Tobin pareció aceptar la explicación, pues en la edición siguiente de la revista *Teamster Journal* atacó editorialmente a Shoemaker; no obstante, el episodio alimentó su creciente resentimiento hacia el Local 574.

Entre los altos círculos de la cúpula local de la AFL se había desarrollado mucho nerviosismo hacia el rumbo que iba tomando la huelga. Así que decidieron intentar lograr una tregua en la contienda y poner la situación bajo el control del gobernador Olson. A eso del mediodía del martes, un comité conjunto de la Unión Central del Trabajo, del Consejo de Gremios de la Construcción y del Consejo Unido de Teamsters visitó al jefe de policía Johannes, pidiéndole que retirara a la policía y que dejara de intentar hacer circular los camiones. Johannes llevó al comité a

ver al sheriff Wall, y ahí se acordó convocar al gobernador. Olson llegó en seguida, acompañado del general E.A. Walsh, comandante de la Guardia Nacional. Llamaron entonces a la discusión a representantes del Local 574 y de los patrones del camionaje. Para hablar en nombre del Local 574 estuvieron presentes Bill Brown, Grant Dunne y Ed Hedlund; a los patrones los representaron W.M. Hardin, M.A. Lehman y G.F. Williams.

En la reunión se informó que la Junta Laboral estaba preparando una propuesta de resolución de la huelga, y después de cierto debate se acordó una tregua de 24 horas. Esta estipulaba la suspensión del tránsito de camiones y el cierre total de la zona del mercado. Por su parte, el Local 574 aceptó suspender los piquetes, salvo observadores que constataran que se respetaba la tregua. Los representantes de los patrones y del Local 574 firmaron la tregua, como también lo hicieron Walter Frank, del sindicato de torneros, y Joel Anderson, del de caldereros, en representación de los sindicatos de los gremios de la construcción, que habían declarado una huelga de solidaridad.

Antes de que concluyera el periodo de tregua, Johannes anunció que iban a hacer circular camiones bajo protección policial. El Local 574 respondió rápidamente declarando que se reanudarían los piquetes. El alcalde Bainbridge pidió entonces a Olson que movilizara a la guardia, y el gobernador lo hizo sin demora, a la vez que solicitó que se extendiera la tregua otras 24 horas. El Local 574 denunció el despliegue de la Guardia Nacional como un acto de intimidación y exigió que fuera desmovilizada. A Olson le dijeron que el sindicato aceptaría la extensión de la tregua sólo si se mantenía la prohibición de todo el tráfico de camiones por parte de las empresas que eran objeto de la huelga. El gobernador decidió no desplegar a los soldados en las calles, se extendieron las condiciones iniciales de la tregua, y se estableció cierta base para empezar a negociar un contrato.

Debido a una peculiaridad regional en una nación bajo un firme régimen capitalista, había surgido temporalmente una condición local que se aproximaba al poder dual. Las autoridades po-

dían ejercer control sobre la lucha de clases que ardía, siempre y cuando actuaran de forma aceptable para el Local 574 y sus aliados. Esta situación era consecuencia de una combinación de factores. Temerosos de tener que depender de Olson para romper la huelga, los patrones habían decidido depender del aparato de la policía local, controlado por políticos capitalistas a la antigua. Sin embargo, la policía se había mostrado incapaz de hacer el trabajo sucio, así que el alcalde trató de poner a Olson en un aprieto al exigir ayuda de la Guardia Nacional.

El gobernador no podía satisfacer esa demanda sin enfrentar un peligro que surgía desde otro lado. Si movilizaba a las tropas para librar una acción abiertamente rompehuelgas, pondría en peligro el apoyo político vital que gozaba entre el movimiento obrero. A Olson se le recordó de forma severa la amenaza política que enfrentaba de ese sector cuando el Local 574 denunció sin demora el despliegue de la guardia y exigió su desmovilización. Decidió abandonar toda idea de usar las tropas, y eso mantuvo en punto muerto las relaciones de clases locales.

De haber existido una situación comparable a nivel nacional, lo que comenzó como una sencilla acción sindical podría haberse propagado hasta convertirse en un amplísimo conflicto social que llevara hacia un enfrentamiento revolucionario por el poder estatal. Sin embargo, bajo las circunstancias imperantes, el conflicto no iba más allá de los límites de la ciudad. A esa escala muy limitada, no podía hacerse otra cosa más que luchar hasta el final en la batalla por lograr que se reconociera el sindicato. Teniendo en cuenta las condiciones existentes, una victoria en tan sólo ese aspecto representaría un hecho de consecuencias nada despreciables. Se daría al traste de forma definitiva con el dominio opresivo del taller abierto impuesto por la Alianza Ciudadana y quedaría abierto el camino para hacer de Minneapolis una ciudad sindical.

Fue ésta la perspectiva que se presentó a los trabajadores en una masiva concentración obrera celebrada la noche del miércoles 23 de mayo. Tuvo lugar en la Plaza de Armas, un enorme campo abierto frente a una armería que se usaba para actos públicos.

Antes de la hora anunciada ya estaban presentes más de 5 mil trabajadores y la gente seguía llegando por centenares. Muchos habían engullido la cena, yendo de prisa a la concentración en su ropa de trabajo, algunos acompañados de sus niños. Entre los presentes había mujeres y hombres, jóvenes y viejos, empleados y desempleados, sindicalizados y no sindicalizados. Juntos representaban un perfil de la clase trabajadora. Cuando empezó el programa hubo un gran silencio entre la multitud, y la gente se esforzó por escuchar lo que decían los dirigentes de la huelga.

"Si no logramos el reconocimiento pleno del sindicato y un acuerdo aceptable", declaró Bill Brown, "el Local 574 va a continuar la huelga y pediremos que todos los trabajadores nos apoyen". El inmenso público dio su estruendosa aprobación.

8

Artimañas en las negociaciones

Cuando se desató el fuerte combate en el mercado el lunes 21 de mayo de 1934, la lucha del Local 574 en Minneapolis pasó a ser noticia de primera plana en todo el país. Los servicios cablegráficos enviaban despachos sobre el conflicto a todos los periódicos. Las cadenas radiales transmitían fragmentos de los relatos realizados el martes por la estación KSTP desde el lugar de los hechos sobre la desbandada de los policías uniformados y los asistentes de alguacil. Los noticiarios, que en aquel entonces formaban parte de los espectáculos cinematográficos, mostraban escenas de combate filmadas durante la batalla del martes. Por todos lados los trabajadores reaccionaban con entusiasmo ante las noticias. En las salas de cine el público irrumpía con vítores ante las imágenes en que, para variar, eran los piquetes quienes aporreaban a la policía, ya que en la mayoría de las huelgas sucedía completamente a la inversa. A los trabajadores les hacía bien ver a sindicalistas que se mantenían firmes ante la policía y que incluso infligían un mayor castigo del que recibían.

Esos informes dieron a los dirigentes centrales de la Liga Comunista en Nueva York sus primeros indicios del verdadero alcan-

ce de la huelga de los Teamsters. A ellos les inquietaban especialmente los despachos noticiosos sobre la movilización de la Guardia Nacional por el gobernador Olson, lo que podía convertirse en una amenaza seria contra el sindicato. Rápidamente se tomó la decisión de enviar a Jim Cannon, secretario nacional del partido, para que ayudara a los camaradas de los Teamsters. Hizo el viaje a Minneapolis por avión, una forma bastante cara de viajar en aquellos días. Este gasto apretó enormemente el ya escaso presupuesto de la pequeña Liga Comunista; pero puesto que era la vía más rápida y era decisivo actuar con celeridad, se juntaron con dificultades los fondos para comprar un boleto.

Esta acción correspondía con el deber del liderazgo nacional. Cuando cualquier sección de un partido revolucionario está envuelta en una acción crítica, no hay que dejar que los compañeros locales se las arreglen sólo con sus propios recursos. La dirección nacional debe brindarles toda la ayuda posible y, en última instancia, asumir la responsabilidad por el papel que desempeñe el partido en la acción.

Al escribirme años después sobre este aspecto de la situación, Ray Dunne recordaba: "Nosotros, es decir, la fracción local del partido, estábamos tan seguros de cuál sería el desenlace de la lucha de mayo como lo estuvimos con la huelga del carbón. Teníamos buenas razones, porque de los depósitos de carbón habíamos reclutado [al sindicato—FD] a cientos de activistas y organizadores entusiastas y aguerridos, en su mayoría jóvenes. Ellos a su vez reclutaron y entrenaron a cientos de nuevos choferes y trabajadores internos. Lo más importante es que reclutábamos de tres en tres y hasta por decenas a nuestro partido . . . Estoy bastante seguro —al verlo ahora de forma retrospectiva— que cometimos un error lamentable al no mantener informado al centro del partido sobre la situación que se iba desarrollando rápidamente en Minneapolis. Esto debe registrarse como un grave error de juicio. Esto lo conversamos Carl [Skoglund] y yo, pero coincidimos en que de hacerlo estaríamos poniendo sobre Nueva York una carga de problemas locales que sólo se añadirían a los problemas que

encaraba el centro, debido a la lucha faccional que ya se venía desarrollando con una agrupación pequeñoburguesa.

"Nos dimos cuenta del error cuando Jim hizo su viaje a Minneapolis *por avión* al final de la huelga de mayo. Su actitud y su dominio de la situación local resultaba algo casi completamente nuevo y extraño. [Aquí Ray parece estar contrastando la visita de Jim con anteriores experiencias desagradables con altos dirigentes del Partido Comunista que habían ido a intervenir en situaciones locales—FD]. Siendo el bolchevique que era, percibió varias cosas que fortalecieron al partido y su papel a nivel tanto local como —más importante aún— nacional . . . A raíz de la visita de Jim [la proyección de] una perspectiva [nacional] a favor de una escalada, a favor de un avance organizativo —que no contradecía nuestro enfoque local sino que se acoplaba a él— de hecho elevó toda la lucha a un plano político y estratégico más alto".

La perspectiva nacional a la que Ray se refería tenía que ver con la relación entre la huelga de Minneapolis y la labor política de la Liga Comunista en su conjunto. Hasta ese momento, muchos sabihondos se habían burlado del movimiento trotskista y descartaban su importancia porque era pequeño y débil. Ahora, miembros de la Liga Comunista encabezaban una tremenda lucha sindical, demostrando en la acción que el tamaño no es el criterio fundamental para determinar el valor de un partido revolucionario.

Los acontecimientos estaban demostrando que los trotskistas poseían los atributos revolucionarios realmente fundamentales: programa, estrategia, táctica y la capacidad de lucha para dirigir a los trabajadores en la batalla contra la clase capitalista. Lo que Jim había percibido con prontitud era la relación entre todas estas consideraciones y la actividad nacional de la Liga Comunista para construir un partido. A la vez, su presencia en Minneapolis resultó valiosa para los camaradas de los Teamsters durante las negociaciones para lograr una resolución a la huelga.

Para dar una imagen clara de las negociaciones hay que retroceder un poco. En la víspera de la huelga, el Local 574 retiró la demanda del taller cerrado en torno a la cual los patrones habían

basado su propaganda antisindical. El local pidió el simple reconocimiento de su derecho legal de representar a los miembros del sindicato en las negociaciones colectivas, derecho que supuestamente estaba garantizado bajo la Sección 7(a) de la ley NRA. La Junta Laboral Regional no tuvo más remedio que suscribir la legitimidad de esta modesta demanda a favor del reconocimiento del sindicato. Tomados por sorpresa, los patrones evitaron toda discusión del tema; simplemente desoyeron a la Junta Laboral mientras trataban de idear una nueva línea de propaganda. En consecuencia, a la ciudad entera le quedó patente cuál era el problema central de la huelga. Todo el mundo podía ver que el sindicato sencillamente reivindicaba sus derechos legales y que a la vez era razonable y flexible sobre la forma de reconocimiento, mientras que los patrones rehusaban reconocer al sindicato de la forma que fuera. Por tanto, el cambio de táctica del sindicato había flanqueado a los estrategas de la Alianza Ciudadana sobre el frente propagandístico y había añadido nuevas dimensiones al apoyo de masas de la huelga.

Tras el inicio del paro, el gobernador Olson intervino como mediador. Los patrones desdeñaron los esfuerzos de Olson para lograr que se reunieran con el sindicato, y rehusaron hacer la más mínima concesión, diciéndole al gobernador que su deber consistía en usar la milicia para ayudarles a reanudar sus operaciones de camionaje. De parte del sindicato, por supuesto, era lógico cooperar con Olson en sus esfuerzos de mediación. Sin embargo, se presentó una complicación por las diferencias que existían dentro de la directiva del Local 574. Cliff Hall y otros miembros de la junta ejecutiva a quienes él influenciaba, así como la sarta de funcionarios de la AFL en general, se inclinaban por darle carta blanca al gobernador en cualquier negociación. Ese peligro sólo lo contrarrestaba parcialmente la presencia de Miles Dunne y Bill Brown en el comité negociador del Local 574.

Había que hallar la forma de demostrarle al propio Olson que a los miembros del sindicato no se les podía andar con artimañas. El sábado 19 de mayo se presentó una oportunidad cuando

la policía atacó a nuestros piquetes en la Bearman Fruit. En ese momento, Olson sostenía una sesión de negociaciones en el Club Atlético, donde iba y venía entre los comités sindical y patronal.

El Local 574 envió un mensaje al gobernador que decía: "En una asamblea de masas celebrada hoy a las 10 de la mañana en el Cuartel General de la Huelga, nuestros miembros nos encargaron que diéramos el siguiente ultimátum: los miembros del Comité de Huelga hicieron una investigación especial de la situación en el mercado. Luego se nos ha informado que la policía estuvo golpeando brutalmente, rompiéndoles la cabeza a nuestros trabajadores, usando garrotes, cachiporras y tubos de plomo. Tenemos a 12 hombres gravemente y quizás mortalmente heridos en el hospital. Protestamos contra esta violencia y, a menos que el Gobernador instruya a los Jefes del Departamento de Policía para que nos quiten de encima a la policía, rehusaremos seguir con esta conferencia. De no hacer cumplir esto, señor Gobernador, vamos a volcar a todas nuestras fuerzas con instrucciones para la batalla y rehusaremos arbitrar o negociar hasta que haya una resolución definitiva de la situación. Vamos a lanzar un llamado general para que todo trabajador en Minneapolis y sus alrededores nos ayude a proteger nuestros derechos y nuestras vidas. Dependiendo de cómo usted actúe y responda, nuestros delegados a esta conferencia se retiran a partir de este momento".

Si el mensaje contenía fallas gramaticales, hay que tener en cuenta que se escribió de prisa y bajo condiciones de mucha tensión. Lo cierto es que no tenía debilidades o ambigüedades en su contenido. Tan pronto fue aprobado el mensaje por los miembros, se le encargó a un par de escuadrones móviles especiales del sindicato para que entregaran personalmente el mensaje al gobernador en el Club Atlético y trajeran de vuelta a los negociadores del sindicato al cuartel general de la huelga. Ambas tareas se efectuaron con prontitud y firmeza. Tanto el gobernador como sus amigotes en la cúpula de la AFL habían quedado advertidos, y la experiencia tuvo un efecto saludable en el comité negociador del Local 574. Además, fue una forma muy útil de ayudar a que los

trabajadores comprendieran que no podían confiar en Olson como mediador.

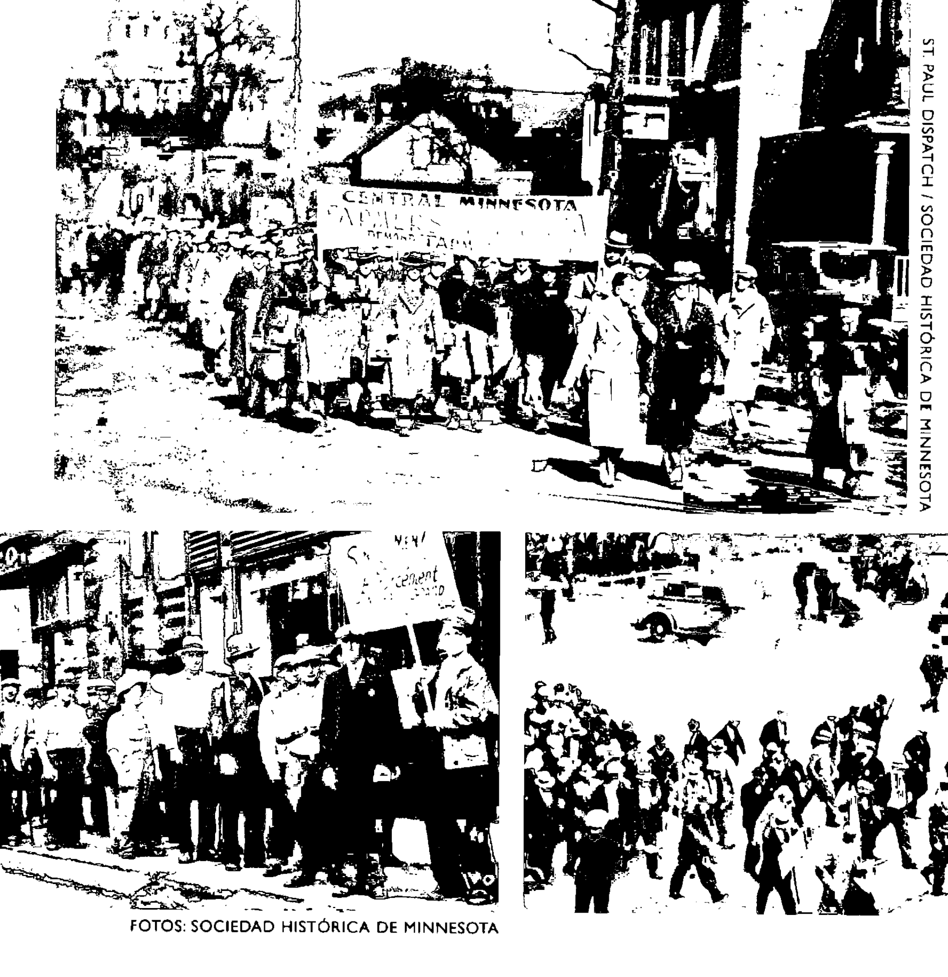
El martes 22 de mayo, poco después de declararse la tregua, la Junta Laboral presentó una propuesta para resolver la huelga. Olson convocó una conferencia esa noche en el Hotel Nicollet para comenzar las negociaciones a partir de la propuesta de la Junta Laboral. El comité del sindicato fue escoltado hasta el hotel por una gran fuerza de escuadrones de piquetes móviles. Al llegar, vieron que el lugar estaba atestado de policías, así que se envió otro ultimátum al gobernador, dentro del edificio: "Rehusamos reunirnos con usted o discutir cualquier acuerdo a menos que nos quite de encima a la policía". La acción del sindicato impidió que se activara una trampa preparada por la Alianza Ciudadana, como supimos más tarde cuando se filtró la noticia de que la policía tenía órdenes de arresto contra los negociadores del Local 574. Olson hizo arreglos para que la policía se retirara; las negociaciones comenzaron de forma indirecta, con los comités sindical y patronal reunidos en cuartos separados y el gobernador actuando como intermediario.

Siguieron tres días de recias negociaciones. Al final los patrones accedieron a reconocer el sindicato de forma indirecta mediante una orden de consentimiento de la Junta Laboral, que tras ser aceptada por el sindicato fue suscrita por 166 patrones de la industria general del camionaje. Después de tratar infructuosamente de excluir a los piquetes acusados de "crímenes" supuestamente cometidos durante la huelga, los patrones aceptaron incondicionalmente la reincorporación de todos los huelguistas a sus trabajos normales. Prometieron no discriminar a los trabajadores por su afiliación al sindicato y aceptaron tratar con los representantes del Local 574 sobre asuntos específicos que afectaran a sus miembros. Se estableció un sistema de antigüedad para impedir que los patrones fueran depurando a los sindicalistas. En general, la forma de reconocimiento fue suficientemente firme como para darle al sindicato una base sólida desde la cual avanzar en una lucha por mejoras progresivas tanto en salarios como en condiciones de trabajo.



SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

“Había una guerra en Minneapolis: un conflicto de pobreza contra riqueza, de trabajo contra capital”.



ST. PAUL DISPATCH / SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

FOTOS: SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

Esta página, arriba: agricultores, quienes devinieron aliados de los trabajadores durante las huelgas de 1934, exigen asistencia gubernamental en el capitolio de Minnesota, St. Paul, marzo de 1933. **Abajo:** 10 mil trabajadores desempleados protestan en Minneapolis contra la "asistencia" federal que estaba por debajo del nivel de pobreza, 6 de abril de 1934. La policía los atacó con gases lacrimógenos. **Página opuesta, arriba:** Washington, DC, julio de 1932: 15 mil veteranos de la Primera Guerra Mundial, desempleados, acamparon cerca del Capitolio para exigir el pago de bonos pagaderos sólo hasta 1945. El general Douglas MacArthur desplegó tropas montadas y tanques para expulsarlos de los campamentos, matando a dos e hiriendo a varios más. **Centro:** Dearborn, Michigan, marzo de 1932: policías agreden marcha de 3 mil desocupados en la planta River Rouge de la Ford Motor Co., matando a cinco e hiriendo a 19. **Abajo:** Shanghai, China, febrero de 1932: distrito obrero en llamas durante invasión por Japón Imperial, a la vez que tropas norteamericanas cuidan la rica colonia extranjera vecina. Imágenes como éstas en periódicos de Omaha, dice Dobbs, le hicieron ver las iniquidades de clase y la intolerable brutalidad del sistema capitalista mundial.

“Un elemento clave de la situación en Minneapolis se manifestaba en el resto del país: la radicalización de la clase trabajadora ante el impacto de la severa depresión económica”.



CORBIS BETTMAN

FOTOS ABAJO: SOCIEDAD HISTÓRICA DEL CONDADO DE DOUGLAS

“A los trabajadores les hacía bien ver a sindicalistas que se mantenían firmes ante la policía, y que infligían más castigo del que recibían”.



"La batalla de la estampida de asistentes de alguacil": las ilusiones sobre la policía se comenzaron a disipar al descubrir los trabajadores que toda la fuerza policial estaba con los patrones. Desde un comienzo, los huelguistas tuvieron que defenderse de ataques sangrientos de policías y asistentes de alguacil organizados por la Alianza Ciudadana de los patrones. El 21 y 22 de mayo, cientos de trabajadores en el distrito del mercado en Minneapolis pusieron en desbandada a la policía y al personal empresarial reclutado que había salido de parranda para dar un escarmiento a los trabajadores.



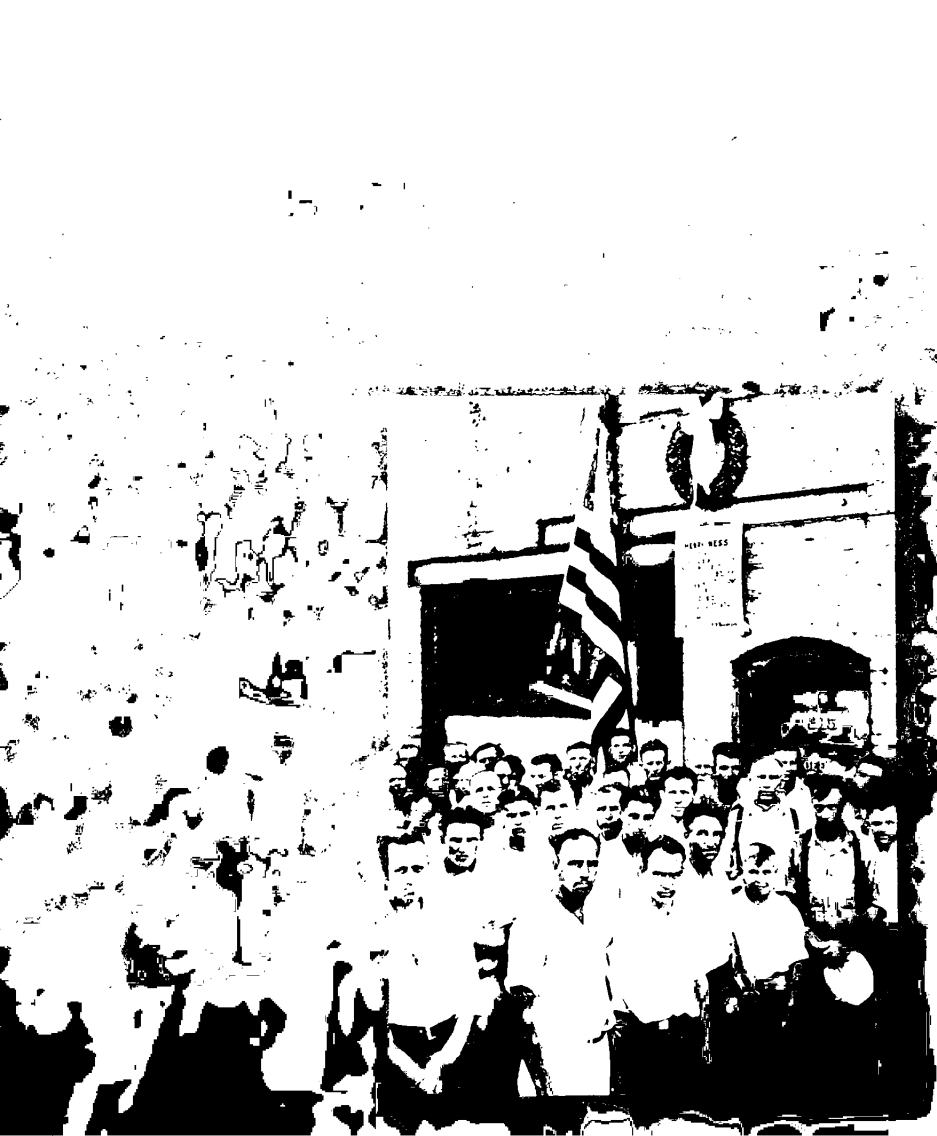


Viernes Sangriento, 20 de julio de 1934: "De repente, sin advertencia alguna, la policía abrió fuego sobre el camión de piquetes y disparó a matar. En cuestión de segundos, dos piquetes yacían inertes en el piso del camión rociado de balas" (**secuencia abajo**). De los 67 piquetes y observadores casuales baleados por la policía, el huelguista Henry Ness murió a los dos días y John Belor el primero de agosto. **Plana entera:** Más de 40 mil personas, incluidos cientos de piquetes móviles, se suman al funeral de Henry Ness, 24 de julio de 1934. **Página opuesta:** compañeros de Ness le rinden tributo con una guirnalda y una placa sobre la entrada al cuartel general de la huelga. La placa cita sus últimas palabras: "Digan a los muchachos que no me fallen ahora".



ESTAS DOS FOTOS: MINNEAPOLIS TRIBUNE / SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

“En el capitalismo
la función principal de la policía
es romper huelgas y reprimir
otras formas de protesta contra
la política de la clase dominante”.



“Haré que la ciudad de Minneapolis sea tan tranquila como si fuera una escuela dominical”.

—GOBERNADOR DEL PARTIDO DE LOS AGRICULTORES Y TRABAJADORES FLOYD OLSON EN LA VÍSPERA DE IMPONER LA LEY MARCIAL

MINNEAPOLIS STAR & TRIBUNE



“Ponga en libertad a nuestros dirigentes; devuélvanos nuestro cuartel general de huelga; y retire sus tropas de las calles”.

—EL LOCAL 574 AL GOBERNADOR OLSON



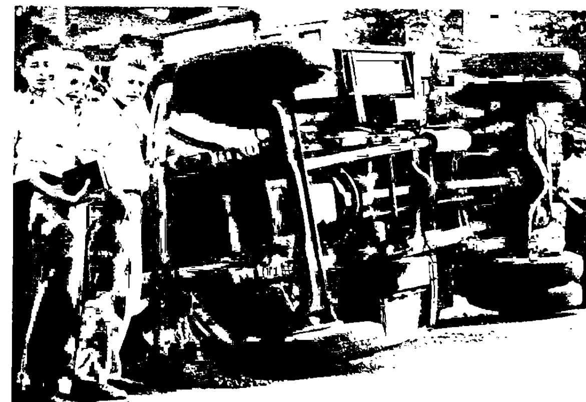
Página opuesta, izquierda arriba: el gobernador Floyd Olson (izquierda), colaboró con los mediadores federales, el reverendo Francis Haas y Eugene Dunnigan, al procurar que los trabajadores aceptaran un “acuerdo justo”. El 26 de julio, Olson impuso la ley marcial —declarando que existía un “estado de insurrección”— y convocó a 4 mil guardias nacionales. **Derecha:** soldados protegen esquiroles mientras descargan camión. **Esta página, arriba:** el primero de agosto, la tropa ocupó el cuartel general de huelga del Local 574, y arrestó al dirigente sindical Ray Dunne, aquí en la Feria Estatal, donde estuvo preso junto a otros huelguistas. Ese día, los guardias irrumpieron con bayonetas caladas en la sede de la AFL (**página opuesta**) y la de los Teamsters. Cuando el Local 574 desplegó sus piquetes móviles y canceló toda negociación hasta que liberaran a sus dirigentes, el gobernador se echó atrás, y en cuestión de horas ordenó su liberación. **Esta página, abajo:** Grant Dunne (izquierda) y Albert Goldman (derecha), abogado del 574, reciben a Bill Brown (gorra blanca), Miles y Ray Dunne tras su excarcelación.

“Libraremos la lucha en las líneas de piquete aunque nos tarde el verano entero”.

—EL ‘ORGANIZER’, DIARIO HUELGUÍSTICO DEL LOCAL 574

ST. PAUL DISPATCH / SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA





MINNEAPOLIS JOURNAL / SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

Los piquetes móviles del Local 574 controlaron las calles durante la huelga renovada. **Arriba:** huelguistas verifican permiso para circular expedido por el sindicato. **Abajo, derecha:** los camiones esquiroles fueron puestos fuera de circulación. El primero de agosto, después que la guardia ocupó el cuartel general del sindicato y encarceló a los dirigentes de la huelga, oficiales de la Guardia Nacional informaron que en cuestión de horas habían recibido más de 500 llamadas de esquiroles pidiendo ayuda. **Izquierda:** el despachador de piquetes en jefe, Kelly Postal.

Arriba: una alianza con pequeños agricultores —esclavos de los bancos y monopolios— fue clave para la victoria. En un acto de solidaridad, el Local 574 alquiló un estacionamiento para el uso de los hortelanos, quienes vendían sus verduras a pequeños comerciantes. Cuando el local creó un comité auxiliar de mujeres, a algunos huelguistas no les gustó, "pero eso se acabó cuando las mujeres entraron en acción". El manejo del comisariato sindical (**abajo**) fue una de sus tareas. Sus miembros se encargaron del hospital de la huelga que atendía a los piquetes heridos y hablaron por toda la región solicitando apoyo para la huelga.

INTERNATIONAL NEWS PHOTOS



SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

"En Minneapolis, un factor especial radicó en los cuadros socialistas revolucionarios que supieron fusionarse con la masa de trabajadores rebeldes".



SOCIEDAD HISTÓRICA DE MINNESOTA

Arriba: los dirigentes de la huelga (desde la izquierda) Bill Brown, Farrell Dobbs y Carl Skoglund. **Centro:** los hermanos Dunne (desde la izquierda) Ray, Grant y Miles. **Abajo:** la Liga Comunista envió a James P. Cannon (derecha), secretario nacional del partido, y al editor Max Shachtman para ayudar a los militantes de los Teamsters. Aquí se ven en Minneapolis, donde fueron arrestados y detenidos por la policía durante 48 horas a finales de julio de 1934.

En un momento dado, las negociaciones estuvieron a punto de atascarse en torno a la cuestión del alcance del reconocimiento del sindicato. Los patrones declararon tajantemente que a los trabajadores internos no se les iba a incluir, en consecuencia de lo cual los negociadores sindicales abandonaron la conferencia y regresaron al cuartel general de la huelga. Poco después el chofer del gobernador llegó al cuartel general, diciendo que Olson quería que regresaran a la conferencia en su limusina para considerar una nueva propuesta sobre esta cuestión. La nueva fórmula extendía el reconocimiento sindical a los choferes, ayudantes y "aquellas otras personas que comúnmente participan en operaciones de camionaje".

El término clave en esta fórmula era "operaciones" relacionadas al camionaje, porque tales operaciones llegaban hasta el interior de las empresas que contrataban a choferes y ayudantes. Dado que en estos establecimientos las clasificaciones de empleos variaban bastante según el tipo de negocio, había cierta ventaja en tener una definición más o menos abstracta del alcance de la representación sindical. En los casos donde estas categorías de empleados estuvieran sindicalizadas, el sindicato automáticamente podría reclamar su derecho a representarlos. Por eso el Local 574 usó la fórmula general de "trabajadores internos". El sustituirlo por una formulación distinta no cambiaba mucho las cosas, siempre y cuando se entendiera que la cláusula de reconocimiento incluía a todos los miembros del sindicato. Olson aseguró a los negociadores del sindicato que así era, insinuando a la vez que sólo estaba tratando de dar a los patrones una fórmula que guardara las apariencias. En base a la garantía del gobernador, el sindicato aceptó la formulación.

Antes de la huelga, los patrones en general habían aumentado el salario de los choferes a 50 centavos por hora, y otros trabajadores en sectores vitales habían recibido aumentos similares. El objetivo patronal era disipar la campaña de sindicalización y evitar un paro, pero les salió el tiro por la culata. El acuerdo incluyó una cláusula que estipulaba que esos aumentos, en sí ya impor-

tantes, se debían mantener al menos por un año. También se tomaron medidas, con miras a negociaciones o arbitraje posteriores a la huelga, sobre ajustes salariales adicionales. Se estableció una junta de arbitraje de siete personas compuesta de dos representantes del Local 574, dos de los patrones, un miembro sindical y uno patronal de la Junta Laboral Regional, y estos seis debían nombrar a una séptima persona "neutral". Se acordó que por el momento las horas de trabajo permanecerían tal como las estipulaban los códigos de la NRA.

La noche del viernes 25 de mayo, se presentó la propuesta de resolución a los miembros del sindicato con una recomendación de los dirigentes para aceptarla. A diferencia del rollo de merolicos de pócimas curalotodo con que los funcionarios de la AFL habían recomendado el convenio del carbón en febrero, esta propuesta fue descrita de manera franca como un arreglo con la patronal que representaba un término medio. En la asamblea del 25 de mayo se presentó y se debatió franca y plenamente lo que el acuerdo lograba y lo que no lograba en cuanto a las reivindicaciones originales del sindicato. Los huelguistas reconocieron que habían logrado una victoria parcial, principalmente al crear un fundamento con el reconocimiento del sindicato, y votaron a favor del acuerdo. A la mañana siguiente todos volvieron a sus trabajos, salvo los taxistas.

La patronal más importante de taxis, la Yellow Cab Company, estaba actuando independientemente de los patrones del camionaje. Después del acuerdo del camionaje, la Yellow Cab comenzó negociaciones serias con el sindicato y el 4 de junio se firmó un convenio de un año. Se lograron importantes aumentos salariales y los trabajadores comenzaron a establecer control sindical en el trabajo. Poco después, el sindicato abarcó a otros trabajadores de taxis, entre ellos empleados de paradas de taxis, operadores telefónicos, empleados de garajes, maleteros y ayudantes. Los taxistas independientes obtuvieron un acuerdo similar. Después del acuerdo, una asamblea de todos los taxistas de la ciudad votó casi por unanimidad a favor de permanecer afiliados al Local 574. Esta

acción llevó a la eliminación del minúsculo sindicato de dueños de taxis independientes y de sus choferes de relevo, que había existido hasta entonces. Una vez más cambiaban las normas organizativas de Tobin.

Cuando los trabajadores victoriosos estaban regresando a sus labores, el Partido Comunista, que no había desempeñado papel alguno en la lucha, denunció la resolución de la huelga como una "traición trotskista" a favor de la Alianza Ciudadana. En esa época los estalinistas estaban pasando por una fase de ultraizquierdismo desenfrenado. Esto era un cambio respecto a su línea previa a 1928 de conciliarse con burócratas sindicales reformistas y colaborar con políticos capitalistas, una política a la cual habían de retornar en 1935. Las tácticas estalinistas en 1934 emanaban de su línea del llamado tercer periodo, promulgada en el Sexto Congreso de la Internacional Comunista en 1928. Se basaba en pronósticos de que las crisis económicas en los países capitalistas harían surgir situaciones revolucionarias casi de la noche a la mañana. Con esa expectativa los estalinistas trazaron un curso sectario para brindar a las masas liderazgo "revolucionario". De entrada se dieron a la tarea de dividir al movimiento sindical a nivel internacional y reorganizarlo bajo el control del Partido Comunista.

En este país, se instruyó a los cuadros del Partido Comunista que dividieran a la AFL sobre una base completamente artificial, atrayendo a su curso aventurero a cuanto trabajador pudieran. Su principal objetivo era la formación de una federación sindical "roja", a la que irónicamente llamaron Liga de Unidad Sindical (Trade Union Unity League). En la práctica los sindicatos "rojos" no pasaron de ser organizaciones de papel con muy pocos miembros aparte de los propios estalinistas y sus seguidores inmediatos. Estos grupos "revolucionarios" no podían lograr siquiera el reconocimiento de un patrón, ya no se diga liderar una lucha por el poder. A consecuencia de este ultraizquierdismo y del aventurerismo que le acompañaba, los cuadros del PC estaban aislados de la lucha de clases viva. En Minneapolis no ejercían la menor influencia en el Local 574. No les quedaba más remedio que

presionar desde afuera para abrirse paso a las actividades sindicales, para ello utilizaron material de propaganda mimeografiado.

En la asamblea del 15 de mayo donde el Local 574 votó a favor de la huelga, los estalinistas se aparecieron con volantes donde denunciaban a Carl Skoglund y a los hermanos Dunne como "traidores" y "agentes de los patrones". Durante el paro exigieron, como precio de su apoyo al sindicato, que el comité de huelga incluyera a agentes de sus organizaciones de papel. Cuando se rechazó su demanda, sacaron más volantes donde denunciaron a la dirección sindical como "antidemocrática". El ataque irritó tanto a los huelguistas que, de no haber intervenido los dirigentes sindicales para evitarlo, habrían agredido a los repartidores de volantes del PC. Bill Brown, muy habilidoso para acuñar frases concisas, dijo: "El Partido Comunista ha desprestigiado el mimeógrafo".

Tras concluir la huelga, Earl Browder, entonces secretario general del PC, fue a Minneapolis y lanzó un ataque público contra el acuerdo. La diatriba principal, sin embargo, le tocó a William F. Dunne, hermano mayor de Ray, Miles y Grant. En la escisión de 1928, Bill Dunne, quien antes había pertenecido al grupo de Cannon dentro del Partido Comunista, decidió quedarse con los estalinistas. Ahora, los secuaces del PC exigían que les diera pruebas de lealtad encargándose del trabajo sucio de atacar a sus hermanos en el Local 574. Él aceptó la encomienda. Al escribir en el periódico del PC, el *Daily Worker*, Bill Dunne aseveró: "El objetivo político central de la huelga de Minneapolis debió haber sido el de desenmascarar y derrotar a Olson". Atacó a la dirección sindical por haber llegado a un arreglo con los patrones en vez de aguantar hasta conseguir una "victoria arrolladora". Debió haberse declarado una huelga general, insistió, "por encima de las cabezas de los funcionarios de la AFL". Con ese argumento declaró que la huelga había sido "derrotada " y "traicionada".

Al responder a estos ataques en las columnas del *Militant*, Jim Cannon señaló que, a diferencia de los estalinistas despistados, los trabajadores correctamente habían comprendido que el "objetivo central" de la huelga era el reconocimiento del sindicato. Por con-

siguiente, todo intento de convocar a una huelga general para "desenmascarar y derrotar a Olson" habría pasado también "por encima de las cabezas" de los trabajadores. El hecho es que los trabajadores habían visto cómo actúa el gobierno y habían aprendido ciertas lecciones prácticas. Como en la huelga del carbón, vieron cómo la policía se pone firmemente del lado de los patrones. La movilización de la milicia por parte de Olson se había entendido como una amenaza contra la huelga: entendimiento que más adelante había de resultarle valioso al sindicato. El verdadero objetivo central de la huelga lo explicó Jim Cannon en el *Militant* del 16 de junio de 1934.

"Se sobrentiende que la lucha por reivindicaciones económicas está unida de forma indisoluble a la lucha por un sindicato", escribió, "*pero es el sindicato el instrumento de la lucha* y el guardián de las concesiones económicas. Cada trabajador que se une al sindicato comprende esto de forma instintiva. El trabajador quiere mejoras en sus condiciones, pero también quiere seguridad en su puesto de trabajo mientras lucha por esas mejoras. Ese es el significado concreto de la fórmula 'reconocimiento del sindicato' . . . Toda resolución de una huelga es un arreglo en el sentido que deja a los patrones en control de la industria y en libertad de explotar a los trabajadores. El mejor de los acuerdos sólo limita y controla esta explotación hasta cierto grado. Los dirigentes realistas no esperan justicia de los capitalistas, sólo se esfuerzan por extraer lo más posible en provecho del sindicato en una situación determinada y fortalecer sus fuerzas para una próxima batalla".

Respecto a la cláusula sobre el arbitraje de tarifas salariales, añadió: "Esta es una concesión seria que los funcionarios del sindicato creyeron necesaria hacer, dadas las circunstancias para asegurar el reconocimiento del sindicato y consolidarlo en el periodo siguiente . . . Un fallo adverso de la junta de arbitraje sin duda galvanizaría a los miembros del sindicato para entrar de nuevo en acción. La junta se reunirá bajo la impresión directa de la huelga de 10 días, consciente de que el sindicato es fuerte y combativo. Esa, en nuestra opinión, es la característica fundamentalmente deci-

siva del desenlace de la huelga en Minneapolis: el establecimiento incuestionable de un nuevo sindicato donde antes no había ninguno. Todos los planes de los dirigentes y de los organizadores estuvieron encaminados hacia este fin como primer objetivo de una larga campaña. La lucha giró en torno a ese asunto y culminó exitosamente. Sobre esa base se pueden dar más pasos hacia adelante. Hablar de este desenlace como si fuera una 'derrota' es sencillamente absurdo".

La evaluación que hizo Jim Cannon de los resultados de la huelga era compartida en general por los trabajadores que la habían protagonizado. Cuando volvieron a sus trabajos, exhibieron con orgullo las insignias del Local 574 por toda la industria del camionaje. Los asistentes de gasolineras, con quienes se habían tenido problemas considerables durante la huelga, comenzaron a afiliarse al sindicato. También hubo un ingreso constante de choferes de entregas de paquetes, algunos de los cuales al principio habían intentado romper la huelga.

Al poco tiempo, el Local 574 contaba con más de 7 mil miembros, y seguía reclutando nuevos miembros cada día. Se crearon comisiones en el trabajo para atender reclamos y recoger las cuotas sindicales. Asimismo, el tamaño del sindicato y el alcance de sus actividades ahora exigían una plantilla de organizadores a tiempo completo. El primero de junio, la junta ejecutiva aprobó una moción presentada por Moe Hork para asignar esa función a Ray, Miles y Grant Dunne, a Carl Skoglund y a mí, con salarios de 25 dólares semanales, el salario medio de los choferes de camión. La decisión representaba otro paso tendiente a otorgar un carácter oficial a lo que había llegado a ser la dirección real del sindicato.

Nuestra primera tarea como organizadores fue atender los reclamos posteriores a la huelga que no podían resolver los comités sindicales en los centros de trabajo. Entre éstos había sorprendentemente pocos casos de patrones que rehusaban restituir a huelguistas a sus puestos. En la mayoría de casos los patrones individuales se mostraban dispuestos a reunirse con los represen-

tantes del sindicato y resolver el conflicto.

Ray Dunne y yo, quienes trabajábamos juntos en el plantel del sindicato, tuvimos en un caso una experiencia de lo más extraña. Una empresa del mercado había hecho un acuerdo con un competidor para dividirse una carga de naranjas, la cual había que descargar al comienzo normal de cierto día de labores. Pero después, el patrón ordenó a uno de sus choferes que llegara temprano y se llevara un poco más de su mitad de la carga. El chofer se negó, diciendo que ahora pertenecía al sindicato y ya no tenía que hacer ese tipo de cosas. Fue despedido por "insubordinación". Al patrón le dimos la opción de restituirlo o enfrentar una huelga. No hizo más que recostarse en su sillón y nos estuvo mirando un rato, y se podía ver en sus ojos que estaba repasando la escena de la batalla en el mercado. Entonces decidió regresar al chofer a su puesto.

A mediados de junio cambió repentinamente la situación de los reclamos. Era resultado de las presiones que la Alianza Ciudadana estaba ejerciendo sobre los patrones para que discriminaran a los miembros del sindicato, estafándolos en cuanto a sus salarios o despidiéndolos en violación de su antigüedad. En muy poco tiempo se acumularon más de 700 casos de ese tipo de discriminación. En la mayoría de casos el sindicato se topaba con la obstinada negativa de corregir de forma alguna los reclamos de los trabajadores. Era evidente que la Alianza Ciudadana buscaba una nueva oportunidad de desafiar al sindicato.

Tal intención quedó doblemente clara por la actitud que tomó el comité patronal cuando el sindicato buscó negociar o arbitrar mediante la Junta Laboral incrementos salariales adicionales según las cláusulas del acuerdo que resolvió la huelga. Los representantes patronales dieron rodeos, sin decir sí o no, y no pasó nada. Al fracasar la Junta Laboral en hacer valer las condiciones del acuerdo, el sindicato intentó negociar directamente con los patrones a nivel individual. Ellos nos referían a su comité, diciendo que no podían actuar por cuenta propia. Entretanto, estaban dando unos pocos aumentos salariales individuales para crear disensión entre las filas sindicales.

Sólo una cosa planteaban de forma llana los representantes patronales. Rehusaban negociar con el sindicato en lo referente a los trabajadores internos, diciendo que estaban autorizados a negociar con el Local 574 únicamente en torno a asuntos relativos a los choferes de camión y a los ayudantes. Pretendían dividir a los miembros del sindicato induciendo a los choferes y ayudantes a dar la espalda a los trabajadores internos. Eso reduciría a un mínimo los verdaderos avances en cuanto a la fuerza sindical y limitaría el alcance de cualquier concesión que tuvieran que hacer a sus empleados. Los patrones habían estudiado bien el asunto y estaban plenamente conscientes de los conceptos organizativos de Tobin; sabían que él se mostraría favorable a su postura de limitar el alcance del reconocimiento del sindicato. Se echaría atrás la perspectiva de sindicalismo industrial del Local 574 y el sindicato se vería restringido a una estrecha estructura de gremios de oficios. Esto facilitaría la eliminación del liderazgo radical para poner el local bajo el control de los "estadistas del movimiento obrero".

Dicho cambio en la trayectoria del sindicato también habría estado a tono con las necesidades del gobernador Olson, ya que la lucha combativa del Local 574 lo había puesto en un aprieto político. Por ser un maniobrero astuto, Olson debió haber anticipado que se daría una disputa sobre la envergadura de la representación cuando aseguró a los negociadores sindicales que la resolución de la huelga reconocía plenamente al sindicato, incluidos los trabajadores internos. Dicha probabilidad se deduce del hecho patente de que su principal objetivo en aquel entonces era lograr que los trabajadores regresaran a toda costa a sus puestos. En todo caso, ahora que la Junta Laboral solicitaba su interpretación de la cláusula de representación sindical en el acuerdo, él trataba de evitar comprometerse con el asunto. En una carta fechada el 21 de junio de 1934, sugirió que la cláusula fuera interpretada en el sentido de incluir categorías como los empleados de expedición y recepción, estibadores y operadores de ascensores de carga. Pero después, hasta esa limitada concesión le negó al sindicato al proponer que la decisión final fuera sometida al arbitraje.

La carta de Olson provocó una respuesta áspera de los patrones, quienes sacaron en la prensa un enorme campo pagado, en el que afirmaron que el sindicato tenía derecho de negociar únicamente en nombre de los choferes y los ayudantes. Emulando a los patrones al descartar la declaración del gobernador, la Junta Laboral emitió su interpretación de la cláusula sobre el reconocimiento del sindicato en el acuerdo sobre la huelga. Dictaminó que el sindicato tenía derecho de representar sólo a los choferes, ayudantes y trabajadores de andén que estuvieran "directamente involucrados en la carga y descarga de camiones". Los patrones inmediatamente aceptaron esta decisión antisindical que le negaba al sindicato el derecho legal de representar a los miembros que eran trabajadores internos. En una declaración en que rechazaba el dictamen como la estafa que era, el sindicato afirmó con un toque de ironía: "La Junta Laboral 'generosamente' ha dictaminado que el Local 574 tendrá derecho de representar a casi la mitad de sus miembros".

Entretanto, el día que se dio la carta del gobernador a la prensa, el Local 574 sostuvo una asamblea de los miembros para hacer un balance de la situación en deterioro. En la asamblea se votó a favor de reivindicar el reconocimiento del derecho del sindicato de representar a todos sus miembros, así como aumentos salariales inmediatos. Para respaldar estas demandas se decidió iniciar preparativos para una nueva acción. Al mismo tiempo, Cliff Hall remitió a Thomas L. Hughes, secretario-tesorero general de la IBT, una carta informando de la situación, redactada esta vez en consulta con el resto de la dirección del sindicato. Como gesto diplomático, se explicó que no se había pedido a la junta ejecutiva internacional que sancionara la huelga de mayo porque la mayoría de los miembros del local eran nuevos y según los estatutos de la IBT no podían recibir beneficios de huelga. No se mencionó la nueva disputa en torno a la representación sindical de los trabajadores internos, pues tanto Tobin como Hughes se mostrarían fríos al respecto. Más bien, la carta hacía hincapié en la negativa de los patrones de arbitrar las demandas salariales según lo esti-

pulaba el acuerdo sobre la huelga.

Debido a los fuertes gastos incurridos durante la huelga, se solicitó a Hughes que el local quedara exento del pago del impuesto a la cuota de ingreso de los 3 mil nuevos miembros incorporados en mayo. Esta era una solicitud razonable, escribió Hall. "ya que pensamos que no recibimos beneficios del Sindicato Internacional durante la huelga de 11 días". Se aseguró a cambio que al sindicato internacional se le pagaría regularmente el impuesto per cápita de 30 centavos de la cuota mensual de los miembros.

En su respuesta Hughes afirmó: "Las leyes de la organización son muy claras al respecto y debemos recibir $1.00 por cada hombre que pagó su cuota de ingreso a su local". No dijo nada sobre las dificultades que el local estaba teniendo con los patrones. Como han de demostrar los hechos posteriores, cuando se emitió una declaración sobre este asunto, provino del propio Tobin y asumió la forma de un golpe contra el Local 574.

Acudiendo a un sector del que se podía esperar ayuda en una nueva batalla con los patrones, el sindicato dio pasos para consolidar el comité auxiliar de mujeres. Desde el final de la huelga de mayo, el comité auxiliar había estado prestando ayuda a las familias de los huelguistas que habían resultado heridos durante la lucha o que aún cumplían sentencias en la correccional. Ahora había una tarea mucho más amplia para conseguir asistencia financiera para los numerosos trabajadores que eran víctimas de la nueva ofensiva de la Alianza Ciudadana contra el sindicato. Además de luchar por inscribirlos en el programa de asistencia pública, las mujeres organizaron una jornada de contribuciones para asegurar donaciones públicas en beneficio de las víctimas de la guerra de clases. También fueron a otros sindicatos a solicitar contribuciones. Ante la amenaza de otra huelga, pronto habría mucho más que hacer y se necesitaría más ayuda, por lo que el comité auxiliar lanzó una campaña de reclutamiento. La respuesta fue buena, e incluso se recibieron solicitudes de ingreso más allá de los círculos del Local 574. Una vez más se movilizaba para la batalla venidera un destacamento clave de mujeres combativas for-

jado en torno a las experimentadas veteranas de la lucha de mayo.

Paralelamente a los preparativos del sindicato para la reanudación del conflicto, la Liga Comunista empezó a prepararse como organización nacional para dar todo el apoyo posible a los Teamsters de Minneapolis. Para financiar el esfuerzo se lanzó una campaña de recaudación de fondos a nivel del partido. También se lanzó una campaña para ampliar la difusión del *Militant*, especialmente para captar suscriptores a nivel nacional entre los trabajadores que se habían visto inspirados por la huelga de mayo.

Una vez más llegó Jim Cannon a Minneapolis y, en consulta con los camaradas locales, se decidió traer a otros miembros más del partido que estaban especialmente calificados para desempeñar papeles vitales de apoyo. Entre ellos había dos periodistas de primera: Max Shachtman y Herbert Solow, quien más tarde fuera director de la revista *Fortune*. Albert Goldman, un conocido abogado laboral de Chicago, llegó para prestar servicios como abogado general del sindicato. Al poco tiempo llegó Hugo Oehler, un talentoso dirigente de acciones de masas, para ayudar a movilizar apoyo para el Local 574 entre los desempleados.

Hubo varios factores que ayudaron a fomentar buenas relaciones de colaboración entre estos camaradas, a quienes la organización nacional había enviado a Minneapolis, y los miembros locales del partido que dirigían la lucha sindical. Gracias a la visita de Jim en mayo, la dirección nacional del partido ahora podía actuar con una comprensión más sólida de la situación local que antes. Al mismo tiempo, la fracción del partido en el sindicato estaba plenamente consciente de que se podía obtener ayuda valiosa de los camaradas que habían llegado para ofrecer asistencia especial. Estábamos involucrados en una lucha sumamente compleja, plagada de riesgos de carácter político. Como sucede en todas las huelgas modernas, podíamos aprovechar las consultas políticas competentes y la ayuda de periodistas con conciencia de clase política. También era inapreciable contar con los servicios de un experimentado organizador de trabajadores desempleados y de un abogado capaz que era un revolucionario. Estas fueron precisa-

mente las principales formas de ayuda que recibimos de los camaradas que el partido nos envió. Así se añadió una nueva dimensión al estado mayor del sindicato, un logro que había de dar frutos importantes.

Como había sucedido desde que comenzara la acción en la industria del carbón, los miembros de la rama local de la Liga Comunista desempeñaron un importante papel de apoyo. Sus esfuerzos se concentraron en otros sindicatos aparte del Local 574, entre los desempleados y en el comité auxiliar de mujeres. También se empeñaron en incrementar la base de lectores del *Militant*, ayudando así a promover la conciencia de clase entre los trabajadores con el análisis político que hacía el periódico sobre la lucha sindical. Entre los que se destacaron en estas actividades estuvieron Fannie Barach, Si Barach, Goldie Cooper, Oscar Coover padre, William Curran, C.R. y P.G. Hedlund, Chester Johnson, Louis Roseland y Joe Ross. En su conjunto, la rama local del partido había venido creciendo gradualmente desde que se iniciara la campaña de sindicalización en el carbón. El aumento consiguiente de su eficacia en el movimiento sindical se veía demostrado por el hecho que la mayoría de los nuevos miembros habían sido reclutados dentro del Local 574, y en ese sindicato ahora había una considerable fracción del partido.

Se hizo un esfuerzo extraordinario para fortalecer al Local 574 en la esfera vital de la publicidad y propaganda. El 25 de junio el local lanzó su propio periódico, *The Organizer* (El Organizador). Por este medio el sindicato podía rebatir las mentiras de la prensa patronal, presentar los verdaderos hechos sobre sus propios objetivos y políticas, y desenmascarar las tretas antiobreras de los patrones y del gobierno. El periódico fue recibido con entusiasmo por los trabajadores, quienes lo leían cuidadosamente y ayudaban a distribuirlo de manera amplia. Al principio el *Organizer* apareció como un modesto periódico de cuatro páginas con una tirada de 5 mil ejemplares. Salía semanalmente, pero se proyectó publicarlo diariamente si el sindicato, según se anticipaba, se veía obligado a salir en huelga nuevamente.

Yo aparecía en el membrete como director, a pesar de que estaba demasiado ocupado con otras tareas como para sacar un periódico, y además no sabía cómo hacerlo en esa época. Se hizo así porque era útil nombrar formalmente para ese cargo a un dirigente sindical. Los verdaderos directores eran Max Shachtman y Herbert Solow, con la asistencia de Carlos Hudson, un camarada local con habilidades periodísticas. Jim Cannon contribuía también con la redacción de artículos. La política editorial se decidía mediante consultas conjuntas entre los dirigentes sindicales y los periodistas del partido. Gracias al trabajo de equipo que logramos establecer, el sindicato contaba con un arma nueva y poderosa en su arsenal.

9

Se reanuda la huelga

Al vislumbrarse con certeza otra huelga, la atención se dirigió a reforzar las alianzas del Local 574. Se llegó a un acuerdo con tres organizaciones agrícolas: la Farmers' Holiday Association, el Buró Agrario Nacional (National Farm Bureau) y la Asociación de Hortelanos. El acuerdo estipuló que durante la huelga los piquetes del sindicato no interferirían con los camiones de los agricultores si llevaban permisos del Local 574 y de la organización agrícola a la que pertenecía cada operario. Para evitar violaciones del acuerdo, comités de agricultores asumieron la tarea de montar piquetes en las carreteras que conducían a Minneapolis. Cuando más tarde se puso en práctica, ese método funcionó bien. En gran medida se evitaron las dificultades experimentadas durante la acción de mayo y el sindicato gozó de una simpatía general entre los agricultores. La opinión favorable al sindicato se acrecentó aún más porque el doble carácter del sistema de permisos hizo que las propias organizaciones agrícolas pudieran realizar campañas eficaces de reclutamiento.

Puesto que durante el paro venidero nuevamente se cerraría el callejón de comisiones en el mercado municipal, era necesario

asegurarse que los hortelanos quedaran fuera de esta potencial zona de batalla. Con ese fin el sindicato alquiló un estacionamiento grande a pocas cuadras del distrito del mercado. A los hortelanos se les permitió usarlo gratuitamente para negociar con los pequeños comerciantes, lo cual les dio un estímulo más para cooperar con nosotros dados los alquileres de usura que les imponían en el callejón de comisiones. A los pequeños comerciantes se les permitía recoger productos agropecuarios en el nuevo mercado en autos de pasajeros, pero no se les permitía usar camiones. Para ellos no presentó problema alguno ya que sus compras no eran muy voluminosas. El sistema resultó ser tan exitoso que se continuó incluso tras concluir la huelga, y el sindicato recibió muestras de aprecio mediante donaciones a su comisariato.

También se tomaron medidas para dar mayores garantías a los desempleados de que su alianza con el sindicato no sería un asunto unilateral. El Local 574 suscribió un llamado para celebrar una conferencia sindical unitaria sobre los problemas de los desempleados. Esta acción, por parte de lo que había llegado a ser el sindicato más respetado de la ciudad, ayudó a recalcar firmemente el deber de los trabajadores empleados de respaldar las reivindicaciones de los desempleados. Dio un nuevo ímpetu a una tendencia creciente hacia la cooperación práctica entre los sindicatos y los desempleados para luchar por mejorar el sistema de asistencia pública.

Al mismo tiempo, el Local 574 dio pasos para establecer una coordinación organizativa más estrecha con los desempleados en la próxima huelga mediante el Consejo Central de Trabajadores de Minneapolis (Minneapolis Central Council of Workers—MCCW). El MCCW era un organismo de delegados que representaban a diversas organizaciones obreras, como agrupaciones de desempleados, sindicatos, grupos políticos sindicales, asociaciones fraternales de trabajadores, movimientos cooperativistas, jóvenes y organizaciones femeninas de carácter obrero. Se había creado con el propósito expreso de luchar por los trabajadores desocupados. Se hicieron arreglos para que esta organización inscribiera a volun-

tarios entre los desempleados que quisieran apoyar al Local 574 en la inminente batalla con los patrones del camionaje. Se les entregó insignias del MCCW, entendiéndose que les otorgaría la condición oficial de piquetes bajo la dirección del comité de huelga del sindicato.

Como sucedió en mayo, nuevamente hacían falta medidas especiales para que el movimiento sindical de la ciudad ofreciera su apoyo a nuestra lucha. Se lanzó una campaña para obtener el respaldo público de los sindicatos en todos los distintos oficios. Prácticamente todos los miembros del Local 574 participamos en esta empresa y llevamos nuestro caso a otros trabajadores entre las filas sindicales, ayudando así a presionar a la cúpula de la AFL. Gracias a este esfuerzo, la dirección del Local 574 logró que se aprobara un llamamiento oficial de la AFL a una conferencia conjunta de todos los sindicatos de la ciudad. Esta conferencia programó una marcha sindical unitaria y un mitin de protesta contra las tácticas antisindicales de los patrones del camionaje, a celebrarse el 6 de julio de 1934.

Ya para las seis de la tarde del día de la manifestación, los trabajadores que se congregaban para el desfile llenaban la zona de concentración en el distrito de la Plaza del Puente. Por más de una hora, un flujo constante de hombres y mujeres siguió llegando a raudales para formar columnas que se extendían a lo largo de las calles adyacentes. A las 7:30 la cabeza del desfile dobló hacia la Avenida Nicollet, una de las principales arterias en el centro de la ciudad, en una marcha de 18 cuadras hasta el Auditorio Municipal, donde se celebró el mitin de protesta. Un escuadrón de mensajeros motorizados de la huelga de mayo aseguró que las calles en el trayecto de la marcha estuvieran despejadas para los manifestantes, quienes iban encabezados por el Gran Mariscal Ed Hudson, concejal del Partido de los Agricultores y Trabajadores. El sindicato había conseguido un caballo fino para que Hudson lo montara. Eso pareció agradarle muchísimo y a nosotros también eso nos complacía porque una muestra de apoyo tan visible haría más difícil que se rajara cuando las cosas se pusieran duras.

Iba seguido por una banda del sindicato de músicos.

Después venía el Local 574, con los miembros de su larga columna avanzando orgullosamente tras el estandarte del sindicato. Detrás de nosotros marchaban el comité auxiliar de mujeres, otros locales de los Teamsters, los gremios de la construcción, trabajadores de tranvías, impresores, cerveceros, obreros ferroviarios, torneros, organizaciones de desempleados, trabajadores de lavanderías, tapiceros, empleados municipales y del condado, trabajadores de la costura y otras columnas sindicales, entre ellos un destacamento de sindicalistas de la vecina ciudad de St. Paul. También marcharon con nosotros miembros de la Farmers' Holiday Association así como varios estudiantes de la Universidad de Minnesota. En el desfile se portaron pancartas que proclamaban: "Apoyamos al 574", "Abajo la Alianza Ciudadana" y "Abajo los *red-baiters*".* Dos avionetas con la insignia del Local 574 sobrevolaron la zona. Pertenecían a simpatizantes que las ofrecieron al sindicato para enviar representantes por todo el estado en busca de ayuda. Más de 6 mil espectadores, en su mayoría solidarios, flanqueaban la marcha, y su oleaje de vítores particularmente fuertes marcaba el avance del Local 574 por la avenida.

Los capitanes de piquete de la huelga de mayo mantuvieron el orden del desfile e hicieron cumplir estrictamente la decisión del sindicato de que las personas que marcharan serían las primeras en entrar al auditorio para el mitin de protesta. Cuando empezó el mitin más de 12 mil personas colmaban el auditorio, y miles más se quedaron afuera escuchando por los altoparlantes. A.H.

---

* *Red-baiters* se refiere aquí a la campaña demagógica y estridente de los patrones y sus aliados para asustar a tanta gente como pudieran para que se opusieran a la campaña de sindicalización del Local 574 de los Teamsters, debido a que dirigentes destacados del sindicato eran a la vez miembros de la Liga Comunista de América. Al alegar que los "comunistas de Trotsky" fomentaban el derrocamiento del estado de Minnesota, los *red-baiters* esperaban que los trabajadores no apreciaran de forma objetiva los logros conquistados mediante el sindicalismo militante, ni la competencia desplegada por el amplio liderazgo de la huelga y el ejemplo incorruptible que ofrecían.—NOTA DEL TRADUCTOR

Urtabees, presidente del Consejo de Gremios de la Construcción, presidió la reunión. Roy Wier habló en nombre de la Unión Central del Trabajo, Emery Nelson del Consejo Unido de Teamsters, y Robert Fleming de los Teamsters de St. Paul. John Bosch de la Farmers' Holiday Association se comprometió en nombre de los agricultores a dar apoyo al Local 574. Los oradores sindicales subrayaron que los patrones del camionaje habían violado el acuerdo suscrito en mayo con el Local 574, calificándolo como un desafío por parte de la Alianza Ciudadana al que todo el movimiento obrero debía hacer frente. Bill Brown y Miles Dunne hablaron a nombre del Local 574.

Según se recogió en una versión taquigráfica del evento, Miles Dunne respondió a un ataque difamatorio de los patrones contra la dirección del sindicato, diciendo: "Ellos han traído a colación el problema de los rojos, y nos han acusado de ser rojos y radicales . . . de querer introducir una nueva forma de gobierno, y yo les digo aquí francamente . . . cuando existe un sistema de sociedad que permite que los patrones en Minneapolis se engorden gracias a la miseria, al hambre y a la degradación de la mayoría, es hora que ese sistema se cambie, ha llegado la hora de que los trabajadores se los arrebaten y tomen para sí por lo menos una porción justa de toda la riqueza que producen".

Bill Brown declaró: "Lo digo esta noche, debemos dejar constancia que, o bien se larga de aquí este movimiento sindical, o bien se larga la Alianza Ciudadana, y a nosotros aquí nos gusta [*aplausos muy fuertes*] . . . Quiero decir que no hay ningún patrón justo, a no ser que lo estemos enterrando [*risas del público*] . . . Yo sostengo que es la clase trabajadora la que paga impuestos. No queremos que nuestra agencia, el Departamento de Policía, se use contra nosotros. Pero si lo hacen, si lo llegan a hacer, maldita sea, tenemos gente suficiente para quitar al Departamento de Policía".

Sin una sola voz disidente, el mitin aprobó una resolución que contenía cuatro puntos principales: que el Local 574 tenía derecho de representar a todos sus miembros; que todos los miembros del local debían recibir un aumento salarial retroactivo al 26 de

mayo; que los patrones debían firmar un acuerdo escrito con el sindicato; y que la fecha límite para cumplir estas demandas se fijaba para el miércoles 11 de julio. Así se pronunció la masiva coalición en torno a una sola reivindicación, unida bajo el lema, "Hagamos de Minneapolis una ciudad sindical".

Precisamente en este momento álgido de la movilización sindical para combatir a la Alianza Ciudadana, Tobin lanzó un dardo venenoso contra el Local 574. Lo hizo a través de editoriales en el número de julio de 1934 de la revista oficial de la IBT. En un editorial, escrito principalmente para atacar al congresista Shoemaker por el telegrama que había escrito durante la huelga de mayo, Tobin declaró que el paro de mayo se había hecho "en violación de todas nuestras leyes". En otro artículo afirmó, "Por más que unos pocos radicales en nuestro sindicato despotriquen sobre las leyes de la Internacional, que se entienda ahora claramente, en tanto nuestras leyes no se modifiquen, este Sindicato Internacional no sancionará una huelga de solidaridad, ni tampoco aprobará de ninguna manera la violación de un contrato firmado. Como he afirmado repetidas veces . . . si no mantenemos nuestros contratos y nos protegemos, estaremos constantemente en líos debido a los trabajadores internos, u otros, que se irían a la huelga".

Realmente echando bilis, Tobin escribió en el editorial principal: "Por los periódicos podemos ver que los infames hermanos Dunn[e] . . . figuraron muy prominentemente en la huelga del Local No. 574 de Minneapolis . . . Lo único que podemos decir a nuestra gente es que se cuide de estos lobos vestidos de ovejas . . . En ningún país hubo jamás libertad para los trabajadores que se iguale a la que gozan los trabajadores de este país. Esa libertad está propensa a que la pongan en peligro esos semimonstruos que reptan hacia nuestro entorno y se meten en algunos de nuestros sindicatos locales recién organizados, creando desconfianza, descontento, derramamiento de sangre y rebelión. Los funcionarios de los sindicatos locales que no se protegen y que no protegen a sus sindicatos de un monstruo humano de esta índole están cometiendo un error. Si quieren al sindicato que han ayudado a for-

jar, pónganse a trabajar y repriman a estos radicales, porque ellos no tienen cabida en el sindicato . . . Este Sindicato Internacional no puede vigilarlos, pero ustedes, quienes están en estrecho contacto con sus miembros, deben mantenerse pendientes de ellos y, créanme, cuando sepamos que ustedes andan persiguiendo a una de las jaurías descritas arriba, el Sindicato Internacional les ayudará de cualquier forma posible . . . para proteger a nuestra gente de estas serpientes con forma humana".

¡Qué paquete propagandístico el que había entregado Tobin a los patrones! Los trabajadores internos les creaban "líos" a los choferes de camión. El inminente paro del Local 574, como la huelga de mayo, obviamente sería tachado como acto "en violación de todas nuestras leyes". A otros locales de los Teamsters se les advertía que no organizaran actos de solidaridad con el paro. Se culpaba a los "monstruos" radicales por el derramamiento de sangre en mayo, una afirmación verdaderamente monstruosa, que por adelantado inculpaba al sindicato de cualquier tipo de violencia que los patrones decidieran usar ahora en su contra. Se instaba a realizar una depuración de la dirección del Local 574, y Tobin prometía ayudar a realizar el trabajo sucio.

Aprovechando entusiasmados el regalo de apóstata que les hacía el jefe de la IBT, los patrones reimprimieron los editoriales de Tobin en un campo pagado en la edición del 7 de julio de 1934 del *Minneapolis Daily Star*. Algunas de las palabras más difamatorias que Tobin había usado fueron omitidas con falso pudor, y una nota aclaratoria decía, "Las palabras omitidas no son aceptables para usarse en un periódico". El anuncio apareció el día después de la gran manifestación obrera de apoyo al Local 574. Luego los patrones lo reprodujeron como volante para distribuirlo masivamente entre los trabajadores. Tanto el anuncio como el volante tenían por título, "Comunistas y radicales en sindicatos locales, dice el presidente Tobin". Asistida por esa ganancia fortuita ofrecida por Tobin, la Alianza Ciudadana desató de lleno su ataque difamatorio contra el sindicato. Guiándose por la pauta del *red-baiting* estalinista contra la dirección del Local 574, el ataque

patronal se enfocó en los "comunistas de Trotsky". Denunciaron que los trotskistas no pretendían construir un sindicato, sino más bien hacer una revolución en Minneapolis. La Alianza Ciudadana deploró de forma zalamera el daño causado a los "sindicatos legítimos" y pidió apoyo contra el Local 574 "dirigido por comunistas".

Fue en esta coyuntura que E.H. Dunnigan, un "Comisionado de Conciliación" del Departamento del Trabajo de Estados Unidos, entró en escena. Probablemente a sugerencia de Olson, no tardó en presentarse en el cuartel general del Local 574, que después de la huelga de mayo se había trasladado a la Tercera Calle Sur 225. Marvel Scholl describió su visita en un diario que ella mantuvo por aquella época: "El mediador federal —casi me tienta decir meditador, como los llama Harry DeBoer— llegó hoy a la ciudad. El señor Dunnigan. Creo que cuando llegó a la ciudad no tenía la menor idea de cuál era la situación aquí. Llegó al cuartel general con aire pomposo, ¡y se fue desinflado! Y Mac [la señora McCormack] y yo contribuimos a desinflarlo. Era temprano en la tarde, estábamos elaborando el pedido para nuestro hospital en el nuevo cuartel general de la huelga, cuando de repente se abrió paso entre nosotros una criatura baja, gorda y elegantemente vestida, con cuatro gruesos habanos en el bolsillo de su abrigo, quevedos con un ancho listón negro que colgaba hasta su solapa, y un enorme paraguas. 'Soy Dunnigan, mediador federal. Deseo ver al comité organizador', anunció, apoyándose en el paraguas. 'En este momento están ocupados', se le dijo. '¿Le importaría esperar?'

"Se sentó, impaciente. '¿Van a anunciar que estoy aquí?', dijo exigente. 'Ah, sí', le dijimos. Y anunciamos su presencia. Tras regresar con el mensaje de que el comité podría ver al señor Dunnigan en 15 minutos, Mac se acomodó de nuevo en su silla y, con un brillo en los ojos que presagiaba que iba a divertirse, comenzó a dictar una lista de suministros para el hospital que habría bastado para una guerra civil de seis meses. Al señor Dunnigan se le salían los ojos. Sudaba, se retorcía, pero nosotras seguíamos adelante. Mac hacía comentarios al ir agrandando el pedido, dando ejemplos específicos de dónde podríamos necesitar el artículo

mencionado. Y el señor Dunnigan seguía sudando, retorciéndose y golpeteando su paraguas en el piso. Al fin llegó alguien para hacerlo pasar a la reunión. Mac y yo reímos hasta que nos dolieron los costados y después retornamos a nuestra verdadera tarea".

En la sesión con el liderazgo del sindicato, Dunnigan trató de dar la impresión que estaba secretamente de nuestro lado. En base a ello nos pidió que lo autorizáramos para hacer concesiones "menores" a los patrones sobre las demandas del sindicato, subrayando que él necesitaba ese margen de acción con "fines de negociación". Rechazamos categóricamente la solicitud, al interpretarla correctamente como una treta diseñada para embaucar a los trabajadores. Tras informarle sobre lo que los trabajadores queríamos de los patrones, le sugerimos que fuera a ver qué podía hacer para que ellos hicieran algo. Se señaló también que se había fijado el 11 de julio como fecha límite, que era cuando el sindicato pensaba irse a la huelga si los patrones se empecinaban en mantener su postura. Dunnigan suplicó por una prórroga de cinco días de la fecha límite, y fue lo único que se le concedió.

Tal y como se había programado de antemano, el Local 574 celebró una asamblea de miembros el 11 de julio. Aunque desde nuestra reunión con Dunnigan no había resultado nada de sus conversaciones con los patrones, nos atuvimos a la promesa de extender la fecha límite cinco días. En la asamblea se decidió, mediante un voto que emitimos poniéndonos de pie, que nos iríamos a huelga el lunes 16 de julio a la medianoche para hacer cumplir las demandas del sindicato.

La convocatoria de huelga, que se aprobó por unanimidad, resumía la situación general: todos los esfuerzos para establecer salarios vitales y mejorar las condiciones de trabajo se habían visto frustrados por la actitud arrogante de los patrones. Al no actuar, la Junta Laboral se había puesto del lado de estos patrones. Se había negado al sindicato el derecho de representar a todos sus miembros. Se lanzaban ataques personales contra los dirigentes del sindicato en un intento patronal de dictar quién debía hablar en nombre de los trabajadores. Se había traído a rastras el *red-baiting*

como maniobra fraudulenta para desviar la atención de los verdaderos problemas en litigio.

Asimismo, en la convocatoria de huelga se le dirigieron palabras airadas al presidente general de la IBT: "A D.J. Tobin le decimos llanamente: si usted no puede actuar como hombre de sindicato, y ayudarnos, en vez de ayudar a los patrones, entonces al menos tenga la decencia de hacerse a un lado y deje que libremos nuestra batalla solos. Así hicimos en la campaña de sindicalización y en la huelga anterior, y lo podemos hacer de nuevo. No recibimos absolutamente ninguna clase de ayuda de su parte. Nuestra dirección y orientación ha venido de nuestros dirigentes locales, y de nadie más. En ellos depositamos nuestra confianza y bajo ninguna circunstancia apoyaremos un ataque en su contra".

La Alianza Ciudadana reaccionó rápidamente a la convocatoria de huelga, usando de nuevo los editoriales de Tobin como munición para una campaña de difamación más intensa contra el Local 574. Destacó cómo Tobin había desaprobado el paro de mayo. Luego, esa organización patronal tuvo la desfachatez de criticar al local por realizar una votación de pie para tomar una decisión sobre la huelga del 11 de julio, en vez de organizar una votación secreta "según estipulan los estatutos" del sindicato. Estos vivos trataron de hacer que pareciera escandaloso que hubiera mujeres en la asamblea sindical, esperando que la gente no se diera cuenta que eran miembros del comité auxiliar de mujeres. A los funcionarios del Local 574 se les reprendió por atacar a Tobin en la asamblea "porque él no tuvo miedo de desenmascarar a la dirección comunista" del sindicato.

Para ayudar a "Dan Sin Miedo" con ese desenmascaramiento, apareció un boletín de la Alianza Ciudadana con argumentos cuidadosamente escogidos: "Ya se ha señalado que cinco de los organizadores a sueldo del Local número 574 del Sindicato General de Choferes, según fuentes fiables, son la fuerza que anima a la rama de Minneapolis de la Liga Comunista de América, la cual patrocina el programa de la Cuarta Internacional; es decir, una dictadura del proletariado . . . se informa que V.R. Dunne y Carl Skoglund,

organizadores del sindicato . . . pertenecen al Comité Nacional de la Liga Comunista de América".

Ese mismo boletín también citó parte del discurso que había dado Bill Brown al presentar la resolución aprobada en el mitin sindical del 6 de julio en el Auditorio Municipal. El director del boletín se encargó de añadirle énfasis a los siguientes pasajes de la cita: "Antes de leer esta resolución —*en realidad es una revolución*— quiero decir que vamos a votar de pie, y no quiero ver a nadie sentado. *Me gustaría lanzar esta asamblea contra la Alianza Ciudadana por la mañana*".

Este ataque propagandístico estaba diseñado para dividir a la coalición sindical que se había formado en apoyo al Local 574 y provocar una ruptura dentro del propio local. Tomamos medidas inmediatas para rechazar estos peligros gemelos. Dentro del Local 574 se celebró una reunión conjunta del comité organizador y de la junta ejecutiva para reforzar la espina dorsal de ésta y que nuevamente diera constancia de su apoyo a un enfrentamiento con los patrones. En esa sesión se aprobó una resolución para programar otra asamblea general de miembros la noche del lunes 16 de julio, con los siguientes objetivos: reafirmar la convocatoria a la huelga aprobada el 11 de julio; someter la decisión de huelga a una votación secreta para que los miembros puedan demostrar sus sentimientos de forma definitiva y concluyente; y elegir un comité de huelga de 100 para dirigir la huelga. Además, la junta ejecutiva unánimemente declaró su plena confianza en el comité organizador, llamó a sus miembros a que permanecieran en sus puestos y solicitó a las filas del sindicato que confirmaran esta declaración.

Se publicó un informe sobre estas acciones en el *Organizer*, junto al texto completo de la convocatoria de huelga del Local 574. Esta muestra de solidaridad en el seno del local enfrascado en lucha permitió conseguir reafirmaciones de apoyo, primero del Consejo de Gremios de la Construcción y después de la Unión Central del Trabajo.

Mientras tanto los patrones habían ideado otra estratagema diabólica, un intento de orquestar una "escisión" del Local 574 por

los trabajadores internos del mercado. Habían embaucado a un puñado de hombres para que firmaran un llamado a una reunión espuria en la Iglesia Wesley el domingo 15 de julio para iniciar un movimiento a favor de un sindicato "no comunista". Al evento asistieron alrededor de 500 personas, en su gran mayoría miembros leales del Local 574. Un tal reverendo William Brown —sin parentesco con el presidente del sindicato— intentó dar inicio a la sesión pero no logró hacerse escuchar. Grant Dunne se encaramó a la tarima, asumió control de la reunión y denunció al predicador y a los otros peleles de los patrones por sus intentos solapados de dividir al sindicato. Entonces se aprobó una moción que manifestaba confianza en la dirección del sindicato y así, la reunión con que se pretendía desmoralizar a los trabajadores se convirtió en una manifestación de apoyo al Local 574.

La noche siguiente, el 16 de julio, el sindicato celebró la asamblea programada oficialmente en el Salón de los Eagles. Era una noche calurosa y el salón estaba colmado de trabajadores sofocados de calor y con ánimos de luchar. En respuesta a una moción presentada por Moe Hork, los miembros votaron unánimemente a favor de depositar toda su confianza en los dirigentes, demostrando que la propaganda patronal sobre una rebelión "anticomunista" dentro del sindicato era un embuste. Entonces hablamos Bill Brown, Miles Dunne y yo. Pusimos a los miembros al día sobre los últimos acontecimientos y abogamos por reafirmar la decisión de huelga del 11 de julio. Brown, quien presidía la asamblea, instó a los que se opusieran a la huelga a que tomaran la palabra y expresaran sus puntos de vista. Nadie lo hizo. Cuando llegó la hora de votar, los trabajadores descartaron la propuesta de celebrar un voto secreto, y por un voto de pie de forma unánime decidieron irse a la huelga inmediatamente.

Después de elegirse un comité de huelga de 100 personas, la asamblea concluyó entonando espontáneamente la canción sindical *Solidaridad*. Después nos trasladamos al nuevo cuartel general de la huelga, un garaje de dos pisos situado en Octava Calle Sur 215, pero nos topamos con que la Alianza Ciudadana había

persuadido al propietario de que cerrara el local con candado y no nos dejara entrar. Como inquilinos indignados que habían pagado el alquiler, los huelguistas forzaron la entrada al edificio y empezaron los preparativos para la acción del martes por la mañana. El garaje, a propósito, estaba al otro lado de la calle del Club Minneapolis, un lugar ostentoso frecuentado por las "mejores familias". En las semanas venideras iban a tener unas experiencias realmente chocantes.

El comité de huelga, que durante el paro fungió como una amplia formación ejecutiva, no era simplemente una agrupación fortuita de 100 personas. Estaba integrado por militantes a quienes los miembros reconocían como dirigentes por su desempeño en las luchas de febrero y mayo. Por consiguiente, este organismo electo democráticamente era auténticamente representativo de las filas sindicales. Por tanto, existía una relación estrecha entre los miembros y la dirección basada en el entendimiento, seguridad y confianza mutuos forjados al calor de la batalla.

Dentro del comité de huelga en su conjunto se estructuró una formación de liderazgo central. Se formó en torno a un núcleo compuesto por los cinco organizadores que trabajábamos a tiempo completo para el sindicato: Ray, Miles y Grant Dunne, Carl Skoglund y yo. Como presidente del sindicato, Bill Brown trabajaba estrechamente con nosotros. Esta formación orientadora poseía también un elemento fuerte de dirigentes secundarios, algunos de los cuales se habían destacado durante el conflicto de mayo para pasar a ocupar su puesto al lado de veteranos de la huelga del carbón. Como parte del equipo de liderazgo, demostraron su valor una y otra vez en las coyunturas críticas. La experiencia en la lucha de clases y la educación que lograron en el curso de la batalla llevó a varios de ellos a afiliarse a la Liga Comunista.

En términos generales, las relaciones entre el comité de huelga y las filas del sindicato eran más o menos afines al concepto leninista de centralismo democrático: democracia al tomar decisiones, disciplina al llevarlas a cabo. Las decisiones sobre la política a seguir y la selección del liderazgo se hacían a través de discusio-

nes plenas y libres en las asambleas de los miembros del sindicato. Por otro lado, durante el combate con los patrones, las decisiones de los dirigentes debían llevarse a cabo sin discutir. Tras concluir una acción determinada, estas decisiones podían ser sometidas, por supuesto, a la evaluación y crítica por parte de los miembros. Estas normas eran aplicables no sólo a las relaciones entre el comité de huelga y las filas del sindicato, sino a las relaciones de liderazgo dentro del propio comité amplio de huelga. En su conjunto, las normas estructurales y de procedimiento del sindicato sirvieron de base esencial para una unidad interna que lo convirtió en una formidable máquina combativa.

Con esta nueva etapa del desarrollo interno del sindicato, se pudieron tomar otras medidas para reducir a un mínimo las dificultades causadas por la incompetencia de la junta ejecutiva oficial. En efecto, la junta fue despojada temporalmente de toda autoridad. Esto se logró primeramente al hacer que todos los miembros de la junta y el agente de negocios, Cliff Hall, formaran parte del comité de huelga. Después, este último organismo, según consta en las actas de su primera sesión, aprobó una moción que decía: "El comité de huelga será el organismo ejecutivo en la huelga, con plenos poderes de tomar cualquiera y todas las decisiones". En esa misma reunión, el comité de 100 tomó medidas para evitar que se repitieran las dificultades previas con Hall y la junta ejecutiva en relación con las negociaciones con los patrones. Aprobó una moción que afirmaba: "El comité de contacto que se reúna con los patrones ha de ser pequeño; su única función será la de reunirse con los patrones. Todas sus acciones están sujetas a la ratificación del comité de huelga". Ray Dunne y yo fuimos elegidos como comité de contacto de dos personas.

Vale la pena señalar varias cosas sobre el significado de esta decisión. Cuando actuaban como negociadores, los funcionarios de la AFL solían decidir por cuenta propia qué condiciones aceptaría el sindicato, y después imponían esa decisión a los miembros. Para aclarar que esto no se iba a tolerar, se usó el término "comité de contacto", en vez de "comité negociador". Además, se organizó

un comité pequeño, debido formalmente a su limitada función, pero también para excluir a Hall y a otros de su calaña. Estas consideraciones no eran las únicas razones para tomar la decisión.

Para los negociadores sindicales es un error bajo cualquier concepto tratar con patrones o mediadores estatales actuando como si tuvieran autoridad para llegar a un arreglo. Una vez que se ha hecho una concesión bajo una fuerte presión, la cual proviene especialmente de los agentes del gobierno controlados por los patrones, es muy difícil si no imposible anular esa acción. Se puede cometer así una injusticia prácticamente irreparable contra los miembros del sindicato. Si se hace una declaración sobre lo mínimo que los negociadores sindicales van a recomendar, eso automáticamente define también lo máximo que los patrones van a ofrecer. Por lo tanto, cada vez que surja alguna consideración sobre un posible arreglo, los negociadores deben decir siempre que van a tener que llevar el asunto al sindicato para que se tome una decisión. Este procedimiento no sólo es una garantía contra malas prácticas burocráticas, sino que es el mejor curso para los representantes sindicales que quieren hacer lo correcto. Por estas razones generales era apropiado, desde toda perspectiva, exigir que todas las acciones de los negociadores del Local 574 estuvieran sometidas al control del comité de huelga de 100.

En varios aspectos adicionales, aprovechando las experiencias de mayo, el sindicato pudo añadir mejoras a los preparativos para la huelga. El comisariato estaba mejor organizado y manejado más eficientemente, y su despensa estaba mejor abastecida con alimentos donados por agricultores y comerciantes. Se registraron avances en el establecimiento del hospital sindical, nuevamente bajo la supervisión del doctor McCrimmon y de la señora McCormack. Se hicieron arreglos para conseguir un equipo jurídico de primera. Estaba integrado por Albert Goldman, Fred Ossanna, un conocido abogado local, e Irving Green, un socio menor de la firma de abogados de Ossanna. Como en mayo, cada noche se sostenían asambleas en el cuartel general de la huelga para que los trabajadores escucharan informes sobre los sucesos del día, oyeran a ora-

dores invitados y disfrutaran de alguna forma de esparcimiento.

En la primera reunión del comité de huelga, presidida por Kelly Postal, en el orden del día se incluyó la cuestión del "equipo para piquetes". Por primera vez desde la tregua hacia fines de la huelga de mayo, los patrones tratarían de usar camiones para desafiar a los piquetes. El último intento había sido frenado cuando los huelguistas ganaron una batalla campal con la policía, peleada garrote contra garrote. En esta nueva coyuntura muchos de los piquetes se inclinaban a empezar donde se habían quedado en mayo, de nuevo armándose de garrotes. Sin embargo, dadas las circunstancias actuales, eso habría sido poco aconsejable desde el punto de vista táctico. Le habría dado a la policía un pretexto para emplear la violencia de inmediato contra los huelguistas, quienes estaban tratando de montar piquetes pacíficos, y el sindicato habría perdido la ventaja táctica de reaccionar contra la violencia policial con consignas defensivas.

La decisión sobre este punto se registró en las actas de una asamblea del comité de huelga que se celebró el 17 de julio a las 12:30 a.m.: "El moderador planteó en la reunión el asunto del equipo para los piquetes. Dobbs entonces se levantó y pidió que, si ha de haber violencia, que no vayan a decir que la inició el 574 . . . ir armados para montar guardia de piquete a estas alturas sólo traería problemas. Se sugirió llevar todo el equipo para piquetes al cuartel general y guardarlo allí. Esta sugerencia de Dobbs fue aceptada por acuerdo general".

Los piquetes se organizaron en dos turnos de 12 horas, y Kelly Postal, actuando en consulta con Ray Dunne, Harry DeBoer y conmigo, hizo de despachador en jefe de piquetes. Marvel Scholl anotó sus impresiones de Postal en su diario: "Kelly tiene ojos peculiares. Son a la vez suaves y duros. Su éxito como general en el ejército del 574 se puede atribuir en parte a su capacidad de juzgar a un hombre correctamente casi al instante". Ella describió también la rutina común de despacho: "Los carros se forman a la entrada. Cada cuadrilla de piquetes que regresa maneja por el estacionamiento hasta la parte trasera del garaje, para ocupar su

lugar en la cola que pasa por todo el garaje hasta la puerta principal. A veces hay que esperar, pero la mayoría del tiempo un auto que va llegando alcanza el portón rápidamente. El despachador de piquetes susurra el destino al oído del chofer". Esta última práctica, que incluía el uso de una clave al despachar piquetes, había sido ordenada por el comité de huelga. Era un método que se había desarrollado durante la huelga de mayo para lidiar con problemas creados por provocadores.

En el comité de huelga se expresó un criterio a favor de forzar a otros locales de los Teamsters a salir en huelga inmediatamente en apoyo al Local 574. Después de cierta discusión prevaleció el consejo de Carl Skoglund. Al cooperar de forma inteligente con ellos en la etapa actual, arguyó, sería más fácil persuadir más adelante, de ser necesario, a los diversos oficios de los Teamsters para que dieran su apoyo total y voluntario al Local 574. Se decidió eximir a los camiones de hielo, leche, de panaderías, cervecerías y municipales si los choferes eran miembros del sindicato. Se les permitió a los taxis circular ya que el sindicato ahora tenía un contrato directo con los dueños. Por razones tácticas los camiones y las estaciones de gasolina quedaron exentos de la huelga dado que las empresas de combustibles estaban negociando con el sindicato. Aparte de eso, sólo se hicieron excepciones individuales cuando las recomendaba el comité de reclamos del sindicato, presidido por Ray Rainbolt. Era la persona ideal para la tarea, capaz de ser imparcial con quienes lo merecían, pero sordo ante las zalamerías de engatusadores.

La política general quedó reflejada en las actas del comité de huelga del 19 de julio, donde se da constancia de un informe que dio Rainbolt: "Permiso a la ciudad [solicitado] para llevar grava en proyecto de asfalto: él recomendó no dar permiso. Permiso solicitado por compañía de pescado para trasladar pescado al Campamento Riley [una instalación militar]: permiso denegado. Compañía de Suministros Dentales solicitó permiso para una motocicleta: permiso denegado. Camiones nuevos a exhibirse en exposición de la Feria Mundial en Chicago: permiso concedido". Estas decisio-

nes de las que informó Rainbolt fueron aprobadas por el comité de huelga acompañadas de referencias sarcásticas al descaro de los "padres de la ciudad" y del ejército. La International Harvester era la empresa que iba a trasladar los camiones nuevos para la Feria Mundial. A cambio del permiso, aceptó que los camiones circularían por la ciudad portando grandes carteles en los que se leía: "Transportados con permiso del Local 574". La compañía también hizo un donativo al comisariato del sindicato. Como siempre, Rainbolt había negociado duras condiciones.

Como en febrero y en mayo, el Local 574 no tardó en mostrar su capacidad de hacer cumplir sus reglas. El primer día de huelga —martes 17 de julio— las calles de la ciudad estaban libres de camiones, salvo aquellos a los que el sindicato había permitido circular. El segundo día se hizo un intento de hacer circular camiones en el mercado, pero en seguida los patrones desistieron al enfrentar una formidable concentración de piquetes. Sin embargo, la policía ya iba incrementando su injerencia, al realizar los primeros arrestos de piquetes por "alteración del orden público". Era el gambito de apertura de un nuevo estallido de conflicto civil que pronto ardería con más violencia de la ocurrida en mayo.

El gobernador Olson también intervino antes de lo que lo había hecho en el conflicto anterior, intentando nuevamente desde un principio nadar entre dos aguas. A solicitud del alcalde Bainbridge, movilizó a la Guardia Nacional para "preservar la ley y el orden", a la vez que aseguraba al sindicato que no tomaría partido en la huelga.

El periódico del sindicato, el *Organizer*, denunció la acción de Olson en su número del 18 de julio. Señaló que el despliegue de las tropas sólo podía tener un objetivo: intimidación y coacción dirigidas contra el sindicato. Esa maniobra contra la huelga ocurrió en el momento en que la única amenaza contra la paz pública surgía del uso patronal de esquiroles, gamberros y matones que hacían de asistentes de alguacil. Esa acción significaba que el gobernador ya estaba tomando partido contra los trabajadores. Ni siquiera mantenía una postura neutral, lo que ya en sí sería una

violación de sus deberes ante su electorado obrero. Se le recordó a Olson que su alto cargo se lo debía al apoyo de los trabajadores y agricultores. Ellos tenían derecho de esperar de él apoyo a sus luchas, y no la amenaza de la fuerza militar en su contra. El *Organizer* exigió el retiro inmediato de la tropa, declarando: "¡No moverán un solo camión! ¡Nadie lo hará!"

El lunes 16 de julio, en la víspera de la huelga, el *Organizer* se había convertido en diario y el periódico se siguió editando así hasta el final del paro. *Fue el primer diario huelguístico jamás publicado por un sindicato en Estados Unidos.* Un semanario habría sido completamente insuficiente para tratar sucesos tan acelerados. La publicación diaria, por otro lado, le permitía al sindicato romper el monopolio capitalista sobre la prensa, cortando así la pantalla propagandística erigida por los patrones. Los huelguistas y sus simpatizantes obtenían cada día un recuento preciso de los acontecimientos más importantes de las 24 horas previas. Se hacía un análisis de las maniobras significativas de los patrones, de los mediadores federales y del gobernador Olson. Al movimiento sindical en su conjunto se le advertía de los peligros que surgían, y se explicaba cuidadosamente cómo lidiar con ellos. Aunque sólo era una publicación de dos páginas, el diario *Organizer* tenía una gran pegada y en poco tiempo la clase trabajadora de la ciudad llegó a tenerle una fe absoluta.

La tirada del diario saltó rápidamente a 10 mil y pronto llegó a ser autofinanciado. No se cobraba un precio fijo por los ejemplares. Simplemente se pedía que la gente donara lo que pudiera. Los vendedores llevaban latas selladas con una ranura donde se ponían las contribuciones. A menudo se echaban billetes de a dólar en esas latas, y hubo quien llegó a pagar cinco dólares por un ejemplar. La gente que lo vendía de forma regular establecía rutas, dejando bultos del diario en los puestos de periódicos, en tabernas, en salones de belleza y otras tiendas cuya clientela eran trabajadores. Se hacían distribuciones de ventas a las entradas de fábricas, en las estaciones ferrocarrileras: donde fuera que se pudiera llegar a los trabajadores en sus centros de trabajo. Alguna

gente pasaba en auto por el cuartel general de la huelga para obtener el periódico. Organizaciones sindicales y de agricultores de todo el estado escribían para pedir que a diario se les enviaran ejemplares del *Organizer.*

Los capitalistas pronto reconocieron la fuerza inherente del diario huelguístico y se esforzaron por suprimirlo. La Alianza Ciudadana comenzó a hacer propaganda para que el gobierno procesara a los responsables de su publicación bajo cargos de "sindicalismo criminal". Ese esfuerzo no llegó a nada, aunque ocurrieron verdaderas dificultades por otra vía. Cuando se publicó el primer número del diario, los patrones presionaron al impresor para que rehusara encargarse de ediciones futuras. El periódico se trasladó a otra imprenta y la experiencia se repitió. Esto sucedió con tres imprentas sucesivas. Cada vez la publicación del periódico se atrasaba varias horas, provocando una irritación inquietante en el cuartel general de la huelga. Finalmente, la imprenta Argus aceptó el trabajo y a partir de entonces imprimió el periódico, manteniéndose firme ante toda presión.

Ace Johnston, el linotipista de la Argus, comentó sobre la situación en una entrevista con el *Organizer* después de la huelga: "Nunca sabíamos qué iba a suceder. Sabíamos que corríamos un verdadero riesgo de que nos destruyeran las prensas, que destrozaran el edificio . . . sabíamos el tipo de lucha que era. Pero estábamos trabajando con un grupo de dirigentes huelguísticos serenos, quienes sabían su oficio y estuvimos de acuerdo en hacerlo". Ace también dio un ejemplo del acoso al que los sometía la Alianza Ciudadana: "Recuerdo un incidente que casi nos roba toda una noche de trabajo . . . fue la vez en que un grupo de matones se escondió por nuestra entrada de cargas, y atacó el camión que partía con una edición del boletín [*Organizer*]. Hubo una verdadera trifulca, pero cuando se disipó el humo de la batalla, el conductor del 574 y un par de ayudantes habían barrido con los esquiroles. Después de eso, se mantuvieron alejados de la Argus".

Los patrones habían lanzado su rápido ataque contra el diario huelguístico como parte de un plan mortífero que estaban prepa-

rando contra el sindicato. No tenían la menor intención de reconocer al Local 574. En realidad, aún tenían esperanzas de aplastar la huelga recurriendo a una violencia más extrema de la que habían empleado en mayo contra los piquetes. Al desconfiar del gobernador Olson en cuanto al uso de la Guardia Nacional como fuerza rompehuelgas, la Alianza Ciudadana viró su atención a la tarea de reforzar la policía municipal. El jefe Johannes, quien trabajaba estrechamente con los patrones, tomó la iniciativa consiguiendo que se aprobara un fuerte aumento al presupuesto de la policía para agregar más efectivos a la fuerza policial y proporcionarles armamento especial. Esta vez no iban perder el tiempo con alguaciles que no eran de fiar. En cambio, los policías entrenados recibieron fusiles antimotines, un arma tipo escopeta que usaba un cartucho especial cargado de grandes perdigones que de veras desgarraban la piel humana.

A manera de pantalla propagandística para el complot asesino, el *Minneapolis Journal* del 19 de julio publicó un rabioso editorial en que atacaba a los "comunistas" del Local 574. "Pero que tengan cuidado", advirtió el periódico capitalista, "no vaya a ser que algunos ciudadanos agitados aquí tomen medidas vigorosas contra ellos".

10

Viernes Sangriento

Temprano en la tarde del jueves 19 de julio de 1934, el jefe de policía Michael J. Johannes emitió órdenes especiales ante una formación de policías. Según informó el *Minneapolis Tribune*, dijo: "Vamos a empezar a trasladar mercancías. No se dejen derrotar. Tienen escopetas y saben usarlas. Cuando terminemos con este convoy, habrá otras mercancías que trasladar".

El "convoy" al que se refería Johannes era en realidad una trampa cuidadosamente tendida contra los trabajadores. Esa tarde, unos 150 policías armados con escopetas antimotines fueron enviados en carros patrulla a la Compañía Jordon-Stevens, un almacén de comestibles al por mayor ubicado en el distrito del mercado. Allí un camión de cinco toneladas fue cargado con media docena de cajas que pesaban unas 150 libras en total. En el camión desplegaron pancartas con el rótulo "Suministros de Hospital" para que los periodistas y fotógrafos pudieran mostrar la operación como una misión de "caridad". Ediciones especiales de los periódicos que anunciaban el "éxito" del convoy ya se estaban vendiendo en las calles antes de que se hubiera completado la entrega al Hospital Eitel. Este camuflaje era completamente injustificado porque el

sindicato expedía permisos irrestrictamente para entregas a los hospitales, y ahí estaba la trampa.

Al hacer una entrega sin un permiso sindical, los patrones esperaban socavar la moral de los huelguistas mostrándoles que la policía podía hacer circular un camión a pesar de ellos. También contaban con hacer creer a la gente que la huelga estaba perjudicando a los hospitales. Ante todo, querían provocar resistencia sindical para que la policía pudiera abrir fuego contra los piquetes con un buen amparo propagandístico. Rehusamos caer en la trampa. Todos nuestros escuadrones móviles fueron retirados de la escena y se permitió hacer la entrega sin interferencia.

Tras describir exactamente lo que había sucedido, la siguiente edición del *Organizer* señaló: "La prensa patronal, dicho sea de paso, unánimemente describe todo el incidente como una grave ruptura en el frente huelguístico. Esto no es más que un intento de recuperar algo del fracaso del complot. Felizmente, el *Organizer* puede divulgar la verdad a los trabajadores de Minneapolis. ¡Las líneas de piquete están intactas! ¡La lucha continúa!" Esto realmente irritó a los patrones, quienes respondieron con una creciente interferencia policiaca contra los vendedores del *Organizer*.

La noche antes de que se tendiera la trampa contra el sindicato, había llegado de Washington un mediador federal especial, el reverendo Francis J. Haas, para trabajar con Dunnigan. A su llegada pidió hablar con Ray Dunne y conmigo, como negociadores del sindicato, y habíamos acordado reunirnos con él la tarde del jueves. Luego ocurrió la acción policiaca en la Jordon-Stevens esa misma tarde. De inmediato cancelamos la cita con Haas, diciéndole que, en tanto se dieran provocaciones como esa, no íbamos a reunirnos. Haas entonces consultó con el gobernador Olson. Juntos le pidieron a Johannes que aplazara toda acción futura por 48 horas —hasta el sábado 21 de julio— para que Haas pudiera tratar de negociar una resolución de la huelga.

Olson alegó posteriormente que Johannes "nos prometió al padre Haas y a mí que no escoltaría camiones hasta el sábado por la noche". El jefe de policía negó haber hecho tal promesa. Sin

embargo, reconoció que inmediatamente después del incidente del "convoy" de la Jordon-Stevens se había reunido con los patrones en el Hotel Radisson. "Ellos dijeron que no aceptarían tregua alguna", sostuvo Johannes, "y al mismo tiempo me pidieron que les facilitara guardias para los camiones". Todo esto salió a la luz en los informes del *Minneapolis Daily Star* del sábado 21 de julio, publicados después del motín policiaco conocido en la historia de la ciudad como Viernes Sangriento. Fue ese hecho atroz con el que Johannes se ganó el apodo de "Mike el Sangriento", y desde entonces la clase trabajadora usó su nombre como maldición.

Los patrones habían exigido guardias de la policía a fin de llevar a cabo sus propios planes asesinos para "resolver" la huelga. El viernes 20 de julio tomaron dos medidas con ese objetivo. Se enviaron cartas a todos los huelguistas dándoles tres días para regresar a sus puestos, o de lo contrario, ser remplazados. Al mismo tiempo se hicieron preparativos para que otro camión fuera escoltado por policías fuertemente armados. En esta ocasión no se fingiría una misión de "caridad" a un hospital. Se planificó un intento abierto de reanudar las entregas de carácter comercial normal, y se esperaba que los policías dispararían contra todo el que intentara interferir con la operación. El mensaje a los huelguistas era bastante claro: "Regresen al trabajo o les daremos sus puestos a esquiroles. Si intentan parar a los esquiroles, pueden perder la vida". Como habían hecho el día anterior, invitaron a reporteros y fotógrafos de la prensa al lugar designado como escenario de la acción. Esto se hizo manifiestamente para que las versiones noticiosas y las fotos de la escena convencieran a todos los trabajadores de que los patrones hablaban en serio.

La dirección del sindicato anticipaba que el viernes se iba a realizar otra maniobra rompehuelgas, probablemente en la zona del mercado de abarrotes al por mayor. Ya que había muchos huelguistas disponibles y un poco de actividad sería bueno para la moral —las cosas habían estado bastante tranquilas—, desde tempranas horas de la mañana se asignó a un buen número de trabajadores para patrullar el distrito. Harry DeBoer estaba al mando

de la operación. Aunque también había un buen número de policías presentes, al principio no parecía que estuvieran buscando problemas. Su actitud inicial se indica en un informe que Harry me dio más tarde: "Durante la mañana un capitán de la policía se me acercó para plantear que para la ciudad era malo tener todos esos piquetes en la Avenida Washington, ya que se paseaban turistas, etcétera. Acordé que si la policía se iba, nosotros nos íbamos. Se quedarían un auto de piquetes y un carro patrulla [de policías], pero no debía circular ningún camión".

Nada resultó de la discusión narrada por Harry, probablemente porque el capitán pronto recibió nuevas órdenes de Johannes. Poco después, la policía andaba en plan provocador. Su cambio de actitud coincidió con una actividad inusual en la Slocum-Bergren, una empresa de abarrotes al por mayor cerca de la Tercera Calle y la Sexta Avenida Norte. Parecía que se iba a intentar una entrega por camión. Se informó de esta nueva situación al cuartel general de la huelga y se enviaron refuerzos al lugar, incrementando la fuerza de piquetes a unos 5 mil trabajadores. Todos los huelguistas estaban completamente desarmados. Sabíamos que no podíamos desafiar los fusiles antimotines y estábamos empeñados en hacer una protesta de masas pacífica contra la maniobra rompehuelgas que se anticipaba.

Más o menos a esa hora, un grupo de miembros del Partido Comunista, dirigidos por Sam K. Davis, trató de convencer a Harry DeBoer de participar en una aventura ultraizquierdista. El incidente ilustró gráficamente la estupidez de su línea del "tercer periodo". Harry relató los datos pertinentes en su informe mencionado antes: "Yo estaba a cargo y un comité de estalinistas . . . se me acercó y me propuso que fuéramos a tomarnos los tribunales, en vez de malgastar nuestro tiempo tratando de parar un camión. Afortunadamente, yo ya tenía cierto conocimiento de los métodos trotskistas, y además tenía la certeza que sería una forma segura de que yo mismo fuera baleado. Entonces dije que no".

En la escena había una patrulla callejera de unos 50 policías, portando escopetas antimotines así como revólveres y macanas.

RALPH R GAMBLE PRES — FRANK C REED, VICE-PRES — ALBERT J MEYERS, VICE-PRES. — ROBERT G GAMBLE, SEC & TREAS

Northwest Fruit & Produce Co.

INCORPORATED CAPITAL STOCK $100 000

WHOLESALE FRUITS, VEGETABLES, PRODUCE

TELEPHONE
ATLANTIC 5407

218-220-222 SIXTH STREET NORTH
MINNEAPOLIS, MINNESOTA

REFERENCES
PRODUCE STATE BANK
ANY COMMERCIAL AGENCY

July 20, 1934

William Schoener

Dear Sir:

We wish to inform you that if you care to return to work, you may do so by reporting for duty on or before Monday July 23. After that date any other qualified applicants will be considered for employment on a permanent basis.

Kindly govern yourself accordingly and get in touch with us if this is not thoroughly understood.

We have lived up to the Labor Board's Order which settled the strike in May. We believe that you have been misled into going out "on strike" against us. This may cause you to lose rights granted by that Order.

Your co-operation is desired, but if it is not obtained we will be obliged to carry on without you.

Yours very truly,

NORTHWEST FRUIT & PRODUCE CO.

Carta de la Northwest Fruit Co. en que se amenaza a los huelguistas con ser despedidos y remplazados por esquiroles si no retornan al trabajo en tres días. Data del 20 de julio de 1934, el Viernes Sangriento.

A eso de las dos de la tarde se pusieron muy tensos, y en cuestión de minutos un camión rompehuelgas llegó al andén de carga de la Slocum-Bergren. Iba escoltado por unos 100 policías más en carros patrulla, con escopetas antimotines que asomaban por las ventanas como púas de puerco espín. El camión tenía una malla metálica alrededor de la cabina y le habían quitado las placas. Cargaron unas pocas cajas pequeñas de abarrotes, mientras los piquetes se burlaban de los esquiroles que hacían esa sucia labor. Después el camión esquirol se alejó del andén de carga y empezó a avanzar por la calle. Lo siguió un camión de piquetes, un vehículo descubierto de los que se usan para acarrear tierra, en el que iban parados nueve o diez trabajadores desarmados.

De repente, sin advertencia alguna, la policía abrió fuego sobre el camión de piquetes, y dispararon a matar. En cuestión de segundos, dos piquetes yacían inertes en el piso del camión, que quedó rociado de balas. Otros heridos se desplomaban en la calle o intentaban arrastrarse para escapar de la trampa mortal mientras continuaban los disparos. De todas partes acudieron huelguistas hacia el camión para auxiliarlos, avanzando hacia el fuego con la valentía de leones. Muchos fueron tumbados por la policía cuando se detuvieron a recoger a sus compañeros heridos. A estas alturas la policía se había enloquecido. Estaban tirando en todas direcciones, baleando a la mayoría de sus víctimas en la espalda mientras trataban de escapar, y en muchos casos dando macanazos a los heridos después de que caían. El tiroteo se puso tan frenético que un sargento fue herido por uno de sus hombres.

El carácter criminal de la acción policiaca fue confirmado posteriormente por una comisión investigadora especial nombrada por el gobernador. En sus conclusiones la comisión sostuvo: "La policía apuntó directamente contra los piquetes y disparó a matar . . . En ningún momento estuvo en peligro la integridad física de la policía . . . No había armas en posesión de los huelguistas del camión . . . En ningún momento agredieron los huelguistas a la policía y era obvio que no llegaron preparados para tal ataque".

Las conclusiones del tribunal, cuando los huelguistas detenidos

el Viernes Sangriento fueron llevados a juicio, arrojaron más pruebas implícitas del crimen policial. El juez los puso a todos en libertad por falta de pruebas de que fueran culpables de delito alguno. Para completar el cuadro de sadismo policiaco, el *Organizer* publicó un informe de una mesera indignada, quien describió la cena de Mike el Sangriento después del ataque: "¡Sopa, bistec, papas, espinaca, frijoles, ensalada, pastel, queso, café y un gran puro!"

Mientras a Johannes le despertaba el apetito la miseria de los piquetes, éstos se retiraban como podían de la escena de pesadilla en el distrito del mercado. Al hacerlo lograron llevarse a casi todos los heridos al cuartel general de la huelga, gracias a muchos actos individuales de heroísmo. Marvel Scholl describió la llegada en su diario. Relató también lo que significó para las mujeres que cuidaban el cuartel general mientras los hombres hacían frente a la policía armada con fusiles antimotines.

"El Viernes Sangriento", escribió, "según lo conocemos quienes vivimos aquel día terrible en que la muerte irrumpió en el cuartel general de la huelga, empezó como un día lóbrego, nublado. El aire mismo parecía cargado de presentimientos. El trajín cotidiano de actividades para el grupo auxiliar llegó con el amanecer. Se abrió la cocina como de costumbre. Hubo la cantidad normal de labores de asistencia, se cerró la edición del *Organizer*, los piquetes iban y venían para cumplir sus tareas . . . Y sin embargo, todo era distinto. Quizás el hecho de que a los hombres los fueron sacando gradualmente del cuartel general, enviándolos a la zona del mercado, ayudó a crear ese ambiente . . . cuando se abrió la puerta del comisariato para la comida del mediodía y sólo aparecieron unos cuantos hombres, empezamos a preguntarnos. La señora Carle, quien presidía el comité del comisariato, se expresó al respecto: 'Debe estar pasando algo raro, señora Dobbs. Kelly no me ha enviado esta mañana ni un solo auto especial de piquetes móviles. Bill [Gray] dice que casi ninguna de las cuadrillas nocturnas ha regresado. Pero voy a mantener la comida lista. Me imagino que va a ser un tremendo tropel cuando lleguen'. Ese día no se usó mucha comida. Después del mediodía el cuartel estaba

extrañamente vacío. Estaba tan callado que era casi escalofriante... Hasta el timbrar del teléfono era una distracción grata. Y luego, de la manera más abrupta, el vacío dio paso a la aglomeración; la calma, a la horrible sirena de la ambulancia; y el blanco impecable del pabellón del hospital, a un rojo espantoso, el rojo sangre.

"Cuando el primer hombre fue ingresado [por los piquetes que volvían]", prosiguió Marvel, "le brotaba espuma por la boca, estaba gris como el cemento, inconsciente, y alguien pegó un grito. En menos tiempo del que tarda contarlo, 47 hombres yacían tendidos sobre catres improvisados, con los cuerpos acribillados por heridas de balas. ¡Acción! Agua, alcohol, algodón, hombres y mujeres limpiaban horribles verdugones morados que sangraban. Desgarraban la ropa. Encendían cigarrillos para los hombres que yacían allí, mordiéndose los labios, apretando los puños, para no gritar. Uno de ellos era un muchacho pelirrojo, un mensajero que había sido un espectador casual. Le tembló la mano al aceptar el cigarrillo. Sonrió, susurró un débil 'gracias señora' y se desmayó. Otro era Henry Ness. Le habían desgarrado la camisa, dejando al descubierto su espalda, cubierta completamente de verdugones morados. En su delirio se alzó, forcejeando con el médico que lo trataba de ayudar, y se desplomó. Y luego el aullido de las ambulancias. ¡Abran paso! ¡Apártense! ¡Dejen entrar los autos al garaje! ¡Que no entre nada más! Uno por uno entran en reversa, y al salir llevan su carga de humanidad sufrida. Ness y Belor en el primero. Shugren, inconsciente, fue alzado ... rápidamente lo cargaron hasta la ambulancia. Harry DeBoer estaba tendido en un catre. Ordenó con enojo a las socorristas, 'Primero atiendan a algunos de los otros muchachos'. Harry tenía una bala en la pierna, incrustada en el hueso justo encima de la rodilla. Ahora las ambulancias se llenaban hasta más no poder, con todos los hombres que podían mantenerse de pie. Llenas hasta el tope, salen, una por una, hasta que 47 hombres van rumbo a lechos de dolor y algunos al olvido".

Un total de 67 personas resultaron heridas: más de 50 piquetes

y los demás espectadores casuales atrapados por el fuego de la policía. En su abrumadora mayoría fueron heridos por la espalda. El doctor McCrimmon le informó al sindicato que los 34 hombres a los que intervino quirúrgicamente llevaban 160 pedazos de plomo en el cuerpo. Los heridos de más gravedad fueron Henry Ness, John Belor y Otis Shugren. De los tres, el único que sobrevivió fue Shugren. Pudo haber habido más muertos de no haber sido por la presteza con que el doctor J.A. Enright y el doctor B.I. Saliterman intervinieron para asistir al doctor McCrimmon después de la tragedia. Mucha gente se ofreció para dar transfusiones de sangre. Se ofrecieron no menos de 25 enfermeras tituladas, sin remuneración, para hacer visitas de emergencia las 24 horas del día. El grupo auxiliar de mujeres estableció un comité especial para hacer rondas diarias a los hospitales y atender a los heridos. Personas de diversas condiciones sociales se presentaron al cuartel general de la huelga con frutas, galletas y material de lectura para confortar y animar a los huelguistas hospitalizados.

Como parte de su propaganda al prepararse para el Viernes Sangriento, los patrones habían publicado campos pagados en los diarios en que preguntaban: "¿Qué le parece que nuestras calles de Minneapolis estén bajo el control de comunistas?" Después del motín policiaco el *Organizer* replicó con un titular que planteaba la verdadera interrogante del momento: "¿Qué le parece que nuestras calles de Minneapolis estén bajo el control de asesinos?" El periódico sindical se dirigió a los patrones y declaró: "Ustedes pensaban que a balazos iban a relegar al Local 574 al olvido. En cambio, lo que lograron fue convertir al 574 en un grito de guerra en boca de todo trabajador y trabajadora con decoro en Minneapolis. Pensaban que iban a dividir a las filas sindicales de sus dirigentes. Lo único que lograron fue fortalecer los lazos que los unen en un ejército combativo y eficaz. Pensaban que iban a enajenar al movimiento sindical del Local 574. Sólo lograron adherir a todos los sectores del movimiento sindical a nuestra causa".

No había nada de exagerado en lo que decía el *Organizer*. La noticia del acribillamiento se regó de boca en boca entre la clase

trabajadora, junto a rumores de que la policía estaba preparando una redada contra el cuartel general de la huelga. En seguida unos 35 obreros del hierro estructural, armados con barras cortas de hierro, se presentaron al cuartel general, listos para ayudar a defenderlo. Les siguieron otros trabajadores, quienes portaban las herramientas de su oficio como armas. Centenares de personas, representando todos los sectores de la clase trabajadora, decidieron pasar la noche en el cuartel general, por si acaso hacían una redada. Para mostrar que los trabajadores hablaban en serio, corrieron a todos los odiados policías de los alrededores y los piquetes dirigieron el tránsito en esa zona. Hubo indicios de que Johannes había planeado una redada, pero que había cambiado de parecer al ver el estado de ánimo de los trabajadores, y se concentró más bien en fortificar la alcaldía.

Después de la provocación del jueves, el Local 574 había programado un mitin de protesta al aire libre para la noche del 20 de julio, a celebrarse en un terreno baldío en la Séptima Calle y la Cuarta Avenida Sur. Entretanto había ocurrido el motín policiaco, y cuando se dio inicio al mitin tal como se había programado, habían presentes más de 15 mil trabajadores airados. Distintos funcionarios de la AFL y un portavoz de la Farmers' Holiday Association se unieron a los dirigentes del Local 574 para hablar ante el mitin. También habló D.T. Boner, funcionario de la Asociación de Abarroteros Independientes (Independent Grocers Association), instando a un boicot de los mayoristas de abarrotes de la zona donde ocurrió el acribillamiento. El mitin aprobó una resolución que condenó al alcalde Bainbridge y a Mike el Sangriento por la brutalidad policiaca y prometió su apoyo invariable al Local 574.

A estas alturas había quedado evidente que Minneapolis estaba presenciando una abierta lucha de clases entre trabajadores y capitalistas. En toda la ciudad crecía el odio hacia la Alianza Ciudadana a la vez que ésta intentaba justificar las tácticas brutales de los patrones del camionaje. Los intentos de poner temas abstractos como "comunismo" y "revolución" por encima de los pro-

blemas concretos de la huelga no colaron. La mayoría de la gente pensaba ahora que tenía que escoger uno u otro bando desde una posición de clase. En cuanto a los trabajadores de la ciudad, estaban enardecidos y con ganas de luchar. Amplios sectores de las clases medias brindaron su apoyo al sindicato, haciendo lo que podían para respaldarlo en el enfrentamiento con la Alianza Ciudadana. En vez de romper la huelga, el ataque brutal de los patrones le había infundido nuevas energías.

Otros sindicatos donaron dinero; algunos recolectaron de sus miembros el salario de un día en apoyo a la huelga. Varios clubes de distritos electorales del Partido de los Agricultores y Trabajadores en la ciudad ofrecieron sus servicios al comité de huelga. El comité auxiliar de mujeres reclutó a más de 50 nuevas miembros entre las familias del Local 574, y muchas otras mujeres las respaldaron como simpatizantes. En el cuartel general de la huelga se estableció una peluquería gratuita operada por peluqueros sindicalizados. La gente se congregaba en los alrededores del cuartel general, ansiosa de escuchar boletines informativos y anuncios por los altoparlantes. El *Organizer* informó: "El hermano Sloan ruega anunciar que el altoparlante en el Cuartel General ya tiene señal de identificación, es la estación Cinco Siete Cuatro".

La mañana del sábado, la concentración de piquetes y autos de piquetes móviles fue por lo menos cuatro veces mayor de lo que había sido en cualquier otra mañana de la huelga. Entre los piquetes había heridos ambulantes del Viernes Sangriento, quienes vendados se reportaban para montar guardia. Uno de ellos, un veterano de guerra, le dijo a un reportero del *Organizer:* "Esto lo tuve que aguantar en Francia por obligación. Ahora lo aguanto porque quiero. Esta lucha apenas ha comenzado". Los choferes de la Yellow Cab, quienes habían estado trabajando con contrato desde el 4 de junio, habían continuado trabajando por decisión del sindicato hasta el 20 de julio. Después del ataque armado, espontáneamente devolvieron sus taxis al garaje y se reportaron al sindicato para hacer guardia en los piquetes, dispuestos a hacerlo mientras durase la huelga.

El Local 574 pidió una huelga de 24 horas para el lunes 23 de julio por parte de todos los sindicatos del transporte, en protesta contra la violencia policiaca. Explicamos que no estábamos pidiendo una huelga general a nivel municipal porque la situación no había "madurado para una huelga de ese tipo". Esa explicación se desprendía de un problema táctico que tenía que ver con el gobernador Olson y la cúpula de la AFL. Olson ya había movilizado a la Guardia Nacional y estaba buscando un pretexto para intervenir contra nuestro paro. Si se hubiese convocado a una huelga general de protesta, habría servido de pretexto para que la cúpula de la AFL involucrara a Olson, y creíamos que era de esperarse que él nos traicionara, como había hecho con relación al paro de mayo. Por lo tanto, habíamos limitado nuestra solicitud a los sindicatos del transporte, y la jornada de protesta se realizó tal como se había programado, recibiendo un fuerte apoyo entre las filas. Los choferes de autobús incluso rechazaron una solicitud de que transportaran a un contingente de la Guardia Nacional ese día. Al mismo tiempo, los trabajadores de lavanderías salieron en huelga, declarando que estaban actuando en apoyo al Local 574 y para luchar por sus propias reivindicaciones ante los patrones de las lavanderías.

También hubo un nuevo auge de apoyo al Local 574 entre los desempleados, principalmente por parte de personas inscritas en proyectos de trabajos temporales dirigidos por la Administración de Asistencia de Emergencia (Emergency Relief Administration—ERA) del gobierno federal. Antes del 20 de julio, se habían inscrito por centenares a través del Consejo Central de Trabajadores de Minneapolis (MCCW) para participar en los piquetes del Local 574. Su animada participación se manifestó en el hecho que más de una docena de los baleados el Viernes Sangriento eran miembros del MCCW. En general, habían estado participando en las líneas de piquete los días que no trabajaban en los proyectos de la ERA, puesto que las horas que les asignaban de trabajo eran limitadas. Esto cambió después del ataque policiaco. El 24 de julio, una asamblea de delegados de los proyectos federales votó a favor de

convocar a la huelga a todos los trabajadores de la ERA. El paro era tanto para apoyar al Local 574 como para presionar al gobierno federal a favor de sus propias reivindicaciones, las cuales giraban en torno a escalas sindicales de salarios y una semana laboral de 30 horas. Más de 5 mil trabajadores de la ERA respondieron a la convocatoria de huelga, y establecieron su propio comité de huelga, que trabajó estrechamente con el comité de 100 del Local 574.

Entretanto, Henry B. Ness había muerto menos de 48 horas después de resultar herido, dejando a una viuda y cuatro niños pequeños. Marvel Scholl dio constancia de su experiencia al ayudar a Freda Ness con los preparativos del entierro de su esposo:

"Esta tarde fui con la señora Ness y su cuñado a comprar ropa para ella y los niños para el funeral. A cada uno de los niños le conseguimos un traje de lino café y blanco, a la niña más grande un bonito vestido y a la bebé un vestidito estampado lindísimo. También zapatos y ropa interior. Los niños carecen totalmente de ropa. Daba lástima el placer que les daba la 'ropa comprada en tiendas'. La casa, impecablemente limpia, es un ejemplo típico de muchos hogares en Minneapolis que dependen de la asistencia pública. Hay un olor a pobreza, una sensación de miseria. Los propios muebles parecen asumir una actitud de desaliento. Las caritas blancas, compungidas, de los niños proyectan una expectativa ansiosa, como si aún abrigaban esperanzas de que hay un Santa Claus o un Conejillo de Pascua. ¿Acaso estas víctimas de la codicia capitalista van a ser los padres y las madres de la próxima generación?

"La señora Ness consiguió un vestido de seda estampada. Nada de traje de luto para ella. Un vestido práctico, que se pueda usar más tarde para toda ocasión. 'No, un vestido negro no, señora Dobbs', rogaba. 'Eso se parece demasiado a como ha sido toda nuestra vida. Mi corazón va a estar igual de acongojado con un vestido claro'. Sí, nada de vestido negro, señora Ness. Que se cubran de crespón negro los ricos. ¡Sus corazones no guardan los recuerdos más de lo que los guardará el suyo!"

Henry fue enterrado el martes 24 de julio. Los servicios comenzaron tarde en el día para que los trabajadores empleados pudieran asistir. Primero se celebró un servicio para la familia en la funeraria que, irónicamente, estaba ubicada enfrente del gran garaje que el sindicato había usado en la huelga de mayo. Después, una masiva marcha de unas 20 mil personas acompañó el paso lento de la carroza fúnebre al cuartel general de la huelga en la Octava Calle. Durante la marcha el tráfico estuvo embotellado por horas, pero no se asomó un solo policía mientras las miles de personas sombrías se congregaban. En una magnífica muestra de disciplina proletaria, toda la línea de marcha estuvo libre de desorden, pues los escuadrones móviles del Local 574 controlaron el tráfico. En el cuartel general de la huelga se había izado una bandera negra y se había erigido una tarima provisional enfrente del edificio para que se pronunciaran las oraciones fúnebres a la multitud congregada. Bill Brown, quien había conocido a Henry Ness como amigo personal, intentó hablar pero estalló en lágrimas.

En el *Organizer* se publicaron pasajes de la oración fúnebre principal, pronunciada por Albert Goldman. Decía en parte: "La vida de nuestro hermano asesinado es representativa de la vida de todos los trabajadores. El sistema social no le dio oportunidad. A temprana edad se vio obligado a trabajar para ganarse la vida y producir ganancias para su patrón. Junto a otros trabajadores, lo enviaron a matar y a que lo mataran en la guerra mundial. ¿Para qué? ¿Por la libertad? No. En aras de ganancias y de mercados imperialistas para los patrones. ¡Subrayen estas palabras! Sólo existe una vía, una lucha en la cual un trabajador tiene un interés real. Es la lucha del Trabajo contra el Capital . . . Esta lucha contra la opresión no es tarea fácil. Del lado de los patrones están la policía, el ejército, los tribunales. El alcalde de Minneapolis no considera que valga la pena proteger las vidas de los huelguistas. Lo único que para él tiene importancia es la protección de la propiedad de los patrones, el derecho de los patrones a mantener esclavizados a los trabajadores con salarios bajos y en la miseria . . . Her-

“Los obreros del auto en Toledo, los estibadores en San Francisco y los Teamsters demostraron que batallas auténticas de las filas obreras podían triunfar”.



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL CONDADO DE LUCAS, TOLEDO

THE MILITANT

Weekly Organ of the Communist League of America

MINNEAPOLIS DRIVERS VICTORIOUS

Green & Co Declare War On Militants

Labor Skates Stall General Textile Strike

Local 574 Wins Right to Represent Inside Men; Discrimination Barred

Agreement Answers Lies and Slanders

The Strike Triumphant

574 Acts In Enforcement of Settlement

Japan Prepares Seizure of Chinese Eastern Railroad

Las huelgas de Minneapolis fueron una de las tres grandes batallas obreras victoriosas en el verano de 1934, que transformaron lo que los trabajadores a nivel nacional creían que su combatividad podía producir. En los titulares del *Militant* del 25 de agosto de 1934 se lee: “Choferes de Minneapolis victoriosos. El Local 574 gana el derecho de representar a los trabajadores internos; prohibida la discriminación”.

Izquierda: los estibadores de la Costa Oeste libraron una huelga de tres meses, logrando que se reconociera el sindicato, así como conquistas a nivel salarial y de horas. **Derecha:** trabajadores de piezas de repuesto en huelga en Toledo, Ohio, derrotaron a los patrones, a pesar de ataques por policías y soldados. Una lucha callejera de seis días durante la huelga (foto), se pasó a conocer como la Batalla de Chestnut Hill.

“Las victorias de 1934 llevaron a batallas históricas que resultaron menos de dos años después en la formación del CIO y en una ola de huelgas de brazos caídos”.



COLECCIÓN SCHOMBURG

Arriba: textileros montan piquetes en Greensboro, Georgia, durante huelga general textil de 1934, cuando más de 400 mil trabajadores en la región del Atlántico suspendieron labores. El gobierno de Franklin Roosevelt envió más de 40 mil soldados para atacar a los huelguistas, matando a 16 e hiriendo a cientos en el curso de esas batallas. **Abajo:** obreras de Harlem, Nueva York, en huelga por mejores condiciones laborales, 1936. El movimiento sindical industrial en ascenso se aceleró, atrayendo a trabajadores negros hacia la industria y los sindicatos.



CORBIS/BETTMAN

Las victorias de 1934 allanaron el camino para el CIO, que surgió como un poderoso movimiento social a través de una ola de huelgas que comenzó en 1936. **Arriba:** en diciembre, una huelga de brazos caídos contra la GM en Flint, Michigan, detonó paros por unos 140 mil trabajadores en otras plantas, ganando en febrero de 1937 el primer contrato para los miembros del sindicato automotriz UAW. **Derecha:** desfile de huelguistas del auto en Detroit, el día de año nuevo, 1937. **Abajo:** obreros en Michigan condenan el ataque asesino con que la policía respaldó a los patrones de la Republic Steel contra los huelguistas durante la Masacre del Día de Recordación en Chicago.

WILLIAM VANDIVERT/TIME LIFE PICTURES/GETTY IMAGES



“Las nuevas batallas de los Teamsters que se desencadenaron resultaron ser no menos turbulentas y significativas que las luchas de 1934”.

Desde 1934 hasta 1941, el liderazgo de lucha de clases que se forjó en las batallas descritas en *Rebelión Teamster* libró campañas de sindicalización y políticas que se narran en otros tres libros por Farrell Dobbs. *Teamster Power* (Fuerza Teamster) describe la campaña de sindicalización realizada en 11 estados que captó a un cuarto de millón de choferes de larga distancia a los Teamsters. **Izquierda:** dirigentes del Local General de Choferes 554 en Omaha, Nebraska, y Council Bluffs, Iowa, con los primeros carteles de piquetes usados por el local. Desde la izquierda: Dick Sodenberg, Louis Miller y Malcolm Love. **Abajo:** Guardia de Defensa Sindical formada en 1938. Voluntarios de sindicatos de toda el área de Minneapolis-St. Paul engrosaron sus filas a fin de resistir tanto a fascistas financiados por los patrones como a otras fuerzas reaccionarias, según se describe en *Teamster Politics* (Política Teamster).





Teamster Politics narra las luchas de la Sección de Trabajadores Federales del Local 574, creada en 1936 para pelear por salarios a niveles sindicales y mejores condiciones para los desempleados que recibían "asistencia" federal. **Arriba:** huelga del Proyecto de Costura de la administración federal de trabajos WPA, Minneapolis, 1939. En agosto, la fiscalía instruyó de cargos a 166 trabajadores, en su mayoría acusados de "conspirar" para privar al gobierno federal de "servicios de trabajadores"; 16 cumplieron hasta un año y un día en prisión. **Centro:** Tom Mooney, organizador sindical en California, libre tras 23 años de cárcel por cargos fabricados, visitó Minneapolis en solidaridad con los trabajadores presos. Aquí, Mooney se dirige a mitin sindical, agosto de 1939.



“El imperialismo estadounidense es el baluarte de la reacción mundial”.



Northwest Organizer

Published every Thursday under the auspices of the Minneapolis Teamsters Joint Council

OFFICE OF PUBLICATION, PLYMOUTH AVE

Get Out of China!

The sinking of the United States gunboat, Panay in Chinese waters by Japanese bombers, was the signal for all the war-mongers to set up a howl for "strong measures," for "action."

"Our" gunboat has been sunk
"Our" flag has been insulted,
"Our" honor has been sullied
"We" must be avenged

What do they mean by "we" and "our"? Who are the citizens in China? Who sent them there? Do they represent the American people? No, they are business men who went to China for the purpose of squeezing profits out of the terribly oppressed and exploited Chinese masses. Why should we send one penny or one man to China to "protect" them? If the investments of the Standard Oil Company are in jeopardy that's Rockefeller's headache, not ours.

The American capitalists have no particular objection to shedding the blood of millions of American workers in a war to defend American imperialist interests abroad.

We have!

We've got war enough right here at home. The war for the oppressed and exploited, against their oppressors and exploiters. The war against wage-cuts, against relief cuts, against unemployment, against the open-shoppers, against the Citizens Alliance, against all forces who are seeking to weaken and smash the union movement.

Let's fight that war and win it.

And let's drown out the war-howlers with the peace cry of the masses.

Withdraw all American armed forces from China.

Withdraw every American soldier, sailor, marine, gunboat and battleship from China.

Nix on another war to "make the world safe for democracy." They stung us once on that. Smother the howls of the war-mongers!

The Union Is Our Bulwark

As we get deeper and deeper into what is politely called the "recession," we recall that during the whole first year of the last economic crisis in 1929 and 1930 Big Business steadfastly refused to admit the existence of the crisis. Let us remember those times and act accordingly.

The time when work is slack is the time when the employer will drive a hard bargain against the worker through lay-offs, wage reductions and lengthened hours for those retained on the job. The worker's protection against such attacks is his union. There is no need to remind the old time unionist of this fact. He knows it from experience. The workers who must learn this lesson are those who have just come to the union movement in recent years, while there was an upturn of business, a rise in employment.

Now things are beginning to change. The pressure on the working class is increasing. Those workers who will suffer most and hardest will be the unorganized. Workers organized in strong, militant and well-established unions will be the last to suffer the effects of the current industrial decline.

There are still some workers in Minneapolis who are attempting to "ride free," to float along on the tide of higher wages which the unionized workers have forced. These will have to join immediately the established unions in their industries. The pressure of the increasing decline in industry will leave no room for the non-union worker. If he is wise, he will immediately turn to the union for protection, before the bosses attempt to drive his conditions down.

It's still true that "An ounce of prevention is worth a pound of cure." Don't accept longer hours for ...

Teamster Bureaucracy (Burocracia Teamster) comienza con la campaña organizada por los dirigentes del Local 544 (antes 574) contra el ingreso de Washington a la Segunda Guerra Mundial. **Izquierda:** en diciembre de 1937, en medio de llamados crecientes para que Washington respondiera militarmente al bombardeo por Tokio de un buque de guerra estadounidense en China, un editorial del *Northwest Organizer* —semanario del Consejo Unido de Teamsters en Minneapolis— fustigaba la superexplotación de los trabajadores chinos por el gran capital norteamericano. “¿Qué quieren decir con ‘nosotros’ y ‘nuestro’?” indicó. “¡Retiren todas las fuerzas armadas americanas de China!” **Derecha:** en enero de 1940, justo después de dejar el plantel de los Teamsters como organizador general y rumbo a Nueva York para ser secretario de organización y responsable del trabajo sindical del Partido Socialista de los Trabajadores, Dobbs visitó México para reunirse con el dirigente bolchevique exiliado León Trotsky.

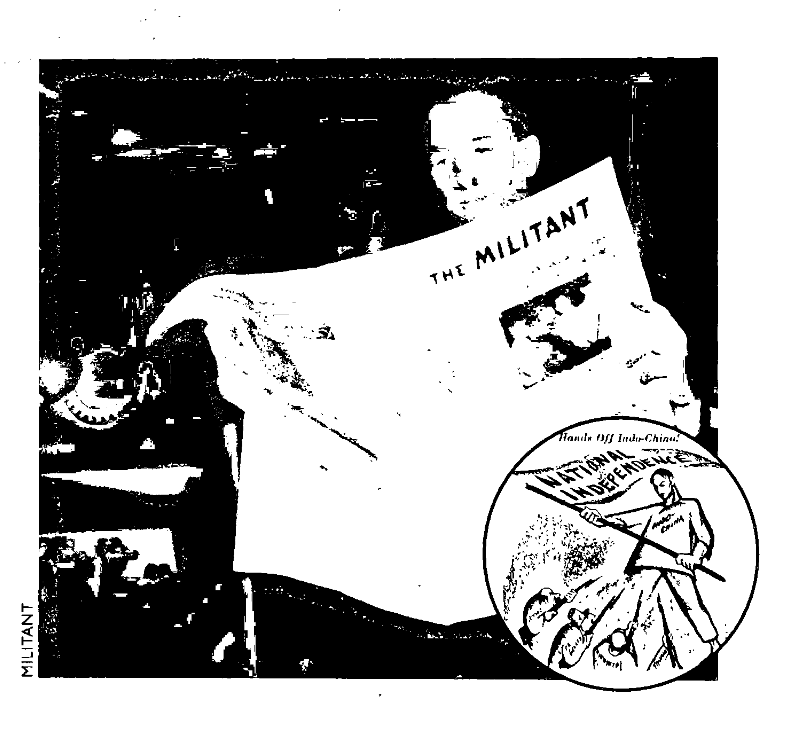






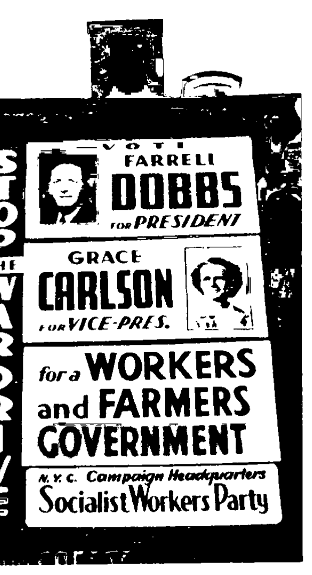
En 1941, intentado doblegar a la oposición de lucha de clases ante la campaña de militarización norteamericana, el gobierno del presidente Franklin Roosevelt, en el primer uso de la infame Ley Smith "de la Mordaza", instruyó de cargos a dirigentes del Local 544 y del Partido Socialista de los Trabajadores. **Abajo:** Dobbs (centro) y otros 17 declarados culpables de "sedición" rumbo a la prisión federal, diciembre de 1943. A la derecha de Dobbs están los dirigentes del partido Carl Skoglund, Albert Goldman, Oscar Coover, James P. Cannon (rostro parcialmente cubierto) y Ray Dunne. A su izquierda, Grace Carlson, la única mujer convicta. La historia del juicio amañado y de la campaña internacional de defensa se narra en *Teamster Bureaucracy.* **Arriba, izquierda:** mitin de defensa en Nueva York exige el indulto de los 18 de Minneapolis, 1944. **Derecha:** alguaciles federales irrumpen en las oficinas del PST en Minneapolis, junio de 1941.

“La batalla decisiva por el socialismo mundial se va a librar aquí mismo en Estados Unidos de América”.



MILITANT

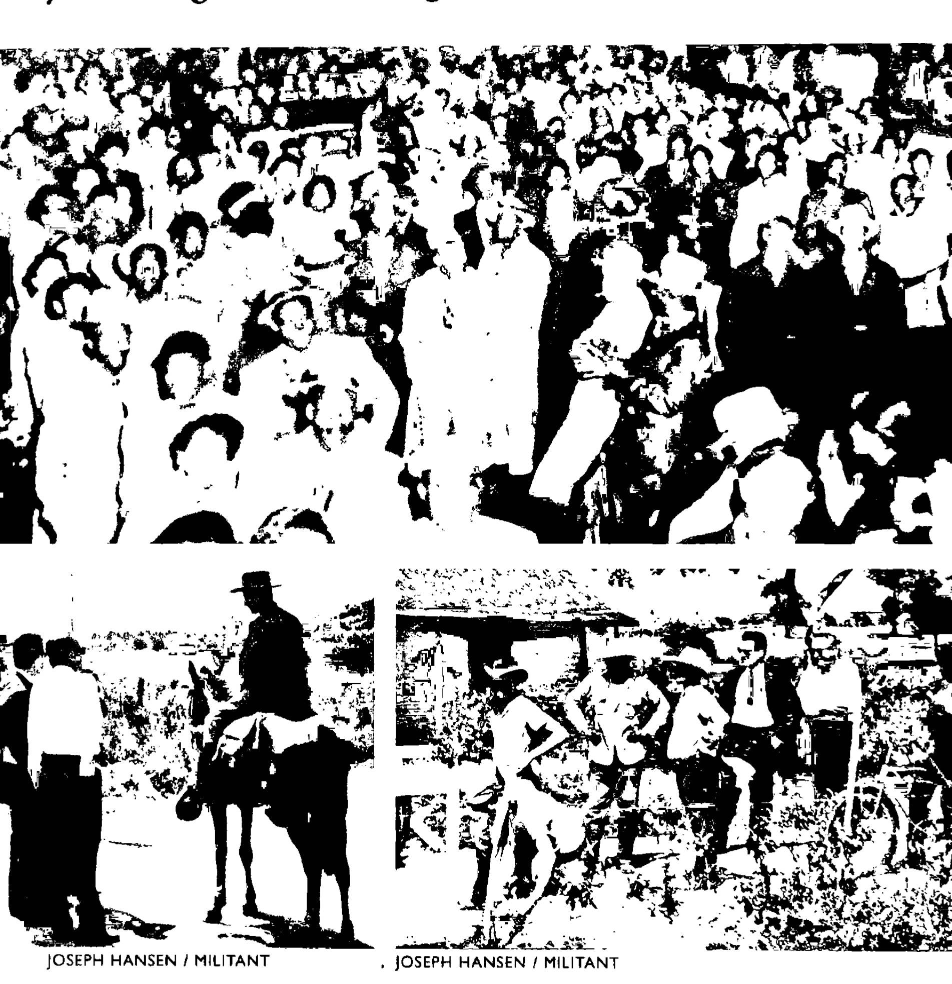
“¡No hay paz!” se lee en el titular del 18 de agosto de 1945 del *Militant*, la semana después a la incineración atómica por Washington de la población de Hiroshima y Nagasaki, que llevó al gobierno japonés a acceder a la rendición incondicional. “¡Trabajadores de América! Deben tomar el poder en sus propias manos”. Dobbs era a la sazón un director del semanario socialista. **Centro:** Dobbs, en la imprenta, revisa la impresión del número del 6 de octubre de 1945, en cuyo titular se lee: “Indochinos combaten a déspotas imperialistas”. El dibujo de Laura Grey, caricaturista del *Militant* **(abajo)**, muestra a un revolucionario vietnamita ondeando una bandera con la inscripción “Independencia nacional”, ante los gobernantes imperialistas de Estados Unidos, Japón, Francia y el Reino Unido, los cuales empuñan sus bayonetas.





Dobbs fue el candidato presidencial por el Partido Socialista de los Trabajadores en 1948, 1952, 1956 y 1960. **Abajo, izquierda:** pancarta de tres pisos de la fórmula del PST, compuesta por Dobbs y la candidata a vicepresidenta Grace Carlson, a un lado de la oficina nacional del partido en el 116 de University Place en Greenwich Village, Nueva York, cerca de Union Square. **Arriba:** Dobbs hace campaña en un barrio obrero en Detroit, y habla ante 400 personas en un mitin callejero en Brooklyn (**abajo, derecha**).

"No sean soldados de verano. Mantengan sus puestos en las primeras filas de los luchadores revolucionarios, y manténganse en ese lugar hasta el final".



JOSEPH HANSEN / MILITANT

JOSEPH HANSEN / MILITANT

Mientras Dobbs fue secretario nacional del PST (1953–72), los avances del pueblo trabajador aquí y en el exterior por fin rompieron el impulso de la caza de brujas anticomunista. En los sesenta, nuevas generaciones fueron captadas al movimiento comunista. **Arriba:** primera concentración de masas durante el boicot de autobuses de 1955–56 en Montgomery, Alabama, que lanzó la lucha contra la segregación racista en el sur de Estados Unidos. Dobbs y otros miembros del partido condujeron hasta allí camionetas donadas para brindar servicio de transporte voluntario. El PST puso el boicot al centro de su campaña en 1956. **Abajo:** Dobbs fue a Cuba, junto al director del *Militant*, Joseph Hansen, en viaje de investigación, abril de 1960. Reportaron de los resultados en el folleto *The Truth about Cuba* (La verdad sobre Cuba). Ese año, Dobbs hizo campaña en defensa de la revolución.

Izquierda: Dobbs se dirige a una conferencia auspiciada por la Alianza de la Juventud Socialista a mediados de los sesenta. **Derecha:** en la reunión de marzo de 1965 que rindió tributo al dirigente revolucionario Malcolm X, Dobbs habló en nombre del PST junto a James Shabazz, cercano colaborador de Malcolm (a la izquierda en el recorte); Jack Barnes, en nombre de la AJS; y otros más. **Abajo:** Dobbs ayudó a que el PST y la AJS trazaran un rumbo proletario durante el movimiento contra la guerra de Vietnam. Pancartas en la marcha del 15 de abril de 1967 en Nueva York exigen: "¡Regresen a los soldados a casa ya!"




SPEAKERS PAY TRIBUTE TO MALCOLM X

JOSEPH HANSEN / MILITANT

“El relato de ‘Rebelión Teamster’ pertenece también a las filas crecientes de trabajadores de habla hispana en Estados Unidos hoy, conforme se suman a la lucha”.

—DE LA INTRODUCCIÓN POR JACK BARNES







FOTOS: MILITANT

Arriba izquierda: concentración en Nueva York al final de la Caravana de la Libertad pro Trabajadores Inmigrantes, 4 de octubre de 2003. **Derecha:** miembros del sindicato de la carne UFCW, ex empleados de la empacadora AMPAC en Chicago, protestan contra cesantías sin previo aviso y para que les pagaran salarios pendientes, 24 de diciembre de 2001. **Abajo izquierda:** mitin de 3 500 personas en Doraville, Georgia, exige el derecho a licencias de conducir para inmigrantes, 30 de septiembre de 2003. **Derecha:** trabajadores de lavanderías sindicalizados por UNITE montan línea de piquete frente a la planta Flex-O-Tex en el Bronx, Nueva York, exigiendo el reconocimiento del sindicato, 27 de diciembre de 2001.

manos y Hermanas, al alejarnos de esta manifestación debemos llevar en nuestros corazones la decisión más resuelta de continuar la lucha del hermano Ness. ¡No debemos fallarle! Debemos vengar su asesinato. Es lo que haremos si luchamos por ganar esta huelga, si luchamos por quitarnos de encima a nuestros explotadores y establecer un nuevo orden social donde el trabajador pueda gozar de los frutos de su trabajo".

Después del discurso de Goldman, prosiguió la masiva marcha, acompañando la carroza fúnebre hasta la Duodécima Calle y la Primera Avenida Norte. Miles más estaban observando a lo largo de las calles. La mayoría se quitaba el sombrero en señal de respeto por el mártir del Local 574; a quienes no lo hacían, a veces les tiraban el sombrero de la cabeza. Por orden previa del comité de huelga, un buen número de miembros del Local 574 retornó al cuartel general después de concluir la marcha para reanudar las líneas de piquete. Miles más, en cientos y cientos de automóviles, fueron al cementerio en el lado norte de la ciudad. Henry era veterano de ultramar de la Primera Guerra Mundial, y los Veteranos de Guerras Extranjeras se habían encargado de que un pelotón de soldados federales del fuerte Snelling le rindiera todos los honores militares ante la tumba. En total, más de 40 mil personas habían participado en el funeral, entre la marcha de masas, los servicios en el cuartel general de la huelga o en el cortejo al cementerio. Entre ellos había trabajadores de todos los oficios e industrias, sindicalizados y no sindicalizados, así como muchos miles de desempleados.

La masiva concurrencia al entierro de Ness dio ímpetu a otra forma de protesta contra la brutalidad policiaca. Apenas horas después del acribillamiento del 20 de julio, habían surgido demandas para que despidieran a Johannes y que el Concejo Municipal entablara un juicio político contra el alcalde Bainbridge. Aunque estábamos conscientes de que las demandas no se podrían realizar, el Local 574 ayudó a lanzar una campaña de masas en torno a ellas. Lo hicimos porque la presión de tal campaña propagandística podría ayudar a que los patrones fueran un poco más cau-

tos en cuanto al empleo de la violencia policiaca contra los huelguistas. Los patrones estaban igualmente conscientes de que la campaña por el juicio político les traía problemas, así que lanzaron su propia contraofensiva propagandística. La prensa capitalista aplaudió la "valentía" de la policía. Los Kiwanis, el Club Rotario, el Club de Leones y otras organizaciones "cívicas y comerciales" de la clase dominante manifestaron su apoyo a la acción de la policía.

Unas 140 mil personas firmaron peticiones que respaldaban la demanda de juicio político. La presión de masas fue tal que el Concejo Municipal tuvo que aceptar la celebración de audiencias públicas sobre una moción presentada por un bloque de concejales del Partido de los Agricultores y Trabajadores para que se investigara a Bainbridge con miras a su destitución. La cámara del concejo se llenaba durante las audiencias; tanto sindicalistas como agentes de la clase dominante concurrían en masa. Se dio un enconado debate en torno a posiciones de clase muy claramente contrapuestas. Sin embargo, al final de cuentas no se hizo nada acerca de las demandas, desenlace que correspondía a un elemento básico de la lucha de clases.

En el capitalismo la función principal de la policía es romper huelgas y reprimir otras formas de protesta contra la política de la clase dominante. Toda utilidad cívica que puedan tener otras formas de actividad policiaca —controlar el tránsito y llamar ambulancias— es completamente secundaria a la función represiva primordial. Las tendencias personales de policías individuales no cambian esta función básica de la policía. Todos deben cumplir los dictados de la clase dominante. En consecuencia, la represión policiaca es una de las formas más abiertas en las que el capitalismo subordina los derechos humanos a las exigencias de la propiedad privada. Si los policías a veces vacilan en sus tareas antisociales, se debe sencillamente a que ellos —como las armas que usan— se pueden oxidar si no se dedican a la mortífera función para la cual se les adiestra en primer lugar.

Ninguna organización policiaca es exactamente la misma de un

'Don't Fail Me Now Boys!' — Last Words of Henry B. Ness, Shot in the Back in Cold Blood by Order of Michael Johannes the Murderer. Died July 21st, 1934

DAILY STRIKE BULLETIN

UNITED LABOR ACTION

THE ORGANIZER

574

TWO TWENTY-FIVE SOUTH THIRD STREET

SMASH THE CITIZENS ALLIANCE

Volume I, No 10 — MINNEAPOLIS MINNESOTA, MONDAY JULY 23, 1934 — Price one cent

The Fight Has Just Begun

Laundry Men to Strike Tuesday; Solid with 574

Drop Parley With Bosses; Condemn Johannes

The Laundry Workers and Dry Cleaners Local 18005 has broken off negotiations with the bosses and voted a strike to begin at 7 A. M. tomorrow morning. The bosses stalled these workers for several weeks, offering them one rotten proposition after another, and using Rabbi Albert Gordon, arbitrator, to induce the workers not to strike. Finally the workers saw that the weapon of the strike had to be used.

Local 574 is with the Laundry Workers in their fight for decent living conditions. Our struggles are one, let us fight shoulder to shoulder. Militancy and solidarity alone will win for us what is our right. Greetings to our brothers. We invite them to utilize the columns of The Organizer for their strike announcements.

The Laundry Workers strike resolution included a demand calling for the removal of Mayor Bainbridge and Chief Johannes from office. It says that, "not a wheel shall be turned, not a shirt shall be ironed, not a garment shall be cleaned," until this is accomplished.

At 8 P. M. tonight a mass meeting of all laundry and dry cleaning workers will be held at 225 South 3rd St.

The laundry workers have accepted the offer of Drivers Union 574 to use their headquarters at 225 So. 3rd St. as laundry picket headquarters.

Petition to Go to Council

The petition to which thousands of signatures have already been signed will be turned in to the City Council today. It blasts the Bainbridge-Johannes "Hitlerized reign of terror," and the bloody murders of Black Friday. It demands the impeachment of the Mayor and his Chief of Police or the resignation of the Council.

This follows on the refusal of Bainbridge to fire his favorite Mike Johannes the Bloody. A request was laid before the Mayor Saturday by a committee of the Central Labor Union and the Building Trades Council. The Committee included Robley Cramer, Emery Nelson, George Guider, Miles Dunne, Wm. S. Brown, George Simcoe and others. The last named is an official of the Fire Fighters, A. F. of L. Firemen's Union.

Well, City Council men, what will you do? Will you make yourselves accessories after the fact or will you heed the voice of the masses of Minneapolis?

Mark Where Ness Fell

At the spot near the corner of 6th Ave. N. and Third St., where Henry Ness fell on Bloody Friday, Local 574 is erecting a temporary monument to his memory. A flag at half mast and a laurel wreath will decorate the historic point until after the funeral ceremonies tomorrow. All workers will bare heads as they pass this corner out of respect to a brother and fellow worker who died that all might live.

The First Martyr of 574



HENRY NESS

Henry B. Ness, martyr of labor's struggle, was born March 18, 1894, in Eau Claire, Wisconsin. He served overseas in the World War. He is survived by Mrs. Freda Ness and four children, Olive, age 9, Henry, Jr., age 7, William, age 5, John, age 1½, living at 2812 Tenth Ave. South.

For 16 years Brother Ness was an active and loyal trade unionist, for the last few years in the General Drivers Union, Local 574. His fellow Unionists respected his opinions and his courage, and found his genial disposition a source of constant pleasure.

Ordered to the picket line in the wholesale grocery district Friday morning, he went forth with a determination to fight to the end for the rights of labor. When the police opened fire on the peaceful picketers, Brother Ness received a charge of shot full in the chest. As he turned to seek shelter, a cowardly enemy buried another charge in his back. Thirty-eight slugs in all parts of his body were more than doctors could fight against. Union brothers gave liberally of their blood to save him but the sacrifices did not avail.

The Testament of Henry Ness

Henry Ness is dead, and tomorrow thousands of fellow unionists will lower him into his grave.

Henry Ness is the first martyr of Local 574. Henry Ness is the first man to die at the hands of Michael J. Johannes, the Murderer, shot down in cold blood by the Minneapolis police at the order of the Citizens Alliance.

Henry Ness was a simple worker who toiled for a scanty living for his family. And because the first consideration of his bosses was the piling up of the greatest possible profits, regardless of the sufferings and misery it entailed, his was the common lot of every worker. He was never able to accumulate any wealth.

Yet, Henry Ness left behind him a rich testament.

There was no picket line, no fight, in which Henry Ness was not to be found in the vanguard.

He was not a man you could intimidate or deceive. He knew what the Union meant to the workers and he was resolved to preserve its solidarity and fighting spirit at all costs. He was not fooled by the efforts of the employers to bring division and disruption into the ranks of the organization. He stood firmly with the Union and its chosen leaders. He was not deceived or frightened by the malicious "red scare" by means of which the Citizens Alliance sought to break down the militancy of the workers.

Nor was he frightened by the display of force made by the Mayor, the Chief of Police, his uniformed assassins, and their masters of the Citizens Alliance. On the crucial day of the strike, when the police announced that they would move a scab truck and shoot to kill any strikers who tried to stop it, Henry Ness was among the first to run to the scene of action.

He leaped into the fight with a vigor and determination that belied his forty years of age and toil. And he was cut down, cut down in the prime of his life. He was killed, not facing the enemy, but shot in the back by cowards.

Tormented with pain and realizing, as he lay on the hospital cot, that life was ebbing fast, Henry Ness did not break down or repent. His last words were those of a fighter. His last words were a command to his brothers in the struggle:

"Tell the boys not to fail me now!"

And we who are alive and on the battlefront solemnly receive the testament of Henry Ness and pledge ourselves by all we hold sacred that we shall not fail the martyr who was ready to give his life so that we might live like men.

By the side of his early grave, we lower our battle banners and bow our heads in grief-stricken tribute to the modest hero who goes to join those thousands of martyrs who gave their lives for the working class and its cause. As the tears roll down the cheeks of men unaccustomed to weeping, they will place their hands in his and take an oath:

To avenge Henry Ness—by holding the ranks of the Union as firm as iron against every attack of its enemies.

To avenge Henry Ness—by an unrelenting struggle for the cause of labor in which he fell.

To avenge Henry Ness—by fighting to the bitter end to gain those ends for which he was so ready to give his whole life.

Farewell, Henry Ness, our brother in arms! Farewell, immortal warrior, brave comrade, man among men!

Hail, shining, unforgettable memory of a hero!

We swear. We shall not fail you!

All Out to the Funeral!

All Minneapolis workers are called upon to attend the funeral of Brother Henry B. Ness, member of Local 574, killed by the police on Bloody Friday. The call issued by the Strike Committee of 100 has been endorsed by many labor organizations and thousands of workers are expected to join in the funeral procession.

Workers are asked to assemble at the Welander-Quist Funeral Parlors at Chicago Ave. and 19th St. at 3 p. m. There services will be held in which the Veterans of Foreign Wars will participate. On the completion of services, the workers will begin the procession which will follow this route:

Down Chicago Ave. to Eighth St.
Left turn into Eighth St.
Along Eighth St. to Strike Headquarters.

Here the procession will halt. Albert Goldman, member of the Union's legal staff, will deliver a funeral oration. The procession will then resume, taking the following route:

Along Eighth St. to Second Ave.
Left turn into Second Ave.
Along Second Ave. to Twelfth St.
Right turn into Twelfth St.
Along Twelfth St. to First Ave. N.

Here the procession will disband. All strikers will return immediately to Strike Headquarters for the resumption of picketing.

Owing to the immense numbers expected, it will be impractical for all to view the body tomorrow afternoon. Friends are urged to go to Welander and Quist Funeral Parlors tonight and tomorrow morning. Brother Ness's body will lie in state until the procession sets out.

Bosses' Threats Fail to Worry 574's Picketers

More Men Out Than Ever; Town Still Tied Up

A massing of pickets and picket cars at Strike Headquarters almost four times as great as on any morning of the strike thus far—that is the answer given by the striking drivers, helpers and inside men of Minneapolis today to the bosses' letters threatening them with loss of jobs.

Well aware that to lose a job is no worse than to keep one when it is a slave's job, and that only a victory in the strike will pave the way to decent living conditions, the workers have consolidated their ranks in the face of the bosses' latest threat as they did in the face of Bloody Johannes' gunmen.

The answer of the ERA workers to the call of the Strike Committee of 100 is very close to 100 per cent at the time of going to press. By the end of the day, it is expected, all ERA workers will be out. City and Sanitary drivers have given the same expression of solidarity; [illegible] have walked out to a man, some [illegible] and sanitary drivers even anticipating the strike call by several hours.

The bosses, failing in their plan to frighten the strikers back to work, are [illegible]. They had hoped that enough drivers would come back so that they could try convoying on a large scale. Up until the time of going to press, [illegible], they made only two or three attempts. Of these, only one succeeded; [illegible] truck was rolled up to Saks and Salisbury. Otherwise the city is still tied up tight as a bullseye in flytime.

The National Guard is said to be stranded at the fair grounds due to the refusal of drivers of the Twin Cities Bus [illegible] to move soldiers.

The laundry workers and dry cleaners—all inside men—are preparing to go [illegible] row morning to fight for their own demands and also in support of 574 and for the removal of Bainbridge and Bloody Johannes.

[illegible] unions are preparing to assess their members a day's pay in support of the strikers.

A number of picketers wounded by [illegible] men" returned to [illegible] their arms in slings and bearing marks of wounds. As they entered [illegible] they were loudly [illegible] great crowd gathered there.

Hundreds of workers, both strikers and [illegible] crowded the sidewalk in [illegible] to gaze respect [illegible] card over the door [illegible] Henry Ness went forth to his [illegible]. On every man's lips were [illegible] "Tell the boys not to fail me now."

In the face of red scares, threatening letters, honeyed words, tricks and traps [illegible] ranks remain solid. THE FIGHT HAS JUST BEGUN!

"La lucha apenas ha comenzado", indica el encabezado del *Organizer* del 23 de julio, tras la muerte a manos de la policía del sindicalista Henry Ness, "El primer mártir del 574". Instando a "Todos al funeral", el periódico obrero sostiene, "Amenazas patronales no consiguen preocupar a los piquetes del 574".

día para otro. Existen dos factores esenciales que determinan su carácter en un momento dado: el clima social en el que la policía ha venido obrando, y la rotación de personal del cuerpo de policía. Un policía bisoño puede tender a ser más o menos considerado con otras personas al cumplir sus tareas, sobre todo cuando las relaciones de clases son relativamente pacíficas. Sin embargo, aun en tiempos de calma deben hacer los compromisos necesarios con las exigencias capitalistas, incluyendo la disposición de disparar contra cualquiera que perturbe la propiedad privada. De lo contrario, el aspirante a policía, si no lo echan de dicho cuerpo, tendrá pocas posibilidades de avanzar más allá de las calles de un barrio en el quinto infierno. Al eliminar gradualmente a los inadaptados ciñéndose a estas pautas generales, un departamento de policía puede mantenerse al corriente de sus obligaciones durante un periodo más o menos estable de relaciones de clases.

Así había sucedido con la policía de Minneapolis, cuyas experiencias en romper huelgas se habían limitado durante mucho tiempo a ataques esporádicos contra gremios de oficios débiles y mal dirigidos. Luego, en 1934 ocurrió un viraje brusco en la lucha de clases, y resultó que la policía no era muy competente para realizar las duras y nuevas tareas que les imponían los patrones. Para que desempeñara el papel que exigía la alterada correlación de fuerzas de clases, el departamento tenía que ser sacudido drásticamente, y así se hizo. Cuando Johannes repartió por primera vez las escopetas antimotines entre los agentes, unos pocos habían rehusado aceptarlos y al instante fueron suspendidos del cuerpo. A un puñado los suspendieron cuando aceptaron armas pero rehusaron usarlas. Dos o tres incluso llegaron a participar en el ataque, y luego, probablemente horrorizados por la matanza, devolvieron sus armas y sus chapas. Entre los suspendidos había un capitán de la policía, John Hart. Con esta depuración general la fuerza policiaca de Minneapolis se había transformado en un cuerpo de asesinos uniformados dispuestos a disparar contra huelguistas en cuanto se diera la orden.

Mientras tanto, los piquetes del Local 574 estaban reaccionan-

do ante el ataque policiaco de acuerdo a su magnífico espíritu de lucha. Después del ataque policiaco, muchos de los que habían salido ilesos desaparecieron de la vista pública por un breve lapso, y regresaron poco después armados con diversos tipos de armas. Ahora tenían escopetas, rifles para cazar venados, revólveres, navajas de caza y todo tipo de recuerdos de la Primera Guerra Mundial que los veteranos entre sus filas habían traído al regresar de Francia. Al haberle ganado a la policía en mayo, garrote contra garrote, los huelguistas ahora estaban preparados para hacerle frente arma contra arma. Aunque su causa era justa y admirable su valor, habría sido un grave error táctico intentar llevar a cabo tal empresa.

La situación era ahora cualitativamente diferente de la que había existido durante la anterior batalla con garrotes. A pesar de que un garrote puede matar, por lo general no se clasifica como arma letal. Por lo tanto, el tipo de defensa propia que se empleó en mayo pudo justificarse tácticamente por varias razones: fue realizada por un grupo masivo de piquetes que gozaban de amplia simpatía en el conjunto de la ciudad; por las razones antes descritas, le resultaba difícil al gobernador Olson usar la milicia del estado contra el sindicato; y, por la naturaleza aislada del conflicto y la política local, el presidente Roosevelt estaba poco dispuesto y no tenía un pretexto a mano para intervenir con soldados federales. En consecuencia, la lucha en mayo se mantuvo dentro de los confines de un enfrentamiento entre los piquetes y la policía local.

Sin embargo, la situación después del Viernes Sangriento era completamente diferente. Las armas de fuego y los cuchillos se conocen como armas letales. Por ser tan letales, la propaganda capitalista podría haber manipulado el uso de dichas armas en defensa propia contra policías con armas de fuego, haciéndolo parecer como una "ofensiva insurreccional" de los huelguistas. Los patrones habrían puesto el grito en el cielo, alegando que se confirmaba su acusación de que nuestro objetivo no era forjar un sindicato, sino hacer una revolución. A la primera refriega armada

entre los huelguistas y la policía, habrían lanzado un clamor para que Olson y Roosevelt enviaran soldados contra el sindicato. Olson lo habría hecho sin demora, pensando que ahora tenía un pretexto político válido para acabar con este intrincado problema. En caso de que Olson no actuara con la debida eficacia, Roosevelt se habría considerado en libertad de enviar soldados federales porque podría alegar que estaba suprimiendo una "insurrección".

El Local 574, que habría sido objeto de esta represión militar, estaba llevando a cabo una actividad local aislada. A nivel nacional, nuestra lucha encontraba paralelos sólo en dos conflictos, también aislados, por parte de los trabajadores automotrices en Toledo y los portuarios en San Francisco. La clase trabajadora de la nación en general apenas empezaba a marchar hacia la sindicalización, y sus principales destacamentos aún no estaban listos para el combate. En estas circunstancias el Local 574 habría podido conseguir muy poco apoyo real más allá de Minneapolis. Por tanto, no habría podido soportar la fuerte presión militar; la huelga habría sido derrotada y el sindicato aplastado.

Esta era una situación donde la dirección central de la huelga tenía que actuar de forma rápida y resuelta. De lo contrario, huelguistas impulsivos, en busca de un enfrentamiento con la policía, podrían haber infligido daños irreparables a la causa del sindicato mientras se debatía la política a seguir. Había que desarmar a los piquetes inmediatamente, y los dirigentes centrales tenían que hacerlo bajo su propia responsabilidad. Ray Dunne y yo ayudamos a Kelly Postal a confiscar las armas de cada escuadrón móvil cuando se enviaba en misión de piquete.

No fue ni fácil ni agradable. Por mi parte, aún lo considero lo más difícil que jamás hice en mi vida. Como era de esperarse, tuvimos varias disputas fuertes y una que otra descripción poco halagüeña de nuestra actitud. Pero al final se entregaron las armas, gracias a las ya bien establecidas normas de disciplina del sindicato y a la autoridad que nos habíamos granjeado como dirigentes. Una vez más, los incomparables soldados del Local 574 salieron sin armas a hacer frente a policías armados con fusiles antimotines.

De inmediato se informó sobre nuestra acción en una reunión del comité de huelga y se expusieron los motivos de la política que habíamos seguido. Después de un debate considerable, el comité aprobó el curso seguido y emitió las órdenes correspondientes para los piquetes. Las órdenes, publicadas en el *Organizer*, contenían una formulación expresamente ambigua: "se instruye a todos los piquetes a continuar con las tácticas de piquetear pacíficamente como hasta ahora. Sin embargo, deberán defenderse de cualquier ataque". Como no nos habíamos molestado en informar a los policías si los piquetes estaban armados o no, ellos no estaban seguros qué significaba dar permiso para "defenderse" y, conscientes de la ira de los huelguistas, los policías no tenían muchas ganas de averiguarlo.

La capacidad de los piquetes de manejar esta situación peligrosa dependería sobre todo de la competencia y autoridad de sus capitanes. Al respecto teníamos una dificultad debido a la herida sufrida el Viernes Sangriento por Harry DeBoer, uno de los que habían avanzado hacia el fuego para rescatar a los huelguistas heridos. Habría que remplazar a Harry en su papel como uno de los principales comandantes de campo de las operaciones de piquete. Al enfrentar una situación táctica muy compleja, había que hacer otros cambios en la estructura de mando. Kelly Postal, quien había fungido como despachador en jefe de piquetes, fue asignado a un mando de campo central. A Ray Rainbolt y a Jack Maloney se les dio tareas similares a tono con las necesidades de los métodos tácticos que utilizaríamos ahora. Henry Schultz, un guardafrenos de ferrocarril que se había ofrecido a ayudar al Local 574, fue asignado por el comité de huelga a la función de despachador y, al igual que había hecho Kelly, actuó en consulta con Ray Dunne y conmigo.

Nuestra tarea consistía en darle jaque mate a la estrategia utilizada por Johannes después del acribillamiento. Él empezaba a tantear cuidadosamente la posibilidad de reanudar las operaciones de transporte escoltadas por la policía. Para empezar empleó unos 40 carros patrulla, llenos de policías con escopetas anti-

motines, para escoltar un solo camión. La operación fue flanqueada por un destacamento aún mayor de escuadrones de piquetes móviles. Nuestros piquetes no intentaron detener el camión; sólo dejaron claro que se iban a necesitar muchos policías para desplazarlo. Luego Johannes intentó aumentar el número de convoyes que emprendería, reduciendo el tamaño de la escolta policiaca utilizada en cada caso. Obviamente planeaba seguir por esa vía hasta que circularan al mismo tiempo un número suficiente de camiones para poder doblegar la moral de los huelguistas e ir socavando la fuerza del sindicato con deserciones.

Conforme Johannes reducía el tamaño de las escoltas policiacas, respondíamos aumentando el número de escuadrones móviles del sindicato que flanqueaban a cada convoy. Ese cambio en la correlación de fuerzas con respecto a cada uno de los convoyes llevaba implícito el peligro de que la acción sindical frenara a los camiones esquiroles, y la policía no sabía aún si los huelguistas iban armados o no. De ahí que Johannes se sintió obligado a reforzar las escoltas de los convoyes, lo que hizo necesario que los redujeran en número. A raíz de este tira y afloja, los patrones se vieron incapaces de reanudar las operaciones del camionaje a niveles apreciables. Una vez más la policía fallaba en su misión. Ni siquiera el asesinato a sangre fría había logrado frenar al Local 574.

11

Rompehuelgas militares

Al encontrarse el conflicto entre el Local 574 y la Alianza Ciudadana en un momento de tensión extrema, el gobernador Olson decidió intervenir directamente en la disputa. Ya se habían movilizado fuerzas militares para tal propósito. Al comienzo de la huelga se había convocado a una parte de la Guardia Nacional; la tropa fue acuartelada en los terrenos de la Feria Estatal; y se estableció un cuartel general militar en la armería situada en la Sexta Calle y la Cuarta Avenida Sur. Hasta la fecha sólo se había utilizado a la guardia brevemente el Viernes Sangriento.

Luego del asalto policiaco contra los piquetes aquel día, habían desplegado apresuradamente a las tropas a la escena del ataque, y alrededor de una hora después las habían retirado a su cuartel. Al mismo tiempo, Olson había enviado a la ciudad, según se informó, 4 mil guardias más y había ordenado que se prepararan otros 2 mil para montar guardia durante la huelga. Según la edición del *Minneapolis Daily Star* del 21 de julio de 1934, Olson dijo que, si le resultara necesario asumir el control militar, "Haré que la ciudad de Minneapolis sea tan tranquila como si fuera una escuela dominical".

El Local 574 respondió a las amenazas del gobernador con un editorial mordaz en el *Organizer*. El periódico sindical señaló que la ley marcial significaba que existía un estado de guerra con el cual no podía lidiar la policía normal. Afirmó que en Minneapolis se libraba una guerra y la describió como un conflicto de pobreza contra riqueza, de trabajo contra capital. "Nunca pedimos la protección de la guardia", dijo el editorial, "No tenemos 'propiedad' que proteger. Los patrones sí. Son sus propiedades y sus ganancias —que extraen de nuestra mano de obra— lo que quieren que se proteja. Son sus esquiroles y sus camiones esquiroles —que han mandado para robarnos el pan— lo que quieren que se proteja. Nunca pedimos las tropas. Fueron los patrones. Exigimos que las retiren . . . No necesitamos a la guardia para detener a los camiones esquiroles. En cambio, los patrones la necesitan para escoltarlos . . . Ni las bayonetas de la guardia, ni sus lanzadores de gases lacrimógenos, ni sus cascos de trinchera pueden hacer que circulen los camiones . . . Ustedes necesitan choferes de camión y ayudantes, trabajadores de andén e internos para que los camiones circulen. Y todos están en las filas del 574. Y es allí donde van a permanecer. Y es bajo su bandera que van a ganar".

Olson tenía buenos motivos para entender que la reacción del Local 574 a su amenaza de intervención militar no era una mera fanfarronada. Sin embargo, estaba desesperado por poner fin al paro, pues pensaba que lo ponía en peligro políticamente en momentos en que pronto se postularía para la reelección. Era incapaz de jugarse su destino político por una lealtad intransigente a la clase trabajadora. Su trayectoria consistía en forjar una carrera política personal fundada en garantizar que se podía confiar en él para apegarse a las reglas del juego capitalistas al ejercer la autoridad estatal. Al mismo tiempo, él tenía que evitar enajenar a los miembros del Partido de los Agricultores y Trabajadores, cuyo apoyo era vital para su futuro político. Esto significaba que al tratar de imponer un acuerdo en la disputa, no se podía dar el lujo de asumir abiertamente el papel de rompehuelgas.

En un intento de resolver el problema, el gobernador ideó una

estratagema que implicaba la colaboración de Haas y Dunnigan, los mediadores federales. Ellos sondearían la posición del sindicato y de los patrones para ver si la amenaza de ley marcial había creado nuevas posibilidades de llegar a un arreglo. Haas y Dunnigan entonces propondrían en público las condiciones de lo que consideraran una resolución "justa" de la huelga. Olson respaldaría su propuesta, subrayando que era una recomendación federal, dando así a entender que gozaba del apoyo de la administración de Roosevelt. Al mismo tiempo, el gobernador amenazaría con declarar la ley marcial para imponer un acuerdo basado en las condiciones de Haas-Dunnigan. Si el comité de los patrones rechazaba el acuerdo propuesto, él alentaría a los patrones a nivel individual a que lo aceptaran y operaran sus camiones bajo protección militar.

Olson esperaba obtener suficientes respuestas individuales en ese sentido como para romper el frente sólido que mantenía la Alianza Ciudadana. Se podía deducir que si el Local 574 rechazaba la propuesta de Haas-Dunnigan, provocaría directamente una acción militar para romper la huelga. El gobernador pensaba que se saldría con la suya a nivel político recurriendo a la propaganda sobre una resolución "justa". Además recibiría apoyo de los funcionarios conservadores de la AFL.

El Local 574 tuvo el primer indicio de este plan cuando Haas y Dunnigan comenzaron un intercambio de notas con el sindicato y los patrones. Sobre el problema de reconocer el sindicato, los mediadores propusieron una votación organizada por la Junta Laboral para que los empleados escogieran "representantes", omitiendo toda mención del Local 574. El sindicato exigió que su nombre figurara en la papeleta y que, en cada compañía donde ganara por mayoría, debía representar a todos los empleados. Los patrones rechazaron la demanda del sindicato e insistieron en la referencia abstracta a los "representantes". Sin embargo, dieron señales de cierto debilitamiento respecto al alcance de la representación sindical.

Haas y Dunnigan propusieron incluir a los trabajadores inter-

nos en las 22 empresas del mercado, definiéndolos como empleados que no fueran conductores, oficinistas o vendedores. Para las compañías restantes, propusieron reconocer sólo a los conductores, ayudantes y trabajadores de andén que estaban directamente involucrados en cargar y descargar camiones. Los patrones insinuaron que podrían aceptar esta definición global.

Al Local 574 le resultaba aceptable la definición de trabajadores internos en el caso de las 22 empresas del mercado, que incluía las casas de frutas, verduras, empacadoras, abarrotes al por mayor y pescado. Sin embargo, en las compañías ubicadas fuera del mercado, exigimos el derecho de representar no sólo a los conductores, ayudantes y trabajadores de andén, sino también que se incluyera a los empleados de almacenes y departamentos de envíos.

En la víspera de la huelga, el sindicato había reivindicado salarios mínimos de 55 centavos por hora para los choferes y 45 centavos por hora para los ayudantes, trabajadores de andén y trabajadores internos. Los mediadores querían recortar esas cifras a 52.5 centavos y a 42.5 centavos para las respectivas categorías. Los patrones insistieron en que el asunto tendría que ser negociado o arbitrado y rehusaron comprometerse a una escala salarial. También querían dejar a sus esquiroles en la nómina y despedir a todo huelguista "declarado culpable de violencia".

Después de este intercambio de opiniones sobre asuntos claves en la huelga, Haas y Dunnigan anunciaron en público las condiciones que proponían para un "acuerdo justo". Su propuesta se emitió el 25 de julio, al día siguiente del entierro de Ness. Estipulaba que todos los huelguistas debían ser reintegrados sin discriminación. La Junta Laboral celebraría una votación dentro de un plazo de tres días después de finalizada la huelga. En las 22 empresas del mercado, todos los empleados excepto los vendedores y los oficinistas tendrían derecho de votar, y debían votar como grupo. Fuera del mercado, sólo los choferes, ayudantes y trabajadores de andén tendrían derecho de votar, y lo harían en cada compañía por separado. La votación sería en torno a la pregunta

de si los empleados deseaban o no ser representados por el Local 574. Un voto mayoritario le daría al sindicato el derecho de negociar en nombre de todos los trabajadores. Inmediatamente después de las elecciones debía realizarse la negociación y el arbitraje de los salarios y otros temas en disputa. El salario no debía ser inferior a 52.5 centavos por hora para los choferes y 42.5 centavos para los trabajadores internos, ayudantes y trabajadores de andén.

Inmediatamente después de que se anunció la propuesta Haas-Dunnigan para una resolución de la huelga, Olson dio su aprobación pública de las condiciones del acuerdo. El gobernador dio al sindicato y a los patrones 24 horas para tomar acción en torno a la propuesta. Declaró que si cualquiera de las partes la rechazaba, se utilizarían soldados para poner fin a la disputa en base a lo estipulado por los mediadores federales. El comité de huelga de 100 se reunió la noche del 25 de julio para considerar el ultimátum de Olson. Los dirigentes centrales no tuvieron dificultad en hacer ver a estos experimentados combatientes que al sindicato se le estaba tendiendo una trampa mortal. Era evidente que si el sindicato rechazaba las condiciones Haas-Dunnigan, podríamos ser objeto de un ataque militar directo bajo condiciones propagandísticas adversas. Por consiguiente, teníamos que examinar la situación de forma serena y contemplar cuidadosamente el análisis que había que presentar a los miembros del sindicato.

Aunque tendríamos que hacer ciertas concesiones al aceptar un acuerdo patentemente injusto, no se iba a sacrificar nada fundamental. Por el lado positivo, ofrecía cierta mejora en materia de salarios comparado con las escalas salariales que los patrones habían pagado antes de la huelga. Lograríamos un adelanto con respecto a los trabajadores internos del mercado, donde se concentraba la mayoría de estos sindicalistas. Aunque los empleados de almacenes y departamentos de envíos en otros lugares no estaban incluidos específicamente en las condiciones, un sindicato victorioso podría forzar en la práctica su derecho a representarlos. Esta expectativa se veía reforzada por una cláusula que nos permitía

ganar el reconocimiento directo del sindicato mediante una elección organizada por la Junta Laboral. De hecho, era precisamente esta cláusula sobre el reconocimiento sindical que hacía probable un rechazo patronal de la propuesta Haas-Dunnigan. De aquí se derivaba la probabilidad de que nuestra aceptación de la propuesta no pondría fin a la huelga. En el comité de huelga se acordó que había que presentar un análisis en este sentido a los miembros del sindicato.

El comité celebró su reunión en el salón del Local 574 en la Tercera Calle Sur. Mientras sesionábamos nos llegó un informe de que la policía estaba efectuando una redada del cuartel general de la huelga. Todo el mundo se precipitó hacia allá para ayudar a combatir a la policía, pero nos enteramos que había sido una falsa alarma. Sin embargo, persistieron los rumores de una redada inminente, así que los trabajadores de los proyectos de la Administración de Asistencia de Emergencia montaron guardia en el cuartel general de la huelga mientras los miembros del Local 574 se reunían en el Salón de los Eagles la mañana del 26 de julio. La evaluación acordada la noche anterior se presentó en la asamblea en nombre del comité de huelga. Luego hubo una larga discusión en la que se aclararon diversos aspectos de la situación, más o menos para la satisfacción de todos. Luego se procedió a la votación y el sindicato aceptó las condiciones de los mediadores.

Olson había fijado el mediodía como hora límite para obtener la respuesta del sindicato y de los patrones. Aunque arribamos a una decisión oficial más temprano, guardamos silencio por el momento. Anticipábamos que los patrones pospondrían un anuncio de su acción, aguardando esperanzadamente a ver si el sindicato rechazaba la propuesta. De ser así, seguramente tendrían preparada una arremetida propagandística contra nosotros a partir de tal supuesto. Decidimos confundirlos al no divulgar nuestra decisión, sino hasta el último momento.

Aunque el salón colmado estaba incómodamente caliente aquella mañana de verano, las ventanas se mantuvieron cerradas y las puertas bajo llave. Eso impedía que entraran fisgones de la prensa

y que se escabulleran los soplones. Conscientes de los motivos de esta política, los miembros aguantaron con buenos ánimos la incomodidad. Entonces, exactamente a las 12 en punto, Bill Brown le notificó al gobernador Olson que el Local 574 había aceptado la propuesta Haas-Dunnigan.

Habíamos pescado desprevenidos a los patrones. Después de cierta demora, anunciaron que la propuesta era "aceptada con reservas". Según comentó el *Organizer*, esto sencillamente significaba que la rechazaban usando lenguaje rebuscado. Ahora la responsabilidad por la continuación de la huelga recaía claramente sobre ellos y habían quedado en una mala situación propagandística. Intentando zafarse del aprieto de la mejor manera posible, los patrones dijeron a Haas y Dunnigan: "No podemos negociar con esta dirección comunista". A Olson le formularon una pregunta arrogante: "Como ciudadanos de Minneapolis exigimos saber si usted va a respaldar o no a las autoridades locales con ayuda militar".

El Local 574 también tenía preguntas que plantear. "¿Qué habría pasado —preguntó a través de un editorial en el *Organizer*— si los patrones hubiesen aceptado un plan de Haas y nosotros lo hubiésemos rechazado? No habría quedado en esta ciudad ni un solo bandido o ladrón, ni un hipócrita piadoso o explotador llorón, ni un accionista o agiotista, que no hubiese pedido a gritos nuestra sangre. ¿Y qué habría hecho el representante federal? ¿Qué va a hacer ahora? Será interesante ver lo que tiene que decir el reverendo Haas —si es que dice algo— sobre los patrones que rechazaron la rama de olivo que trajo en avión desde Washington. Claro está, ni el discurso ni el silencio del reverendo Haas va a decidir el asunto. Los huelguistas tienen la moral más alta que nunca. Ni conciliadores, ni negociadores, ni dictadores los pueden desanimar. No vamos a regresar a trabajar por una miseria . . . Volveremos a trabajar pero con salarios decorosos, condiciones decorosas y un sindicato, el Local 574, para protegernos . . . A pesar de la muerte y del diablo, a pesar de toda esta alianza infernal que se ha puesto contra nosotros: la huelga sigue. Los piquetes pacífi-

cos continúan. Todavía ondea la bandera donde está inscrita nuestra consigna: ¡No van a hacer circular camiones! ¡Nadie lo hará!"

Por la tarde del 26 de julio, el gobernador Olson proclamó que en Minneapolis existía un "estado de insurrección" e impuso la ley marcial en la ciudad. Poco después fueron desplegados unos 4 mil soldados en las zonas comerciales. Se prohibieron todos los piquetes, y al Local 574 le negaron el derecho de realizar asambleas al aire libre en el cuartel general de la huelga. También emitieron órdenes de que ningún camión podía circular sin permiso militar.

Olson había llegado a la etapa final de la estratagema que había tramado en colaboración con Haas y Dunnigan, a saber: imponer una resolución de la huelga mediante la ley marcial. El Local 574 había rehusado facilitarle la tarea, lo cual habría sucedido si el sindicato hubiese rechazado la propuesta de los mediadores y se hubiese expuesto así a un ataque. En cambio, el gobernador tenía que fingir que se enfrentaba a los patrones que lo desafiaban. Lejos de estar en condiciones de poner fin al conflicto, sólo se había implicado más peligrosamente en la disputa y así se había creado un nuevo problema político.

La primera reacción de Olson en esta problemática situación fue de atacar al Local 574, permitiendo que los militares se involucraran en un nuevo ataque de *red-baiting* contra el sindicato.* Los dirigentes trotskistas Jim Cannon y Max Shachtman habían sido arrestados por la policía municipal la noche del 25 de julio. Catearon sus cuartos de hotel sin una orden judicial, y en la prensa capitalista pusieron titulares sensacionalistas sobre "pruebas" descubiertas de que eran dirigentes de la Liga Comunista. Después de mantenerlos encerrados casi 48 horas, finalmente los llevaron ante el tribunal bajo cargos de "vagancia". En vez de procesarlos, el juez los entregó a los militares, ya que para entonces se había declarado la ley marcial. Fueron trasladados al cuartel militar, donde permanecieron varias horas, y luego fueron excarcelados

---

* Véase la nota en la página 145.

con la condición de que abandonaran la ciudad de inmediato.

Para resolver este problema, simplemente se fueron a la vecina ciudad de St. Paul. El Local 574 condenó enérgicamente los cargos amañados contra Jim y Max, pues el comité de huelga estaba consciente de los esfuerzos que ellos realizaban en apoyo al sindicato y apreciaba los aportes que hacían. Olson luego dio un paso atrás, permitiéndoles retornar a Minneapolis después de un par de días. Poco después se necesitó que Max regresara a Nueva York, y hasta el final de la huelga fue Herbert Solow quien asumió la principal responsabilidad editorial en el *Organizer*.

Entretanto, estaban otorgando permisos militares a los operadores de camiones que suscribían la propuesta de Haas-Dunnigan. Como suele suceder en la industria del camionaje, hubo una aglomeración de operadores de poca monta que se apuntaron para obtener permisos. Lo hicieron sin vacilar porque no tenían la menor intención de pagar los salarios estipulados. Sin embargo, ni una sola de las grandes empresas de camionaje se liberó del control de la Alianza Ciudadana, como Olson había esperado que harían. Sencillamente aprovecharon su decisión de que se emitirían permisos especiales para el traslado de mercancías como "comercio interestatal".

Al poco tiempo los militares también estaban permitiendo entregas irrestrictas de abarrotes y diversas otras mercancías al por mayor. A los piquetes que se quejaban a las patrullas de soldados sobre esta política a menudo los ponían bajo custodia militar; por lo general los detenían unas cuantas horas para intimidarlos. Se emitieron permisos a las compañías directamente implicadas en el paro, y éstas aprovecharon ese hecho para advertir a los empleados en huelga que o bien retornaban a trabajar o perdían sus puestos. La situación se había convertido en un proceso gradual de romper la huelga con fuerzas militares.

Olson después intentó persuadir a la Alianza Ciudadana de que le diera algún tipo de concesión para salvar las apariencias y disimular sus golpes contra el Local 574. Hizo su solicitud a través de una declaración publicada en el *Minneapolis Tribune* del 31 de

julio. A las empresas afectadas por la huelga se les ofreció protección militar para la operación plena si hacían dos cosas: pagar la escala salarial recomendada por Haas y Dunnigan y restituir a los empleados que desearan retornar a trabajar. Les dieron garantías de que esto "de ninguna forma supone un compromiso por parte de los empleadores con el conjunto de la propuesta" planteada por los mediadores. "Permitirá que el padre Haas y el comisionado Dunnigan continúen sus esfuerzos conciliatorios", sostuvo el gobernador, "y ayudará considerablemente a que la Guardia Nacional mantenga la paz en la ciudad".

En realidad el plan estaba diseñado para evitar la cuestión del reconocimiento del sindicato. Pero otro efecto de este plan era que fomentaría deserciones entre las filas sindicales al ofrecer un aumento salarial, permitiendo que los militares suprimieran con más facilidad un sindicato debilitado. Al percibir que habían puesto a Olson a la fuga, los patrones rechazaron rotundamente su propuesta. "Todo acuerdo como el que se ha sugerido hasta ahora", dijeron a la prensa, "sería rendirse a un grupo de dirigentes comunistas que no representan a nuestros empleados".

El Local 574 denunció airadamente la política del gobernador en su totalidad. Un editorial del *Organizer* declaró: "Los funcionarios del gobierno, que rugen como leones al hablar a los trabajadores, arrullan como tórtolos cuando hablan a los patrones". Una delegación de la Unión Central del Trabajo, del Consejo de Gremios de la Construcción y del Local 574 se reunió con Olson para protestar contra el uso de la milicia como frente para romper la huelga. Carl Skoglund, hablando en nombre del Local 574, le dijo enfáticamente al gobernador que se podría haber obligado a los patrones a que aceptaran la propuesta Haas-Dunnigan si no se hubiese declarado la ley marcial. Carl exigió que todos los permisos militares fueran revocados por 48 horas y que los permisos futuros se otorgaran sólo a los patrones que acordaran cumplir todas las condiciones que los mediadores habían recomendado y que el sindicato había aceptado. También se insistió que el sindicato tuviera representantes en el comité que emitía los permisos.

O se detenían todos los camiones por 48 horas, le dijeron a Olson, o el Local 574 los detendría. Él rehusó ofrecer la cooperación que el sindicato solicitaba.

Usando una variación de la célebre frase del general Grant durante la Guerra Civil, el *Organizer* proclamó: "Libraremos la lucha en las líneas de piquete aunque nos tarde el verano entero". La noche del 31 de julio, en la Plaza de Armas, se celebró una concentración de masas a la que concurrieron más de 25 mil trabajadores. Bill Brown pronunció uno de sus mejores discursos combativos. "El gobierno del Partido de los Agricultores y Trabajadores", declaró con desdén, "es la mejor fuerza rompehuelgas a la que nuestro sindicato jamás se ha enfrentado". Se pidió a todos los partidarios del Local 574 que se reportaran al cuartel general de la huelga a las cuatro de la mañana del día siguiente, el miércoles primero de agosto, para reanudar los piquetes de masas desafiando a la milicia. Si las tropas disparaban contra nosotros, el sindicato corría un grave riesgo de derrota, pero la probabilidad era mayor de que no lo harían porque desde el punto de vista político Olson no podía darse ese lujo. En todo caso, teníamos que arriesgarnos porque de lo contrario romperían la huelga.

Después del mitin, Ray, Grant Dunne y yo fuimos al cuartel general de la huelga para ayudar a los del turno nocturno con los preparativos para la acción del día siguiente. Más tarde nos acurrucamos para dormir un rato en los coches de los piquetes estacionados en el predio detrás del garaje. A eso de las cuatro de la mañana, la cuadrilla de la noche nos despertó y nos informó que la Guardia Nacional estaba rodeando toda la cuadra del cuartel general. Más de mil soldados habían avanzado sobre nosotros al mando del coronel Elmer McDevitt. Como punta de lanza iba un batallón de asalto fuertemente armado compuesto de unos 300 soldados y respaldado por una compañía de ametralladores. Cuando los tres llegamos al frente del edificio, vimos que la calle estaba atestada de soldados y varias ametralladoras que apuntaban hacia la entrada del cuartel general. Tras una pausa McDevitt se nos acercó, escoltado por un destacamento de soldados cuyas

bayonetas brillaban con los rayos del alba.

No siendo nada tontos, no opusimos resistencia. Sin embargo, teníamos cierta fama de luchadores, y los militares no estaban seguros de cómo reaccionaríamos al ataque. Esto se vio por el alivio evidente que demostró el coronel una vez que se encontró dentro del edificio y aparentemente a salvo. Aunque no hacía mucho calor a esa hora temprana, se quitó el casco y secó el sudor de la cabeza medio calva.

"¿Quién está a cargo aquí?" preguntó McDevitt.

"Yo", contestó Ray Dunne, siempre rápido a dar un paso al frente en momentos de crisis.

"¿Cómo se llama?"

"Ray Dunne".

"Queda detenido", declaró el coronel, y en seguida ordenó a una cuadrilla de soldados que se lo llevaran.

McDevitt sacó entonces una lista del bolsillo y se la enseñó a Henry Schultz, el despachador nocturno de piquetes, preguntándole si además de Ray estaban presentes otros individuos que aparecían en la lista. En ella estaban los nombres de los principales dirigentes de la huelga, así como dos secuaces del Partido Comunista, añadidos como aderezo propagandístico aunque no tenían absolutamente nada que ver con la dirección de la huelga. Bill Brown y Miles Dunne no se encontraban allí, pero fueron detenidos antes de que se les pudiera avisar que Olson había ordenado su arresto. Carl Skoglund se salvó de la redada porque estaba fuera de la ciudad recaudando fondos en apoyo a la huelga. Ray, Miles y Bill, junto con otros sindicalistas detenidos más tarde ese día por realizar piquetes, fueron llevados a una prisión militar improvisada en los terrenos de la Feria Estatal.

Mientras Schultz revisaba la lista y le decía al coronel que nadie más se hallaba presente, nos hizo una seña discreta a Grant y a mí. Su mensaje era obvio. Nos buscaban y debíamos salirnos al instante. No nos convenía salir por el frente porque afuera estaban los periodistas y su actitud al vernos de seguro despertaría la curiosidad de los militares. Por eso salimos por la puerta trasera,

de paso corriendo la voz entre los piquetes de que nos congregáramos de nuevo en el 614 de la Primera Avenida Norte, sede de la AFL.

Cuando llegamos al cordón militar, nos detuvo un teniente que dijo que teníamos que salir por el frente. Fingimos indignación, alegando que "un tipo allá en frente con águilas en los hombros" nos había dicho que saliéramos por donde íbamos. El teniente respondió que las órdenes que tenía indicaban lo contrario. Entonces nos sentamos en el bordillo, afirmando que de allí no nos movíamos hasta que los militares decidieran quién estaba a cargo y qué querían que hiciera la gente. La treta funcionó. Enviaron a un mensajero para informar a McDevitt de la situación, y él envió órdenes para que nos dejaran pasar por el cordón.

Henry Schultz estaba dotado de cierta terquedad, que nos venía al pelo en ese tipo de situación. Arguyó que la milicia había interrumpido nuestra comida matutina y al final logró permiso para que los piquetes desayunaran antes de desalojar las instalaciones. Así se pudo informar a todos de que fueran al "614". Henry también convenció al coronel de que le permitiera trasladar parte del equipo del comisariato a la sede de la AFL. Asimismo, insistió en que se le entregara una relación escrita de los bienes del sindicato incautados por la Guardia Nacional. Esto incluía los autos particulares de huelguistas que se hallaban en el estacionamiento detrás del garaje. Sin embargo, el botín más importante eran las armas que se les había quitado a los piquetes después del Viernes Sangriento. Estas se habían guardado bajo llave, pero ahora el mando de la guardia las sacó de la bodega y las exhibió para que los reporteros y fotógrafos de la prensa pudieran crear una propaganda difamatoria contra el sindicato. Una media docena de los heridos del Viernes Sangriento aún permanecían en catres en el hospital sindical. Los llevaron a una institución militar y al doctor Enright, quien los atendía, lo arrestaron.

Cuando Grant y yo llegamos a la sede de la AFL ya se había congregado allí una fuerza considerable de piquetes. Rápidamente se convocó a una reunión de los capitanes de piquete presen-

tes, a fin de definir los planes para detener los camiones esquiroles en desafío de la ley marcial impuesta por Olson. Todo dependería del ingenio de cada uno de estos capitanes en las acciones relámpago que habíamos de realizar. A esas alturas todos eran ya veteranos aguerridos, dirigentes secundarios jóvenes y capaces, listos para ocupar el vacío creado por la arremetida del gobernador contra los principales dirigentes del sindicato. Antes de que transcurriera el día demostraron que tenían la capacidad necesaria para hacer lo que fuera necesario.

Ya que el tipo de lucha que nos proponíamos librar probablemente provocaría más redadas militares en cualquier lugar que se sospechara que fuera un centro de concentración de piquetes, decidimos descentralizar los operativos. Se montó una serie de puntos de control por toda la ciudad, ubicados principalmente en gasolineras solidarias, a las que los escuadrones móviles podían entrar y salir sin llamar la atención. Para informar a los despachadores de piquetes sobre camiones esquiroles, se utilizaban los teléfonos públicos de las gasolineras y los mensajeros que patrullaban los barrios. Entonces se enviaban escuadrones móviles a los lugares indicados para que hicieran lo necesario y escaparan en seguida. Pronto, por toda la ciudad, fueron quedando inservibles los camiones que circulaban con permisos militares. Se informó que en cuestión de horas, el cuartel militar había recibido más de 500 llamadas pidiendo auxilio. Cuando los soldados respondían en coches patrulla a las llamadas, por lo general encontraban esquiroles un tanto sacudidos, pero ni señas de piquetes. En los periódicos vespertinos se informó de largas listas de ataques contra camiones esquiroles.

Mientras sucedía todo esto, la Guardia Nacional efectuó una redada contra la sede de la AFL, ordenando a todo el mundo que desalojaran el edificio ante la estupefacción de los agentes de negocios, quienes no podían creer que Olson haría algo así. Las tropas también invadieron la sede del Sindicato de Cocineros y Meseros, ubicada en otra dirección, donde los miembros de nuestros piquetes habían estado usando los teléfonos. Además ocupa-

ron la sede regular del Local 574, ubicada en la Tercera Calle Sur. Sin embargo, a pesar de todo lo que intentaron hacer los militares, la supuesta huelga acéfala estaba llena de vida. Los piquetes batallaban furiosamente y con mucha habilidad. Para el fin del día sólo habían arrestado a 38, una cifra pequeña tomando en cuenta el alcance de la acción sindical y los resultados que se estaban logrando.

Grant Dunne y yo estuvimos en la sede de la AFL hasta que oímos que Pat Corcoran, agente de negocios del Sindicato de Conductores de la Leche, gritaba: "¡No pueden hacer eso!" Protestaba contra la irrupción de guardias armados de fusiles con bayonetas caladas. Decidimos que no convenía quedarnos allí y una vez más logramos eludir la red militar. Después la situación se nos puso muy delicada, conforme tratábamos de seguir circulando a la vez que las radioemisoras transmitían nuestras señas. La búsqueda fue tan intensa que las milicias registraron los hogares de las 12 familias del edificio de apartamentos donde vivía Grant.

Al final supimos que Robley D. Cramer, director de la revista *Labor Review*, de la AFL, había estado solicitando urgentemente que lo llamáramos. Grant llamó y Cramer rápidamente puso a Olson al teléfono. El gobernador nos prometió inmunidad de arresto si nos reuníamos con él en las oficinas de *Labor Review* en el Edificio Sexton, y aceptamos. Al llegar encontramos una sala llena de agentes de negocios de la AFL. Nos dijeron que el gobernador se encontraba en otra oficina, en reunión privada con un comité del Local 574.

Posteriormente supimos que después de la redada a la sede de la AFL, Olson había hecho una solicitud para reunirse con un comité "verdaderamente representativo" de las filas del Local 574. Lo que le tocó fue un comité integrado por Kelly Postal, Ray Rainbolt y Jack Maloney, tres destacados comandantes de piquetes del sindicato. Al llegar al Edificio Sexton, mostraron su desprecio hacia los agentes de negocios allí reunidos rehusando hablar en su presencia. Olson entonces había pasado con ellos a una sesión privada, afirmando que quería negociar una resolución "jus-

ta" de la huelga. Ellos le dijeron que no estaban facultados para negociar y que sencillamente habían llegado a presentar ciertas reivindicaciones. Estas eran: ponga en libertad a nuestros dirigentes; devuélvanos nuestro cuartel general de huelga; y retire a sus tropas de las calles para que podamos detener las operaciones de los camiones esquiroles sin más interferencia de su parte. Entonces, fue al estancarse las "negociaciones" en este punto muerto que el gobernador había decidido mandar a buscarnos a Grant y a mí. Lo había hecho después de un infructuoso intento de Haas de hablar en la prisión improvisada con Ray, Miles Dunne y Bill Brown. Ellos dijeron que no negociarían "dentro de los confines de un campo de concentración militar".

Cuando Grant y yo entramos a la sala en la que sesionaba Olson con nuestro comité, pareció que se alegraba de vernos. Por nuestra parte, nos alegraba encontrar allí a representantes sindicales tan sólidos. Se le dijo al gobernador que no podría haber ninguna negociación hasta que aceptara liberar de la prisión militar a Ray, Miles y Bill. Dijo que lo haría, y a las pocas horas los tres fueron puestos en libertad. Asimismo se revocó la orden de arresto contra Carl Skoglund. Entonces exigimos una explicación de la redada del cuartel general de la huelga. Olson alegó que era porque la noche anterior habíamos celebrado una asamblea multitudinaria sin permiso militar. Le respondimos que sí teníamos un permiso y que se lo podíamos mostrar. En ese momento nos pidió a Grant y a mí que lo acompañáramos al cuartel militar para que se pudiera plantear el asunto con el general Walsh. Eso hicimos, no sin antes comunicarnos con Al Goldman para que, como abogado nuestro, nos fuera a encontrar allá y llevara el permiso. En la sesión con Walsh también estuvo presente el coronel McDevitt. Él trató de oponerse a que nos devolvieran el cuartel general, con el argumento de que perjudicaría la moral de su tropa.

Sin embargo, teníamos a Olson en un aprieto, ya que en el permiso para nuestro mitin de protesta del 31 de julio se leía claramente: "Equipo de sonido y celebración de reunión de masas". Despojado del pretexto que había usado para efectuar la redada,

WEATHER

The Minneapolis Tribune



STRIKE HEADQUARTERS SEIZED

Guardsmen Also Raid Labor Temple

BROWN AND TWO DUNNES HELD

TROOPS ARREST PICKETS

Olson's Statement

Walsh's Statement

General's Order

SECOND STRIKER DIES OF WOUNDS

Troop Cruiser Car 'Runs'

Today

"Ocupan cuartel general de la huelga", es el titular de primera plana del *Minneapolis Tribune* el primero de agosto de 1934. El diario capitalista informa también del arresto de los dirigentes sindicales Bill Brown y dos hermanos Dunne, con una foto prominente que muestra a V.R. Dunne bajo custodia de la Guardia Nacional.

ordenó que los militares desocuparan el recinto sindical. A eso de las 11 de la noche, el mismo día que la sede de la huelga había sido ocupada, un oficial de la guardia nos la entregó formalmente. A Henry Schultz se le encargó verificar que no habían dañado o robado nada. Antes de firmar el recibo por la devolución de nuestro edificio y equipo, Henry exigió un recuento preciso para verificar que no faltaba ni una sola de las armas incautadas por la guardia. Al hacerlo invocó la premisa —sagrada para el capitalismo— de que eran propiedad privada de huelguistas individuales.

Era obvio que los acontecimientos de ese día emanaban de otro "plan maestro" ideado por el gobernador, cuyo carácter general se puede deducir con facilidad. Usando como pretexto una supuesta violación de la ley marcial, él pensó que podría poner al sindicato en una situación insostenible. Creyó que podría ocupar el cuartel general de la huelga y responsabilizar a los dirigentes del Local 574 con el argumento de que estaban desafiando a la autoridad militar. Esos cargos le servirían a la vez de justificación para encerrarnos en la prisión militar, eliminando así el problema "comunista" en que los patrones basaban su negativa a negociar con el Local 574. Una vez decapitado así el sindicato, él convocaría a un comité de las filas sindicales para negociar una resolución de la huelga.

Al parecer, el gobernador creía contar con varios elementos a su favor que contribuirían al éxito de su plan. Entre éstos estaban su propia astucia y poder de persuasión, indicios de resistencia entre algunos patrones del camionaje al control de la Alianza Ciudadana, su prestigio personal en el movimiento sindical, y la ayuda de los funcionarios conservadores de la AFL. Puede que el plan haya lucido bien sobre el papel, pero al despejarse el humo al final de la jornada, Olson se dio cuenta que sólo se había metido en peores dificultades políticas.

Al contragolpear al gobernador por su flanco político, el *Organizer* arremetió con todo. El diario huelguístico había logrado salir casi de acuerdo a su horario, a pesar del hostigamiento militar contra el sindicato. Su línea editorial para responder al ataque de

Olson se decidió a través de un proceso de consulta un poco ajetreado entre los dirigentes que estaban disponibles. Al Goldman llegó al "614" estando allí Grant y yo, y acordamos que el periódico debía convocar a una huelga general de protesta. Entonces nos comunicamos por teléfono con Jim Cannon, y sus criterios cuadraban con los nuestros. Mientras Al preparaba unas notas preliminares para redactar un editorial, Grant y yo trazamos un bosquejo de la situación táctica. Entonces se le encomendó a Marvel Scholl que entregara esta materia prima a Herbert Solow, quien dirigía el periódico. Solow se encontraba en la Argus, donde siempre recibíamos el máximo de cooperación, pero existía la posibilidad de que allí habría una intervención militar. Partiendo de la base de que eso podría ocurrir, se hicieron arreglos para imprimir el periódico en St. Paul de ser necesario. Con ese fin, se fueron haciendo pruebas adicionales de las páginas a medida que se componía el periódico, y Marvel las metía en su bolso.

Una vez se imprimieron los primeros 500 ejemplares del periódico, Marvel y su escolta de piquetes los llevaron al "614", puesto que todavía no nos habían devuelto el cuartel general de la huelga. Ya para entonces había terminado la ocupación militar del edificio de la AFL y el Local 574 nuevamente estaba organizando allí un comisariato. Los piquetes que se encontraban allí vitorearon con entusiasmo cuando abrieron los paquetes y les mostraron su campeoncito de dos páginas. Sus titulares decían: "¡Respondamos a la tiranía militar con una huelga general de protesta!"; "Olson y las tropas estatales han mostrado su verdadero carácter! Sindicalistas ¡muestren el suyo!" "¡Han allanado nuestro cuartel general! ¡Han encerrado a nuestros dirigentes! ¡El 574 sigue luchando!"

En esa nueva situación se había operado un cambio en los aspectos tácticos de la cuestión de la huelga general. Ahora los funcionarios conservadores de la AFL no podían aprovechar una amplia protesta a fin de promover la influencia directiva de Olson en detrimento de la huelga. Esta vez la protesta apuntaría directamente contra el gobernador que estaba actuando como rompe-

huelgas abierto. Bajo estas condiciones, nuestro llamado a una huelga general sería completamente ventajoso para el Local 574. Estimularía la presión de las filas sobre los agentes de negocios de la AFL para que éstos nos apoyaran ante el ataque de Olson.

Sabíamos que los militantes sindicales de toda la ciudad hervían de cólera ante las redadas militares. El club del Partido de los Agricultores y Trabajadores en la Universidad de Minnesota envió al gobernador un telegrama en que declaraba: "Por este medio se le informa que ha sido expulsado como presidente honorario de nuestra organización". De hecho, la rápida manifestación de tales sentimientos contribuyó a presionar a Olson para que excarcelara a los dirigentes del Local 574 y nos devolviera el cuartel general de la huelga. Estos acontecimientos nos indicaron que nuestro llamado a la acción de protesta en sí ayudaría a la causa del Local 574, aunque había muy pocas probabilidades de que realmente ocurriera un paro general.

En vez de apoyar la convocatoria a la huelga, Bob Cramer usó las páginas de *Labor Review* para brindarle una coartada a Olson. Con su retorcida lógica, pintó las redadas contra el cuartel general de la huelga y del "614" como medidas astutas destinadas a "frustrar los planes de los enemigos del movimiento obrero organizado". Aseveró que en la sede de la AFL los soldados "realizaron una inspección de las instalaciones" tras recibir falsos informes de que allí se ocultaban armas. Así, añadió, la Guardia Nacional había comprobado que la Alianza Ciudadana mentía a fin de "suscitar un percance entre la guardia y los huelguistas".

El mismo día que apareció ese disparate en *Labor Review*, el 3 de agosto, el comité de huelga de 100 invitó a los secuaces de la AFL para que se presentaran ante el comité y explicaran su conducta cuando se había dado el ataque militar contra el sindicato. Según consta en las actas, Postal, Rainbolt, Maloney, Grant Dunne y yo dimos un informe al comité sobre la reunión sostenida con Olson en las oficinas de *Labor Review*. Jack Maloney expresó dudas de que todos los peces gordos de la Unión Central del Trabajo que hallamos allí pudieran haberse congregado tan rápidamente

sin planificación previa alguna.

Roy Wier, organizador de la CLU, trató torpemente de explicar que se habían reunido en la oficina de Cramer para analizar las redadas. Después de localizar a Olson, dijo, pidieron una explicación sobre la redada del cuartel general de la AFL, y él les dijo que había sido un error. Sólo querían ayudar al Local 574 a llegar a un acuerdo, sostuvo Wier, y creyeron que quizás los patrones aceptarían reunirse con ellos. Un miembro del comité de huelga, escéptico, planteó entonces una pregunta tendenciosa. Quería saber quiénes habían integrado el comité de la CLU que había solicitado que se movilizara a las tropas cuando los patrones habían rechazado la propuesta Haas-Dunnigan. Cramer, quien intentó contestar la pregunta, había sido tomado por sorpresa y se puso muy nervioso. Terminó negando que sabía quiénes integraban el mencionado comité. Indirectamente y sin advertirlo, en realidad estaba reconociendo que había habido contubernio entre la CLU y Olson a espaldas del Local 574.

Entonces el comité de huelga aprobó una propuesta en la que se solicitaba que una delegación de la Unión Central del Trabajo se reuniera con el gobernador para exigir el retiro de las tropas de la ciudad y la excarcelación de los huelguistas detenidos en la prisión militar. Se estipuló que la delegación no tendría facultad alguna para negociar en nombre del Local 574. Después de lo anterior se excusó a Cramer, Wier y a los demás de la CLU para que se retiraran de la reunión, asegurándoseles de que se sintieran bienvenidos a regresar. La actitud del comité de huelga hacia los agentes de negocios de la AFL fue parecida a aquel veredicto que una vez emitió un jurado fronterizo: "Declaramos que los acusados no son culpables y les advertimos de que no lo vuelvan a hacer".

12

Guerra de desgaste

En el preciso instante en que las tropas del gobernador Olson invadían el cuartel general de la huelga la mañana del primero de agosto de 1934, moría John Belor de las heridas sufridas el Viernes Sangriento. Él era un trabajador desempleado que apoyaba la huelga como miembro del Consejo Central de Trabajadores de Minneapolis. Como John no estaba casado, sus familiares más cercanos se encargaron de los arreglos del funeral. Ellos pidieron que no hubiera ninguna manifestación, y agregaron que todos los miembros del sindicato estaban invitados al funeral, el cual deseaban que se hiciera de la forma más discreta posible. El Local 574, respetando la petición de los familiares, simplemente pagó los gastos del entierro y ayudó a hacer los arreglos del transporte. Miles de huelguistas se sumaron al cortejo fúnebre para mostrar su respeto hacia John Belor como combatiente y demostrar su aprecio por la ayuda que estaban recibiendo de trabajadores desempleados como él.

Estos trabajadores habían recibido un golpe directo cuando Olson había declarado la ley marcial. Los funcionarios federales la utilizaron como arma contra la huelga en los proyectos de

empleo temporales dirigidos por la Administración de Asistencia de Emergencia (ERA) del gobierno federal. En una directiva de la ERA se afirmó que estos proyectos se reanudarían bajo protección militar y que el jefe de la guardia estatal "arrestará a los agitadores". Bajo estas condiciones fue necesario cancelar la huelga contra la ERA el 30 de julio. Al hacerlo, el comité de huelga instó a todos los trabajadores implicados a unirse al Consejo Central de Trabajadores de Minneapolis (MCCW), y éste pronto superó los 4 mil miembros. Las fuerzas del MCCW, de las cuales John Belor fue ejemplo, se mantuvieron hombro a hombro con el Local 574 durante el día de las redadas militares, como lo habían hecho el Viernes Sangriento.

Existían razones prácticas para la afinidad entre el Local 574 y el movimiento de los desempleados. En la industria del camionaje algunos empleados tenían que depender parcialmente de la asistencia pública. Muchos trabajos eran estacionales, y había casos en que los ingresos de los trabajadores con empleos regulares eran demasiado bajos para mantener a una familia. Por lo tanto, los trabajadores que se hallaban en esta situación sentían una estrecha afinidad con los que estaban totalmente desempleados. Ese sentimiento era correspondido por los desocupados, quienes veían en la política combativa del Local 574 una oportunidad de hacer algo para mejorar su propia condición. Esto fue antes de que las luchas obreras que se desarrollaron en los años treinta obligaran a la clase patronal a hacer concesiones a regañadientes, a través del seguro de desempleo así como otras medidas de seguridad social de carácter limitado. En 1934 los necesitados dependían totalmente de la asistencia pública.

El sistema de asistencia funcionaba como algo de los días de la colonia. A los solicitantes se les exigía que se redujeran a un nivel de pobreza absoluta. Tenían que usar cualquier dinero que hubiesen ahorrado hasta agotarlo y tenían que liquidar sus pólizas de seguro por su valor de rescate. Se tenían que deshacer de enseres domésticos y otros objetos "de lujo" a través de las casas de empeño y tiendas de muebles usados. El dinero así obtenido debía ser

reportado y esa cantidad se les deducía del presupuesto de asistencia. El presupuesto en sí era una miseria, permitiendo únicamente lo más imprescindible para vivir. Se habían logrado algunas mejoras en el sistema de asistencia después de que el Local 574 empezara su lucha contra las condiciones existentes, pero aún faltaba un largo trecho en ese frente de batalla. Nadie entendía eso mejor que los trabajadores desempleados, quienes estaban preparados para mantenerse, contra viento y marea, en firme solidaridad con el sindicato.

El desarrollo de una nueva etapa en la lucha de los desempleados representó un golpe contra los estalinistas locales. Anteriormente ellos habían logrado cierta influencia entre los desocupados al crear una organización conocida como los Consejos de Desempleados. La poca influencia que así habían logrado, ahora estaba desapareciendo rápidamente. Contribuyendo a su propio desprestigio, falsamente presentaban sus consejos como sitio de inscripción para los desempleados que querían credenciales para los piquetes de huelga del Local 574. El sindicato repudió su aseveración, declarando públicamente que esos piquetes se debían inscribir con el MCCW.

Cuando comenzó la huelga contra la ERA después del Viernes Sangriento, Sam Davis del Partido Comunista trató de forzar su ingreso al comité de huelga. Él no tenía credenciales de ningún proyecto de trabajo, y los huelguistas de la ERA rehusaron admitirlo en su comité. Aislados de la lucha de clases que ardía en Minneapolis debido a su política ultraizquierdista, los estalinistas reaccionaron continuando las denuncias de "la política antiobrera de los dirigentes trotskistas". Las diatribas de William F. Dunne en [el diario del PC] el *Daily Worker* se conjugaron con las denuncias por parte de Morris Childs en *Communist*, una revista estalinista. Posteriormente sus artículos se combinaron en un folleto titulado "Contrarrevolución permanente: el papel de los trotskistas en la huelga de Minneapolis".

El *Organizer*, manifestando el desprecio del sindicato hacia los quejumbrosos estalinistas, en su número del 7 de agosto dijo en

un editorial: "La batalla épica del Local 574 es un drama que conmueve el alma de los hombres. Se apega al patrón clásico, al punto de contar con un payaso y un toque de comedia. El nombre de este payaso es, según el volante distribuido anoche furtivamente en nuestra gran asamblea de masas, 'El Partido Comunista de Estados Unidos, Distrito no. 9'. . . Los dirigentes de nuestro sindicato, dicen ellos, son traidores por partida doble y la forma de ganar la huelga es deshaciéndose de ellos. Algunos de los muchachos, quienes han estado leyendo lo mismo en las declaraciones de la Alianza Ciudadana, se indignaron, hicieron trizas los volantes y dieron una trompada a los distribuidores. Eso está mal. Un trato serio debe reservarse para opositores serios. Ellos no son soplones, al menos no conscientes; son un poco chiflados y lo que necesitan es una patada amistosa en el trasero. Tal vez la sacudida les hará entrar en razón".

Entretanto, en el mundo de la realidad, el gobernador Olson intentaba recuperarse del daño político que había sufrido a raíz del ataque militar contra el Local 574. El 3 de agosto envió un pequeño destacamento de soldados para efectuar una redada de las oficinas de la Alianza Ciudadana. Era un acto patentemente demagógico, destinado a presentarlo como el gobernador "imparcial" de "todo el pueblo". El Local 574 no le dio importancia al episodio, pero los patrones chillaron como si los estuvieran degollando. Se había empleado "su" guardia para un fin "no autorizado".

Por su propia naturaleza la Guardia Nacional es un instrumento rompehuelgas destinado a ser usado por los patrones contra los trabajadores. Para garantizar su fiabilidad, sus oficiales claves son, por lo general, hombres de cierta riqueza y posición social, hermanos de sangre de toda la clase capitalista. Así era, y es, en Minnesota, salvo que unos cuantos suboficiales eran del Partido de los Agricultores y Trabajadores. Uno de ellos, el teniente Kenneth Haycraft, fue puesto a cargo de la redada. Pero, al parecer, esa medida fue compensada por el hecho que otros oficiales alertaron de antemano a la Alianza Ciudadana para que pudiera deshacerse de pruebas incriminatorias. En todo caso, nada de importancia salió

a la luz a raíz del ardid de Olson, a pesar de que *Labor Review* la pintó como una tremenda acción a favor del movimiento obrero.

Paralelamente a este episodio se venía desarrollando un verdadero problema para la Alianza Ciudadana. Algunas de las empresas de frutas y verduras del distrito del mercado amenazaban con romper la disciplina y firmar la propuesta Haas-Dunnigan que el sindicato había aceptado. El Comité Asesor de Empleadores intentó contrarrestar ese espíritu de rendición con una nueva propuesta de resolución de la huelga. Lo único realmente nuevo que contenía era una oferta salarial concreta de 50 centavos por hora para los choferes de camión y 40 centavos por hora para los ayudantes y trabajadores internos. La cláusula de representación en la nueva propuesta seguía omitiendo toda mención del Local 574. Seguían insistiendo en una lista de contratación "preferencial", poniendo a los esquiroles por delante de los miembros del sindicato, y en no volver a contratar a los huelguistas acusados de actos "ilegales".

El Local 574 de inmediato rechazó la propuesta de los patrones, planteando que no aceptaría nada menos que las condiciones originales de Haas-Dunnigan. El sindicato había ganado victorias en la línea de piquete, declaró el *Organizer*, y no iba a permitir que se las robaran en negociaciones. Llamó atención al hecho que se había llegado a un momento crítico en la huelga. Los trabajadores se enfrentaban a enemigos con muchas artimañas. Al Local 574 sólo le quedaba una vía por seguir, dijo el periódico sindical: continuar y ampliar sus piquetes.

Fue más o menos en esa coyuntura que ocurrió un incidente donde a unos piquetes se les fue la mano. Bill Brown y Grant Dunne pasaban por una calle cercana al cuartel general de la huelga cuando notaron un camión esquirol con permiso militar. Asumieron el mando de un par de escuadrones de piquetes móviles y se dispusieron a detenerlo, pero el conductor sacó una escopeta. En la refriega que siguió, se dejaron llevar más por su impulsividad que por un juicio táctico sensato. En consecuencia, dos piquetes resultaron heridos, Earl Collins y George Schirtz. Al escuchar lo

que había sucedido, Kelly Postal echaba chispas. Y con razón, porque como despachador de piquetes, estaba al mando de los operativos tácticos. Bill y Grant habían actuado por encima de su autoridad, obviado las órdenes generales para evitar incidentes de ese tipo, y conseguido que dos huelguistas fueran baleados sin propósito útil alguno.

Aunque no se podía permitir que el episodio desbaratara la huelga, había que tomar medidas para demostrar que la disciplina sindical aplicaba tanto al liderazgo como a las filas. El comité de huelga lo hizo instruyendo a Bill y a Grant —quienes estaban entre los principales dirigentes del sindicato— a que se subordinaran a Kelly en asuntos relacionados con su función como despachador en jefe de piquetes. Conscientes de su error, Bill y Grant aceptaron la reprimenda con el mayor decoro posible, y esa conducta no se repitió.

Combates descontrolados como ese, dirigidos contra operativos esquiroles eventuales, serían inútiles como táctica. Sólo pondrían al sindicato en una mala postura propagandística. La trayectoria correcta para nosotros consistía en mantener la presión política sobre Olson y exigir que dejara de otorgar permisos militares a los camiones esquiroles y de interferir con el derecho del Local 574 a mantener piquetes pacíficos. Es lo que se había hecho en un número tras otro del *Organizer*, y estaba aumentando las presiones de masas sobre el gobernador. Él se vio obligado a anunciar que a partir del 6 de agosto revocaría todos los permisos militares; los nuevos permisos se otorgarían únicamente a los que suscribieran las condiciones Haas-Dunnigan y a los casos de "emergencia".

La Alianza Ciudadana reaccionó solicitando una orden judicial federal para que se suspendiera la ley marcial. En numerosas ocasiones anteriores los patrones habían obtenido órdenes judiciales contra el Local 574 y el sindicato no les había hecho caso, partiendo de la base que la policía no podría hacerlas cumplir. En el caso de Olson era diferente, según parecía creer la Alianza Ciudadana, la cual pensaba que si conseguía una orden judicial Olson la obede-

cería. Esperando retomar el control directo de los esfuerzos rompehuelgas, los patrones importaron matones de la agencia P.L. Bergoff, un notorio grupo basado en Nueva York que se dedicaba a suministrar esquiroles.

El Local 574 asumió la posición de que la disputa legal entre el gobernador y los empresarios era un asunto privado entre ellos. Nosotros nunca pedimos la ley marcial, decía el sindicato, y no la queremos ahora. Reiteró sus demandas de que los miembros del sindicato fueran excarcelados y que los militares dejaran de interferir con los piquetes pacíficos. *Se declaró que la línea fundamental del Local 574 seguiría siendo una trayectoria de lucha independiente y combativa de los trabajadores.*

El comité de huelga estaba preparado para cualquier decisión que tomara el tribunal en torno a una orden judicial. Como señaló el *Organizer:* "Si se mantiene el régimen marcial, [los huelguistas] continuarán la lucha de forma similar a la semana pasada . . . Si se suspende la ley marcial, los piquetes inmediatamente tomarán el terreno en masa y bloquearán todo el camionaje como repetidamente ha demostrado el Local 574 que lo puede hacer sin dificultad y sin violencia". Sucedió que el tribunal mantuvo el régimen marcial.

La noche del 6 de agosto, el Local 574 realizó un mitin público en la Plaza de Armas, que contó con la presencia de 40 mil trabajadores, una asistencia récord. Al dirigirse al mitin, los dirigentes sindicales tenían varios objetivos en mente. Era necesario eliminar ilusiones de que la oposición de la Alianza Ciudadana a la ley marcial significaba que esa medida tuviera algo de bueno para los trabajadores. Había que mantener la presión de masas sobre Olson para frenar su intento de romper gradualmente la huelga mediante los permisos militares. Había que dar la alerta contra la importación de matones a sueldo y esquiroles profesionales por parte de los patrones. Había que dar respuesta al ataque intensificado de *red-baiting* contra la dirección del Local 574.

Los trabajadores habían rechazado la campaña de calumnias contra los dirigentes, pero no porque tuvieran un entendimiento

político básico de que hace falta una política de no exclusión en las organizaciones de masas. Su actitud emanaba de las realidades de la situación concreta. Se consultaba con los miembros del sindicato sobre todo lo que se hacía, y ellos creían en la política que se estaba llevando a cabo. No les importaba qué eran políticamente los dirigentes. Para ellos lo que contaba era que las orientaciones que recibían habían pasado la prueba de la batalla una y otra vez. Los trabajadores tenían confianza en los dirigentes y no querían cambio alguno.

Después del mitin, el *Organizer* del 8 de agosto abordó la cuestión del *red-baiting* de una manera un poco fuera de lo común. Bajo el título, "Fábula de un manicomio", publicó una confesión simulada del director del periódico, a quien supuestamente habían llevado a la fuerza ante el tribunal militar de Olson. Escrita por Jim Cannon, la "confesión" decía en parte:

"OFICIAL: ¿Quién es este tipo que se llama el padre Haas? . . .

"DIRECTOR: Su verdadero apellido es Haasky. Es un bolchevique ruso . . . Su propuesta de 42.5 centavos por hora es prácticamente lo mismo que comunismo . . .

"OFICIAL: Suelta el resto. Y qué tal Dunnigan, Olson, Brown y los hermanos Dunne. ¿Cuántos de estos hermanos Dunne hay en total?

"DIRECTOR: Su verdadero apellido es Dunnskovitsky. Son judíos irlandeses del Condado de Cork. Se colaron al país hace unos seis meses disfrazados de sacos de papas irlandesas. Hay 17 de ellos en Minneapolis, todos de la misma edad, y todos claman a favor de 42.5 centavos por hora. Dicen que ése es el comienzo del comunismo . . . El apellido correcto del señor Dunnigan es Dunnigansky, primo de los muchachos Dunne y uña y carne con ellos en el chanchullo este de los 42.5 centavos por hora.

"OFICIAL: ¿Y qué del tal Brown?

"DIRECTOR: Es un judío que se apellida Bronstein, vendedor de pescado en el lado este de Nueva York. Llegó aquí hace unas semanas y trató de vender arenque Bismarck en el mercado. Luego se juntó con los Dunnskovitsky y forzó su entrada en el chan-



Bulletin of the Strike Committee of 100 and official organ of General Drivers, Helpers, Petroleum and Inside Workers Union, Local 574, affiliated with the American Federation of Labor.

STAFF

Farrell Dobbs..Fall Guy
Jim McGee..Office Boy
Carlos ("head¼s") Hudson..End Man
Jerry Hudson..Artiste
Max Marsh..St. Paul Correspondent
Albert Goldman..Mouthpiece
Marvel Dobbs..Military Reporter
William S. Brown, the Three Dunne Sisters and Carl Skoglund..Stooges
Herbert Solow..Guest Conductor

"The first strike daily in American history" — tribute from **The Organizer.**

FORTY-ONE ISSUES THAT KNOCKED THEM FOR A LOOP!

Published every day but Sunday at 225 South Third St., Minneapolis, Minnesota

SATURDAY, AUGUST 25, 1934

Volume 1, Number 40

El *Organizer* fue el primer diario huelguístico editado por un sindicato en Estados Unidos. Este membrete humorístico apareció en el número del 25 de agosto de 1934. En la redacción figuran James P. Cannon, como "Jim McGee", y Max Shachtman, como "Max Marsh, corresponsal en St. Paul". Se aludía al hecho que poco antes la Guardia Nacional había arrestado a Shachtman y a Cannon, obligándolos después a abandonar Minneapolis, por lo que tuvieron que alojarse por unos días en la vecina St. Paul.



"The Daring Old Gent On the Flying Trapeze"

Minneapolis Communism—42½ Cents an Hour

El *Organizer* responde al *red baiting*. "El intrépido y viejo caballero en el trapecio volador", se lee en la caricatura superior. Muestra a la Alianza Ciudadana volando de un trapecio que lleva el nombre del jefe de policía "Johannes", a otro titulado "Pánico rojo", a un tercero denominado "Guardia Nacional". El dibujo inferior ridiculiza a los red baiters con la inscripción, "Comunismo de Minneapolis: 42.5 centavos por hora".

chullo sindical, y consiguió que lo eligieran presidente del Local 574 . . . A propósito, es hijo de León Bronstein: el apellido original de este Trotsky que empezó todo el jaleo allá en Rusia.

"OFICIAL: ¿Y el gobernador Olson? Está metido con todos ustedes en el chanchullo comunista, ¿cierto?

"DIRECTOR: ¡Claro! Eso es lo más astuto de la trama. El tipo es una ficha. Su verdadero apellido no es Olson y tampoco es sueco: es sólo un truco para conseguir el voto escandinavo. Es de importación rusa —directamente de Moscú— y su verdadero apellido es Olsonovich. Ha ayudado mucho a la huelga. Esa redada que hizo del cuartel general del sindicato y eso de meter presos a los piquetes en la prisión militar, era todo un truco para lograr simpatía para los huelguistas.

"OFICIAL: Esto se está poniendo muy complicado para mí. En fin, ¿quién tramó todo esto?

"DIRECTOR: Bueno, a decir verdad, todo se planeó en Constantinopla hace unos meses. Algunos de los muchachos trabajaron una semana manejando camiones y ahorraron dinero suficiente para hacer un viaje a Europa. Fueron a Constantinopla para ver a Trotsky y recibir instrucciones para su próxima maniobra. Trotsky dijo: 'Muchachos, quiero una revolución en Minneapolis antes de la primera nevada'. Ellos dijeron 'OK' y empezaron a marcharse.

"Justo cuando estaban por abordar la lancha, Vincent Dunne se arrimó al viejo Trotsky y le dijo: '¿Cuál es su último consejo antes de que partamos?'

"OFICIAL: ¿Y qué dijo Trotsky?

"DIRECTOR: Dijo: 'Muchachos, ojo con ese Olsonovich. Es capaz de traicionarlos de un momento a otro'".

Esta sátira sobre los *red-baiters*, con sus dardos punzantes contra el gobernador, fue recibida a carcajadas por todo el movimiento obrero. Esta recepción ayudó a preparar el camino para otro golpe contra los patrones por medio del *Organizer*. Bajo el titular, "Aquí están los 166 tiranos", el periódico publicó una lista completa de las empresas de camionaje que combatían al sindicato. Se facilitaba esta información, decía: "para los que quieran saber

dónde gastan su dinero". Muy pronto llegaron solicitudes de toda la región para que la lista se publicara de nuevo en beneficio de los que no la habían visto la primera vez. No tardó en desarrollarse un movimiento de boicot sumamente eficaz, ligado directamente a una cruenta lucha huelguística. Aunque la pelea no podía ganarse así, el boicot podía por lo menos complicarle las cosas a la Alianza Ciudadana. En efecto, ayudó a presionar a tres de las 166 firmas del mercado para que rompieran la disciplina de la Alianza Ciudadana y se suscribieran a las condiciones originales Haas-Dunnigan.

Al aparecer esa grieta en sus filas, los patrones lanzaron un ataque público contra Haas y Dunnigan. Exigieron que Washington retirara a los mediadores, alegando que estaban "haciéndole el juego a la dirección radical del sindicato de camioneros". Haas y Dunnigan cedieron ante el ataque, abandonaron sus condiciones originales para un acuerdo e intentaron ayudar a los patrones a imponer condiciones más severas a los huelguistas. Su nueva posición se enfocó en dos puntos: (a) abandonar todo salario mínimo específico y (b) una cláusula para que los patrones pudieran impugnar la restitución de los huelguistas acusados de "violencia".

Los mediadores comenzaron su nueva ofensiva intentando presionarnos a Ray Dunne y a mí, el comité negociador del sindicato. Washington insistía en un acuerdo, decían, así que el sindicato tenía que ceder un poco de terreno. Nos exigían que recomendáramos sus nuevas condiciones a los miembros, diciendo que ellos mismos se dirigirían a las filas si rehusábamos hacerlo. Ray y yo simplemente dijimos que le informaríamos al sindicato lo ocurrido en nuestra conversación con ellos.

Se decidió conceder la solicitud de los mediadores de presentarse ante el comité de huelga. Cuando llegaron, se les hizo esperar fuera de la sala de reuniones hasta que el comité estuviera listo para recibirlos. Ray y yo dimos primero un informe del nuevo argumento de los mediadores, relatando lo que se había dicho en nuestra conversación con ellos. Se informó también que a los miembros del comité de huelga detenidos en la prisión militar ya

se les había informado de esta novedad, tras lo cual ellos habían votado a favor de rechazar los cambios en las condiciones del acuerdo. La propuesta se planteó entonces ante todo el comité y fue rechazada por unanimidad.

En ese momento, Haas y Dunnigan recibieron permiso de entrar a la reunión. Ninguno de los dirigentes principales tomó la palabra hasta que otros miembros del comité les habían dado su merecido. De las muchas preguntas que se les hicieron a los mediadores, éstas fueron típicas: "¿Por qué pasan por encima de nuestro comité negociador pero no por encima del comité negociador de los patrones? ¿Por qué no obligan a los 166 a que organicen una votación secreta sobre el plan de acuerdo original planteado por ustedes? El hombre que venga de Washington a juzgar los casos de 'violencia', ¿va a vestir de cuello blanco o de overoles?"

Después de completarse esa ronda, hablaron los principales dirigentes. Ray Dunne se encargó de la tarea principal de hacer añicos la nueva propuesta de los mediadores y reafirmar la posición del sindicato sobre las condiciones de un acuerdo. Durante la discusión Bill Brown descargó una reprimenda mordaz contra Haas y Dunnigan. "Hemos estado peleando por cuatro semanas", dijo. "Todos nos hemos sacrificado y luchado; dos de nuestros hermanos han caído a manos de los agentes de los patrones. Aceptamos su primer plan. Y ahora nos piden que nos sometamos y regresemos a la vieja esclavitud, ¿y ustedes hablan de justicia y honor?" Al reportar las palabras de Bill, el *Organizer* observó que él había provocado estruendosos aplausos del comité. Finalmente los mediadores pidieron que los excusaran de la reunión. Cuando el padre Haas abandonaba la sala, un joven trabajador católico se arrancó un crucifijo que llevaba al cuello y se lo tiró al sacerdote que partía.

Al fracasar con sus presiones sobre los mediadores federales, los patrones idearon un nuevo plan. Iniciaron una campaña de firmas para que la Junta Laboral celebrara una elección, supuestamente para determinar si los trabajadores querían o no que el Local 574 negociara una resolución de la huelga. El voto estaría

limitado a los empleados a quienes los patrones certificaran como "aptos" para votar. Con la engañosa palabrería jurídica de la petición, disimulaban su objetivo astuto de amañar los resultados llenando las listas electorales con votantes esquiroles. Iban a usar a la Junta Laboral como fachada para lograr que el gobierno federal patrocinara esta maniobra rompehuelgas. De inmediato el Local 574 organizó una contracampaña para exponer el fraude, pero los patrones seguían empujando, intentado lograr un avance con sus peticiones.

Mientras ocurría esto, el gobernador Olson aflojó nuevamente el sistema de permisos. Al poco tiempo, estaban permitiendo que miles de camiones circularan por las calles con aprobación militar, de los cuales ni siquiera un tercio eran propiedad de firmantes de las condiciones Haas-Dunnigan. La interferencia sindical contra los operativos rompehuelgas resultó en el arresto militar de los piquetes. Fueron condenados a trabajo forzado en la prisión militar, algunos por hasta 90 días. Cuando Marvel Scholl fue enviada como reportera del *Organizer* a cubrir los juicios militares, el oficial que presidía la expulsó de la sala del tribunal.

Las condiciones de la prisión militar eran deplorables. En un editorial el *Organizer* las describió bajo el título, "¡La prisión provisional es una pocilga!" A los prisioneros los amontonaban en carpas atestadas, sin cobijas suficientes. La comida insípida, traída en un camión descubierto, llegaba fría. Los retretes eran primitivos e infestados de moscas. Los baños eran bandejas oxidadas y una manguera. Y los guardias de la prisión confiscaban los ejemplares del periódico sindical. Siendo combatientes, los piquetes encarcelados se organizaron y gradualmente ganaron mejores condiciones.

En esta coyuntura de la guerra de desgaste que se iba desarrollando, el Local 574 convocó a una manifestación de huelga general. "Movilicemos a las reservas del movimiento obrero", instó el *Organizer* en un llamamiento al resto del movimiento sindical. A la Unión Central del Trabajo de Minneapolis se le pidió que sumara su voz a una solicitud de apoyo a la Federación Estatal del

Trabajo de Minnesota, que iba a celebrar un congreso el 20 de agosto. Como había sucedido después de la redada militar del cuartel general de la huelga, el llamamiento cayó en oídos sordos entre los funcionarios conservadores de la AFL. Sabían que la manifestación sería tanto contra los patrones como contra Olson, pues eran sus tropas las que realizaban la principal labor rompehuelgas. Incapaces de poner los intereses de los huelguistas por encima de todo, los agentes de negocios de la AFL estaban decididos, a toda costa, a defender al gobernador contra sus críticos dentro del movimiento obrero. También empezaron a dar su aliento oficioso a cautelosos desafíos internos contra la dirección del Local 574.

El 9 de agosto Cliff Hall tomó la ofensiva en una reunión del comité de huelga. Oficialmente todavía era el agente de negocios del Local 574 y anunció algunas decisiones que había tomado la junta ejecutiva oficial. Afirmó que la junta tenía poderes plenos sobre el comité de huelga y que había decidido desocupar el cuartel general de la huelga el 16 de agosto porque no había dinero suficiente para seguir pagando el alquiler. Dijo también que, como respuesta "oficial" del sindicato al *red-baiting*, una mayoría de los miembros de la junta había emitido una declaración de prensa. Resultó ser una apología evasiva destinada a aplacar a los cazadores de brujas, en la cual alegaban que ningún miembro del sindicato era miembro del Partido Comunista.

El comité de huelga aprobó una moción que instruyó al comité organizador (Ray, Miles y Grant Dunne, Carl Skoglund y yo) a que nos reuniéramos con la junta ejecutiva y resolviéramos el asunto. De inmediato se realizó la reunión conjunta del comité organizador con la junta ejecutiva. Como lo muestran las actas, se aprobó una moción de que "las órdenes del comité de huelga no pueden ser revocadas por la junta ejecutiva, en tanto que la junta ejecutiva integra el comité de huelga y puede expresar allí sus objeciones". También se aprobó una segunda moción de que "el comité [organizador] de cinco será incluido también en las reuniones de la junta ejecutiva".

Cuando se informó de estas decisiones en la siguiente sesión del comité de huelga, se dio otro altercado. Sam Haskell, el secretario-tesorero, afirmó que él era el único que tenía el poder de efectuar gastos. Hall repitió entonces su afirmación de que la junta ejecutiva tenía la autoridad suprema sobre el sindicato. Carl Skoglund los fustigó, señalando que la autoridad suprema eran los miembros del sindicato. Subrayó que los miembros habían autorizado al comité de huelga para que actuara en su nombre y, por tanto, éste tenía la autoridad de dar órdenes a la junta ejecutiva. Después que terminó el debate, el comité de huelga aprobó una moción de que "el comité de huelga, conjuntamente con la junta ejecutiva, decide todas las políticas del sindicato, incluidos todos los gastos de fondos, y todas las decisiones del comité de huelga serán definitivas en tanto dure la huelga". A pesar de ser derrotados en el comité de huelga, Hall y sus compinches no se dieron por vencidos. Simplemente pasaron a la clandestinidad, divulgando sus chismes de *red-baiting* a los que quisieran escucharlos entre las filas del sindicato y las miembros del comité auxiliar de mujeres.

Desde otra dirección se lanzó un ataque similarmente solapado. John Geary, un organizador general de Tobin, empezó a confabularse con un puñado de propietarios de taxis independientes. Su objetivo era restablecer el pequeño sindicato local de choferes de taxi, el cual se había disuelto dentro del Local 574 cuando los choferes de la Yellow Cab se sindicalizaron durante la huelga de mayo. Su objetivo inmediato era poner sus taxis nuevamente en las calles. Cuando el Local 574 se enteró de la maniobra, se convocó a una reunión de los propietarios independientes de taxi y sus choferes de relevo. Después de discutir la situación a fondo y esclarecer la maniobra de escisión, una mayoría de los presentes en la reunión votó a favor de permanecer en el Local 574 y mantenerse en huelga.

Poco después se lanzó un golpe desde la sede nacional de la AFL, un golpe que tenía señas de haber sido orquestado por Tobin. Los empleados de gasolineras se estaban sindicalizando e incorporan-

do al Local 574, junto a los choferes de camión de las compañías de combustible. Puesto que las compañías estaban negociando con el sindicato, a estos trabajadores no se les había convocado a la huelga. Parecería razonable pensar que todo problema de jurisdicción en tal situación se mantuviera pendiente mientras el Local 574 se hallaba luchando por su vida, pero no fue así.

Paul Smith, un agente de William Green, presidente de la AFL, fue enviado desde Washington para que inmediatamente pusiera a los empleados de gasolineras en un sindicato aparte. Realizó su intento a espaldas del Local 574, en medio de la huelga que éste libraba contra los patrones del camionaje. Con ese propósito, Smith convocó a una reunión y llegó a la sala acompañado de una docena de detectives para protegerlo.

Aunque el Local 574 no había recibido una invitación, envió a la reunión a una delegación encabezada por Grant Dunne. Al verlos, Smith titubeó en dar inicio a la reunión, así que Grant asumió la presidencia de la asamblea. Ordenó que los detectives abandonaran la reunión y Smith se escabulló con ellos. Entonces Grant y los demás representantes de nuestro comité de huelga se marcharon, traspasando la reunión a los propios operadores de gasolineras. Ellos decidieron quedarse con el Local 574, por lo menos mientras durara la huelga, aunque más tarde tuvimos que aceptar que se reorganizaran con su propio sindicato de la AFL.

Conforme transcurría la huelga, los problemas monetarios se fueron agravando. Aunque la Farmers' Holiday Association cumplió generosamente su promesa de mantener nuestro comisariato surtido con carne y verduras, aún teníamos que gastar unos 500 dólares al día en otros víveres. La gasolina para los escuadrones móviles ascendía a otros 400 dólares diarios, y al incluir medicinas y otros gastos incidentales, el costo para mantener la huelga andaba por los mil dólares diarios. El problema se alivió un poco gracias a grandes donativos de otros sindicatos. El Local 471 de los Choferes de Camiones Lecheros nos dio 6 mil dólares. El Local 42 del Sindicato Tipográfico respondió con mil dólares para el comisariato y prometió 250 dólares por semana mientras du-

rara el paro para ayudar a publicar el *Organizer.* Se recibieron otros mil dólares del Sindicato de Cocineros y Meseros, que estaba celebrando su congreso nacional en Minneapolis. Un flujo constante de pequeñas contribuciones llegó de trabajadores individuales, y también se recaudaron fondos recorriendo el estado con el camión de piquetes que había sido acribillado el Viernes Sangriento.

La situación se estaba volviendo más y más dura para muchos huelguistas individuales, al igual que para el propio sindicato. Los niños estaban mal alimentados. En muchos casos habían cortado la luz, el gas y el agua por no pagar las cuentas. Los problemas del alquiler se volvían cada vez más agudos. La lucha con la municipalidad a fin de obtener asistencia pública para los huelguistas se había convertido en una de nuestras mayores tareas. Para colmo, las empresas inmobiliarias habían lanzado una campaña para desahuciar a los huelguistas de sus hogares por atrasos con el pago del alquiler. En muchos casos pudimos evitarlo juntando el dinero para cubrir un mes de alquiler para una casa nueva y utilizando los camiones de piquetes para mudar a las familias desalojadas. Esa medida nos compraba al menos un mes más de tiempo, y hasta un poquito más, eliminando la necesidad de pagar alquileres atrasados.

Al considerarlo todo, el sindicato se encontraba un poco maltrecho. Habíamos estado en una batalla casi constante desde mayo. Cada vez circulaban más camiones con permisos militares. Algunos huelguistas empezaban a perder las esperanzas y poco a poco volvían al trabajo. Desde Washington estaban por enviar a un nuevo mediador federal, P.A. Donoghue, para reemplazar a Haas y Dunnigan. En la prensa se le hizo mucha propaganda como si se tratara de un tipo brillante, y a lo mejor venía para ayudar a que los patrones celebraran la elección fraudulenta que querían. La situación se estaba poniendo muy difícil.

Al Goldman señaló esto en una reunión especial que había solicitado con Jim Cannon, Carl Skoglund, Ray Dunne y conmigo: los cinco que constituíamos el comité timón del partido para la huelga. Al afirmó que nos habían derrotado y teníamos que tirar

la toalla. En cierto sentido había planteado un punto legítimo. Cuando una huelga está siendo derrotada no conviene mantener a todos los militantes en la línea de piquete hasta el final. En dicho caso es mejor que algunos de los luchadores retornen al trabajo, como si estuvieran abandonando la huelga, con la esperanza de que puedan ubicarse con miras a preparar una nueva batalla más adelante.

Si Al simplemente hubiera planteado la cuestión desde esa óptica, habría sido admisible. En cambio, él empezó a argumentar enérgicamente que la huelga debía suspenderse de inmediato. Me parecía que iba demasiado lejos al insistir en esa decisión. Aunque ya había estado en el escenario poco más de un mes, su percepción del estado de ánimo entre las filas no era tan buena como la que teníamos Ray, Carl y yo: los que habíamos mantenido un íntimo contacto con los miembros del sindicato por mucho más tiempo y a través de muchas luchas. Me parecía que una persona que llegaba a la situación desde fuera, como era el caso de Al, no debía ser tan categórico en torno a una cuestión de vida o muerte para el sindicato. No fui el único con ese criterio. Carl Skoglund tomó la delantera al abogar por la continuación de la huelga. Ray Dunne se le unió, y yo también, y tuvimos un debate acalorado. Jim Cannon, quien tenía más experiencia práctica en huelgas que Al Goldman, primero escuchó con mucho cuidado nuestros argumentos. Luego dijo que consideraba un hecho clave el que los dirigentes que tenían el contacto más estrecho con las filas aún pensaran que la huelga se podía ganar.

Nos parecía que no sólo era cuestión de que el sindicato estuviera desgastándose. Los patrones tampoco estaban tan frescos como margaritas. Sabíamos que estaban presionando a la Alianza Ciudadana para que les dejaran llegar a un acuerdo con los trabajadores. Si pudiéramos resistir un poco más, aún existía una buena posibilidad de que el sindicato ganara.

Al final del debate, Goldman había cambiado de opinión, y parecía haber cobrado una nueva confianza ante nuestra insistencia de que la huelga debía continuar. Se formuló una consigna para

publicarse en el *Organizer:* "El Local 574 no aceptará elecciones falsas". El sindicato exige que no se celebren elecciones, declaramos en un editorial, a menos que todos los huelguistas primero puedan regresar a trabajar sin discriminación. Una victoria sindical en las elecciones, insistimos, tendría que significar que los patrones estarían obligados a reconocer al Local 574 y a cumplir todas las condiciones del plan Haas-Dunnigan.

13

Triunfa el Local 574

Nuestra evaluación más optimista de la situación se vio confirmada por la manera en que la larga batalla llegó súbitamente a su fin. El nuevo mediador federal, P.A. Donoghue, no había llegado de Washington para montar una farsa electoral como habíamos sospechado que sería su objetivo. Más bien, parecía que el presidente Roosevelt había decidido ayudar al gobernador Olson a desembarazarse de la huelga antes de las elecciones de noviembre. Eso era de entenderse porque la administración del Partido de los Agricultores y Trabajadores estaba apoyando a los demócratas de Roosevelt en la política nacional.

Como nuevo mediador, Donoghue estaba en una posición que le permitía comunicar a los patrones los deseos de Roosevelt y al mismo tiempo permitirles guardar las apariencias al sustituir a Haas y Dunnigan en las negociaciones. Cualesquiera que fueron sus instrucciones, Donoghue puso manos a la obra. El 21 de agosto de 1934, presentó al sindicato una nueva propuesta para resolver la huelga. Al hacerlo nos informó "confidencialmente" que había convencido a A.W. Strong, jefe de la Alianza Ciudadana, de que pusiera fin a la lucha. Nosotros exigimos una muestra más explí-

cita de la actitud de los patrones antes de presentar la nueva propuesta a la militancia del sindicato. Donoghue respondió en el acto. Dictó y firmó una carta en que declaraba: "Por la presente se les informa que los Empleadores han accedido a que la Junta Laboral Regional de Minneapolis-St. Paul suscriba un decreto de consentimiento con la propuesta que se les presentó a ustedes esta tarde". Ya que ahora se vislumbraba un acuerdo, el sindicato exigió también que el gobernador Olson pusiera por escrito una promesa de excarcelar a todos los piquetes, lo cual hizo.

Según las condiciones del decreto de consentimiento al que se refería Donoghue, la Junta Laboral debía celebrar, dentro de un plazo de 10 días, una elección para la negociación colectiva. Sólo votarían los empleados que figuraran en la nómina al 16 de julio, el día antes del inicio de la huelga; no se permitiría votar a los esquiroles. En empresas en las que el Local 574 ganara una mayoría de votos, sería reconocido como agente negociador de todos los empleados, y se exigiría que los patrones negociaran con él.

En cuanto al tema de los trabajadores internos, que había llevado a la huelga de julio y agosto, se reafirmó el avance logrado en el plan original de Haas-Dunnigan. Las 22 empresas del mercado debían reconocer el derecho del sindicato de representar a los choferes, ayudantes, trabajadores de andén y trabajadores internos. Por trabajadores internos se entendía todos los empleados que trabajaran dentro del establecimiento, salvo los oficinistas y vendedores. Tal como se había planteado en la propuesta anterior, la representación sindical estaría más restringida en el resto de las 166 empresas en cuyo nombre hablaba el Comité Asesor de Empleadores. En estos casos, los empleados incluirían sólo a los conductores, ayudantes y trabajadores de andén que estuvieran directamente involucrados en la carga y descarga de camiones. Respecto a este punto, manteníamos el criterio de que un sindicato victorioso podría lograr la representación de todos sus miembros en la práctica, aun si algunos no estuvieran incluidos explícitamente en las condiciones del acuerdo.

Por primera vez desde que originalmente se habían presentado

las reivindicaciones sindicales, los patrones se comprometían de forma definitiva a cifras específicas sobre el salario mínimo. Se pagaría no menos de 50 centavos por hora a los choferes de camión y 40 centavos por hora a los ayudantes, trabajadores de andén y trabajadores internos. Se estipuló que no se reduciría ningún salario vigente que fuera mayor que estos niveles mínimos. Se creó una disposición para someter al arbitraje la demanda sindical a favor de escalas de salario mínimo más altas.

La junta de arbitraje estaría integrada por dos representantes sindicales, dos representantes patronales y un quinto representante elegido por estos cuatro. Una vez que la elección celebrada por la Junta Laboral hubiese decidido la representación sindical, los fallos de la junta de arbitraje se aplicarían de forma retroactiva. Todos los empleados serían restituidos a sus puestos, sin discriminación, en base a su antigüedad. No se permitiría ni la contratación "preferencial" de esquiroles ni artimañas acerca de "violencia" para tomar represalias contra huelguistas.

Si bien el acuerdo estipulaba mucho menos de lo que merecían los trabajadores, era lo máximo que podíamos conseguir en ese momento. En su conjunto, las conquistas que se estaban logrando ofrecían una base sólida desde la cual se podría avanzar en la tarea de forjar el sindicato. De estas consideraciones se desprendía que la dirección debía recomendar que los integrantes del sindicato aprobaran la resolución. De inmediato se convocó a una sesión del comité de huelga de 100 para considerar la nueva coyuntura. El comité votó a favor de solicitar que se aceptaran las condiciones propuestas, las que se someterían ante una asamblea general esa misma noche, 21 de agosto. A mí se me asignó rendir un informe sobre la propuesta ante la reunión y recomendar su aprobación.

Ya corrían rumores sobre el inminente fin de la huelga, y en la asamblea prácticamente se respiraba un ambiente de alivio por estar a punto de concluir la batalla. Como sucede usualmente en el movimiento de masas, había también quienes querían seguir luchando hasta las últimas consecuencias para obtener mayores

concesiones de los patrones. Entre ellos había un trabajador que daba muestras de que, camino a la reunión, había pasado por la cervecería. Apenas terminé el informe pidió la palabra. "Eso no cumple con las demandas por las cuales salimos en huelga", dijo. "¿Qué le pasa al hermano Dobbs, será que perdió las agallas?"

Su actitud era una excepción al sentir general de los huelguistas, según se manifestó en la discusión que siguió. Lo único que tuvimos que hacer realmente los dirigentes fue enmarcar el resultado de la huelga dentro de las perspectivas futuras que le ofrecía al sindicato. Las condiciones del acuerdo fueron aceptadas casi por unanimidad, y la jubilosa asamblea concluyó entonando *Solidaridad para siempre.*

Después de casi cinco semanas de un enconado conflicto, tras la reñida huelga de mayo, los trabajadores habíamos ganado una victoria arrolladora. La creciente conciencia de lo que se había logrado se reflejó en el ambiente que reinaba en el cuartel general de la huelga tras concluida la asamblea general. Un buen ejemplo fue el orgullo con que el Hermano Sloan hizo su anuncio por los altoparlantes. Sloan, a quien habíamos apodado "Hermano", declaró al cerrar las transmisiones: "Aquí Radio 574, con 7 500 piquetes, 450 autos de escuadrones móviles, 16 motos y dos avionetas, por autoridad del Comité de Huelga de 100".

En un editorial que aclamaba el triunfo sindical, el *Organizer* observó que "termina la huelga pero no concluye la lucha". Advirtió que en las elecciones de la Junta Laboral, a celebrarse el 28 de agosto, los patrones recurrirían a sus artimañas de siempre. Habría dos listas opuestas: la del Local 574 y la de los candidatos del sindicato amarillo. En un afán de robarse las elecciones se usaron varios ardides patronales. Inflaron las nóminas con oficinistas y vendedores. Se intentó excluir a algunos sindicalistas de las nóminas. También hubo casos en que algún patrón intentó poner el nombre de un buen sindicalista en la lista de los candidatos del sindicato amarillo.

Para combatir esas maniobras el Local 574 se organizó para las elecciones como se había preparado para la huelga, utilizando

como arma principal el *Organizer.* Se mantuvo la publicación diaria del periódico sindical durante todo el periodo preelectoral. (Luego de las elecciones, el *Organizer* continuó publicándose brevemente como semanario y poco después se suspendió por falta de fondos.) A medida que los sindicalistas informaban sobre cada truco patronal, el periódico publicaba una alerta general y explicaba cómo combatir la maniobra solapada. La campaña sindical culminó en un gran mitin al aire libre la víspera del voto. Se invitó también a los trabajadores dentro de la industria que no eran miembros, y los oradores explicaron de forma amistosa por qué ellos debían votar a favor del sindicato victorioso y afiliarse a él.

Los resultados electorales convirtieron al Local 574 en representante negociador del 61 por ciento de los empleados de la industria general del camionaje. Por votos mayoritarios, el sindicato ganó el derecho de hablar en nombre de todos los empleados en 62 empresas. En 15 compañías el voto terminó empatado. En esos casos el Local 574 tenía el derecho de representar a su mitad de los empleados, logrando así el reconocimiento del sindicato en estos trabajos. En casi todas las compañías grandes los trabajadores votaron por un margen de aproximadamente tres a uno a favor del Local 574, y el bloque de 22 empresas del mercado votó sólidamente a favor de sindicato. Las listas patronales ganaron una mayoría en 68 sitios. Se trataba principalmente de empresas pequeñas que en general funcionaban en términos paternalistas, de tipo semifamiliar. En 21 compañías no hubo votación. El Local 574 no había sindicalizado estas firmas, pero se habían sumado al resto de las 166 en la guerra contra el sindicato. Al considerarlo todo, el sindicato se había establecido prácticamente en todas las ramas de la industria del camionaje.

Justo después de las elecciones, el sindicato presentó una solicitud de arbitraje, buscando aumentar los salarios mínimos por encima de los niveles ofrecidos en el acuerdo que resolvió la huelga. A Grant Dunne y a mí nos tocó representar el sindicato en la junta de arbitraje. Se escogieron distintos representantes patronales yendo de una compañía a otra. Se acordó que John R. Coan, un

abogado en la ciudad, fuera el quinto miembro "imparcial" de la junta. Había que llegar a una decisión sobre salarios para cada una de las 77 empresas donde el sindicato había ganado una mayoría o logrado un empate en la votación. Los sectores afectados de esta industria eran: transferencias, el mercado, madera, café, muebles, abarrotes al por mayor, ferretería y plomería, agua de manantial, cal y cemento, empaque, pintura y vidrios, papel y detallistas.

Como caso piloto, el Comité Asesor de Empleadores escogió una compañía de transferencias. Luego que el sindicato y los patrones habían deliberado el caso en la junta, Coan falló a favor del Local 574. A los conductores de camiones se les otorgó un mínimo de 52.5 centavos por hora desde el 15 de septiembre de 1934 hasta el 31 de mayo de 1935, y 55 centavos por hora desde el primero de junio de 1935 hasta el 31 de mayo de 1936. Se especificaron escalas mínimas de 42.5 centavos y 45 centavos durante los mismos dos plazos para los ayudantes, trabajadores de andén y trabajadores internos.

Coan no había hecho más que aplicar en la primera etapa la propuesta Haas-Dunnigan, y en la segunda elevar los salarios al nivel de la demanda que había planteado el sindicato antes de la huelga. Su decisión reflejó las presiones creadas por la tremenda batalla ofrecida por el Local 574. La inclusión de los trabajadores internos en la decisión —cuando el acuerdo de la huelga estipulaba que en una compañía de transferencias sólo representaríamos a conductores, ayudantes y trabajadores de andén— confirmaba nuestra evaluación del impacto de la victoria sindical. Significaba un reconocimiento formal de nuestro derecho a representar a los trabajadores de almacenes, embaladores de muebles, etcétera, y sentaba un precedente para una expansión comparable de nuestro derecho a representar a todos los miembros del sindicato en otras compañías. Después de la decisión de arbitraje en el caso de transferencias, el sindicato estableció las mismas escalas salariales en las negociaciones directas con las empresas del mercado. Luego el Comité Asesor de Empleadores anunció que las 77 compañías aceptaban el fallo de Coan sobre salarios.

El hecho que acordáramos llevar a cabo este proceso de arbitraje era estrictamente una decisión táctica surgida de las complejidades del conflicto. Los asuntos fundamentales eran el reconocimiento del sindicato y el derecho a representar a todos los miembros del sindicato. No habríamos aceptado que se arbitrara ninguno de estos puntos básicos. De hecho, habíamos denunciado la propuesta del gobernador Olson, tras la huelga de mayo, de que se arbitrara el problema de los trabajadores internos. Estos eran asuntos que se tenían que pelear hasta el final. La limitada concesión que habíamos hecho sobre la cuestión de los trabajadores internos al aceptar la propuesta original Haas-Dunnigan era resultado del aprieto en el cual se hallaba el sindicato en esos momentos. Aún seguíamos dispuestos a luchar de alguna otra forma para recuperar el terreno que las circunstancias nos habían obligado a ceder, y estábamos seguros de que el triunfo de la huelga lo haría posible.

Aparentemente conscientes de nuestra determinación sobre este asunto y no deseosos de librar en seguida otra lucha con el sindicato, los patrones cedieron respecto a este punto al aceptar el fallo de Coan. Aunque el sindicato acogió como una ganancia inesperada la ampliación de la definición de trabajadores internos por parte de Coan, habríamos rechazado todo intento suyo de congelar la envergadura de la representación sindical a través de su fallo. Para nosotros eso no era un asunto arbitrable.

Ya que el reconocimiento del sindicato era el punto primordial en la feroz batalla contra los patrones, podíamos darnos el lujo de ser un poco flexibles sobre la cuestión salarial en tanto que eso nos podría ayudar a ganar el punto principal. Cualquier revés en el ámbito salarial que surgiera de esta línea táctica no sería más que limitado y temporal. Una vez que el sindicato estuviera firmemente establecido en los centros de trabajo, los trabajadores tendrían una base sólida para avanzar gradualmente en cuanto a salarios y condiciones laborales. Estas consideraciones nos llevaron a aceptar el arbitraje sobre salarios para que el principal enfoque de la huelga pudiera ser el reconocimiento del sindicato.

Nuestra decisión de ninguna manera implicaba que aceptábamos la perspectiva y las prácticas del típico agente de negocios sindical. A diferencia de tales maldirigentes, no pretendíamos sustituir una acción huelguística con el arbitraje para lograr que los patrones nos aceptaran como "estadistas del movimiento obrero".

Entendíamos totalmente que en disputas entre trabajadores y capitalistas no existe tal cosa como un árbitro "imparcial". En realidad no hay terreno intermedio en tales situaciones, y nadie es inmune a los conflictos que ocurren. A través de los años, los árbitros —quienes por lo general son abogados, juristas, predicadores, etcétera— han dejado una larga estela siendo "neutrales" a favor del bando capitalista. Su miserable historial se desprende de su aceptación de las normas de la clase dominante, junto con su propio deseo de ascender en el mundo capitalista. Estos factores los hacen susceptibles a muchas formas de presión por parte de la clase patronal. En el mejor de los casos, los árbitros harán apenas concesiones tímidas a los sindicatos, y sólo bajo fuertes contrapresiones de la clase trabajadora.

Por estas razones los trabajadores deben evitar el arbitraje de sus reclamos donde sea posible. Al tratar problemas básicos, hay que recurrir al arbitraje únicamente bajo circunstancias muy excepcionales: por ejemplo, en un esfuerzo por preservar algunas concesiones patronales en una huelga que por lo demás está perdida. Cuando por razones tácticas se someten aspectos secundarios al arbitraje, debe ser considerado como un mal necesario y no un procedimiento deseable. La decisión de llevar al arbitraje quejas por violaciones patronales de un contrato sindical es un curso muy peligroso para los trabajadores. Lo que sucede como regla general es que las quejas se van acumulando detrás del dique del arbitraje y el patrón se sale con la suya. Al respecto, el Local 574 retuvo el derecho incondicional a la huelga cuando aceptó el acuerdo del 21 de agosto. El sindicato quedó libre de realizar huelgas para resolver reclamos y por cualquier otra causa.

Tras concluir la huelga de julio–agosto, el sindicato agradeció a sus amigos por su ayuda. Para citar algunos ejemplos notables,

a Herbert Solow se le nombró miembro honorario del sindicato en muestra de aprecio por su trabajo como director del *Organizer.* La imprenta Argus también fue recordada por su valerosa impresión del diario de la huelga. Se rindió tributo especial a Joe Goslin, el capataz; Ace Johnston, el linotipista; y Roy Kalstron, el cajista de la Argus. El doctor McCrimmon se convirtió en el médico de familia para muchos hogares sindicales, y después de un tiempo el propio sindicato elaboró con él un plan médico cooperativo.

A Joe Davis, quien manejaba el bar Lyons cerca del cuartel general del sindicato, también le dimos un elogio especial gastándole una broma. Él había mantenido latas en el bar para recaudar fondos para el sindicato; habíamos utilizado su teléfono para hacer llamadas de larga distancia a su cuenta; y a menudo él había facilitado la fianza para sacar de la cárcel a los piquetes. Se le envió a Joe un telegrama oficial de agradecimiento con la siguiente posdata: "Sabemos que no te va a molestar que esto te lo enviemos por cobrar ya que hay pocos fondos". Joe le dijo más tarde al reportero del *Organizer,* "Al ver que traía buenas noticias, tuve que darle una peseta de propina al mensajero, así es que me costó un dólar que me agradecieran".

E.G. Hall, presidente de la Federación Estatal del Trabajo de Minnesota, no figuraba en nuestra lista de quienes había que agradecer, ya que al día siguiente de terminar la huelga apuñaló al sindicato por la espalda. En el *Minneapolis Tribune* del 22 de agosto de 1934, se informó que había dicho, "La dirección de la huelga de camioneros en Minneapolis ha creado un tumulto al tratar de incluir otros oficios en el sindicato de choferes y al prometer lo imposible". También se dijo que había insinuado ampliamente que se libraría una lucha contra las "tendencias comunistas" dentro de la AFL estatal.

Este ataque por el jefe de la Federación Estatal del Trabajo alentó a Cliff Hall a incrementar su campaña de *red-baiting* dentro del Local 574. Él se hallaba ahora en una situación un poco más ventajosa para llevar a cabo estas maniobras. La disolución del comité de huelga después del 21 de agosto había restaurado la autori-

dad formal a la junta ejecutiva, y él aún controlaba una leve mayoría en ese organismo. Las compinches de Hall en el comité auxiliar de mujeres libraron ataques especialmente rudos contra los dirigentes de la huelga. Las cosas se deterioraron tanto que había que hacer algo rápidamente. Así es que Moe Hork presentó una moción en la junta ejecutiva para disolver el comité auxiliar, y Brown y Frosig ayudaron a lograr que se aprobara. Moe había realizado una buena labor durante la huelga. Como indicaba esta acción de su parte, estaba rompiendo con su previa colaboración con Hall.

Ya estaba claro que toda la pandilla de Hall tenía que ser barrida de los cargos sindicales antes de que su labor de desorganización empezara a debilitar la organización. Como primer paso, Bill Brown propuso la dimisión de todos los funcionarios titulares, inclusive él mismo. Los demás aceptaron dimitir, creyendo, al parecer, que podrían ganar en las nuevas elecciones. Nosotros postulamos candidatos de oposición para los puestos que ocupaban los secuaces de Hall e hicimos una fuerte campaña contra ellos. Cuando se contaron los votos, se había escogido la siguiente nueva junta ejecutiva: Bill Brown, reelecto como presidente; George Frosig, reelecto como vicepresidente; Grant Dunne, nuevo secretario de actas electo; F. Dobbs, nuevo secretario-tesorero electo; Ray Dunne y Harry DeBoer, nuevos síndicos electos; y Moe Hork, reelecto como síndico. Ni Miles Dunne ni Carl Skoglund habían sido escogidos como parte de nuestra lista. A Miles se le había dado la responsabilidad de ayudar al sindicato de los Teamsters en Fargo, Dakota del Norte. No se había considerado prudente que Carl fuera candidato debido a su problema en torno a la ciudadanía.

Los incompetentes que ocupaban cargos en la vieja junta ejecutiva ahora habían sido destituidos por los miembros. Fueron remplazados por dirigentes que se habían ganado el apoyo de las filas durante la larga lucha del sindicato contra los patrones. Para completar la renovación, la nueva junta rápidamente despidió a Cliff Hall de su cargo como agente de negocios. Se tomaron medidas para desarrollar un plantel de organizadores sindicales que

se comportarían como luchadores obreros, no como agentes de negocios de la AFL que buscan actuar "como estadistas". Todo esto, hecho en el momento oportuno, se logró con la misma facilidad con que se arranca una tusa seca de una mazorca de maíz madura.

Estos cambios en la dirección oficial prepararon el terreno para una mayor consolidación del Local 574. El antiguo comité de huelga de 100 se transformó ahora en un instrumento de control sindical en los centros de trabajo. Sus miembros, junto a los antiguos capitanes de piquete, fueron elegidos por los trabajadores como delegados sindicales. Su tarea consistía en hacer cumplir el acuerdo que concluyó la huelga y presionar lo más posible, yendo más allá de sus condiciones específicas, a fin de preparar el terreno para avances en el próximo contrato sindical. Su experiencia huelguística los hizo delegados muy capaces. Respaldados firmemente por la fuerza del sindicato, comenzaron de manera combativa a obligar a los patrones a cumplir al pie de la letra con el acuerdo. Al mismo tiempo, tomaron la iniciativa para reclutar a nuevos miembros al sindicato y, como parte de sus tareas, se encargaron de que las cuotas sindicales se pagaran sistemáticamente.

Se prestó atención especial a la situación de los trabajadores del carbón. Cuando el negocio mejoró en el otoño, el sindicato luchó por el retorno de todos los empleados a sus trabajos en base a su antigüedad. Los patrones que tan arrogantemente habían despedido a los militantes sindicales la primavera pasada, ahora se veían obligados a restituirlos . . . o atenerse a las consecuencias. Huelgas relámpago en un par de depósitos de carbón reformaron a los incrédulos. Después de eso, fue principalmente asunto de hacer cumplir el acuerdo existente, que duraba hasta la primavera de 1935.

Paralelamente a enfocar la atención en la industria del carbón, se tomaron medidas para desarrollar en el Local 574 una sección especial para los trabajadores desempleados. Los dirigentes del Consejo Central de Trabajadores de Minneapolis (MCCW) aplaudieron la medida y acordaron disolver su organización dentro del nuevo arreglo sindical. Si bien los desempleados aún tendrían su propia agrupación como sección especial del sindicato, la afilia-

ción directa al Local 574 les brindaba una nueva palanca como parte integral del movimiento sindical oficial.

El salto en el número de miembros del MCCW entre mayo y agosto había sido un acontecimiento excepcional, directamente relacionado con las acciones de masas del momento. Ahora estaba experimentando una abrupta disminución de fuerzas debido a la relativa calma tras el paro de los conductores de camión, pero los cuadros básicos permanecían intactos. Entre estos últimos había varias figuras que podían ayudar mucho a echar a andar la nueva sección sindical. Lo que necesitaban ante todo era ayuda de un dirigente político competente, pero el plantel del sindicato no podía prescindir de tal persona. Para cerrar la brecha, lo tendría que hacer la Liga Comunista. Esta responsabilidad clave le tocó a Max Geldman, un miembro del partido que se había trasladado a la ciudad desde Nueva York después de la huelga de julio–agosto. Él cumplió su cargo, desempeñó bien su trabajo y a partir de entonces ocupó un papel destacado en el movimiento de los desempleados en Minneapolis.

Aunque la Liga Comunista había actuado con prontitud para reforzar bien a los camaradas locales mientras se libraba la batalla, sus fuerzas limitadas excluían la posibilidad de asignar a miembros a largo plazo para consolidar el sindicato. Por eso la llegada de Max fue más o menos un golpe de suerte que no tardamos en aprovechar. Ya que no era realista esperar más ayuda de este tipo, teníamos que seguir adelante a partir de nuestros propios recursos locales. Para ese fin había disponibles fuerzas considerables. Para el otoño de 1934, la rama del partido en Minneapolis había crecido a unos 100 miembros y simpatizantes cercanos, más del doble del número de miembros que había tenido un año antes. Se había captado a los reclutas en diversos sindicatos locales, así como entre estudiantes e intelectuales. En el caso del Local 574, ahora existía una fracción grande y creciente del partido. Las causas de este crecimiento tal vez puedan ilustrarse con algunos ejemplos concretos.

Marvel Scholl, quien había luchado en las huelgas como miem-

bro del comité auxiliar de mujeres, habló de su evolución política en su diario: "Fue el 20 de julio, el Viernes Sangriento, que decidí en mi mente, mejor dicho en mi corazón, unirme a la Liga Comunista de América . . . El cuartel general se había convertido en un hospital del frente de batalla por unas horas . . . Cuando se habían llevado a los últimos heridos a los numerosos hospitales para recibir más tratamiento, me escabullí y fui al hotel donde Jim Cannon y Max Shachtman tenían una habitación. Jim estaba solo en el cuarto. Le dije: 'No sé de qué se trata la Liga, pero sea lo que sea, si está en contra de lo que pasó hoy, me quiero unir'. Jim fue delicado conmigo. Me explicó que a nadie se le permitía unirse al partido puramente por razones emocionales, que tenían que saber a qué se unían, qué es lo que defendían, en contra de qué estaban y, a partir de este conocimiento, decidir si querían dedicar la vida a la causa. Él habrá notado mi estado de conmoción, y aunque acogía bien mis intenciones, me aconsejó que aprendiera qué era el programa, qué significaba convertirse en socialista revolucionario. Pero desde ese día mis intenciones estaban claras. Me pusieron bajo la tutela de Carl Skoglund . . . No fue sino hasta después que terminó la huelga que fui admitida al partido".

Aunque de forma distinta, el Viernes Sangriento también tuvo su impacto político sobre Harry DeBoer. Posteriormente describió así su situación: "¡Terminé con pesas de 45 libras colgando de la pierna y con guardias para que no me escapara!" Después que lo operaron y que empezó su larga convalecencia, Harry tuvo mucho tiempo libre a su disposición. Los compañeros de huelga llegaban a verlo cuando podían, entre ellos miembros del partido con quienes podía sostener discusiones políticas.

Oscar Coover, padre, le llevó el primer tomo de una de las obras básicas de Marx, *El capital*, para que lo leyera. Es un tomo grande y difícil de manejar si uno está acostado, y además en aquel entonces Harry no era un hombre muy dado a la lectura. Prefería hablar sobre política con aquellos cuyas opiniones respetaba, y también reflexionaba bastante. De todo esto surgió su decisión de unirse a la Liga Comunista. Al explicar su acción planteó una

amplia generalización política sobre la victoria del Local 574 que es difícil de superar: "No podríamos haberlo hecho sin un partido revolucionario disciplinado".

Bill Brown también llegó a considerarse trotskista. Aunque esto no lo llevó a ser miembro activo de la Liga Comunista, eso no necesariamente implicaba una vacilación política de su parte. A mí, personalmente, me pareció que su actitud demostraba su profundo respeto hacia el partido. Bill era una persona indisciplinada, y parecía conocerse lo suficientemente bien como para entender que eso no cambiaría simplemente con unirse a la Liga. Si hubiéramos tratado de convencerlo de lo contrario, como miembro formal podría haber terminado siendo un problema. Resultó que desempeñó un papel inapreciable como simpatizante cercano. Colaboró de forma leal y consecuente con la fracción del partido en todas las cuestiones importantes dentro del Local 574. Cada vez que una figura nacional del partido pasaba por la ciudad como parte de una gira de charlas, Bill estaba presente para escuchar la plática y, muchas veces, parte de lo que escuchaba se incorporaba a su próximo discurso importante en el movimiento sindical. También era generoso al hacer contribuciones financieras al partido, insistiendo que diéramos por sentado su apego a esta obligación particular de los miembros del partido.

El Local 574 se hallaba en una mala situación financiera después de la huelga, y cada miembro de la plantilla sindical recibía a lo sumo 20 dólares por semana, a veces menos. De esa suma, los miembros del partido que integrábamos la plantilla habíamos decidido que cada uno contribuiría un dólar por semana a la rama del partido. Al respecto, se dio un incidente que reflejó nuestra costumbre de gastarnos bromas pesadas, práctica que nos ayudó a mantener un sentido de la proporción en aquellos tiempos turbulentos. Bill había pedido que se le incluyera en la lista de deducciones para el partido. Un día, como secretario-tesorero, yo estaba repartiendo la paga sindical y Harry DeBoer, quien para entonces se había recuperado de su lesión, estaba recogiendo las contribuciones para el partido. Cuando Bill recibió su paga, apre-

tó el dinero cerrando los puños, se metió las manos en los bolsillos y le dijo a Harry: "Te puedes quedar con el dólar si logras tomarlo". Después de forcejear con Bill hasta tumbarlo al suelo, raspándole la nariz y en general maltratarlo un poco, DeBoer consiguió el dólar. Bill sonrió y le dijo a Harry, "Hice que te lo ganaras, holandés hijueperra".

La fracción de la Liga Comunista dentro del Local 574 funcionaba como una sola unidad. Todos los camaradas gozaban de igualdad de voz y voto, ya fueran dirigentes o miembros de las filas sindicales. Los miembros del partido en otras esferas de actividad estaban organizados de forma parecida, en cada caso en fracciones separadas. Estas fracciones a su vez formaban parte de una rama general del partido, que en este caso abarcaba a todos los camaradas en la ciudad. La estructura permitía que quienes militaban en un determinado campo de actividad se concentraran de forma organizada en su labor específica. Al mismo tiempo permitía contrarrestar cualquier tendencia de quedarse demasiado enfrascados en actividades especializadas a costa de su educación y visión políticas más amplias. En el caso del Local 574, por ejemplo, los problemas sindicales eran tan apremiantes y complejos que los camaradas fácilmente podían llegar a enfrascarse con ellos de forma tan unilateral que podían descuidar otros asuntos políticos y organizativos. El ser integrante de una rama general de miembros les ayudaba a contrarrestar ese peligro. Se veían atraídos hacia tendencias más amplias de pensamiento político y hacia los procesos educativos multifacéticos del partido. De esta manera los camaradas sindicalistas se volvían más hábiles en realizar sus propias tareas especiales y el partido podía ayudarles mejor a hacer su trabajo.

Además, el partido era el mejor medio para que los camaradas sindicalistas se mantuvieran al corriente de las tendencias nacionales en el movimiento obrero. Nuestras huelgas se habían desarrollado durante el quinto año de la gran depresión y el segundo año del resurgimiento del movimiento obrero. Constituyeron una de las tres destacadas batallas de clases de 1934; las otras dos fue-

ron las de los obreros automotrices en Toledo y los estibadores en San Francisco. Todas estas huelgas fueron dirigidas por radicales, contra la oposición de funcionarios sindicales conservadores. Tendieron a rebasar las líneas jurisdiccionales estrechas y fueron dirigidas de manera combativa frente a las severas represiones policiacas. Estos combates no sólo demostraron que los trabajadores pelearían por sus derechos y que podían hacerlo: demostraron que auténticas acciones de las filas obreras eran capaces de triunfar. En estos tres casos los patrones fueron derrotados y obligados a reconocer el sindicato.

Esta serie de victorias dio un ímpetu tremendo a la moral de los trabajadores insurgentes por todo el país. El impulso creciente del movimiento obrero llevó a luchas históricas en las industrias básicas que llevaron a la formación del Comité para la Organización Industrial (Committee for Industrial Organization—CIO) y culminaron con la ola de huelgas de brazos caídos que comenzó dos años más tarde. Era vital que tuviéramos un entendimiento básico de este fenómeno en desarrollo para trazar el futuro del Local 574. La creciente marejada de combatividad obrera podía brindarnos apoyo objetivo en nuestras batallas venideras, siempre y cuando comprendiéramos claramente el significado de los sucesos y mantuviéramos un buen sentido del momento oportuno.

En términos más inmediatos, las tendencias objetivas ya estaban conduciendo a nivel nacional hacia el refuerzo de los cuadros sindicales de nuestro partido. De forma paralela a la huelga de mayo de Minneapolis, el Partido Americano de los Trabajadores (American Workers Party—AWP) había dirigido la lucha comparablemente combativa de los obreros automotrices en la compañía Electric Auto-Lite en Toledo, Ohio. También había forjado un importante movimiento de desempleados, concentrado en Ohio, Pennsylvania y regiones aledañas. El AWP era de carácter centrista; abarcaba tanto a revolucionarios en potencia como a oportunistas políticos. Para nosotros lo importante era la presencia entre sus filas de trabajadores combativos que iban en nuestra dirección en términos políticos. Una consideración colateral era

impedir que los estalinistas acuchillaran al AWP mientras nosotros captábamos a los militantes a nuestro programa revolucionario.

Con ese objetivo, la Liga Comunista inició una discusión fraterna con el AWP. Para diciembre de 1934, nuestros esfuerzos habían conducido a una fusión de las dos organizaciones en una nueva agrupación llamada el Partido de los Trabajadores de Estados Unidos (Workers Party of the United States). Poco después de la fusión, Jim Cannon, quien había encabezado la Liga Comunista de América, y A.J. Muste, quien había sido el dirigente central del Partido Americano de los Trabajadores, hicieron una gira nacional conjunta. Su arribo a Minneapolis fue acogido con gran júbilo. Todos los camaradas se sintieron doblemente inspirados para avanzar tanto en la labor sindical como en la construcción del partido.

A nivel local nuestra victoriosa lucha huelguística ya había sentado la pauta, dado un ejemplo y mostrado la vía hacia más avances obreros. En su edición del 24 de agosto el *Minneapolis Labor Review* había declarado: "El triunfo de esta huelga representa la victoria más grande en los anales del movimiento sindical local . . . Ha cambiado a Minneapolis, para que deje de ser conocida como paraíso de esquiroles, y pase a ser una ciudad de esperanza para los que trabajan".

Pronto se vio confirmada esta declaración. El 27 de agosto, los trabajadores de las lavanderías, quienes habían salido en huelga después del Viernes Sangriento, les arrancaron un acuerdo a sus patrones, logrando un aumento salarial y mejores condiciones de trabajo. Su victoria, justo después del triunfo del Local 574, ayudó a inspirar a otros trabajadores para que se enfrentaran a los patrones. Comenzó a darse una huelga tras otra, a medida que más y más trabajadores se unían a la campaña para convertir a Minneapolis en una ciudad sindical. En cada uno de estos casos se buscó ayuda y orientación del Local 574, que había surgido como una fuerza de primer orden en el movimiento obrero de Minnesota.

Lo que sucedería conforme estas nuevas batallas se desencade-

naron después de 1934, resultó ser no menos turbulento e importante que las luchas que he descrito, y no menos cargado de ramificaciones a nivel nacional. Esos acontecimientos merecen narrarse en un relato aparte.

UNITED LABOR ACTION



SMASH THE CITIZENS ALLIANCE

TWO TWENTY-FIVE SOUTH THIRD STREET

VOLUME 1 — MINNEAPOLIS, MINNESOTA, WEDNESDAY, AUG. 22, 1934 — NUMBER 37

VICTORY!

Settlement Goes Through!

The strike settlement adopted by the Union last night at a membership meeting is a victory for Local 574 and for the cause of trade unionism which was at stake in this strike.

The bosses, led by the Citizens Alliance, forced this strike on us. The Alliance bandits admit that they want to make this an open shop town. The beginning, they thought, would be to smash Local 574. Then they would go on to the rest of the Unions.

They have been defeated in their foul plot!

Battle - scarred and bleeding from many wounds, Local 574 rises from the struggle stronger in the confidence of the workers and more certain of its future than before.



He Packs a Wallop!

Local 574 has not yet gotten everything for its members that it means to get. The bosses know this and we shall not let them forget it.

But what Local 574 has won is the gain of the whole union movement. All Minneapolis workers rejoice to know that the attempt to break 574 has completely fizzled and that our great union remains in the field to fight the battles of its own members and to point the road of struggle to all workers seeking the benefit of organization and a better life for themselves and their families.

• • •

The walls of Eagles hall shook last night as the members wound up their meeting with the fighting song of 574, "Solidarity Forever!"

When 574 says "Solidarity," it means union, it means stick together, fight it out, don't give in. And this in turn means 574.

This number is the veritable symbol of unionism and the unconquerable spirit of labor in Minneapolis today.

And not only in Minneapolis.

Local 574's heroic struggle has become a national affair. Minneapolis has shown the country something new, and newspaper front pages everywhere carry our name.

What was new? Not the fact that a few thousand workers, miserably oppressed and exploited, rose to rebel. That happens daily. Everywhere American workers, sick of working like slaves and living like bums, are striking.

The pity is that, as a rule, they are cheated, betrayed or sold out by those they trust and rely on. The bosses crush them, or the leaders betray them, or they get caught in the "National Run Around" of Federal mediation, and before the inexperienced workers know what has happened their strikes are broken and they go back defeated, without conditions, without a union, without anything, as a rule, but an NRA promise worth just about as much as Confederate money.

They tried all that in Minneapolis, but it was no go. That's what was new about our strike. That made the whole country sit up and take notice.

Every means of oppression was brought to bear. They shot our pickets down in cold blood. Two of them lie dead today, victims of the murdering, union hating conspirators, martyrs to the sacred cause of labor. They flung our pickets and our leader into a military stockade. They raided our headquarters.

But they couldn't break us.

Every dirty trick and maneuver was tried. A Farmer-Labor governor, whom so many workers trusted, turned up as a copper, throwing pickets into the stockade. They put over a "Red Scare" to see if they could catch some suckers and get the union to select a leadership to suit the bosses. Even the Federal Mediators, Father Haas and Mr. Dunnigan, to their shame, tried to go over the heads of our leaders and disrupt our ranks. Such "labor leaders" as Tobin and Smith played the role of Judas.

But they couldn't fool us.

Local 574 stood up and fought back. Rank and file and leaders stood united and nobody could split us. We stuck it out and got a settlement which the whole labor movement will approve.

• • •

Th[illegible] the strike ends. But the struggle does not end.

Elections are coming. [illegible] 574 wants [illegible] should [illegible] and see to it that 574 gets a unanimous vote. [illegible] see that all conditions of the settlement are enforced in practice. Local 574 is not going to sleep at the switch.

Let's get out the vote and let's see to it that every [illegible] is marked for 574, a real union.

• • •

And a final word: Mayor Bainbridge has started to yap about driving "Communists" out of the city. We know what he means. He means framing up every worker who fights for his rights. The Citizens Alliance, sore because they had to swallow the settlement, are planning to sic their bloodhound Johannes onto some innocent individual workers and take it out of their hides.

We warn all enemies of labor. Local 574 is going to take a hand in the fight against any kind of a frame-up. Those who start this sort of business will be responsible for all the consequences.

This outlines the immediate program of Local 574.

We are going to see to it that the settlement is carried out.

We are going to see to it that any attempts at intimidation get a crack on the head.

We are going to win the election and build a bigger union than we ever had before.

And we are going to protect every last man of our heroic strikers against any sort of persecution.

The Organizer ceases today to be a Daily Strike Bulletin. It remains the official daily of Local 574. Until the elections have been concluded, we intend to keep in our hands the precious weapon, a daily paper.

Numberless remarks, scores of letters give us confidence that this will be welcome news to the workers of Minneapolis.

Vote for 574 in the Elections
Make Minneapolis a Union Town

"¡Victoria! ¡Se aprueba el acuerdo!", celebra el *Organizer* del 22 de agosto de 1934. Y llama a los trabajadores: "Vota por el 574 en las elecciones. Haz de Minneapolis una ciudad sindical".

Anexo

(Lista del Comité de Huelga de 100 Original como aparecía en los archivos del Local 574.)

Allen, Ethen
Anderson, Hans
Amo, P.W.
Aboe, L.
Anderson, T.
Ardeser, F.
Abar, Wm.
Ahlquist, T.

Benzick, Bill
Bove, P.
Brown, Curly
Blais, Archie
Bolouc, Al.
Boldt, Wm. S.
Bartlett, Curly
Berman, Art.
Beal, H.
Bellanger, J.
Bensen
Bove, Rob't
Brown, Wm.
Baumgartner, Sam
Bruneau, F.D.

Croul, Elmer
Carter, Earl
Cabana, Chuck
Carle, N.E.
Costello, J.
Cipperly, Fay
Clarence, Ed.
Crichton, Minnie
Caseu, Harry
Cooper, representante comité de combustibles

Devine, Joe. E.
Davis, E.B.
DeBoer, Harry (en hospital)
Dreon, Geo.
Dobbs, Farrell
Dunne, Myles
Dunne, Grant
Dunne, Ray

Fredericks, Sam
Finklestein, Max
Frosig, Geo.

Gray, Bill

Haskell, Sam
Home, Chet.
Hallegen, Wm.
Harvey, Guy
Haynes, Harold
Hanson, John
Hall, Cliff
Holstein, Happy
Hodgekins, ERA (renunció)
Hoglund, Jean
Hork, Moe

Johnson, Elmer
Jossart, L.C.
Johnson, A.J.

Kneeland, Tom
Kuann
Karlen

Lundholm, E.
Levine, Ben
Lindquist, Bert
Liscombe, H.E. (hospital)
Langeseth, Wm.
LaBeau, G.W.
Long, Bob
Lund, Bob
Lund, representante comité de combustibles

Moe, Christ
Madeen, Fred
Minister, H.J.
Mathews, Clarence

Nolar, J.
Nelson, C.

Oakes, S.E.
Olson, Edith
Osborne
O'Brien, Geo.

Pfaff, Harry
Peterson, Church
Peters, Bill, ERA (renunció)
Patterson, Elmer
Pearson, W.
Postal, Kelly
Parant, Louis
Peterson, A.

Quick, C.H.
Quinn, P.F.

Rainbolt, Ray
Rogers, John M.

Serre, Leo
Smith, Tom
Swanson, Sam
Swenson, Melvin
Secord, Ward
Shepard, E.
Swoers, Ed.
Skoglund, Carl
Seibert, A.C.
Shedlov, Al.
Severson, Jack
Swans, Arens
Serempa, Bill
Sandell, Carl

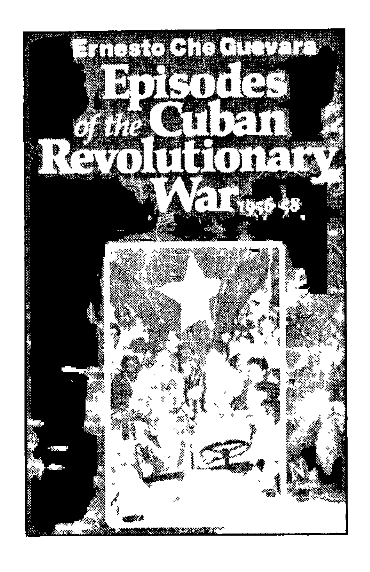
Tutty, Don.
Taftus, R.A.
Tigue, Ray

Underwood, U.W.

Wachter, Harold
Williams, Geo.
Williams, Tom

ÍNDICE

LA REVOLUCIÓN CUBANA

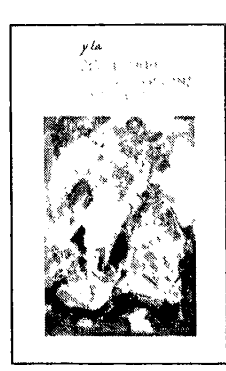


Episodes of the Cuban Revolutionary War, 1956–58

[Pasajes de la guerra revolucionaria cubana, 1956–58]

ERNESTO CHE GUEVARA

Recuento testimonial de los sucesos políticos y las campañas militares que culminaron en la insurrección popular de enero de 1959 que derrocó en Cuba a la dictadura respaldada por Washington. Con claridad y sentido del humor, Guevara describe su propia educación política. Explica cómo la lucha transformó a los hombres y las mujeres del Ejército Rebelde y del Movimiento 26 de Julio, abriendo la puerta a la primera revolución socialista en las Américas. $23.95 En español lo publica Editora Política. $23.95

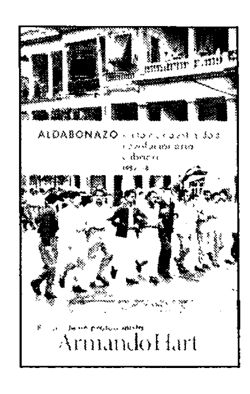


Cuba y la revolución norteamericana que viene

JACK BARNES

"Primero se verá una revolución victoriosa en los Estados Unidos que una contrarrevolución victoriosa en Cuba". Ese juicio de Fidel Castro es hoy tan correcto como cuando lo planteó en 1961. Este libro trata sobre la lucha de clases en Estados Unidos, donde hoy día las fuerzas gobernantes descartan las capacidades revolucionarias de los trabajadores y agricultores de forma tan rotunda como descartaron las del pueblo trabajador cubano. Y de forma igualmente errada. $13
También se edita en inglés y francés.





Aldabonazo

En la clandestinidad revolucionaria cubana, 1952–58

ARMANDO HART

En este relato testimonial por uno de los dirigentes históricos de la Revolución Cubana, conocemos a los hombres y las mujeres que en la década de 1950 dirigieron la clandestinidad urbana en la lucha contra la cruel dictadura batistiana respaldada por Washington. Junto a sus compañeros de armas del Ejército Rebelde, hicieron más que derrocar a la tiranía. Sus acciones y su ejemplo revolucionarios a nivel mundial cambiaron la historia del siglo XX . . . y la del siglo que viene. $25

De la sierra del Escambray al Congo

En la vorágine de la Revolución Cubana

VÍCTOR DREKE

En este testimonio, Dreke describe lo fácil que resultó, tras la victoria de la Revolución Cubana en 1959, "quitar la soga" que segregaba a los negros de los blancos en un baile en la plaza del pueblo y, sin embargo, lo enorme que resultó la batalla para transformar las relaciones sociales que subyacían bajo todas esas "sogas" heredadas del capitalismo y del dominio yanqui. $17

La segunda declaración de La Habana

En 1962 los trabajadores y campesinos que en Cuba habían realizado una revolución socialista, rehusaron retroceder ante la agresión militar, económica y política de Washington. En cambio, señalaron el ejemplo de la Revolución Cubana como la vía a seguir para los oprimidos y explotados de América Latina. Su condena enérgica del régimen imperialista, leída por Fidel Castro ante un millón de personas en La Habana, sigue siendo un manifiesto de lucha revolucionaria para los trabajadores de todo el mundo. $4.50 También se edita en francés.

Dynamics of the Cuban Revolution

[Dinámica de la Revolución Cubana: una evaluación marxista]

JOSEPH HANSEN

¿Cómo se dio la Revolución Cubana? ¿Por qué representa, como planteó Hansen, un "desafío insoportable" para el imperialismo norteamericano? ¿Qué obstáculos políticos ha afrontado¿Por qué las lecciones de esta revolución viva son decisivas y de una importancia duradera para los trabajadores y agriccultores del mundo? En inglés. $22.95

Estos títulos también se editan en inglés.

DEL ARSENAL DEL MARXISMO



El manifiesto comunista

Carlos Marx y Federico Engels

El documento de fundación del movimiento obrero moderno, publicado en 1848. Explica por qué el comunismo se deriva no de principios preconcebidos, sino de *hechos* y de movimientos proletarios que son producto del funcionamiento del propio capitalismo. $5

El origen de la familia, la propiedad privada y el estado

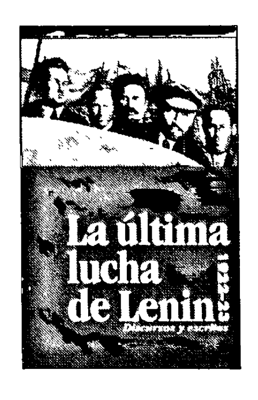
Federico Engels

Explica cómo el surgimiento de la sociedad de clases dio origen a los organismos estatales y estructuras familiares represivos, los cuales protegen la propiedad de los sectores dominantes, permitiéndoles transmitir de unos a otros riquezas y privilegios. Examina las consecuencias que estas instituciones de clase acarrean para el pueblo trabajador: desde sus formas iniciales hasta sus versiones modernas. $17.95

La última lucha de Lenin

DISCURSOS Y ESCRITOS, 1922–23

V.I. Lenin



A comienzos de la década de 1920, Lenin libró una batalla política en el seno de la dirección del Partido Comunista de la URSS para mantener la perspectiva que había permitido a los trabajadores y campesinos derrocar el imperio zarista, emprender la primera revolución socialista, y comenzar a construir un movimiento comunista mundial. Los problemas planteados en esta lucha —desde la composición de clase de la dirección, hasta la alianza obrero-campesina y la batalla contra la opresión nacional— siguen siendo fundamentales a la política mundial. $21.95

To See the Dawn

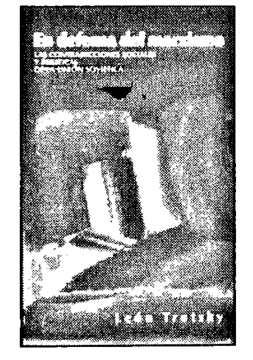
[PARA VER EL AMANECER
BAKÚ, 1920: PRIMER CONGRESO DE LOS PUEBLOS DE ORIENTE]

¿Cómo pueden librarse de la explotación imperialista los campesinos y trabajadores del mundo colonial? ¿Qué medios requieren los trabajadores para superar las divisiones nacionales, religiosas y de otra índole instigadas por sus propias clases gobernantes y actuar juntos en defensa de sus intereses de clase comunes? Los 2 mil delegados a este congreso debatieron estos problemas. En inglés. $19.95

En defensa del marxismo

LAS CONTRADICCIONES SOCIALES Y POLÍTICAS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA EN LA VÍSPERA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

León Trotsky



Al escribir en 1939–40, Trotsky responde a aquellos dentro del movimiento obrero revolucionario que abandonaban la defensa de la Unión Soviética ante el ataque imperialista que se cernía. Describe cómo las crecientes presiones del patriotismo burgués sobre las clases medias —conforme Washington se armaba para entrar a la guerra imperialista que se expandía en Europa—, encontraban eco incluso hasta en el movimiento comunista. Y explica por qué sólo un partido que luche por integrar a números crecientes de trabajadores a sus filas y a su dirección puede mantener un curso revolucionario firme. $24.95

Fascism: What It Is and How to Fight It

[EL FASCISMO: QUÉ ES Y CÓMO COMBATIRLO]

León Trotsky

Escribiendo al calor de la lucha contra el ascenso del fascismo en Alemania, Francia y España en la década de 1930, Trotsky examina los orígenes y carácter de clase de los movimientos fascistas. Valiéndose de las bases sentadas por la Internacional Comunista en la época de Lenin, Trotsky impulsa una estrategia obrera para combatir y derrotar este maligno peligro para el movimiento obrero y la civilización humana. En inglés. $4

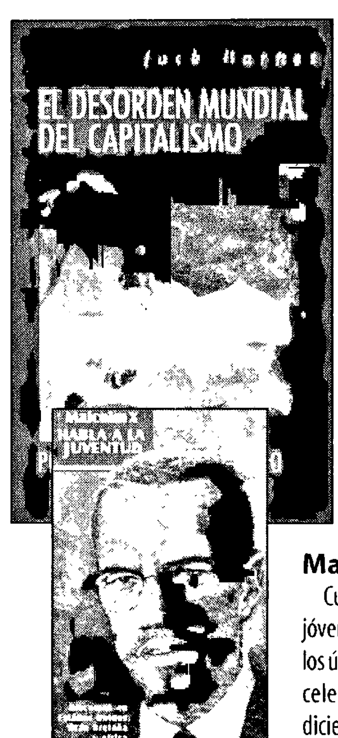
Reforma o revolución

Rosa Luxemburgo

De por qué el capitalismo no puede superar sus contradicciones internas, y la clase trabajadora puede tampoco "reformar" la explotación y las crisis económicas hasta eliminarlas. $8.95

Estos títulos también se editan en inglés.

También de PATHFINDER



El desorden mundial del capitalismo

Política obrera al milenio

JACK BARNES

La devastación social y pánicos financieros, la aspereza de la política, la brutalidad policiaca y los actos de agresión imperialista que se aceleran a nuestro alrededor: ninguno es producto de algo que ha funcionado mal con el capitalismo, sino de sus fuerzas reglamentadas. Sin embargo, el futuro se puede cambiar con la solidaridad oportuna, la acción desinteresada de trabajadores y agricultores que estén conscientes de su capacidad de transformar el mundo. $23.95

Malcolm X habla a la juventud

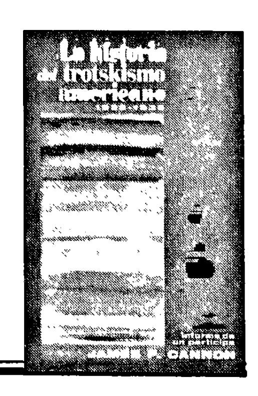
Cuatro charlas y una entrevista dadas por Malcolm X a jóvenes en Ghana, el Reino Unido y Estados Unidos, durante los últimos meses de su vida. Incluye su ponencia del debate celebrado en la Universidad de Oxford, Inglaterra, en diciembre de 1964 y hasta la fecha inédita. Concluye con dos homenajes ofrecidos por un joven dirigente socialista a este gran revolucionario, cuyo ejemplo y cuyas palabras siguen planteando la verdad para una generación tras otra de jóvenes. $15

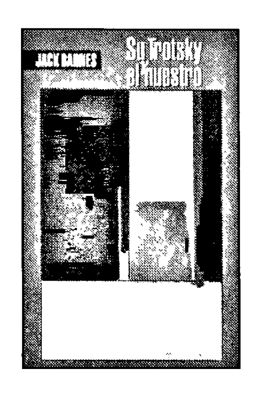
La historia del trotskismo americano

Informe de un partícipe, 1928–38

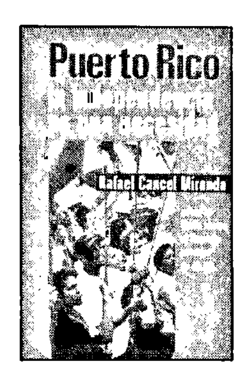
JAMES P. CANNON

"El trotskismo no es un nuevo movimiento, una nueva doctrina, sino la restauración, el renacimiento del marxismo genuino tal como se expuso y se practicó en la Revolución Rusa y en los primeros días de la Internacional Comunista". En esta serie de 12 charlas dadas en 1942, Cannon recuenta un periodo decisivo en los esfuerzos de construir un partido proletario en Estados Unidos. $22









Su Trotsky y el nuestro

JACK BARNES

"La historia demuestra que organizaciones revolucionarias pequeñas van a enfrentar no sólo la prueba severa de guerras y depresión, sino también oportunidades potencialmente devastadoras que emergen de forma inesperada al estallar huelgas y luchas sociales. Al suceder esto, los partidos comunistas no sólo reclutan. También se fusionan con otras organizaciones obreras, y crecen hasta convertirse en partidos proletarios de masas que contienden por dirigir a los trabajadores y agricultores al poder. Esto presupone que con mucha antelación sus cuadros han asimilado un programa y una estrategia comunista mundial, son proletarios en su vida y su trabajo, derivan una satisfacción profunda —gozan— de la actividad política, y han forjado una dirección con un agudo sentido de lo próximo que toca hacer. *Su Trotsky y el nuestro* es sobre la construcción de tal partido". $15

Marxismo y feminismo

MARY-ALICE WATERS

Desde la fundación del movimiento obrero revolucionario moderno hace unos 150 años, los marxistas han impulsado la lucha por los derechos de la mujer y han explicado que la opresión de la mujer tiene sus raíces económicas en la sociedad de clases. $18.95

Puerto Rico: la independencia es una necesidad

RAFAEL CANCEL MIRANDA

En dos entrevistas, el dirigente independentista puertorriqueño Cancel Miranda —uno de los cinco nacionalistas puertorriqueños encarcelados por Washington por más de 25 años hasta 1979— habla sobre la realidad brutal del coloniaje norteamericano, la campaña para liberar a los presos políticos puertorriqueños, el ejemplo de la revolución socialista cubana, y el resurgimiento del movimiento independentista hoy. $3

no puede haber movimiento revolucionario"

— V.I. LENIN

LA DEFENSA DE CUBA, LA DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA CUBANA

Mary-Alice Waters



"A medida que los trabajadores entren en lucha con la clase patronal y sus representantes en Washington, los obreros más combativos y con más conciencia de clase comprenderán mejor la importancia de estar hombro con hombro con la clase obrera en Cuba, que lucha en trincheras similares contra el mismo enemigo de clase". En el número 4 de *Nueva Internacional.* $14 También en inglés, francés y sueco.



EL ASCENSO Y OCASO DE LA REVOLUCIÓN NICARAGÜENSE

Jack Barnes, Steve Clark y Larry Seigle

Recuenta los logros de la revolución nicaragüense de 1979 y el impacto que tuvo a nivel internacional. Explica el repliegue político de la dirección del Frente Sandinista de Liberación Nacional que llevó a la caída del gobierno de trabajadores y campesinos al cierre de la década de 1980. En el número 3 de *Nueva Internacional.* $15 También en inglés.

1945: CUANDO LAS TROPAS NORTEAMERICANAS DIJERON '¡NO!'

Mary-Alice Waters

Sobre el capítulo oculto en que, al final de la Segunda Guerra Mundial, decenas de miles de soldados norteamericanos rehusaron ser utilizados para aplastar la revolución china, las luchas anticoloniales en Asia y las luchas obreras en Europa. A finales de 1945, los soldados organizaron mítines y marchas masivos y colectas de firmas tanto por todo el Pacífico como en Francia, para exigir, "¡Devuélvannos a casa!" En el número 1 de *Nueva Internacional.* $13 También en inglés y francés.

TAMBIÉN POR FARRELL DOBBS

CONTINUIDAD REVOLUCIONARIA

LIDERAZGO MARXISTA EN ESTADOS UNIDOS

De cómo generaciones sucesivas de luchadores proletarios participaron en las luchas del movimiento obrero estadounidense, en aras de forjar una dirección que pudiera impulsar los intereses de trabajadores y pequeños agricultores y establecer vínculos con los trabajadores del resto del mundo.

The Early Years: 1848–1917

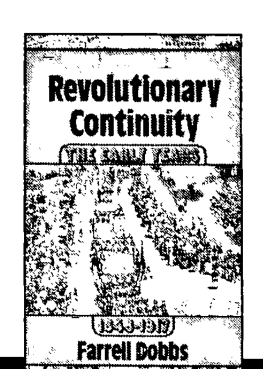
[LOS PRIMEROS AÑOS: 1848–1917]

Comenzando con la publicación del *Manifiesto Comunista* en 1848, el relato de Dobbs hilvana la herencia europea y las raíces indígenas del movimiento socialista en Estados Unidos, entrelazadas con la batalla para abolir la esclavitud y sentar las bases de un partido obrero. Lleva la historia hasta las pruebas gemelas para todos los que decían hablar en nombre de la clase trabajadora a comienzos del siglo XX: su respuesta al hecho de que la clase dominante estadounidense arrastraba a los trabajadores y agricultores a la primera carnicería imperialista mundial; y la línea divisoria de sangre entre los que se organizaban para emular a la revolución bolchevique de 1917 y los que se unían a la reacción capitalista para aplastarla. En inglés. $17.95

The Birth of the Communist Movement: 1918–1922

[EL NACIMIENTO DEL MOVIMIENTO COMUNISTA: 1918–1922]

Dobbs traza el surgimiento de un movimiento obrero revolucionario en Estados Unidos a la luz del creciente poderío imperialista norteamericano, de una represión gubernamental que se acentuaba, del impacto de la victoriosa Revolución de Octubre y de los esfuerzos de V.I. Lenin y los bolcheviques en Rusia para remplazar a los dirigentes de la Internacional Socialista políticamente en quiebra con una dirección revolucionaria de la clase trabajadora, una Internacional Comunista. En inglés. $18.95





LA SERIE TEAMSTER

LECCIONES DE LAS BATALLAS OBRERAS DE LA DÉCADA DE 1930

Rebelión Teamster *es el primero de cuatro libros sobre las huelgas, esfuerzos de sindicalización y campañas políticas que transformaron el sindicato Teamster en gran parte del Medio Oeste norteamericano en un combativo movimiento social. Los otros tomos describen ...*

Teamster Power

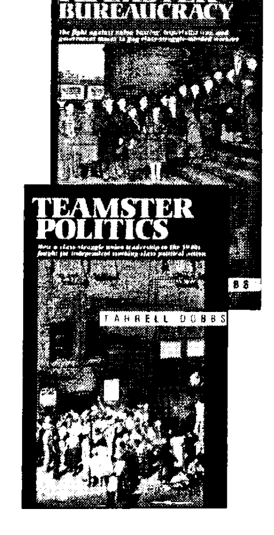
[FUERZA TEAMSTER]

... cómo los dirigentes de lucha de clases Teamster en Minneapolis, Minnesota, utilizaron la fuerza que los trabajadores habían adquirido durante las huelgas de 1934 para lanzar una campaña en 11 estados que incorporó a decenas de miles de choferes de larga distancia al sindicato ...

Teamster Politics

[POLÍTICA TEAMSTER]

... cómo ellos combatieron los cargos fabricados por el FBI, ayudaron a organizar a los desempleados, desplegaron una Guardia de Defensa Sindical para echar atrás a los matones fascistas, pelearon por impulsar la acción política obrera independiente y movilizaron oposición contra el ingreso del imperialismo estadounidense a la Segunda Guerra Mundial ...



Teamster Bureaucracy

[BUROCRACIA TEAMSTER]

... cómo la clase patronal, respaldada por funcionarios sindicales, arreció los esfuerzos gubernamentales de amordazar a estos militantes con conciencia de clase, y cómo los trabajadores montaron una campaña mundial para liberar a 18 dirigentes sindicales y socialistas, a quienes les fabricaron cargos y pusieron en prisión en el notorio juicio federal de sedición de 1941. "Los trabajadores americanos", concluye Dobbs, "deben aprender a actuar en términos políticos y a pensar en términos sociales si han de adquirir la conciencia y solidaridad de clase necesarias para derrotar a los explotadores".

En inglés, cada tomo $18.95

El rostro cambiante de la política en Estados Unidos
por Jack Barnes



De la construcción del tipo de partido que los trabajadores necesitan para prepararse para las batallas de clases que vienen, a través de las cuales se revolucionarán a sí mismos, a sus sindicatos y a toda la sociedad. Es una guía para aquellos a quienes repugnan las iniquidades sociales, la inestabilidad económica, el racismo, la opresión de la mujer, la violencia policiaca y las guerras inherentes al capitalismo, quienes buscan la vía hacia la acción eficaz para derrocar ese sistema de explotación y unirse para reconstruir el mundo sobre bases nuevas, socialistas. $21.95 También en inglés y francés.

Wall Street enjuicia el socialismo
por James P. Cannon

Las ideas básicas del socialismo, explicadas en el testimonio durante el juicio contra 18 dirigentes del sindicato de los Teamsters en Minneapolis y del Partido Socialista de los Trabajadores, a quienes les fabricaron cargos y pusieron en prisión bajo la notoria Ley Smith "de la mordaza", durante la Segunda Guerra Mundial. $15.95

LA POLÍTICA OBRERA Y LOS SINDICATOS



"A los hombres y a las mujeres que me infundieron una confianza inquebrantable en la clase trabajadora: las filas del Local General de Choferes 574".

—FARRELL DOBBS

ESTA ES LA HISTORIA de las huelgas y de la campaña de sindicalización que los hombres y mujeres del Local 574 de Teamsters realizaron en Minnesota en 1934, allanando el camino para el ascenso a nivel continental del Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) como un combativo movimiento social. A través de acciones huelguísticas reñidas, que fueron en realidad batallas organizadas, hicieron de Minneapolis una ciudad sindical, derrotando no sólo a los patrones de la industria del camionaje, sino los esfuerzos rompehuelgas de la Alianza Ciudadana patronal y de los gobiernos municipal, estatal y federal. Demostraron en carne y huesos lo que los trabajadores y sus aliados en el campo y las ciudades pueden conseguir cuando logran contar con una dirección digna de ellos.

Farrell Dobbs, un trabajador de carbonería quien aún tenía veintitantos años, fue uno de los dirigentes centrales de las huelgas de 1934. Al momento de escribir este relato, casi 40 años más tarde, Dobbs era secretario nacional del Partido Socialista de los Trabajadores. Con una introducción por Jack Barnes.

PATHFINDER



US$19/£13

DISEÑO DE LA PORTADA: EVA BRAIMAN